

NEREA
ERIMIA



Allerdale Park



NEREA
ERIMIA

*Allerdale
Park*



Primera edición digital: diciembre 2024

Título Original: Allerdale Park

©Nerea Erimia, 2024

©Editorial Romantic Ediciones, 2024

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Nerea Erimia

ISBN: 978-84-129241-4-7

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*A Gabriela y Neus.
Los ecos de Larousse y Weston en su magnificencia.*





Nota de la autora

Jane Austen tuvo la feliz idea de escribir *Mansfield Park* entre 1812 y 1814 con una protagonista inocente en exceso y un montón de situaciones desaprovechadas para armar un buen escándalo entre los asistentes.

Allerdale Park, como idea, surge de la necesidad de darle a la obra de Austen una hermana pequeña de otra época que convierta en drama todo lo que toque, curando de espanto ya desde un principio con una protagonista irreverente hasta la burla cuyo primer contacto con el lector es en una situación nada correcta.

No te asustes, querido lector, si en las páginas en las que estás a punto de zambullirte te encuentras con la cara oculta de la moral victoriana y los escarceos que todos tenían, pero que nadie comentaba. Especialmente, las mujeres.



Catherine Crawford



Arthur Crawford



Lilibeth Fitzherbert



James Fitzherbert



Maryanne Larcousse



Edrick Larcousse



Amelia Weston



Christopher Weston

La chispa de la vida

La hacienda Crawford

El ágape de la discordia

La sombra del orgullo

La sinfonía del caos

Cartas a Prometeo

La jaula, la condena y el abismo

Una bala con tu nombre

La cesta de mimbre de Pandora

El castillo de Larroquette

Cartas a Atenea

Mucho ruido y poca vergüenza

Débilmente mía, plenamente suya

El paseo de los amantes

Las aguas se calman

La partida de bridge

Cuando el hombre miente, el Diablo sonríe

Que comience la farsa

Abre los ojos, Amelia

La marcha del cuervo

La antesala de la muerte

El arte de la mentira

La comedia de las equivocaciones

Un acuerdo en desacuerdo

Danzad, danzad, malditos

El fantasma de la culpa

La silueta del arrepentimiento

La guerra de los Larousse

Ni orgullo ni prejuicios

Familia

La siguiente generación

La chispa de la vida

La noche era fría, pero sus intenciones presumían del candor propio que destila un ardiente día.

Con la mirada perdida en el techo desconchado de alguna fonda de mala muerte y las piernas unos centímetros más abiertas de lo que estaba permitido por la sociedad de la época en que le había tocado vivir —marcada por el reinado de Victoria, descendiente de la casa Hannover—, Catherine se maldecía apáticamente pensando en el tedioso compromiso que la ataría durante unas semanas. Al mismo tiempo, en aquel lugar carente de luz, no podía evitar estar sufriendo los embates poco satisfactorios de un hombre al que casi acababa de conocer.

Muy a su pesar, las líneas que dibujaban las grietas de la mohína pintura en el techo de la habitación dejaban tras de sí un lienzo imaginario en el que podía apreciarse de forma casi translúcida la famosa hacienda de los Fitzherbert, —sorprendentemente detallada, además, donde ni setos ni caballos escaseaban— que la secuestraría durante los próximos meses de verano, convirtiendo el estío en hastío. Sin embargo, fue precisamente la imaginación de Catherine la que aportó el resto de detalles a la composición: nefastas cenas, horripilantes picnics, funestas conversaciones y cuatro parejas de hermanos con grilletos que se oían a cada paso y cuyas cadenas terminaban en las manos de sus caprichosos padres.

La mujer zarandeo inconscientemente el pie en el aire, esperando oír aquella melodía metálica, más preocupada por la simbología que había construido en su cabeza para describir lo mucho que su vida no le pertenecía que por lo que sucedía en aquel momento entre sus piernas.

Con los ruidos de un hombre perdiendo el aliento cada vez más cerca de su oído, la joven se desvivió por imponerse a él, adoptando una postura que le daba absoluto control y dejaba al rufián oteando aquella hacienda imaginaria.

La frustración embraveció pronto la actitud de la mujer, que parecía dispuesta a partir en dos a quien fuera, desde el más remilgado aristócrata hasta al brabucón más indeseable. Impersonal en su trato, utilizando las herramientas de la carne en busca de escapar a lo impuesto de alguna manera, Catherine desafiaba todo lo que se esperaba de ella en su casa, oculta a ojos de sus seres queridos, pero esplendorosa en su desnudez frente a quien quisiera tomarla una vez corrido el manto de la noche discreta que para ella llevaba otro apelativo: el de liberadora. Nacida claramente bajo la doble moral de su época y empapándose rápidamente de esta, su corazón y sus intenciones se permeaban con soltura del eco brutal de su existencia más visceral.

Se deshizo en ruidosos suspiros de placer cuando pensó en sus padres observándola, juzgándola, sabiéndose libre y satisfecha con aquella actitud indecorosa que los llevaría a la tumba si fueran conscientes de lo que su hija hacía por las noches. O de lo que le hacían. Y no es que Martha y William fueran un ejemplo a evitar en cuanto a paternidad, dadas las circunstancias, pero siempre hay algo salvaje en la juventud que quiere imponer sus propias reglas frente a las ya establecidas. Algo que resulta cautivador y rivaliza con la chispa de la vida.

Plena en su más que opulento festín de pecados, Catherine se desvaneció del ojo vago de su acompañante y reapareció horas después entre las sábanas de su propia cama, amparada por la majestuosa noche que, como ella, era escurridiza y silenciosa.

Aquel cuarto con olor a fresas silvestres no tenía el techo desconchado ni pintura descascarillada. El dorado brillaba por doquier y los cuidados detalles que envuelven a cualquier

muchacha de alta alcurnia relucían a la par.

Al fin y al cabo, por mucho que la joven se esforzara en escapar a todo aquello, Catherine Crawford no era más que la hija menor de un matrimonio pudiente atada a la parafernalia consecuente de semejante fortuna.

La hacienda Crawford

Al día siguiente, el sol comenzó a revestir la mansión Crawford con paciencia, pero también trajo consigo nuevos disgustos para la joven Catherine, heredera —en la medida en que una mujer podía heredar, nunca a su nombre— de la fortuna de su familia junto con su hermano mayor, Arthur.

¡Exacto! Cuando el sol reinaba en el cielo, aquella zorra de Babilonia descansaba en los cómodos zapatos de una mujer opulente que, a decir verdad, solo buscaba descalzarse cuanto antes.

Sin embargo, la joven no se definía por sus vicios o el número de criados a su disposición. Catherine Crawford era una mujer bella, singular en su beldad, ciertamente oscura y misteriosa, que hacía tiempo ya debería haber contraído nupcias. Con un ojo en los pretendientes que la asediaron durante dos largos años y otro puesto en sus viejas novelas, la mujer de cabellos azabache y gruesos rizos aseguró que no podía hacer dos cosas al mismo tiempo y se decantó por entregar su atención a las páginas de aquellos libros que destilaban mucho más ingenio en comparación a cualquiera de los caballeros que buscaban su mano.

Como el mayor de sus quebraderos de cabeza, pero la más pura de cuantas bendiciones le rodeaban, Arthur Crawford lidiaba a diario con su hermana y, a la par, con los intereses de su señora madre, que, tras quedar viuda, se obsesionó con casar a sus hijos. «William así lo habría querido», se excusaba siempre la señora Crawford, cuando sus dos hijos sabían que, de seguir vivo su padre, únicamente mostraría interés en sus negocios y en leer el periódico todas las mañanas con Catherine, pasando aquellos revoltosos mechones sobre el hombro del patriarca para hacerle cómplices cosquillas.

A Arthur le había tocado la peor parte tras la pérdida: reconducir las inversiones del capital familiar, asegurando así las rentas que les mantenían, pues aunque los apellidos todavía eran importantes por aquel entonces, la fortuna Crawford recibía grandes dividendos debido al comercio y a la fabricación de telas, viendo el auge de su esplendor gracias al algodón y la lana. Una fortuna socorrida por el nuevo modelo empresarial que había dado la época y que no tenía tanto que ver con la opulencia de títulos nobles.

Al contrario que su hermana, el joven no podía elegir tomar un camino que no fuera aquel que ya se le había impuesto por no quedar otro hombre en la familia dispuesto a tomarlo. Fingirse empresario y, al mismo tiempo, cabeza de familia le privaba del tiempo necesario para dedicarse a la caza de una buena mujer, lo cual tampoco le importaba demasiado. «Me comprometeré cuando mi mayor compromiso no sea subsanar las deudas que nadie sabe que tenemos», le repetía Arthur a su hermana cuando el tema del matrimonio brotaba de forma inesperada entre ambos.

Lo cierto era, sin embargo, que aquel pequeño descubierto en las finanzas de la familia Crawford no significaban gran cosa. Únicamente existía como medio para intranquilizar a un joven demasiado responsable y perfeccionista. También como excusa cuando se le amenazaba con un casamiento.

Los ojos curiosos de Catherine se posaban en su hermano de vez en cuando.

Para ella no había caballero más apuesto y sentido. Su mirada era honesta y sus intenciones

prístinas cuando se hablaba de seres queridos. El atractivo de Arthur se parecía al de Catherine: oscuro, misterioso, con cierto gesto airado común en él, estuviera contento o no. A su hermana le gustaba aquel gesto. Sabía lo que se ocultaba debajo y sentía el privilegio de ser la única que veía tras aquella máscara insondable. La joven tenía claro que, si no hubieran sido hermanos, alguien los habría emparejado. Aunque no dudaba de sus armas para convertir la existencia de Arthur en algo miserable, tormento que no merecía. Por tanto, agradecía ser únicamente su amada hermana. Los dos lo agradecían.

La señora Crawford, cuyas costumbres habían quedado por lo menos un siglo por detrás, sentía cierto recelo hacia ese binomio férreo, pues mientras los hermanos se habían unido más con la muerte de su marido, también se habían alejado de ella. O, al menos, así lo sentía la mujer, que se obcecaba en casar a sus hijos pensando que así sus penas serían menos y que, tarde o temprano, ambos terminarían agradeciéndoselo.

Aunque había otro motivo oculto para casar a su hija pequeña. Una envidia generacional que situaba a Catherine en una posición más libre —libremente encorsetada pero libre, al fin y al cabo— por ser hija de su época. También esa belleza marchita en Martha Crawford y que había terminado de florecer en el fruto de sus entrañas a la par, como si una hubiera decidido alimentarse de las virtudes de la otra, privándola de estas.

No tardaría en llegar la buena nueva a oídos de Catherine sobre los planes de casamiento que había puesto en marcha su madre y, colérica, no dudaría tampoco en dirigirse a su hermano con aquella lengua suya, afilada cual guadaña. Arthur, sin embargo, solía actuar frente a los caprichos de su madre con resignación, como buena antítesis de su hermana, así que no fue de gran ayuda para frenar lo que estaba por venir: Martha Crawford había apalabrado un conveniente matrimonio entre su hija y el hermano mayor de la familia Weston mientras que Arthur tomaría las riendas de su vida amorosa desposando a la hija menor de los Larousse.

—¿Y ya está? ¿Vais a encadenarme a ese hombre y a tirar la llave? —preguntó como primera de muchas veces Catherine, cuyo imaginario le obsequiaba, según transcurrían los días, con recriminaciones igual de punzantes pero inefectivas que aprovechó para intercalar en cada cena, en cada clase de pianoforte. Ni siquiera cuando se veía obligada a coser cerraba la boca, a riesgo de coserse un dedo. Sus reproches eran altaneros, cargados de hiriente sarcasmo. Detestaba la idea de ser vista con condescendencia, como una niña mimada o caprichosa, y no daba lugar a que nadie se dirigiera a ella de esa manera cuando se empeñaba en algo de lo que, por otro lado, le parecía absolutamente lícito quejarse. Ella misma había puesto los medios para alejarse de cualquier pretendiente que buscara atosigarla. Había optado por seguir vistiendo el luto que ya no le correspondía por la muerte de su padre y continuar recibiendo las constantes reprimendas de su madre por hacerlo. Ya no era de buen gusto para nadie verla acomodada en aquellos colores oscuros que le restaban alegría y también oportunidades.

«Christopher Weston», repetía para sí con la burla por bandera mientras intentaba hacer memoria del rostro de su captor sin mucho éxito. Aunque habían llegado a coincidir en algún evento social o Weston había visitado su hacienda en más de una ocasión con intención de ver a su hermano —compañeros de cartas y también de penas—, Catherine siempre tenía cosas más interesantes que hacer que presentarse a desconocidos. Era irónico, entonces, que su señora madre fuera a obligarla a conocer al caballero desde sus nupcias hasta su muerte, esperando la joven que no se demoraran mucho los gusanos en comérsela.



Aquella mañana, aquella bella pero traicionera mañana, la joven Crawford se despertó decidida a insistir, una vez más y para siempre, lo suficiente como para dejar más que clara su posición con respecto a semejante tema, pues el tiempo apremiaba. Sus baúles debían estar llenos para la tarde y un carruaje con espacio de sobra para tres personas les llevaría a la hacienda Fitzherbert antes del anochecer.

Los Fitzherbert llevaban viviendo en Allerdale Park siglos. Nadie recordaba ya aquel espléndido lugar adscrito al nombre de otra familia, aunque lo cierto es que a nadie le interesaba tampoco.

Los dueños de Allerdale cumplían con modales agradecidos el papel que la sociedad y sus bienes les habían otorgado, granjeándose el favor de muchas familias de gran importancia que buscaban forjar una provechosa amistad. Y quien decía «amistad», decía «negocio». A nadie le debería haber extrañado entonces que, durante las semanas siguientes, los amplios pasillos de Allerdale serían frecuentados por los hijos de varias familias cómplices. El matrimonio era la trampa definitiva, sin importar si sus riquezas procedían de títulos o habían sido cazadas al vuelo, ya fuera con inconmensurable esfuerzo o valiéndose de una mente ágil. Al fin y al cabo, el dinero es el dinero y hasta los títulos nobiliarios son susceptibles de compra. Por ese mismo motivo, los señores Fitzherbert abandonaron su amada Allerdale para regresar esos meses a la ciudad, con la esperanza puesta en que aquello les sirviera como muestra de confianza a sus hijos y que ellos, correspondiendo a sus padres, se aplicaran con total respeto y responsabilidad atendiendo a sus invitados como se merecían. Lo cual era poco común, dadas las costumbres de la época, pero acertado en su justa medida para alguien como el señor Fitzherbert, quien, por una vez, quería disfrutar de los placeres de Bath a solas con su mujer. Su labia, además, había atado sin problema al resto de padres preocupados enalteciendo las virtudes de sus correctos primogénitos como futuros cabeza de familia, olvidándose de mencionar, claro está, que su propio hijo era más adepto a las cabezas de turco.

Catherine Crawford había sido invitada junto a su hermano Arthur, Christopher Weston se presentaría con su querida Amelia, Edrick Larousse iría acompañado de Maryanne Larousse y, desde luego, los hermanos Fitzherbert, James y Lilibeth, brillarían como anfitriones haciendo competencia al astro Rey.

La ausencia de padres podría haber sonado liberadora en cierta medida, a pesar de hablar de un compromiso forzado cuyos barrotes se esgrimían elegantemente como paredes de una mansión, pero todos, una vez en aquel lugar, conocían las intenciones de sus progenitores y les sería imposible no comportarse alejados a lo que deberían: unos más ansiosos por agradar a sus correspondientes, otros por espantarlos.

Perdida la primera batalla —que no la guerra—, Catherine se encadenó al brazo de su hermano en el paseo desde la hacienda Crawford hasta el coche de caballos y desde este hacia la majestuosa entrada de la hacienda Fitzherbert, en Allerdale Park. Pero donde la mayoría de personas veían belleza, Catherine solo podía observar aves carroñeras sobrevolando el lugar, tormentas refulgentes y nubes temperamentales.

Arthur le apretó la mano con delicadeza y le dedicó una de sus miradas. «Pórtate bien», le pidió a su hermana sin mover los labios, aun sabiendo el alcance de su desdicha, mientras subían peldaño a peldaño las escaleras que presentaba la entrada de la que pronto se despedirían para acceder al salón principal, escoltados por el servicio y encontrándose con James y Lilibeth Fitzherbert, quienes les dieron la bienvenida como buenamente pudieron.

O quisieron, en el caso del hijo mayor.

El ágape de la discordia

James Fitzherbert, que no desechó nunca la idea de convertirse algún día en alguien de provecho, prefería disfrutar de las ventajas que le procuraba su estilo de vida en Allerdale antes que enterrarse en el correspondiente trabajo de su padre, al que ayudaba de vez en cuando, pero sin dejar de aborrecer la tarea. Aunque ¿qué se puede esperar de alguien que lo ha tenido siempre todo? El señor Fitzherbert, desde luego, hubiera preferido a un muchacho bastante más responsable. Y no es que James no lo fuera, como también era considerado y amable cuando quería, pero sus responsabilidades, en palabras de su padre, radicaban principalmente en convertirse a sí mismo en un hombre de provecho, una persona dedicada a gestionar el patrimonio familiar. Alguien que se casaría por costumbre y beneficio más que por amor, como había hecho el propio señor Fitzherbert, o eso decía.

James, sin embargo, tenía claro que no quería perpetuar aquello a sabiendas de que, si continuaba alejándose del hombre serio y misántropo en que su padre quería convertirle, este le llevaría con él lejos durante el tiempo que hiciera falta para así aislarle en su correspondiente instrucción, viéndose obligado a semejante empresa quisiera o no. El joven, no obstante, no podía evitar encontrar más interés en las amistades femeninas que se granjeaba con suma facilidad que en las conversaciones rudas y apagadas de su propio sexo —salvo las que paladeaba junto a Christopher Weston, pues ambos caldeaban cualquier ambiente con sus chispas juguetonas—, mucho menos en los negocios.

Tal vez la culpable de todo aquello fuera su hermana, con la que había tenido que convivir durante toda su vida y que había hecho lo mejor por facilitar el trato de James hacia las mujeres, desarrollando su comprensión y sus modales para con ellas.

Aunque, siendo sinceros, no es que el aspecto del mayor de los Fitzherbert no ayudara de igual forma a tal fin. Con un rostro risueño de ojos cristalinos, juguetones donde los hubiera, cabellos claros que todavía no se rendían a los tonos más áureos y una sonrisa maliciosa permanente en su rostro, James Fitzherbert no tenía tampoco ningún reparo en lucir sus orejas de soplillo, acompañadas siempre de cola roja y tridente. ¿Quién podía culpar a ninguna dama por querer ver las llamas que bailaban a su alrededor cuando los brillantes botones de su traje azul marino cegaban a cualquier mujer despistada?

La hermana de James, Lilibeth, poseía una libertad más entrecomillada que la de su hermano. Podía disfrutar de todas aquellas tareas alejadas de los negocios que enriquecen el espíritu y elevan el alma, casi lo único que a ella podía interesarle, dada su juventud. Presumía de ser una dama casi tan despierta como James, apreciándose de forma clarísima que ambos se retroalimentaban en aquello que desprendía algún tipo de maldad desaprobada por sus padres, sin perder la muchacha el halo que la evangelizaba delante de los señores Fitzherbert. Un halo que también era despertado, en parte, por su belleza angelical.

Lilibeth, al contrario que su hermano, tenía unos hambrientos ojos oscuros y de aquella injusticia por no poder disfrutar de una mirada cerúlea nacía una envidia insana. Su cabello, a juego con aquel iris marrón que tanto detestaba, era abundante y frondoso, y mientras que su piel rivalizaba en blancura con la fría nieve, sus labios bien podrían haber salvado la vida de cualquier peregrino desfallecido. Los días menos agraciados, la joven se observaba en el espejo y

se apreciaba rozando lo vulgar. Por el contrario, cuando los rayos del sol la volvían cantarina como una alondra, apreciaba la voluptuosidad de su rostro en unos labios que Dios no había concedido a todas.

Era erróneo, no obstante, pensar que la joven Lilibeth solo se interesaba por desarrollar sus virtudes y disfrutar de los pequeños placeres de la vida. La muchacha esperaba también encontrar el favor de un joven igual de despierto que ella y que no se atreviera a provocarle un solo bostezo. Aunque pintaba, cosía y el arpa ocupaba gran parte de su tiempo, la muchacha todavía era capaz de ocultarse a ojos paternos e incluso filiales para dedicarse a plasmar sus inquietudes en papel. Estas, sin embargo, no pasaban por identificarse con la parte más irreverente del panorama femenino, bañado en ideas revolucionarias e intenciones de cambio. Al contrario, la joven Lilibeth todavía disfrutaba de sus privilegios sin comprender del todo los problemas que hacían alzar la voz al resto de mujeres y ella solo usaba su pluma como juego para contar historias de aventuras y misterio, de grandes amores y mejores amistades. Una bella joya que resplandecía y cegaba a todo aquel que posara su mirada en ella y que todavía no sabía que, con los años, cualquier piedra preciosa pierde su brillo. Más todavía si se desposa con la persona equivocada.

Los jóvenes Fitzherbert dieron la bienvenida así a todo aquel que se atreviera a aceptar una invitación aquellos días. A unos de forma más efusiva —Weston era gran compañero de James y las habladurías sobre sus juergas y las añejas damas de cuello alargado y cuerpo vidrioso que siempre bailaban con ellos eran conocidas por quien quisiera prestar sus oídos— y a otros con amenazantes bostezos —como sucedía con el altivo Edrick Larousse, de quien nadie apenas sabía nada, aunque tampoco querían saberlo—.

Pronto, la elegante e infinita mesa del comedor principal de los Fitzherbert se vio rodeada de cada una de aquellas personalidades, dispuestas en una disonancia particular que amenazaba con engrosar el ambiente, pero que, en secreto, gozaba de la perfección armónica de quien logra encontrar hueco para dos notas absolutamente contrarias y compone una melodía que funciona, rica en matices que se complementan de forma exquisita.

Arthur Crawford tomó el asiento que le situaba a una de las cabezas de la fastuosa mesa, contrario al anfitrión, como si el destino hubiera aventurado su relación antagónica incluso antes de conocerse. A su lado izquierdo se sentó Catherine, que no tardó en emitir juicios de absolutamente todos los presentes. Weston, amigo de su hermano, se hizo con el otro lado de Arthur, enfrentado a Catherine.

Christopher Weston provenía de la familia más meritoria de cuantos había allí sentados. El esfuerzo había encumbrado al señor y la señora Weston con el paso de los años, granjeándoles un nombre. Su valía se había visto reforzada con las hazañas militares del padre de Christopher, quien, por desgracia, había terminado falleciendo. Motivo por el que las responsabilidades familiares y monetarias recayeron finalmente en un hijo que acabó aceptando tal cosa a regañadientes mientras intentaba aligerar aquellas pesadas cargas con el suficiente alcohol como para hacerlas flotar.

La joven Crawford no sabía si era el resquemor que sentía hacia aquellas cadenas que tintineaban en su mente todavía o el hecho de haber comenzado ya a beber de aquel néctar burdeos, pero la imagen que tenía del hijo de los Weston se había deformado convenientemente en su cabeza. Sin desearlo —pero atrapada en el bucle de una burla infinita por el resultado—, podía apreciar unas orejas exorbitantes, unos diminutos ojos de búho pálido y unos labios dolorosamente perjudiciales para la armonía de aquel rostro poco agraciado. Ni siquiera los áureos bucles ayudaban a paliar aquella visión, pues Catherine tenía predilección por las

cabelleras oscuras, como la de su hermano o como la suya propia. Sin olvidar a los Larousse, cuyos mechones padecían de la misma enfermedad, como si el veneno que corría por sus venas se hubiera filtrado hasta conseguir aquel tono.

Edrick C. Larousse pertenecía a una familia tan acomodada o más que las presentes. Su parentela no ocultaba sus raíces galas y, a pesar de ellas —o tal vez gracias a ellas—, podían presumir de ser afamados banqueros en tierras extranjeras, donde, después de varias generaciones, cualquiera era extranjero menos ellos. «Sin duda, la actitud es la de un solemne banquero», pensó para sí Catherine cuando las conversaciones comenzaron a danzar en derredor de todos menos del señor Larousse, que las evitaba ágilmente.

Aunque los devaneos de la joven pronto le hicieron volver el cuello al comprobar que su hermano estaba a punto de ser estrangulado por una serpiente todavía más oscura que la cabellera de Larousse.

—Madre siempre ciñe de más tu corbatín y pide a Joseline que haga lo mismo con mi corsé —aseguró la mujer, reajustando la prenda de su hermano que este se había molestado rudamente en aflojar, pero poco en volver a dejarla presentable—. Ya sabes que no le gusta que respiremos demasiado, no vayamos a pensar por nosotros mismos y tomar alguna decisión que no encaje con sus intereses.

Como bien había expresado Catherine, las sofocadas etiquetas ataban a un sexo y al otro. Sin embargo, las mujeres, como en casi todo, tenían las de perder. No solo no podían aflojar sus corsés demasiado, sino que tampoco podían hacerlo con sus lenguas o sus recogidos. Y Crawford, aunque se olvidaba constantemente de mantener su lengua a raya, sí que acostumbraba a hacerlo con su peinado. Lo suficiente para que, cuando nadie podía verla, aprovecharse cualquier momento espontáneo y dejase que sus rizos vibraran, salvajes como ella.

Arthur no tardó en quejarse de la banalidad de las conversaciones, siendo su actitud desdeñosa parte de su propio estado de nerviosismo al tener que aparentar forzosamente para agradar a cierta señorita sentada también en aquella mesa.

—Qué pena me das, hermano —continuó Catherine en un susurro, asqueada y ciertamente ofendida por la actitud de su igual—. Mientras tú te ríes con los comentarios jocosos del señor Weston, yo soy la que tiene que atusarse el vestido y el espíritu a la par mientras los caballeros de la mesa juegan a intentar mostrarse más ingeniosos de lo que realmente son o las damas menos insulsas de lo que sus madres las han pintado. Solo te pido, querido hermano, que si algún día cedes a las peticiones de madre, busques a una mujer que no merezca ninguna de mis burlas. Aunque intuyo que no te será fácil, pues me conozco lo suficiente como para saber que siempre seré la espina de tu rosa.

El reflejo de otra rosa deslumbró a Catherine durante un segundo.

Edrick Larousse, sentado a su siniestra, consultó su reloj de bolsillo el tiempo suficiente como para que la mujer se fijara en aquella cubierta y en el grabado floral que se distinguía en esta.

Aquella charla que hacía las delicias de los hermanos Crawford fue inesperadamente interrumpida por un pajarillo de apellido Weston que se posó en el hombro de Arthur, haciendo gala de su inoportuna amistad con el hermano de Catherine para hablar sobre el lago que bordeaba Allerdale Park y la posibilidad de dedicarse a actividades como la pesca o el críquet.

—He oído, además —añadió Weston, deslizándose su mirada de un Crawford a la otra— que las malas lenguas apuntan lo envidiable de la biblioteca de nuestro anfitrión. Asegurando incluso que más de un secreto se oculta entre sus estanterías. Lo menciono porque ha llegado a mis oídos su afición por los libros, señorita Crawford.

«Caballeros intentando parecer más ingeniosos de lo que realmente son», recordó para sí la

menor de los Crawford en silencio, antes de apreciar cómo su hermano posaba la mirada sobre la señorita Larousse. Así fue como Catherine convirtió el cristalino cielo de sus ojos en una blanca sábana que arrastraba con ella la vergüenza que sentía al intuir a Arthur ya perdido en la batalla que ambos libraban contra los designios de su madre.

Aquello, además, dejaba a Weston con las miras únicamente puestas en ella, al observar que su amigo dedicaba sus pensamientos a otra. Catherine, sin embargo, no tardó en picar el anzuelo, ahogándose y queriendo ahogar de igual forma al osado caballero en su propia verborrea orgullosa.

—No conozco lo suficiente a los anfitriones ni a usted mismo, señor Weston, como para saber si en este caso particular en que usted se refiere a su biblioteca, la palabra «envidiable» significa envidiable. Pues, en más de una ocasión, «envidiable» ha significado decadente o insulsa, y no sé si su idea de una biblioteca «envidiable» pudiera casar con la mía o no.

«Envidiable» sería también la paciencia de Christopher Weston para tratar con la señorita Crawford, eso desde luego.

Por suerte para ambos, los hermanos Fitzherbert no tardaron en monopolizar la conversación de toda la mesa, sugiriendo actividades que pudieran agradar a los presentes. En primera instancia se decidieron por añadir un concierto de pianoforte a una de las veladas nocturnas y el señor Weston no pudo evitar soltar su lengua al comprender que Catherine Crawford siempre llevaba la suya fuera, interrogando a la mujer sobre sus virtudes con las teclas de una forma no tan caballerosa como cabría esperar:

—¿Y bien? ¿Tocará para nosotros? ¿Podremos disfrutar de sus habilidades al piano, señorita Crawford? ¿O es de las que abogan más por seguir comentando desde su asiento? Prefiero preguntarlo antes que asumirlo porque, ya sabe, no quiero pecar de *decadente* o *insulso*.

James Fitzherbert no tardaría en interrumpir aquella peculiar mirada que había nacido de forma inesperada en Catherine a raíz del comentario de Weston, para convertirse en el payaso tan apropiado de aquel circo demasiado aburrido.

—¡Claro! He oído que la señorita Crawford toca el piano como nadie —proclamó casi dejando su asiento, regodeándose en poder bromear por fin y levantando su copa al terminar—. ¿Recuerda aquella que interpretó, la de la fiesta de los Harrington? He de reconocer que me impresionó, pero de una forma diferente al resto, me temo.

Y es que Martha Crawford ya aseguró a la familia Harrington que su hija no era la más adecuada para tocar nada en público, pues sus maneras aquella semana se habían asilvestrado debido a la nefasta noticia que la ligaba con la familia Weston. «Absurdeces, querida Martha», contestó la señora Harrington antes de arrepentirse escuchando el rem funesto que Catherine les dedicó sin vergüenza alguna en una gala donde no correspondían aquellas notas y por las que recibiría, más entrada la noche, su correspondiente regañina. Una retahíla de palabras que dejó que le entraran por un oído y se fueran por el otro.

Lilibeth observaba a su hermano, que no salía de un barrizal para meterse en otro, pues, inesperadamente, este había puesto su atención en la joven Larousse, sentada a su diestra.

Maryanne Larousse era una muchacha de ojos muy despiertos, cuya energía rivalizaba con la de un maremoto. Como ya hemos dicho, por sus venas corría ese regusto maldito que emponzoñaba tanto a los Larousse como a los Crawford, impidiendo que los rayos del sol pudieran escapar de sus oscuras cabelleras. Cuando sonreía, unos diminutos hoyuelos se dejaban ver alrededor de su boca. Cuando se entristecía, sin embargo, su rostro era incluso más bello, pues despertaba un gesto infantil que era, al mismo tiempo, caprichoso y tierno.

Así, el anfitrión de Allerdale le dedicó unas palabras en un tono tan caballeroso como jocoso,

tras preguntarle ella, curiosa, sobre el resto de actividades.

—Soy, señorita Larousse, de ese tipo de caballeros que prefieren que las cosas surjan de forma espontánea. Por ejemplo, si usted no hubiera decidido, de forma espontánea también, introducirse en la conversación de mi hermana con la señorita Weston, no estaríamos ahora disfrutando de escucharla hablar. Aunque la espontaneidad, como cualquier hermosa flor, puede tener su pulgón. Sin su bello influjo —señaló en un tono más comedido, únicamente para su interlocutora principal—, existe la posibilidad de que yo no hubiera lanzado ese inadecuado comentario a la señorita Crawford. La cual, seguramente, haya encontrado en mí a un bufón o a alguien que, aun pareciendo uno, le ha hecho más gracia que el... *obtusos* de su hermano Arthur o el desdichado de mi amigo Weston.

Una sonrisa familiar en el rostro de su hermana alertó a Edrick Larousse y le obligó a fijar su mirada en los tejemanejes que se traía esta con el joven Fitzherbert, al que el título de «señor» parecía quedársele grande.

No agradecía los designios de su madre en absoluto para con él, pero sí veía —en aquel momento más que en ningún otro— que Arthur Crawford, con aquel temple, parecía una correcta decisión a la hora de dejar a su hermana en brazos de otro hombre que no perteneciera a la familia. Pudiendo así evitar también y a toda costa que las atenciones de Maryanne fueran hacia hombres como James Fitzherbert, que no parecían conocer la forma de comportarse en semejantes ágapes, siendo además anfitrión.

—Tal vez sea entonces su espontaneidad lo que no deja de meterle en líos, señor Fitzherbert. ¿Ha pensado en eso? —interrumpió el hermano mayor de Maryanne con el ceño fruncido—. Si usted no tiene a bien desempeñar sus labores como anfitrión, tal vez deban ser otros caballeros los que propongan actividades. El señor Crawford, por ejemplo. O quizás el señor Weston.

«Otro obtuso», se sorprendió pensando James Fitzherbert con una sonrisa que nunca desaparecía, solo mutaba.

Mientras tanto, la amiga de su hermana y hermana de su amigo, la señorita Amelia Weston, se interesó en preguntarle al señor Crawford acerca de las aventuras que Christopher y él habían tenido cerca del bosque de Wayward tiempo atrás, queriendo por fin ser partícipe de semejantes anécdotas.

Amelia Weston podía pasar por una muchacha ciertamente formal. Era ceremoniosa y prudente, maternal con la figura de su hermano y sus seres más allegados. Discreta, a pesar de tener un ejemplo como el de Christopher, de quien prefería extraer las cosas buenas y olvidarse de las malas. Juzgaba a las personas mejor que nadie y eso fue precisamente lo que la impulsó a dirigirse al señor Crawford de entre todos los presentes.

Aunque aquel extraño cruce de conversaciones terminó por llamar la atención de Catherine.

La iniciativa de Amelia a entablar conversación con su hermano hizo que la menor de los Crawford casi se atragantara. Abrió los ojos de par en par, siguiendo a ambos durante el transcurso de la conversación, fingiendo que su interés estaba puesto en sus propios asuntos. No es que la hermana menor de los Weston no fuera encantadora, pero dado que se había sentado junto a la señorita Fitzherbert y estaba, de alguna manera, en otro círculo de aquel infierno de conversaciones entrecruzadas, Catherine no esperaba que esta fuera a dirigirse precisamente a su hermano. «Adorablemente peligrosa», pensó la mujer durante un segundo, antes de reírse de su propia ilusión y otorgando a la señorita Weston el beneficio de la duda con respecto a su mojigatería. Como punto a su favor, por no perderse tanto en ella.

—Permítame interrumpirle, señor Larousse —se aventuró Catherine, ávida de más juegos, pero ciega ante la idea de tomar tan vivamente la palabra de un hombre que realmente no conocía

—, pues las actividades que revolotean en la mente del señor Weston parecen reducirse a la pesca de siluros y a darse un baño en el lago, algo no muy apropiado para los ojos de las damas aquí presentes. Aunque he de decirle que tampoco daría un penique por el resto de sus ideas, seguramente bañadas en coñac todas ellas —opinó la que estaba bebiendo más vino que respirando oxígeno—. La idea que mi hermano ha expuesto a la señorita Weston acerca de un picnic, por si no lo ha escuchado, es más correcta si se tercia. Las damas disfrutaríamos de la naturaleza —«silencio y la compañía de un libro» quería decir realmente— y ustedes podrían dedicarse a sus pesquisas. Supongo que unos de una forma más civilizada que otros, claro está.

Arthur volvió a jugar con el cuello de su camisa al observar que su hermana había empezado a sacar la artillería pesada. No obstante, y para sorpresa de Catherine, Edrick Larousse no optó por poner en tela de juicio a Christopher Weston, sino que desvió su mirada comedidamente hacia ella.

—Me pregunto cómo una dama puede conocer semejantes intenciones. Tal vez debería reservar sus oídos a propósitos más castos y no dar crédito al carácter *inquieto* del amigo de su hermano. Tampoco considero que sus palabras sean las más correctas para que una dama trate un tema similar.

La naturaleza solemne en porte y aguda en conversación de la hija de los Crawford había significado algún tipo de distinción para Larousse del resto de damas. Sin embargo, aquel comentario demasiado en sintonía con la condición ociosa en exceso que presentaban algunos de los caballeros sentados a la mesa le recordó demasiado a lo que Maryanne haría en una situación semejante si las pautas de su hermano o sus padres no hubieran sido lo suficientemente férreas como para pensárselo dos veces. Maryanne era joven, sí. Pizpireta también. Y se dejaba engatusar con facilidad por las sonrisas amplias y las miradas traviesas. Era responsabilidad del hermano mayor dibujar una línea entre lo que podía y no podía hacer, como tempranamente se la habían dibujado a él también, de una forma mucho más brusca. No quedaba, pues, gran ilusión en la mirada de Edrick Larousse para llevar a cabo casi ninguna empresa, y no solo eso, sino que amenazaba con envenenarse a sí mismo y a los que le rodeaban. Causa seguramente de semejante ardor, no tardó en surgir de la nada un espinoso dolor en su sien, algo a lo que ya estaba acostumbrado. Igualmente punzante se levantó la voz de Arthur, inequívocamente molesto por las insinuaciones de aquel hombre que se atrevía a juzgar a su hermana.

—Por suerte o desgracia para mi querida Catherine, ella misma se ve obligada a escuchar en más de una ocasión las peripecias de su hermano junto al señor Weston. De lo único que es culpable es de prestar comprensivos oídos a quien reclama su preciada atención.

Estoicamente afectada por quien para ella no era nadie, el ceño de Catherine Crawford se frunció de forma inesperada y silenciosa. Habiendo sido arropada por la agudeza y la sorna que destilaban algunos de los comensales, la mujer, de nuevo, se había creído falsamente libre para permitirse derrochar ella también el ingenio que siempre se afanaba por demostrar, luchando por mantenerse a la altura del sexo opuesto. Sucedió entonces que una ráfaga de aire, cortante como la hoja de papel más traicionera y de nombre Larousse, se había llevado su libertad en un abrir y cerrar de ojos. De la forma más humillante, además, apelando al decoro femenino, casi tan obligatorio como degradante para alguien similar a Catherine.

Así sería la primera impresión de la mujer sobre un caballero que prometía no dejar indiferente a nadie, mucho menos a ella, aunque rezara por no tener que volver a intercambiar palabras con él durante su larga estancia en Allerdale. «Pomposa su presencia, prepotente en su esencia», lo definió con velocidad poética la pasión que siempre acompaña a quien entre palabras se siente cómoda para llevar a cabo un necesitado desahogo.



Allerdale Park resultaba un lugar de renombre donde cualquier dama o caballero que se preciara gustaba de recibir siempre una invitación para así disfrutar de su magnificencia, sus cuadros, las telas, los jardines y, sobre todo, de los anfitriones y sus atenciones.

Pobre fue la suerte, sin embargo, de quienes asistieron a aquellas jornadas, pues los conductores de la velada pecaban de vírgenes en dichos quehaceres. Y aunque la señorita Fitzherbert se esforzara por dar la talla, su hermano no parecía ponerle las cosas fáciles. Dedicaba más atención de la cuenta a quien no debía, luchando por sobrevivir sin rasguño alguno entre los comentarios de los caballeros y convirtiendo aquella cena que prometía ser tediosa en un juego de niños que, con gruesos trazos, pintaba grandes expectativas en el lienzo de James.

Una obra, sin duda, llena de colores donde cada quien dejaba huella a su paso sin importar que los tonos no encajaran, generando la apoteosis hecha cuadro y también cena.

El anfitrión escapó al fin de sus ensoñaciones y se puso de pie con la copa en la mano.

—Me gustaría hacer un brindis. Por los hermanos Weston, que estoy seguro endulzarán nuestros días. Por los hermanos Crawford, quienes, no me cabe ninguna duda, no tardarán en sorprendernos. Por los hermanos Larousse, joyas raras pero de caprichoso valor. Y, por último, por mi querida Lilibeth, que goza de la templanza que Dios le ha dado para tolerar a un incorregible de mi talento. ¡Por Allerdale Park!

Las copas de todos se alzaron y, con aquel canto a la alegría, dieron comienzo los días felices en la mansión de los Fitzherbert.

Al menos, para todo aquel que estuviera dispuesto a aprovecharlos.

La sombra del orgullo

Lejos quedaba ya la cena de bienvenida que tanto había dado de qué hablar. Unas veinte horas para el que precise de exactitud y un lustro para el que goce de fantasear jugando al escondite con el reloj a placer. Tiempo suficiente para que una urraca diera a luz, para que un conejo exhalara su último aliento, para que la rosa bebiera de su néctar predilecto hasta requerir más, hambrienta.

Veinte horas, sin embargo, suponían, para la menor de los Crawford, poco más que un suspiro.

Catherine, libro en mano y atrapada en el embrujo de lo eterno y lo intangible, pasaba aquellas hojas manchadas de grandes palabras y pensamientos todavía mayores mientras sus pies le llevaban hasta la biblioteca de los Fitzherbert, donde terminó por sentarse en un sobrio sofá que daba la espalda a una de las estanterías. Y no eran pocas, pues tres de las cuatro paredes estaban repletas de libros que aunaban con elegancia lo vetusto y lo sinuoso en sus lomos. Al contrario que el resto de la mansión, la biblioteca se presentaba ciertamente más recogida e íntima. Lo copioso no era plato de buen gusto para el cabeza de familia mientras atendía sus quehaceres y así lo hizo ver desde el primer día, encargando una decoración parca.

El ensimismamiento de la joven, no obstante, no le permitió ser consciente de que no se encontraba sola en aquella habitación. Contrario a lo que parecía sucederle al caballero sentado al escritorio, de espaldas al gran ventanal enterrado en aterciopeladas cortinas, al que cualquier presencia le incomodaba y que había sido consciente de aquella inesperada visita desde el primer momento.

Para desgracia de la señorita Crawford y también del caballero presente, este respondía al nombre de Edrick Larousse, además de responder al título de presencia más indeseada para Catherine.

No fue hasta que la pluma de este decidió suicidarse dramáticamente contra el suelo —casi como si su dueño no lo hubiera hecho a posta—, que la mujer salió de sus cavilaciones personales para captar la presencia de Larousse.

Ambos desearon que la noche anterior se hubiera resuelto de otra forma, únicamente para no tener que sentir a quemarropa aquel antagonismo que había impreso de manera irremediable en Catherine Crawford un desdén plomizo por la figura que le acompañaba.

—Creía que estaba sola. Aunque supongo que, siendo usted el que me acompaña, es como si lo estuviera.

Sus pensamientos y palabras se confundían con lo que sus ojos seguían devorando entre aquellas hojas mientras el gesto de Larousse se contrariaba al escuchar tanta sinceridad en voz alta, sin atisbo de prudencia a la vista.

—Tal vez podría ponerse en pie y volver a emprender su propio camino. Le juro que no la detendré, incluso haré lo posible por borrarla de mi recuerdo. Así usted podría librarse de mi persona y yo podría volver a disfrutar de la compañía de la seductora soledad. Quizás también la de las arañas posadas sobre la literatura grecorromana. —Sus ojos señalaron el lugar desafortunado donde dicha sección descansaba, en lo alto de una estantería que nadie parecía haber consultado en años—. Dispuestas a proclamar su propia *polis* con ciudadanos de ocho

patas.

Las palabras de Larousse volvían a ser espinas entre rosas y cualquiera que hubiera esperado desenlace distinto, se habría llevado una decepción. Su carácter no distaba demasiado al de la noche anterior, sintiéndose decepcionado aquel que esperara que la luna inspirase su lado más inclemente y el sol le devolviera la humanidad que había perdido. «No», pensó Catherine al escucharle. «Esas cumbres borrascosas parecen lóbregas todo el año». Y aunque en condiciones normales la dama hubiera pedido disculpas y continuado con sus lecturas en otra parte, el carácter de Larousse la incitó a hacerle la vida imposible en la medida en que su propio ingenio se lo permitiera.

Una sonrisa se manifestó en su rostro. Era una fina línea serpenteante que amenazaba «intente moverme de aquí». Sus ojos le dedicaron un segundo al hombre antes de volver a posarse de nuevo en el libro que tenía entre manos, como si Larousse solo mereciera uno de sus sentidos y no durante demasiado tiempo tampoco.

—Lamento que mi silencio impida su concentración en lo que seguramente serán los escritos más importantes de la humanidad, por encima de la *Santa Biblia* o las *Catilinarias*.

Los escritos del caballero no eran ni mucho menos comparables a la huella de las creaciones mencionadas por Crawford. A pesar del orgullo que este emanaba, dejó que por un segundo aquellas palabras le convencieran de cuan vacua se había vuelto su existencia, endeudada en compromisos y responsabilidades, esgrimiendo vacíos párrafos dedicados, no a fluir por el mismo río que sus escritos por excelencia, sino a formar parte de aquel tedio al que se había amoldado espantosamente rápido.

—«¿Hasta cuándo abusarás, Catilina, de nuestra paciencia?» —recitó rápido como el rayo, extrayendo sus palabras de la mencionada obra de Cicerón y dejando a su paso un relámpago de ironía y burla.

«Endiabladamente hábil», pensó Catherine, dedicando otra fugaz mirada a Larousse según este se acercaba con la intención de compartir su sofá. Asimismo, la mujer alzó la vista un poco más, buscando seguir la viscosa tela de pensamiento que el hombre había lanzado sobre ella para atraparla cual insecto despistado, atrayendo su mirada hacia la última balda de la estantería, donde aquellos libros abandonados recibían sus primeros elogios en siglos.

—Me intriga saber qué clase de majadero pone la literatura grecorromana tan a desmano. Supongo que no podría ser otro que el señor Fitzherbert —dijo ella.

Una obra de Esquilo se desprendió de las manos de Larousse y se precipitó contra la mesita frente a Catherine antes de que este asegurara haberla salvado de aquella democracia arácnida horas antes.

—Me extraña que el señor Fitzherbert tenga algo de Esquilo siendo, seguramente, Plauto modelo e inspiración en cuanto a su carácter de charlatán. En el caso de que abriera las páginas de alguna de sus obras, lo cual me extrañaría doblemente. —Y entonces la curiosidad, pérfida compañera de las mentes más despiertas, se manifestó, inesperada—. Tal vez peque de evidente, pero el libro que ha rescatado, ¿no será *Prometeo encadenado*?

Aquella pregunta, una que por fin era legítima y no borracha de ironía o rencor, quedó huérfana de respuesta.

Por ese mismo motivo, la mujer creyó conveniente posar sus ojos al fin en Larousse, sentado ya en el mismo sofá que ella desde hacía unos escasos segundos, y que se las ingeniaba para que un ingente mal no saliera de sus sienes, sujetándolas apesadumbrado por un dolor incipiente, similar al de la noche anterior.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, odiándose por sentir un mínimo atisbo de bondad hacia

aquella figura réproba.

Hubo un tiempo que ya nadie recuerda en que Edrick Larousse no era tan propenso a las jaquecas. Aquel en que todavía se permitía soñar, cuando su destino, a pesar de estar ya apalabrado, le era desconocido.

—Me temo que no. ¿Sería tan amable de acercarme un vaso de agua? Sin arsénico, a ser posible.

Aun minado en sus capacidades, su ingenio se atrevía a jugar con el carácter de la mujer, a riesgo de quedarse sin ayuda. Daría gracias más adelante porque el motor de Catherine no fueran precisamente los buenos modales, sino aquel perverso trato que avivaba su lengua viperina.

—No es que no disfrute de ese dolor de sien que parece quitarle la vida y el escaso ingenio que le queda a la par, pero ¿podría hacerme un favor? —Crawford se levantó, sirviéndole un vaso de agua y dándoselo a continuación—. Cierre los ojos si va a dejar de respirar. No quiero que su espíritu me persiga incansable al ser la primera persona con la que su cuerpo, inerte, termine topándose.

No obstante, y a pesar de sus palabras, Catherine se levantó para dirigirse hacia las gruesas cortinas de terciopelo y las corrió, sumiéndolos a ambos en la oscuridad. Por suerte, las puertas todavía estaban abiertas, así que la luz se dejaba intuir, sin importar que fuera a duras penas.

—Le traeré algo más que agua, no se mueva de aquí —manifestó, mientras salía de la sala para buscar al sirviente más cercano y conferirle la responsabilidad de preparar una tisana para el señor Larousse que ella misma le llevó en mano.

Catherine regresó al sofá compartiendo esa vez algo más de cercanía con Larousse, como si no se detestaran, sino que casi exclusivamente se toleraran.

—Tómese esto.

—¿Cuál es el ingrediente secreto? ¿Cantarella? ¿Tal vez la traicionera cicuta que mató a Sócrates? —preguntó él, suspicaz.

—No se preocupe, ya no quedaba ningún veneno que se precie en la cocina, así que han tenido a bien prepararle una infusión clásica. Otro fallo más en el servicio de los Fitzherbert.

El propio anfitrión de Allerdale había atentado de forma humorística contra la figura de Larousse en más de una ocasión durante la noche anterior, creyendo que él no lograba escucharlo a pesar de su cercanía. O peor, que lo escuchaba con total claridad. «El vampiro», se le había escapado mientras el servicio servía los dulces que acompañaban al postre. Ese había sido el primero de muchos apelativos de todo menos cariñosos. Sin embargo, ¿qué se podía esperar de James Fitzherbert, que tenía apodos para todos en aquella casa? Tal vez los negocios no fueran lo suyo, pero ser cabeza de circo lo llevaba como nadie.

Catherine hizo memoria y abandonó dificultosamente su cara de hastío para dejar paso a media sonrisa causada por la poca vergüenza del anfitrión en sus motes más que acertados.

—Déjeme preguntarle. ¿Se está usted comparando a Sócrates? Porque le recuerdo que incluso él esperaba a conversar debidamente con las personas antes de juzgarlas —soltó la mujer elegantemente, recordándole los infortunios de las aciagas palabras que había tenido la poca amabilidad de usar con ella la noche anterior—. También decía que la muerte podía llegar a ser la más grande de las bendiciones, por si quiere replantearse mis maliciosas formas con las infusiones.

El filósofo, además, proclamaba que, de los odios más mortíferos, a menudo surgen los deseos más profundos. ¿O era al revés?

Oh, pero Edrick Larousse no iba a satisfacer con tanta facilidad los deseos de Catherine con una sentida disculpa. No cuando podía excusarse de nuevo en las incorrectas formas de ella,

poco idílicas en una dama.

Fue entonces cuando la más joven de los Crawford se preguntó por qué otro de los apelativos de Fitzherbert, «obtuso», había recaído durante la cena sobre alguien como su hermano, cuando Larousse parecía deseoso de recolectar cada atisbo de contrariedad o desdén de cualquiera de los presentes, sin importar el momento.

—No me disculparé porque mi presencia no cause el mismo impacto que una silla de comedor —contestó ella—. Creí, por su actitud, que le estaba haciendo un favor desvelando las ideas de un público del que debería cuidarse y cuidar a su hermana. Mi imaginación está bien tal y como está, señor Larousse, creyendo erróneamente que los caballeros de verdad todavía existen. O peor, que saben valorar cuándo una se separa del mobiliario en cuanto a presencia, actitud y pensamiento, cosa que no todas las damas pueden o quieren hacer.

Las mejillas de Catherine se encendieron y, preocupada por ofrecer una cara enojada, volvió la vista hacia otro lado el tiempo suficiente para que Larousse la mirara tan ofuscado como curioso, pensando en una pasión que le recordaba a la de su hermana, pero bañada de la sabiduría y sensatez propias de un carácter moldeado con mayor acierto. Como si las lagunas en el discurso de Catherine brillaran por su ausencia mientras que lo que brillaba en el discurso de Maryanne era de todo menos sentido común.

—Me impresiona que lea a Esquilo —continuó ella, sonando casi halagüeña—. Me impresiona porque estoy segura de que ha pasado sus ojos por descripciones de heroínas envidiables en esas lecturas tuyas, pero si se encontrara con ellas en su día a día, tacharía su comportamiento de «poco recatado» de igual forma. ¿La hipocresía es marca de la casa en su familia? Porque debería poner sobre aviso a mi hermano antes de que se apresure a comprometerse con la suya.

Larousse se rio fugazmente, en la medida en que pudo y en la medida en que recordaba cómo se hacía.

—Su lengua parece un ave descontenta con el resto del corral, picoteando aquí y allá. Reconozco que eso le confiere cierto encanto, si puede llamarse así. Pero me pregunto por qué ha decidido insistir en pulir mi idea sobre usted con tanto ahínco si no me conoce de nada y en esa misma medida también va a afectar mi presencia a su vida.

Catherine asumió que el hermano de Maryanne intuía que aquel malestar en sus sienes le llevaría pronto a la tumba. Y probablemente lo hiciera, pues contaba con más años que ella. ¿De qué otra forma habría dejado escapar algo parecido a un halago apretujado entre tanta palabrería tediosa?

—Porque, señor Larousse —Su actitud ya no parecía molesta, quizás solo triste—, si usted lo piensa, nada impide que otras personas lo piensen. Y supongo que entiende que nadie está a salvo de los rumores en esta sociedad todavía más peligrosa que mi lengua «picoteando aquí y allá».

Aun habiendo contestado, la muchacha no pudo evitar preguntarse si habría algo más detrás de aquel descontento con la sociedad o si solamente se movía basándose en infantiles caprichos o carencias que ella misma buscaba disfrazar con telas impregnadas de hechos trascendentes. Desgraciadamente, Sócrates no podía ayudarla en aquel momento a conocerse a sí misma. Cosa que, por otro lado, tampoco habría hecho de tener ocasión, pues detestaba la figura de la mujer.

—¿Sabe? —preguntó él—. Creo que tiene razón con respecto a su hermano y a la mía. Si Arthur Crawford no ha podido contener el carácter de su hermana, permítame adelantarme al hecho de que no vaya a poder tampoco hacerlo con el de la mía.

—Mi hermano no necesita «contener» mi carácter como si fuera un animal salvaje al que hay

que encerrar para así evitar daños mayores. A pesar de pequeñas diferencias, nos asemejamos en lo importante y valora mis peculiaridades sabiendo que no había muchas posibilidades de ser como soy, dado el carácter de nuestra madre. Créame, señor Larousse, cuando le digo que ni su hermana ha conocido un caballero como Arthur ni lo conocerá jamás.

Lo cierto era que Edrick Larousse nunca había escuchado una mala palabra de los hermanos Crawford. No al menos dentro de los círculos que frecuentaba, donde casi exclusivamente se hablaba de dinero y propiedades. Conocía la elegante disposición, así como los modales del hermano mayor y había oído hablar de Catherine. Como dama y como dama a la que otras damas temen.

Dado que el silencio fue la inequívoca respuesta de Edrick debido a su malestar, la mujer, cargada todavía hasta los dientes de orgullosas balas, le dedicó una mirada que fue perdiendo intensidad hasta parecerse más a la de alguien caritativo. Así fue como habló a continuación, en consecuencia:

—Nuestro padre también sufría de migrañas en ocasiones. No era muy agradable cuando le sucedía.

Las manos de Catherine, apesadumbradas como su actitud, jugaron a un juego viejo al posarse sobre las sienes del caballero, buscando masajear estas con suavidad. La misma suavidad que la mujer aplicaba en más de una ocasión a su difunto padre durante aquel malestar que le había hecho abandonarles.

La cercanía logró que la imagen de Larousse se suavizara a ojos de Catherine, aprovechando esta para alimentarse de aquel rostro. El caballero lucía una nariz recta pero prominente y sus labios eran pequeños aunque sentidos. Al amparo de la tenue luz que emanaba de la puerta entreabierta, no se apreciaba su palidez, pero a la mujer sí le alcanzaba la vista para observar una ondulada cabellera negra que resultaba incluso cuidada y un nudo en su corbatín de los que usan los hombres que ya se han acostumbrado a dejar de respirar. Tal vez, también, a dejar de vivir.

La respuesta de Larousse ante el gesto de Catherine se tradujo, después de un rato, en una rigidez incómoda y, aunque reconocía que el dolor se difuminaba al compás de los dedos de aquella mujer, abrió los ojos y clavó su mirada en la de ella, antes de sujetarla de la muñeca, intentando no ser brusco, para advertirle que aquel baile había llegado a su fin.

Crawford no parecía ser la única con los ojos azules en aquella sala, pero mientras que su mirada se apreciaba silenciosa y cansada casi desde la cuna, Edrick Larousse tenía una profundidad inusitada en la suya, acentuándose con aquel gesto solemne que le acompañaba a todas partes.

—Va a tener que disculparme, pero creo que lo mejor será que me retire a descansar —aclaró Larousse, abandonando el sofá—. Buenas tardes, señorita Crawford.

«Y gracias», le arrancó en el último momento. Una cortesía afectada que luchaba por no manifestarse con palabras, pero que terminó rindiéndose a lo que Edrick Larousse podría comenzar a llamar embrujo tarde o temprano y que, suponía, había venido del contacto con la señorita Crawford o de su sospechosamente inofensiva infusión.

Finalmente, Edrick Larousse abandonó la sala y las puertas del despacho del señor Fitzherbert se cerraron como cerradas estaban las cortinas.

Dejando, por el contrario, a Catherine Crawford con los ojos bien abiertos.

La sinfonía del caos

Al día siguiente, y a riesgo de parecer curiosa en exceso, la hermana menor de los Crawford ya había ojeado una por una todas las estancias de la hacienda Fitzherbert. Aprovechaba las ocasiones en que su hermano no estaba disponible o las actividades propias del resto de damas que le resultaban soporíferas para hacerlo. Había fisgoneado entre los libros de los anfitriones, sus esculturas y los cuadros colgados, preguntándose cuál sería la historia de cada uno. No obstante, existía una habitación a la que todavía no se había acercado: la sala de música.

Aquel lugar terminó incitándola a descubrirlo por méritos propios, siendo sus oídos los primeros en captar algo que sus ojos terminaron por secundar, pues un caballero intentaba dar forma a sus pensamientos usando las teclas, aun quedándose corto en algunas notas y alargando otras en exceso.

Catherine no tardó en apoyarse en el marco de la puerta de aquella sala de música, cruzando los brazos, pensativa y expectante ante el virtuosismo —o, quizás, la falta de este— que presentaba Christopher Weston.

—¿Sabe por qué —interrumpió ella, sin demasiada vergüenza— somos las mujeres las que acostumbramos a tocar instrumentos? Porque los hombres no logran conectar con la música como deberían. Se pasan la vida ocultando sus sentimientos o haciéndose inmunes a ellos y así les va, incapaces luego de sentir lo que tocan, convirtiéndolo en algo mecánico.

Catherine no quería comenzar ninguna guerra —al menos de momento—, por lo que esperaba que su semblante serio no hubiera impregnado su comentario de esa misma sensación. Mientras tanto, Weston, obligado por el protocolo, se levantó para ofrecer una reverencia a aquella joven cuya falta de vergüenza la asemejaba a un elefante haciendo acto de presencia en una cacharrería.

El caballero, que en condiciones normales solía presumir de una férrea seguridad en sí mismo, ya había aprendido, con la velocidad que imprime la experiencia, a esperar lo inesperado de aquella mujer.

—Reconozco que no estoy orgulloso de lo que acaba de escuchar. No sé qué tal se le dará a usted expresar sus sentimientos, pero de momento ha demostrado que ridiculizarme se le da mejor que a nadie. ¿Podría, si es tan amable, hacerme el honor de ayudarme a *expresar esos sentimientos* con un poco más de maestría? Si no es mucha molestia —preguntó Weston señalando el taburete, fiel amigo de aquel piano.

Fue inesperado, en parte, que el caballero admitiera sus no del todo loables logros con las teclas. Así pues, Catherine atisbó una pizca de frustración en su mirada y, por primera vez en presencia de Weston, decidió comportarse con algo parecido a la bondad y no como una víbora sedienta de sangre. Las palabras de Christopher también ayudaron a que Crawford pudiera ver a este como algo más que un bufón —acorde en carácter a su amigo James—, aunque... ¿tanto como un caballero?

—Uno no puede expresar aquello que no posee, señor Weston —bromeó, no del todo convencida de la hipocresía de sus palabras.

La petición del hermano de Amelia empujó a la mujer a sentarse en el taburete mientras él se

atrevía a observarla, todavía de pie. Catherine permitió entonces que sus dedos danzaran alegres por las teclas del piano, no pudiendo tomarse en serio que su acompañante quisiera oír las auténticas notas que vibraban en su espíritu amargo, puesto que incluso Arthur se entristecía cuando lo hacía.

Las flores parecían abrirse con los sonidos que emitía la mujer, pero, como ella misma había declarado con anterioridad, al no sentir nada de aquello, sus dedos trabajaban de forma mecánica sobre las teclas, hipócritas como ellos solos. Casi tanto como Weston, podríamos decir, que se descubrió a sí mismo observando a Catherine con recelo. Al parecer, su perfil tenía más interés para el caballero que la posición de sus manos en el piano.

—¿Sabe? No disfruto ridiculizándole —soltó ella cuando por fin se detuvo sobre las teclas blancas, contestando todavía a las palabras de Weston ahora que su hermano no estaba para juzgarla. Tampoco el señor Larousse—. Al menos, no demasiado.

Los ocurrentes comentarios de Catherine no eran más que una bocanada de aire fresco, la única ventana abierta en una habitación minúscula que oprimía su pecho. La sensación de que, por un instante, no era un simple objeto de comercio, que podía tomar decisiones y poseía la libertad que más recelosamente se asemejaba a la de un hombre. La joven Crawford podía parecer muchas cosas a simple vista, pero, por dentro, todo ese cinismo ahogaba ilusiones y esperanzas que, si dejaba libres, terminarían con ella. Bendito salvavidas era la literatura para su corazón y, aun con todo, peligrosa, alimentando esas fantasías absurdas.

—Supongo que mientras lo disfrute en la medida que se espera de usted, como mujer pudiente y... ¿discreta? —bromeó—, no hará saltar las alarmas de nadie.

—Querrá decir mientras lo *demuestre* en la medida que se espera de una mujer de mi clase, pues nadie tiene por qué saber los límites de mi auténtico disfrute. Al fin y al cabo, ahora que vivimos en la época de máximo esplendor de este país, ¿por qué las mujeres no vamos a poder disfrutar de nuestro máximo esplendor a la par?

Un rápido vistazo a la escena con esa capacidad de englobar lo que no se puede ver con los ojos, hizo que Catherine pensara en Arthur. Aunque era consciente de que Christopher Weston no pertenecía nada más que a sí mismo, la mujer sintió que algo no estaba haciendo del todo bien en aquella sala, a solas con el mejor amigo de su hermano. Sin embargo, ¿cuándo había hecho algo Catherine Crawford acorde a lo que se esperaba de ella? ¿Y cuál era la diferencia con el encuentro que había tenido el día anterior en la biblioteca con Edrick Larousse? ¡Oh, desde luego! Christopher Weston no era un completo fastidio. El fastidio solo se manifestaba en él a medias.

—Su turno —advirtió Catherine, antes de que Weston tomara asiento a su lado.

Aquella renovada cercanía resultaba extraña para ambos. Tan extraña que la menor de los Crawford tuvo que elevar la vista disimuladamente, fingiendo estar distraída mientras intentaba acostumbrarse. No importaba cuántas veces se hubiera burlado de Weston en los días que llevaban allí, ya que aquello no dejaba de ser nuevo e incómodo para alguien que se jactaba de alejarse de todo lo que pusiera una sonrisa en boca de su madre, como era la idea de ver a su hija casada con aquel hombre.

Ah, pero una vez más la joven Crawford parecía hacer gala de su característica hipocresía, la cual no guardaba solo en sus dedos. Así, esperando el caballero encontrarse solo en aquella batalla de blancas contra negras, Catherine decidió no retirar sus manos del piano en el último momento. Lo justo como para que, sobre las teclas, no hubiera únicamente veinte dedos en posición de ataque, sino un roce inocente entre sus manos y las del otro concertista, decidiendo, espontáneamente, que lo más correcto era tocar a la par. Y a la par parecían moverse también sus

intenciones, hasta que los roces inocentes se duplicaron e incluso quintuplicaron alarmantemente.

Contrario a lo que la Crawford esperaba, las primeras notas de su acompañante calmaron el brío de las suyas. Cuando sus manos se rozaron, no obstante, frunció el ceño y los labios mientras en ella surgía la necesidad de respirar hondo antes de pensar dónde se había metido.

Catherine podía ser muchas cosas —o, al menos, fingir serlas—, pero solo su hermano sabía que, en el fondo, no era otra cosa que una gran cobarde. Demasiado acostumbrada como estaba a la paz, a su espacio personal, a la seguridad de no hacer más que aquello que quería hacer cuando quería hacerlo —sin contar con las obligaciones propias de las que, de vez en cuando, se escabullía—, la idea de sentirse incómoda pesaba demasiado sobre ella y, cuando buenamente podía, huía. ¿Cómo huir, sin embargo, de semejante situación sin dar una impresión equivocada? La única forma que se le ocurrió a Catherine para huir fue la música. Así, inspirada por las notas de Weston, la dama bajó el ritmo y el tono, sintiéndose notablemente más cómoda gracias a lo que estaba tocando, más acorde a ella. Hasta los aspavientos, que de vez en cuando recibían algún roce, se convirtieron en algo agradable.

—Reconozco que mi hermana es, en ocasiones, la brújula que necesito si mis dedos no saben hacia qué posición mirar cuando me siento frente al piano —interrumpió Weston, más nervioso de lo esperado por aquel silencio que rivalizaba casi con la música para ser escuchado.

—Si su hermana toca el piano la mitad de bien que se le dan otras cosas, seguro que es una magnífica concertista.

La interrogación que se dibujó en el rostro de Weston le hizo equivocarse en más de una nota, recibiendo, a continuación, la susodicha reprimenda.

La conversación vacua también era un grato aliciente que restaba importancia a lo demás. O, al menos, eso se molestaban ambos en fingir.

Casi sin darse cuenta, la melodía que escapaba de sus dedos para rezongar en sus oídos comenzó a entenderse como una conversación sin palabras entre ellos, cargada de juegos y reproches —Weston, con un acento más grave que antes, y Catherine, desplazándose a una voz más aguda—, hasta que ambos decidieron solidificarse en cuanto a la intención de sus notas, diciendo prácticamente lo mismo al unísono. Un espectáculo agradable tanto de oír como de contemplar, pues la compatibilidad de sus voluntades y lo rápido que uno se había amoldado al otro eran hechos cuanto menos disfrutables.

Crawford, desde luego, sí los disfrutó, y su rostro se encargó de demostrarlo con media sonrisa de la cual ella ni llegó a percatarse. Weston no se quedaba atrás, pues aquel pequeño juego le había instado, incluso, a atreverse para tocar la parte que pertenecía a Catherine, pasando decididamente su brazo derecho tras ella, casi arrinconándola suavemente contra el piano.

Puede que hubiera esperanza para los hombres que no sentían lo que tocaban, pero, ¿y para las mujeres que no aceptaban lo que sentían cuando un hombre las tocaba?

Para una como Catherine no. Ella era capaz de perder la mirada en una muesca grabada sobre las teclas, concentrándose en que su respiración no fuera tan evidente como para alertar a alguien que en aquel momento podía estar auscultándola desde peligrosamente cerca. No, no había ninguna esperanza.

Entonces sucedió.

La joven Crawford falló no una, sino dos notas. Tres, en cuanto tuvo oportunidad. Sus manos se rindieron ofendidas sobre el teclado, acabando con todo lo que habían creado en aquel momento. Si bien el espacio entre teclas no era el suficiente y, puesto que había estropeado la

racha también a su acompañante, forzando que se detuviera, parte de la mano de Catherine terminó haciéndolo sobre la de Weston sin esperarlo, buscarlo o incluso... desearlo.

Cuando el silencio brotó necesario en contraposición al calvario ridículo que ambos estaban sintiendo por dentro, culpa de aquella traicionera melodía a dos manos, de la cercanía aparentemente incómoda y de dos actitudes muy suyas, Christopher Weston, tan quedo en su mirada hacia aquellas dos manos como la propia Catherine, se atrevió a dejar escalar su meñique sobre el de ella sin pedir permiso a nadie.

Aunque puestos a pedir permiso, Weston estaba a punto de poder hacerlo, pues Arthur no tardaría en incorporarse a aquel juego que se fingía inocente, pero que alarmó inesperadamente al mayor de los Crawford cuando se dejó ver en el marco de la puerta y sus ojos captaron lo que no debían.

—Más te vale que alejes tus manos de mi hermana —interrumpió Crawford, dedicando su inesperada visceralidad a su amigo.

La repentina aparición de este avergonzó todavía más a Catherine, que apartó prontamente sus manos del teclado, ocultándolas en su faldón.

Nadie podía culpar al mayor de los Crawford por intentar proteger a su hermana de alguien como Weston. Resultaba curioso cuán rápido Arthur había olvidado que entre él y Christopher había una amistad y que, si continuaba viva después de tantos años, escondía un porqué. En su lugar, su mente se llenó de juergas y borracheras, de compañías altamente peligrosas como lo era James Fitzherbert. Al fin y al cabo, cuando se trataba de su hermana, toda precaución era poca.

—¿Dónde está tu doncella? —preguntó Arthur.

Aquel comentario le supuso a Catherine un regusto de, por lo menos, un siglo atrás.

—¿Cuál de todas ellas? La señorita Fitzherbert tiene para elegir aquí, en Allerdale, y todas son igual de insulsas. Me sorprende casi tanto como a ti que alguien no soporte mi compañía aun cobrando por ella. Supongo que usted también querrá su parte del botín, ¿no, señor Weston?

A pesar de que Catherine se mantenía rígida en actitud cuando algo no iba como debería, Weston se disculpó casi al instante con su amigo. Aunque tampoco se le podía echar nada en cara por sentir su corazón resquebrajarse al recibir aquel trato de Arthur.

—Seguro que a las malas lenguas de esta casa les encantará ver cómo compartís una dulce sonata y cuchichear sobre el resto de cosas que seguramente hacéis a espaldas de los demás, pero, querida Catherine, estoy seguro de que tu parte favorita será aquella en la que tengas que casarte con un hombre al que no amas porque los rumores os sitúan ya al pie del altar.

—Señor Weston —interrumpió la hermana de Arthur con un tono de voz alejado del sosiego—, ¿podría dejarnos a mi hermano y a mí solos, por favor?

Casi ni esperó a que Weston desapareciera para levantarse airadamente y acercarse a su hermano con intención de decirle algo terrible que terminó por callarse, mirando a este como si no mereciera la pena discutir con semejante *obtusos*. Negó, a continuación, con la cabeza, y se marchó de la sala a paso ligero, haciendo incluso más ruido que de costumbre con sus zapatos, dando a entender que aquella vez sí que estaba enfadada por la actitud de Arthur.

Y, tal vez, por la suya propia, dejando que los «límites de su disfrute» se expandieran en compañía de Christopher Weston sin permiso. Más todavía cuando había pactado consigo misma sincero desdén por quien fuera el elegido de su madre para soterrar su libertad.

Cartas a Prometeo

Lejos de la tediosa compañía de «aquella a la que las mujeres temen», Edrick Larousse había disfrutado de cierta paz con el transcurso de los días.

Aquel, concretamente, no sería uno de esos, pues un griterío constante amenazaba con echar abajo las palabras que, con singular maestría, estaba uniendo en su carta al señor Carlton Gainsbourg, compañero en algunos de los negocios que su padre comenzaba a legarle.

Decidido por fin a tomar medidas cuando las palabras comenzaron a estrangularse a sí mismas en su cabeza, Larousse se levantó airado y abrió la puerta de aquella biblioteca que hacía las veces de despacho del señor de la casa, donde cómodamente había asentado algo parecido a su oficina particular —pues el joven Fitzherbert no terminaba de dar señales de querer dedicarse a nada que tuviera que ver con frecuentar ninguna actitud adulta; no, al menos, mucho rato seguido—. Así fue como encontró, en la sala contigua, a tres pequeños demonios que se fingían niños e, impasible, alzó la voz hasta que estos abandonaron la habitación.

«Son los hijos de los señores Hainsworth», aclaró prontamente una sirvienta, asegurando que, aunque estuvieran de visita junto a sus padres, no volverían a molestar a nadie en aquella casa.

Calmado ya —al menos en parte, por haber solucionado su conflicto con la acústica de sus pensamientos—, Edrick Larousse se topó con una carta fuera de su sobre.

Los Hainsworth, parecía ser, habían criado a tres pequeños ladronzuelos que, antes de decidirse a compartir el botín, se habían dedicado a jugar por toda la casa recolectando pertenencias ajenas.

El interés de Larousse no se manifestó hasta que observó de un vistazo rápido que aquella carta estaba firmada por Catherine Crawford y dedicada a un tal «señor Lancaster», haciéndose conocedor, a continuación, de sus palabras:



Respetado señor Lancaster,

Después de mucho considerarlo, me he dado el privilegio de pensar en usted. Un pensamiento de lo más prescindible, coincidiremos. No obstante, la curiosidad es mala compañera y por ello espero que me permita cavilar los porqués de su ser y estar hasta saciarla del todo.

Sé que el mero hecho de saber que su presencia se pasea libremente por el pensamiento de una mujer es más que suficiente para que se sienta sorprendido, avergonzado, incluso ultrajado. Le pido, sin embargo, que no vuelva a cometer el mismo error de juzgar mis pensamientos, pues lejos de aportarme algún tipo de satisfacción, he de decirle que me siento casi tan superada por la

repulsión como le sucede a usted con las mujeres descaradas.

Temo que no sé por dónde empezar.

Creo que lo más justo es que me tome mi tiempo en contestar a algo que, por desgracia, quedó en el tintero la última vez que supimos del otro.

Usted dejó clara su confusión con respecto a *mi confusión* al hablar de lo que buscaba de la sociedad, y he de reconocerle, nada confusa, que no hay confusión que valga. Al menos en mí, pues, por mucho que yo quiera darle a la sociedad un valor, no quita el que realmente tiene. No quita que, por mucho que queramos que nuestras vidas no dependan de esa masa homogénea de absurdes accesorias que a nadie realmente le importan, eso no es posible. Como usted dijo, tal vez sí que peque de tener una mente febril en cuestiones de índole semejante, donde, aunque haya cosas imposibles de modificar, nunca faltará un idealista que lo busque ardientemente. Mi experiencia, además, le puede asegurar que será una mujer, por más que la puedan tachar de poco propia. Ya sabe a qué me refiero, usted mejor que nadie.

Me sorprende que no entendiera esa dicotomía social alguien que, estoy segura, ha tenido que hacerse a sí mismo para poder elevar su apellido o, al menos, que no coja polvo. Porque dígame si me equivoco, pero ¿es usted todo lo que querría haber sido? No hablo de fortunas o títulos, hablo de quién fuera en un pasado y cómo le vería a día de hoy: angosto, muerto en vida, con un dolor de cabeza crónico que seguramente no será casualidad, sino señal divina. Ahora pregúntese cómo es culpable la sociedad de su estado o de quién es usted, porque créame, lo es. Nos encorseta de forma cruel, arraigada en unos principios que los años no logran borrar, espoleada por personas que piensan que su existencia es algo más que polvo que el viento ya se está llevando poco a poco.

Supongo que, dados sus intereses, considerará restarle importancia a todo lo que no sea zambullirse en un lago de finanzas y negocios. Me sorprende que dedique tanto tiempo a leer tratados que se salgan de lo estrictamente económico o histórico, ya que la buena literatura sobre la que hemos podido intercambiar pareceres en un corto espacio de tiempo ayuda a expandir la mente y garantiza, por lo general, que cada cosa será dispuesta en el lugar que le corresponde dentro del ser que adquiera dichos conocimientos. Me pregunto, incluso, si no será usted mismo el que se molesta en evitar tal cosa por algún motivo que, si yo bien desconozco, posiblemente usted también.

Recuerdo oírle declarar algo parecido a un halago cuando me dijo que mi encanto era proporcional a mi indignación. Déjeme decirle que me encontraría terriblemente encantadora en estos momentos y usted, por desgracia, es el causante tanto de mi enojo como de mi sonrojo.

Aunque algo bueno sí que puedo percibir en usted a pesar de toda esta palabrería, después de mucho rebuscar, y es que tiene unos ojos preciosos y una mirada envidiable.

La dama a la que otras damas temen,
Catherine Crawford



No hacía falta ningún contexto para entender aquella misiva.

Él mismo era su propio contexto y así lo asumió con gran velocidad mientras seguía deslizando sus ojos de un lado al otro, curioso, molesto en parte, con algo de ironía en las pocas sonrisas que dejaba ver y, sobre todo, con un ímpetu que se despertó automáticamente después de terminar y que le llevó a dedicarle también unas palabras a la señorita Crawford, que más tarde asomarían bajo su puerta.



Los días transcurridos fueron más que suficientes para que Catherine se encontrara lejos de sentir paz en aquella casa. Además, seguía enojada con su hermano y, desde entonces, no habían vuelto a hablar.

La joven se preguntaba, abierta a todo lo que pudiera venir, cuál iba a ser la sorpresa de aquel día y con quién más tendría la suerte de discutir. Esperaba que fuera con el dueño de la hacienda y que así la echara pronto de allí.

Lo que no esperaba era que sus peticiones no tardarían en ser atendidas.

Por debajo de su puerta, en aquel mismo momento, asomó un sobre que rezaba «Para la señorita Chancellor». No obstante, cuando Catherine quiso abrir dicha puerta, ya no había nadie al otro lado.

Siguiendo la estela de incidencias desafortunadas de aquellos días, se sentó en el escritorio de la habitación que le habían asignado para leer una carta que no parecía dirigirse a ella, pero que alguien acababa de introducir por la puerta del cuarto.



Respetada señorita Crawford,

Primeramente, déjeme decirle que la posiciono como «respetada» por decir algo, pues usted misma se ha encargado de impedirme sustituirlo por otro apelativo, ensañándose con mi persona de semejante manera frente al inocente papel, víctima de la veloz pluma y de su ingenio voraz.

Deberá perdonarme por haber leído palabras que no iban dirigidas a mí, pero reconozco que la situación bien ha querido propiciar que conozca sus pensamientos gracias a la mano de tres jóvenes pillos que han robado parte de sus pertenencias dentro de un tonto juego infantil.

No sé si reír o llorar ante la idea de que mi imagen dance en su cabeza. Supongo que son dos emociones que rozan el exceso para algo de lo que hemos sido culpables ambos, pues reconozco, avergonzado, obviamente, ultrajado incluso, que usted también se ha presentado en los míos sin que nadie la haya invitado. Inesperada como Atenea, si quiere verlo así, brotando de las sienes de Zeus. No obstante, mientras que mi imagen parece haberla horrorizado, la suya se ha dedicado a ser compasiva conmigo como bien hizo en nuestro encuentro en la biblioteca.

No puedo sino esperar que lo escrito se reblandezca con el agua y lo dicho se desvanezca con el fuego, si tiene usted a bien recordar que ambos somos culpables de nuestros pecados y que *errare humanum est*.

Déjeme, sin embargo, hacerle un apunte que mi alma, inquieta, no me permite pasar por alto, pues, de nuevo, su imaginación galopa como el caballo que se niega a ser domado: mi destino está escrito desde que mis progenitores decidieron coronar mi cuna con la inicial de nuestro apellido y eso implica que mi deber como primogénito corresponde a lo que está estipulado para mí, antes incluso de mi concepción. Eso es y será siempre así, sea dicha o pesar lo que me embargue por ello. ¿Significa eso que no puedo disfrutar de otros mundos que no sean el mío? ¿Tiene miedo a que esa imagen de aburrido y tedioso que posee de mí se vuelva translúcida o se distorsione y se vea entonces obligada a vislumbrarme de otra manera? ¡Qué suplicio sería entonces!

Finalmente, sellar estas palabras agradeciéndole que aprecie por lo menos una mínima cosa positiva en mi persona. Intentaré recordar el dedicarle las miradas que se merece, más vívidas y menos hirsutas.

Sinceramente,
Edward Lancaster

PD: Me he tomado la libertad de elegir un nombre acorde a mi otro yo, aquel con el que conversa sin tapujos aun cuando yo no estoy. Espero que le guste.



Las primeras frases le resultaron extrañas, como si su intuición quisiera decirle ya con las dos primeras palabras de quién era aquel escrito. Sin embargo, según descendía en su lectura, se quedó prácticamente de piedra al asimilar su contenido. Tardó en leerla, imposible no reconocerlo. Y no sabría, hasta que llegara al final, la magnitud del lío en el que acababa de meterse. Lo cual la asustaba, desde luego, pues recordemos que Catherine Crawford era muchas cosas, pero, entre ellas, una cobarde.

—La carta —pronunció temerosa al releer cómo se le explicaba la forma en que se había generado semejante situación desafortunada, comenzando a rebuscar entre sus cajones y descubriendo que faltaba la carta dedicada al respetado señor Lancaster.

Catherine Crawford había adquirido una manía muy personal de dedicar cartas a todo aquel que la dejaba con la palabra en la boca o la había ajusticiado injustamente en algún momento. La mayoría de señoritas se hacían valer de un diario para tal fin, pero la joven Crawford prefería recopilar cartas que nunca enviaba, dedicadas a distintas personalidades que ni existían, pues se engañaba a sí misma pensando que un pseudónimo era capaz de hacer las veces de soldado y vigilar la correspondiente defensa de un castillo hecho de papel.

Sus párpados se cerraron con fuerza y maldijo un sinfín de veces su suerte, sabiendo al instante que ya solo podía agarrarse al *alea iacta est*.

Así fue como centró de nuevo su atención en las palabras de aquel «señor Lancaster»:

«[...] pues reconozco, avergonzado, obviamente, ultrajado, incluso, que usted también se ha presentado en los míos sin que nadie la haya invitado. Inesperada como Atenea, si quiere verlo así, brotando de las sienes de Zeus. No obstante, mientras que mi imagen parece haberla horrorizado, la suya se ha dedicado a ser compasiva conmigo como bien hizo en nuestro encuentro en la biblioteca».

La sorpresa fue doble para Catherine.

No solo el caballero había escrito algo que volvía a sonrojarla, sino que ella se había descubierto a sí misma leyendo dichas palabras más de una vez mientras las distintas tonalidades de sus sensaciones cambiaban de color sin esperarlo. Lo que no le gustaba, sin embargo, tenía que ver con la forma en la que había comenzado a sentirse: culpable por su honestidad, soberbia frente a un hombre que no podía defenderse. Y eso que no era ningún hombre, sino un papel el que recibía aquellos embates.

Muerta de vergüenza al acabar aquella lectura, se le ocurrió que lo más correcto era disculparse en persona con el susodicho. Sin embargo, como recordaremos, la hermana pequeña de los Crawford era secretamente cobarde y así se hizo su cobarde mano con una pluma, dispuesta a pedir disculpas.



Si había algo que Edrick Larousse no esperaba era que aquella retahíla de cartas no muriera con la suya. O, al menos, así pretendía darlo a entender de una forma más bien vaga: recorriendo de un lado al otro su habitación a paso ligero, llevando un pie por delante del otro como si tuviera prisa por llegar a alguna parte. Socavando un agujero en el suelo de su habitación, a rebosar de una necesidad molesta e inesperada que no sabía de dónde surgía.

Ni siquiera sus pensamientos lograron ordenarse frente a su escritorio con la autodisciplina de la que acostumbraba a presumir. Las cuentas no se harían solas, pero los números no parecían jugar al mismo juego que las palabras en aquel momento. Eran otro mundo paralelo, inferior, algo que no le decían ni le hacían sentir nada.

La respuesta de Catherine no se demoró y la curiosidad de Larousse le hizo abalanzarse sobre el papel que había traspasado el umbral de la puerta, devorando cada palabra.



Apreciado señor Lancaster,

Los zapatos de Atenea se me quedan grandes por mucho, pues tras ser consciente de que lo que nunca debería leerse ha caído en manos equivocadas, no puedo sino recomendarle que sea

otro nombre por el que se dirija a mí y otra deidad la que me represente a sus ojos: Aidos, diosa de la vergüenza, el respeto y la humildad. Según Píndaro, era, además, hija de Prometeo, y Esquilo también hace mención a su figura, así que no le sonará desconocida del todo, jugando de nuevo el destino con nosotros. ¡Más todavía cuando le cuente que su altar se erige lindando con el templo de Atenea!

Dejando, sin embargo, las deidades a un lado, lo que nos atañe aquí es completamente mundano.

Comenzaré por pedirle disculpas, pues ni las ideas procedentes de una mente tan febril le hacen justicia ni creo que yo misma estuviera cuerda del todo cuando las plasmé sobre el papel. Aunque me avergüence reconocerlo, he de admitir que, desde el primer día, turba mi ser y ofusca mi pensamiento sin proponérselo, y lo que peor llevo de todo es el desconocimiento de un auténtico porqué. Así que le recomiendo, si tiene a bien hacer caso de alguien que ha escrito todas esas cosas de usted, que haga oídos sordos a mis palabras e ignore de igual forma mi presencia. De esa manera, podrá alejarse del mundanal ruido de mi cabeza y yo no tendré que ruborizarme pensando que ha leído lo que no debería.

Me gustaría poder culpar a esos pillos de los que habla, incluso a usted por leer una carta dirigida a otra persona, pero solo sería una forma cobarde de querer ocultar quién es genuinamente la culpable de tal situación.

Me alegra también oír que nuestros pensamientos nos traicionan a la par. Aunque, tras algo así, preferiría que no volviera a pensar en mí, bajo pena de recordar semejante bochorno. Y he aquí la verdad: que de la misma forma que usted me juzgó sin conocerme, yo he hecho exactamente lo mismo. Lo cual me hace pedirle también disculpas por convertirme en aquello que censuro.

Sin usted proponérselo, me ha dado una lección sobre la hipocresía con que yo misma le taché en persona.

Así pues, no solo las palabras con las que lo describí se borrarán de mi memoria, sino que eso era precisamente lo que pensaba hacer con su persona. Pero déjeme preguntarle: ¿por qué le importa lo que yo pueda pensar de usted? Creí que le era un tema absolutamente indiferente. ¿Me equivoco?

¿Puedo también preguntarle, como curiosidad añadida, cómo hubiera querido que fuera la vida que le ha tocado vivir si su situación con respecto a su familia no fuera la que es? Lo sé, de nuevo vuelvo a engañarnos a los dos al decir que su nombre desaparecerá de mi cabeza, pero puesto que el gato no murió hasta que la curiosidad lo mató, todavía estoy esperando una lápida con mis iniciales.

No me olvido de agradecerle que haya tomado tiempo para elaborar una contestación, pues su carta me servirá como recordatorio para ser más comedida en algunos de mis pensamientos o los actos que involucren a estos.

Finalmente, le aseguro que un ser *aburrido y tedioso* jamás me haría devanarme los sesos tanto como cuando interactúo con usted. Aunque mi carta pueda haberle indicado lo contrario.

Atentamente,
Cassandra Chancellor

PD: Yo también he decidido renombrarme en este juego de dobles. El nombre de Cassandra, ya que no lo pregunta, significa «la que enreda a los hombres». Y usted, que cree que me conoce mejor que nadie, seguro que ha convenido en que este apelativo casa mejor conmigo que un nombre como Catherine, cuyo significado es el de «pura». Pero qué sabrá alguien como la señora

Crawford, ¿verdad? Puesto que tan solo es mi madre.



La sonrisa de Larousse —aquella que se afanaba por ocultar— era partícipe de muchas cosas: por un lado había conseguido avergonzar a la señorita Crawford; por otro, incluso, cavilaba ya las palabras que aparecerían en su próxima contestación.

Escribirse cartas personales bajo un mismo techo dentro de una casa ajena era un juego más que peligroso del que nadie les había advertido y del que, irremediablemente, ya no podrían escapar.



Peligroso es también cualquier juego en papel que, sin darse uno cuenta, termina por cortarnos si realizamos el movimiento equivocado. Y no, no es un corte normal el del papel, sino que es tan minúsculo que no lo percibimos hasta que nuestro dedo comienza a escocer, imposibilitados ya para escapar a lo que vendrá después.

Así parecía ser aquel tira y afloja, donde una palabra ofendía y la siguiente hacía brotar una sonrisilla que nadie sabía de dónde había nacido. Aunque lo cierto era que, cuando Larousse se perdía entre palabras hablando de deidades y mitos, Catherine se dejaba secuestrar de igual forma en los devaneos de este, olvidando cualquier tipo de miedo a cómo seguiría aquella correspondencia.

Satisfecha en parte por haber podido explicarse, Catherine ya solo cargaba sobre su espalda el peso de la deshonra mínimamente. Eso siempre que el caballero quisiera leer su carta, pues que un hombre y una mujer se mensajearan bajo el mismo techo era un juego demasiado rebuscado como para no ser tentador de malinterpretar por cualquier persona y ello lograr, al mismo tiempo, que Larousse lo tachara de impropio y se negara a perpetuarlo.

Por suerte, no fue el caso.



Sincera Aidos,

Pese a que Atenea sigue siendo mi favorita, le concedo el sobrenombre de Aidos solo por la razón que lo influye. Razón que, dicho sea de paso, me ha colmado de diversión. Aún a pesar de la vergüenza que se adueña de usted en estos momentos, tenga en cuenta también que el *aidos* de los hombres va siempre acompañado de la dama Diké, ciega justicia que fue concebida para sanar el caos en el que vivimos sumidos. Sin embargo, no es todo tan maravilloso como bien lo pintaba el viejo Esquilo, ya que la vergüenza es compañera de la envidia y patrona de todo aquel que clama venganza.

Con ello le insto a que no viva tras la cara oscura de la diosa justicia y, embaucada bajo el ala de la vergüenza, desee clamar dicha venganza. Porque de ser así, yo mismo construiría alas de cera para huir despavorido surcando los cielos como el ingenuo Ícaro. Y, por favor, desista en su idea de intentar recordarme que, por volar cerca del sol, Ícaro perdió dichas alas, pues solo pretendía burlarme de su vergüenza.

Ignorar su imagen sería una idea nefasta. Más aún cuando ha empezado a pasearse por las esquinas de mis pensamientos con tal asiduidad, por lo que, en su lugar, debería pedirle una compensación a sus viles palabras y también a su presencia en mi ingrata cabeza. Lea mis líneas con el toque adecuado de ironía, pues no se puede ignorar a una dama que desprecia mi presencia y, aun así, me insta a confesarle mis más profundos pensamientos. ¿Qué clase de osadía es esa? Hay tantas cosas por descubrir y aprender, tantos libros por escribir y ser leídos... Y, aun así, lo que turba sus pensamientos y aflige su sórdida curiosidad es el bullicio que se forma dentro de mí. Eso, mi buena dama, es tomarse demasiadas libertades solo para saciar su sed inquebrantable de saber.

Lo que usted pueda pensar de mí no me aflige en lo más mínimo, pero no es grato saberse uno causa de las pesadillas ajenas. Si lo que le preocupa es privarme de mis noches de sueño por pensar en lo que estaré cavilando, déjeme disiparle esas ideas: seguiré durmiendo a pierna suelta, ya que esa imagen que se ha hecho de mí es culpa también de la sociedad y sus prejuicios.

Nuevamente, me hace pensar que su corazón vive engañado y que busca una causa inexistente para aquello que no le agrada. ¿Con qué fin? ¿Qué espera sacar de mis recuerdos de infancia? ¿La clave de por qué mi personalidad es tan solemne? Déjeme romper sus ideas infantiles y acabar con su curiosidad. Dentro de mi alma no cabe mentira, ya que, en solitaria paz y sin vanidad ni orgullo, le informo de que soy ajeno a cualquier cruel daño que la vida me haya querido causar. Mi infancia fue feliz y todo lo que deseaba era seguir los pasos de mi señor padre. Así que heme aquí, desilusionando la imaginación de una dama que, en lugar de guardar sus pensamientos en un diario, escribe cartas a inventados conocidos para saberse escuchada y, sin embargo, hipócrita de ella, no se atreve a enviarlas. Conspire usted contra el cielo todo lo que le venga en gana, pero no ose intentar descubrir lo que no ha de ser descubierto.

Bajo llave guardaré estas cartas. Callaré también para que no se conozca con qué dicha e indignación, por contrario que le parezca, he respondido a sus palabras. En mis respuestas, no obstante, no encontrará nada que agrade ni llene su curiosidad.

Atentamente,
Edward Lancaster

PD: ¡Y menuda santa su madre! Siendo su hija *enredadora de hombres* profesional.



Catherine no paladeó mucho tiempo la satisfacción de otra misiva. No al menos por su parte, pues, como ya se intuía, acababa de cortarse con el aparentemente inofensivo papel y la vergüenza era suficiente para darse cuenta de que ya bastaba de hacer el ridículo de aquella manera infantil.



Los dedos de Larousse tamborileaban sobre la madera, inquietos como él, esperando que un trozo de papel se colara por debajo de su puerta.

Las horas se sucedieron y el ansiado escrito parecía no llegar.

Se preguntó, molesto por sentir tanta curiosidad, si tal vez no había sido certero en sus palabras. Rescató la pluma y garabateó el papel con ideas que buscaban reparar cualquier mal que pudiera haber causado. El primer borrador era demasiado áspero, casi como él. El segundo derramaba una sensibilidad que, lejos de compensar, nadie lo habría creído de su autoría —él mismo tampoco lo hacía—. Esperaba que el tercero estuviera impregnado de la honestidad suficiente, sin caer en amalgamas lastimeras, y que fuera la chispa que encendiera de nuevo la pluma de aquella dama, muy a pesar de sí mismo, que no estaba contento con tener que exponerse si quería algo de la señorita Crawford. De ninguna señorita, en realidad. ¿Y cuándo había querido él algo de alguna señorita?

Sus pies le llevaron de pasillo en pasillo con la carta en la mano, abrasándole. Antes de hacer lo propio, Larousse se preguntó qué pasaría si no era el papel el que traspasaba el umbral, sino él. Se equivocaba al pensar que no tenía mucho que ver con Catherine Crawford y es que ambos pecaban de cobardes en extremo.

Finalmente, la carta fue entregada y decía así:



Sentida Atenea,

Vuelvo a intercambiarle el nombre porque ha empezado usted a guerrear en mis pensamientos. Me era imposible no nombrarla de nuevo como Palas Atenea por su simbología y

profunda influencia.

No concibo razón alguna para escribirle una respuesta que no ha sido reclamada. No obstante, el nudo de mi estómago me insta a hacerlo. Empezando, desde luego, por una sincera disculpa.

He de hablar ahora yo de vergüenza.

Siento vergüenza de mi descaro, de mis pensamientos nublados y de mis palabras rudas, armadas con piedras temerosas de ser lanzadas. Puede usted ahora burlarse de mi falta de ingenio y de las horas que he perdido esperando su respuesta como perro solitario. Me merezco, sin embargo, el desaire de ser ignorado, ya que no callé mi desagrado al leerla tan entusiasta en conocer al hombre que nadie con vida ha osado conocer. Por el bien de mi cordura, no le haré partícipe de ninguno de los secretos enclaustrados en mi pecho a una desconocida como usted. Así bien, con la convulsión con la que mi mano escribe estas palabras y mi cabeza las piensa cuidadosamente, le insto a que me preste un poco de su paciencia, pues no saldrá de leer estas líneas con las manos vacías.

El carácter que en mí ha conocido lo moldeó un padre severo al que debo respeto y, por llevar su apellido, de mí se espera seguir sus pasos con ahínco. Y así lo haré, porque ha de ser hecho. Eso no quita que en mi corazón guarde con recelo, como quizás habrá podido intuir en su desbocada imaginación, el haberme instruido en las letras clásicas, con el mero fin de otorgar sabiduría a los menos afortunados en el arte del saber y moldear a las mentes pensantes del futuro. Sin embargo, una carrera como simple profesor no está dentro de la corta lista aceptada por los Larousse, así que tiene ante usted las notas pensantes de un banquero que nunca quiso serlo.

Supongo que, como Prometeo, yo también debo cargar con el peso de una responsabilidad que consume mi existencia.

¿Se da por respondida a su inquietante pregunta? Así como yo callo para que no se conozca mi desdicha, le pido también que guarde mi secreto eternamente y selle sus labios sabiéndose conocedora de mi verdad. No mendigaré más su perdón ni algo parecido a su amistad, pero a gusto le diré que ahora soy yo quien aboga por un poco de comprensión.

Ya no es ignorante de lo que todos desconocen, así que camine con mansa naturalidad sobre los ladrillos de mi fatiga y dé ya por cumplida su curiosidad al saberme tan pobre en espíritu que jamás encararé a mi padre ni al padre de este. ¿Qué se puede decir de mí? Soy cobarde como lo fue Orfeo volviéndose antes de tiempo. Otro dato más sobre mi persona para que no desfallezca en el desierto de la ignorancia.

Finalmente, y con todo mi pesar, me despido de sus letras, que han llenado de rabia y gracia a partes iguales a este aburrido hijo de su padre.

Atentamente,



Edward Lancaster



Reposando por fin su cabeza sin que sus pensamientos pudieran hacer lo mismo, la hija menor de los Crawford llevaba ya unos minutos entrecerrando los ojos encima de la cama, con un libro que se caía de sus manos, cuando otra carta asomó bajo la puerta.

Creyendo, pobre ilusa, que aquel juego había llegado a su fin, se quedó sentada en la cama, observando el trozo de papel. Sus labios temblaron delicadamente cuando se preguntó qué sucedería a continuación. ¿La tacharía de cobarde por no contestar? ¿De perdedora en una contienda verbal que a nadie le importaba?

Decidió entonces tomar el sobre, todavía indecisa, y lo leyó sobre la cama.

«¿Por qué esa insistencia en escribir lo mismo en cada una de las cartas?», se preguntaba, recordándole Larousse que su imagen seguía divagando eterna en sus pensamientos. ¿Sería algún tipo de tortura sádica propia de alguien que solo tiene como armas las palabras? Y, de ser así, ¿por qué volvía a sonreír ligeramente Catherine, absurda ella en sí misma cada vez que lo hacía por semejante recopilación de pedantería? Tal vez su sonrisa no fuera inocente y dicha pedantería fuera compartida. Tal vez estuviera manifestando una pequeña victoria al descubrir que los anhelos prohibidos de Larousse no eran inexistentes, añadiendo por fin algo de profundidad a aquella figura áspera y mohína. ¿Merecía, acaso, que después de su actitud la joven Crawford sintiera la más mínima empatía hacia él?

Sus pensamientos se desviaron pronto hacia su hermano. ¿Qué habría hecho Arthur con su vida de haber podido elegir? ¿Qué haría ella misma de ser libre? No importaban las riquezas o la forma en que uno aceptaba su destino como Larousse o lo eludía como pensaba Catherine que hacía. Al final, tenía razón: todos acabarían siendo el producto de una sociedad que les prohibía ser como realmente eran.

Una palabra en especial llamó su atención: «paciencia». En el contexto en que venía implícita, significaba un compromiso tácito. El compromiso de que, si alguien podía llegar a esforzarse por tirar abajo ciertos muros, debía haber otra persona preparada para escuchar lo que se fuera a decir. Y poco duraron los tabiques de Edrick Larousse, que en su siguiente párrafo ya había conseguido dejar boquiabierto a Catherine y ahora era ella la que sentía haberse interesado más de la cuenta sin razón aparente y sin ser tampoco propio del todo.

Su reacción, acorde a la de su compañero, pasaba por volver a sentarse frente al escritorio y valorar cómo de grueso sería el trazo de sus siguientes palabras:



Sentido Prometeo,

Contra todo pronóstico, ha conseguido despertar de nuevo mi interés por la escritura con su carta. Le felicito.

Permítame que tras leer sus palabras me tome la libertad de detenerle en todas y cada una de las veces que vaya a pedir disculpas, pues ambos debemos recordar que la culpable de materializar sus pensamientos fue una servidora, motivo por el que estamos ahora aquí. Si usted así lo quiere, podemos hacernos compañía en la vergüenza, pues siempre será mejor que pasar semejantes momentos junto a un solitario libro.

Déjeme decirle también que, a pesar del malentendido, los errores parecen estar dando semillas de las que podrían brotar hermosas flores, por lo que permítame usted a mí no arrepentirme del todo de mis actos. De nuevo, parece ser, no aprendo lección alguna. «¡Menuda mujer!», estará maldiciendo ahora mismo probablemente. Y es que quizás no lo sepa, pero he pasado algún que otro verano en la isla de Eea, instruyéndome a fondo junto a Circe en sus ilusiones para así adular la mente de caballeros tan intransigentes en sus férreos pensamientos como usted.

No sé realmente cómo abordar o manejar una información como la que me transmite, todavía abrasadora tras salir de lo más profundo de sus entrañas. Supongo que tengo bien merecida cualquier quemadura que puedan producirme sus palabras o sentimientos, pues créame que no han pasado por mis manos o mis ojos sin dejar huella. Sin embargo, no se preocupe, porque, al contrario de lo que seguramente le suceda a usted, mis marcas serán superficiales y terminarán yéndose con el tiempo. También imagino que lo último que desea de alguien como yo es compasión por los sueños que le acompañan, imposibles de materializarse. Al menos así lo querría yo, pudiendo mantenerme mínimamente estoica todavía en la mente de alguien a quien respeto. Es por eso que, aunque sienta un terrible pesar por su situación, no voy a inquirir en ella más de lo correspondiente, preguntándole únicamente si una vez se vio con una hermana, ¿no lo creyó la situación idónea para volcar sus conocimientos en ella y curar día a día parte de una herida incurable en su totalidad? Me extraña, además, la idea de que, puesto que su futuro está impuesto y predispuesto desde su cuna, se adhiera tanto a este como se adhiere a los papeles de sus finanzas en un lugar como Allerdale, donde, aunque solo fuera por una vez, podría olvidarse de una cruz que ennegrece su vida de semejante manera. Un remedio pasajero pero efectivo para no perder la cordura.

Segura de mi palabra, le puedo garantizar, señor Lancaster, que no habrá secreto en el mundo mejor guardado que el que ahora nos une a los dos por la misma cadena, esperando que no sea aquella que también tiene preso a Prometeo. Temo no poder ser recíproca en cuanto a confidencias si esperaba un *quid pro quo* con el que poder reparar parte del cristal que deja ahora su corazón al descubierto de forma tan cruda, pero nuestras intimidades, le aseguro, no comparten parangón.

No sé si lo aprobará, pero he de reconocerle que, sin usted proponérselo, ha cambiado la idea que tenía de su persona, llenándola de matices explicativos que componen un puzzle con significado propio del que no puedo sino seguir interesándome. Aunque no se preocupe, no volveré a hacerlo de forma tan directa o insistente, sino, tal vez, como la dama que se espera que sea.

Creo que, de una forma u otra, Orfeo nos representa a ambos, así que no me suena del todo desconocido su símil. También es cierto que ambos compartimos rasgos de su madre Calíope y que durante más de una conversación o carta lo hemos demostrado abiertamente. Pero déjeme decirle que Orfeo no es solo cobardía. En el tiempo que he podido leerle en esta última carta me he sentido como las fieras que este amansaba con su lira o los hombres que se reunían a su alrededor para hacer descansar sus almas. No olvide que enamoró a la bella Eurídice y bajó a los infiernos tras ella, enfrentándose a retos inimaginables. No, Orfeo no posee tanta cobardía como piensa. Y seguramente usted tampoco.

No se despidan de mis letras, pues estas no se despidirán de usted.

Su nueva amiga,

Cassandra Chancellor



Mi buena señorita Chancellor,

En primera instancia, me conmueve y me alegran sus palabras a partes iguales, pues había sucumbido a la decepción de no volver a leerla. Creo que sería prudente para ambos dejar a un lado ese papel que interpretamos de cara a la galería, porque lo que aquí relatamos no tiene por qué ser visto, leído, ni presenciado, decidiendo jugar por voluntad propia al agradecido juego de ser nosotros mismos.

Su carácter me sorprende, pero no me escandaliza. El hecho de saberla tan diferente eleva mi curiosidad y me exime en parte de la armadura que me protege. «¡Menuda mujer!», ciertamente, estoy pensando, «que curva mis sonrisas y se atreve a descubrir mis pensamientos ocultos con recelo».

No me costaría jugar a compararla con Ginebra tampoco, ya que usted ha tenido a bien asemejarse a Circe, pero la noche anterior oí que su hermano llamaba así a su yegua y ahora ya no tiene matiz artúrico para mí. ¡Y eso que vibro por la promesa de una buena aventura!

Si bien es cierto que no necesito secreto suyo para desnudar mi alma ante una dama casi única en su especie, le confieso que este intercambio peligrosamente sentimental de ideas es suficiente secreto para mí, y lo atesoraré hasta el cese de nuestro disfrute, porque mi corazón es inquieto y mucho llevo ya sobre los hombros como para no compartir mis pensamientos cuando se me ofrece una oportunidad tan singular. Aunque termine siendo un hombre que va encendiendo hogueras para terminar muriendo de frío.

Espero que, en el fondo de mi oscuro existir, sepa apreciar que hay un fatídico recodo que es preciso franquear para llegar a la cima, y que allí, en la cúspide de mis adentros, me desplomo ante la libertad de ser quien soy solo a los ojos de quien lo descubre.

Agradezco su falta de condescendencia. El consuelo de saberme comprendido es suficiente para curvar mis labios en una sonrisa anonadada.

Animado me deja con sus palabras de aliento con respecto a aquel de la lira, pero, prestos a ser Orfeo, solo le insto a que me recuerde el no mirar atrás, pues no desearía que Eurídice se desvaneciera en las sombras solo por el ansia de tenerla enfrente.

Gracias por sus palabras. Mi corazón ha encontrado el alivio que, de alguna forma, venía necesitando. Por eso mismo, déjeme guardarla en buena estima.

Su amigo,

Edward Lancaster



Estimado señor Lancaster,

Aunque mis intenciones para con usted y sus cartas son las mejores, me pide un imposible cuando habla de dejar a un lado cualquier impedimento para ser nosotros mismos. A riesgo de malinterpretar sus palabras, he de decirle que llevo tantos años construyendo una imagen que requiere de los mismos mecanismos por dentro para que se mantenga que temo no poder enseñarle quién soy realmente, pues ni yo lo sé.

Me alegra que mis consejos le aporten dicha. No se los daría si no creyera que pueden serle útiles, ya que a veces no somos capaces de apreciar que detrás de las nubes sigue brillando el sol y es necesario de una mano amiga que despeje toda esponjosa duda. Por desgracia, veo que en su caso ha tenido que ser la mano de una desconocida y mediante un medio tan impersonal como una carta. Aunque, por experiencia puedo decirle que no hay nada como un desconocido para atrevernos a contar cosas que no mencionaríamos a alguien de nuestro entorno. También para ver algo en nosotros que las personas cercanas no ven o no se atreven a decir, pues, en ocasiones, encienden las llamas de una ira injustificada si pecan de sinceros, por algo que en el fondo uno mismo sabe que es cierto. Lo que termina por enfurecernos más.

Temo que por sus palabras me esté mintiendo y cuando llegue el susodicho picnic que han organizado los Fitzherbert, me encuentre a un ~~Edrick Larousse~~ señor Lancaster que no sepa de lo que le hablo, con nulo contacto epistolar estos días. ¿Está seguro de que no tiene algo que decirme? ¿Que es su hermana, por ejemplo, la que encontró mi carta y es ella la que añade líneas de una belleza que sonrojarían a cualquier dama? ¿Sabe qué? Ni siquiera sé si querría saberlo. No sé hasta qué punto podría aceptar hacer el ridículo de semejante manera. ¡Menudo hombre! Que frunce mi ceño un segundo y al siguiente me roba una sonrisa contra mi voluntad.

Ahora sí que estoy convencida de que no es usted. ¿De qué tipo de aventuras está hablando? ¿Sabe que leer a Homero no significa estar viviendo las mismas aventuras que Ulises y que para eso debería desenterrar sus ojos de sus libros de finanzas más a menudo? Yo podría ayudarle con eso si así lo desea. Únicamente debe hacérmelo saber.

Si le sorprende el nombre de la yegua de mi hermano, debo decirle que, cuando nuestros padres nos obsequiaron con un precioso perrillo negro lleno de rizos, a Arthur solo se le ocurrió llamarlo Oveja. ¿Se imagina? Pudiendo llamarlo Apolodoro.

No sé si intenta engañarse a sí mismo o engañarme a mí, pero decir que este intercambio de cartas es *casi* sentimental, podría ser *casi* cierto de no ser porque hace unas cuantas frases que nos hemos vuelto dos tontos sentimentales que parecen encontrarse bastante a gusto arropados por el manto seguro de usar papel, pluma y algo de ingenio, en lugar de tener que enfrentarse a la realidad. Aunque he de decir que es reconfortante compartir estos retazos de irrealidad con alguien. Y ya que lo menciona, le recomiendo también que atesore estos momentos incluso cuando hayan cesado, pues según la vida o las responsabilidades nos engullen, escapar de la realidad de forma mínimamente pícara es casi imposible.

Si su corazón es inquieto, no seré yo quien lo dome, eso desde luego. Peligra, de hecho, de ser doblemente inquieto cerca de alguien como yo, pues si lo que quiere es quemarse en la hoguera, recuerde que yo soy pupila de Circe y que mi especialidad son las llamas.

Dígame, ¿qué piensa que pasará mañana? ¿Cree que el resto de señoritas de la casa entristecerán si me niego a decorar sombreros con ellas? ¿Qué me dice de usted? ¿Está preparado para afrontar la ardua tarea de entretener al señor Fitzherbert una vez más?

Creo que ni aunque quisiera podría deshacerse de Eurídice ahora mismo.

La que instiga las llamas,

Cassandra Chancellor



Querida señorita Chancellor,

No se aflija por no saber quién es, pues no hay persona en el mundo que haya nacido sabiendo. Así como la oruga se transforma en mariposa, también se transforma el mundo. Tal vez crea no conocerse ahora, pero tampoco lo hará en el futuro. Así como el río que fluye se renueva, también lo hacemos nosotros. Por lo que aquello que percibimos es solo una ínfima parte de lo que creemos conocer. Bien lo decía Heráclito con su *panta rei*, pues si todo fluye, no hay que temer a los cambios, solo aceptarlos. Lo que es hoy, mañana no lo será.

Tanto en su anterior misiva como en esta menciona a mi hermana. Déjeme aclararle una cosa: no todas las hermanas son como usted, curiosas en el arte de la literatura y ávidas degustadoras de palabras que se desgañitan para no decir nada —como las nuestras, quizás—. Si bien aprecio el refinado gusto de mi hermana y su ternura casi infantil, no es una compañía grata a la hora de discutir sobre el helenismo, sobre dioses y leyendas o sobre nada en particular que no sean las buenas maneras de una señorita y el arte, algo en lo que ella me supera con creces. Pregúnteme, pues, la diferencia entre los trazos de brocha y le diré erróneamente que dependerá del grosor, ya que mis capacidades en arte se reducen a diferenciar el carboncillo de la acuarela. En cambio, mi hermana no sabría distinguir el escepticismo y el epicureísmo, pero podría darnos a los dos una extensa clase sobre las distintas técnicas artísticas para plasmar según qué paisajes. La insto, si lo desea, a hacer un experimento. Lance una pregunta a mi hermana sobre filosofía o mitología y, con suerte, sabrá decirle que Afrodita es su diosa favorita por ser la diosa del amor y la belleza. Lo que desconoce Maryanne es que también fue la tía abuela de Ares, con quien mantiene una fructuosa aventura romántica a espaldas de Hefesto. Si se lo comenta, además, probablemente la escandalice. Verá que las sibilinas formas del engaño tampoco la acompañan, y no por falta de astucia, pues es maquiavélica como ella sola, pero solo para recibir las atenciones necesarias. Mi hermana tiene muchos dones para encandilar con su propia gracia, pero el intelecto no es uno de ellos.

Menta a la hechicera de la isla de Eea con total impunidad, sabiéndose capaz de encandilar de manera astuta y temible, pero he de reconocerle que yo no me quedo atrás en mis intentos por esconderme a mí mismo y a los demás del fraude que realmente soy. Créame que es mejor mantenerme encerrado y no desatar mi fuego interior. Y cuando hablo de corazones inquietos, no intento dar a entender que busco dama capaz de domar el mío, pues dudo que alguien así llegue a existir. Sin embargo, estaría gustoso de conocer qué tan extravagante inquietud es capaz de conseguir. ¿Sería usted capaz de despertar lo más parecido a la agitación y a la aventura que pueda albergar mi alma? Tampoco ha existido persona tal.

Lo cierto es que no veo el momento de ignorar las peroratas del señor Fitzherbert y, quizás, lo único que consiga sacarme de mi hastío ante semejante evento sea saber que usted estará allí, aburriéndose de las flores y el ganchillo tanto como yo de la caza o el tiro al plato.

Su buen amigo,

Edward Lancaster



Querido señor Lancaster,

Me sorprende que piense como Heráclito. Le tenía por un hombre interesado en saber o controlar lo que sucede tanto a su alrededor como dentro de usted por miedo al fallo. Aunque, mismamente, nosotros en carne propia hemos sido ejemplo del *panta rei* contra todo pronóstico.

Me sincero con usted cuando le digo que a mí sí que me es imposible no ansiar controlar todo cuanto sucede en mi entorno y que, sea de forma positiva o negativa, puede afectarme. Ello incluye buscar tener bien presente quién soy en cada momento: mis intereses, necesidades o sentimientos. Pues, por experiencia, quien no realiza la determinada introspección personal, termina dejándose llevar demasiado por impulsos infantiles o caprichosos, y gusto de verme por encima de semejantes comportamientos pueriles que no hacen sino complicarlo todo.

Ha cometido un error en su carta, señor Lancaster. No ha debido retarme a escandalizar a su hermana, pues si tarde o temprano termináramos los cuatro hermanos unidos por el mismo compromiso familiar, no querría que la señorita se llevara de mí una impresión negativa. Sin embargo, ahora que la idea está sobre la mesa, no puedo sino aceptarla.

Por si llegara a consolarle, le diré que la vida tampoco es un camino de suaves pétalos de rosa al lado de Arthur. En realidad lo es, ciertamente. Aunque siempre destempla mi ignífugo carácter en cuanto se trata de discutir sobre aquello en que, según él, «dedico demasiados alientos a algo que no merece la pena». No es que no sea leído y ciertamente culto, que lo es. Pero, tal vez, de un carácter más práctico y comedido. Aunque... dígame, señor Lancaster, ¿merece la pena rememorar a los muertos? ¿Hacer resurgir imperios únicamente con unas palabras y una chispa en los ojos y en el corazón? Deme la razón o tache una vez más mi mente febril. Sea mi amigo o vuélvase mi enemigo. No obstante, si decide tomar el segundo camino, no deberá preocuparse excesivamente, pues se sentará al lado de mi hermano, que tiende a ser grata compañía igualmente para quien sabe valorarla.

Me declaro culpable de sentir curiosidad en comprobar cuán fraudulenta es su auténtica forma de ser y si desatarle es casi tan peligroso como abrir la caja de Pandora. Supongo que no le tomaré en serio del todo hasta que mis ojos o el resto de mis sentidos puedan comprobarlo, así que aguarde paciente por el urdir de un traicionero plan que no le dejará más remedio que abandonarse al ser o no ser.

¡Por Dios, no se equivoque! Cuando hablé de domar la inquietud de su corazón, no me estaba refiriendo a semejante cosa. De hecho, sería una auténtica lástima que cualquier dama —por virtuosa que fuera— aplacara semejante portento de oportunidades infinitas. Solo pensaba en hacerle saber que compartir amistad conmigo no le ayudará si lo que busca es medida. Menos todavía después de semejantes confesiones.

¡Y ahí están! Las palabras que toda dama que se precie de no serlo busca como excusa para seguir no siéndolo, a un caballero sediento por beber del cáliz de la insensatez y paladear el

néctar de la inquietud ajena, esperando sentirla como propia. Ese estado de agitación del que habla, sin embargo, engloba palabras mayores y, si bien tarde o temprano encontrará a alguien que pueda despertar semejante sensación, me aseguraré de hacerle compañía mientras tanto, evitando así que el tedio lo devore.

Su buena amiga,

Cassandra Chancellor



Mi querida amiga,

Si es el manto que cubre mi verdadera personalidad lo que más le sorprende, permítame estropearle la manera con la que ve siempre a las personas; pues todos guardamos un secreto en nuestro yo profundo. Algunos menos oscuros que otros, pero todos nos escondemos detrás de una fachada infranqueable con el mero objetivo de no sentirnos avergonzados de nosotros mismos. ¿O me dirá acaso que su talante de doncella de hierro no es una fachada más? Hagamos algo a partir de ahora, en nuestro intercambio de letras seamos libres de ser quiénes queramos ser y no lo que se espera de nosotros, que eso ya lo vivimos a diario. Ínstese a poner en palabras aquellas locuras que no sería capaz de cometer. Así bien lo hago yo, pues tampoco puedo permitirme ir contra el yugo de mi padre y mi abuelo, aun siendo la antítesis de ellos. No obstante, cada vez que me miro al espejo, siento cómo me metamorfoseo en ese ser que colma mis pesadillas, en una pálida polilla que no hace más que buscar el calor de la lumbre, sin saber que las llamas queman.

Juegue con mi hermana todo lo que quiera, pero no se sorprenda si, en lugar de huir, la encara, preguntándole acerca de temas de los que nadie está preparado para hablar. Entonces, cuando las mejillas se le ruboricen por tener que dar ciertos detalles, seré yo quien disfrute del momento, escondiendo mi sonrisa tras un libro que me sirva de compinche. Y ahora es cuando usted me suelta su basta valentía, diciéndome que no se avergonzaría en tratar ciertos temas de carácter impúdico, pero yo me pregunto si tal vez esa no es una de sus numerosas armaduras, una de esas fachadas para no dejarse ver. Pese a todo esto, mi buena dama, no me escandalizaré en ningún momento, porque, aunque insto a mi hermana a llevar una vida casta, sé que no todos estamos libres de pecado. Solo deseo que el mundo, cruel como es, no aplaste a esa florecilla tan pronto.

¡Por Dios, no se equivoque! Cuando hablé de encontrar una dama que domara mi inquietante corazón, no me refería a usted ni a ninguna en concreto. Lo cierto es que no tengo prisa porque algo así suceda, pero tampoco puedo ir contra los designios parentales cuando ya han decidido por mí quién está a la altura de sus debidas expectativas. Así que, como el buen hijo que siempre he sido, he decidido formalizar esa unión cuando el verano acabe y seamos libres de volver al hogar.

Mientras tanto, desataré mi furia en mi propio pecho y plasmaré mis deseos en letras, como lo hago en estos momentos con usted.

Su sincero amigo,
Edward Lancaster



Querido señor Lancaster;

Siento tener que ser yo la que le diga que me es imposible concederle su petición. No veo ni inteligente ni seguro que una persona sea absolutamente transparente con otra. Menos tratándose de correo escrito que cualquiera puede afanarse en conseguir. Le concederé, no obstante, la oportunidad de hacerme cambiar de idea con el tiempo, pero de momento no puedo concederle nada más. Le pido disculpas por adelantado y, sobre todo, le insto a que deje de hacer referencias a mi armadura, pues no querrá vérselas conmigo en el campo de batalla si continúa por esa senda. Yo misma interrumpiré de nuevo y sin vacilar nuestro intercambio de cartas si considero que puedo cortarme con el papel. Y sí, usted gana, es una herramienta más de autopreservación, no tengo inconveniente en reconocerlo.

Déjeme aparcar mi solemne tono para preguntarle, curiosa en su respuesta, si, habiendo abierto la caja de Pandora de las pasiones descritas con palabras, se pillaría los dedos al ajusticiarme como una libertina consumada o apostaría por mí como modelo de castidad. Usted que ve más allá de escudos y armaduras y que parece saber algo del tema como dio a entender la primera noche en Allerdale.

Ahora sí que estoy leyendo unas líneas que realmente me apenan. No solo pasa por la vida como un demonio inerte, esperando a que algo le toque el corazón o le haga vibrar, por culpa de decisiones ajenas que le colocan en una posición nada deseable, sino que además va a seguir ese camino de espinas desposándose también por obligación. Tiene usted razón: es un fraude en más de un sentido. Está dispuesto a hacer su existencia indeseable por partida doble y no poner las herramientas para evitar tal cosa. Ahora sí que siento cierta compasión por usted, pero también enfado. Porque esperaba más de alguien que presume de «arder en llamas» y al final es usted la frustración en persona. Y que se frustre a usted mismo de acuerdo, pero es a mí a la que frustra con su actitud. Discúlpeme si la mía le parece fuera de lugar, pero no puedo considerarle amigo si no me permite regañarle cuando está haciendo algo que no debería.

Allerdale Park es, sin duda, una trampa para cada uno de nosotros.

A estas alturas, veo que hemos sido demasiado inocentes esperando un cálido verano lleno de dicha en lugar de verlo como lo que realmente será: el último tiempo de libertad hasta que las decisiones de nuestros padres nos sepulten bajo una bonita lápida. Aunque, personalmente, he de decirle que la mía tardarán en grabarla, pues he pedido que en ella haya un montón de flores, así que debo saberme afortunada por decidir no morir antes de tiempo bajo el peso de un matrimonio que no deseo. Supongo que no todos tienen el valor suficiente de tomar semejantes decisiones. Sin embargo, me sorprende sobre todo en un hombre, cuando pasa menos penurias que la mujer, compartida de mano en mano por padre, hermano, primo y marido, y siendo difícil la idea de verse finalmente sin alguien que la mantenga.

No se confunda, mi tono puede sonar severo, casi llegando al enojo, pero espero que lo vea como lo que realmente es: la actitud de alguien a quien han dado las llaves de un reino que espera ser custodiado y que ve como responsabilidad el no permitir que nadie pueda robar los tesoros de su interior, oyendo de pronto, y en plena oscuridad, el tintineo de unas monedas que no debería oír.

Su nueva ama de llaves,
Cassandra Chancellor



Mi muy buena ama de llaves,

No sé cómo sentirme ante sus palabras, si airado por despertar en usted algo de recelo y enfado o triste porque, a fin de cuentas, es conmigo con quien se ha enfadado. Creo que meteré ambos pesares en una copa y los mezclaré bien.

Le pido de corazón que no se enfade conmigo por vivir como un mentiroso y sucumbir a los deseos familiares antes que a los míos propios, porque, aunque seamos algo parecido a unos soñadores enfundados en luto, seguimos formando parte de esta sociedad.

Por otro lado, admiro su idealismo, pues, a pesar de que desdeñe los amores impostados para dar su protagonismo a aquellos que nacen de forma genuina, debo decir que no comparto ese punto de vista tan... sentimental. El amor es algo necesario para mantenernos con ilusión, pero no es el motor de nuestra vida. Uno puede ser feliz sin necesidad de vivir un drama shakespeariano, pues ni yo soy Romeo ni dejaré que ninguna Julieta muera por mí. Creo que mi destino no está ni en sus manos ni en las mías, pero agradezco que con tal bondad use sus poderes para intentar desalentarme de este *fatum* inexpugnable. No desisto de una vida feliz, sino que simplemente seguiré los pasos ya marcados en mi camino para no perderme. Al fin y al cabo, nuestros senderos son diferentes. Si usted opta por una vida libre de ataduras, siempre tendrá a un hermano a su vera que responderá por usted. En cambio, si yo insto a lo mismo, solo me quedará vivir en el ostracismo, alejado de mis padres, de mis amigos y, sobre todo, de mi hermana, para quien debo ser un ejemplo y el guardián que custodia su bienestar, pues si ella decidiera ser libre, sería yo quien debiera velar por su seguridad.

¿Entiende ahora mi postura? Casarme sin amor no me condena a una vida miserable, ya que cuidaré de esa mujer con todo mi ser y tal vez el amor venga después.

Y si tuviese la dicha de conocer a una mujer que terminaría amando el resto de mi vida, tenga por seguro que me levantaré cada día con una sonrisa, le dedicaría mil sonetos y cada noche me acostaría susurrando su nombre. Sin embargo, la vida pasa demasiado celeremente como para dedicar una eternidad a buscarla, así que debemos aprender a conformarnos con lo que tenemos y, como mucho, disfrutar por el camino de las travesuras que llenan a uno de alegría y diversión.

En cuanto a su armadura, no pronunciaré palabra alguna nunca más. Esta será la última frase que leerá sobre ella, ya que no es mi intención enfadarla ni entrometerme en algo que no me incumbe.

Le pido, por favor, que no deje de soñar con amores correspondidos. Si uno de los dos sale de aquí enamorado, me gustaría que me contase cómo y cuándo le sucedió. Porque, seamos realistas, a mí no me pasará.

Su desalentado amigo,
Edward Lancaster



Querido señor Lancaster,

De nuevo vuelve a entenderme de una forma incorrecta. Debería elevar su alta comprensión de rimas o metáforas y añadir algo de conocimiento acerca del carácter femenino. Aunque, si no quiere perder el tiempo, con que me entienda a mí supongo que valdrá.

Pensar que el fin de la vida misma es el amor es tenerme por un ser bastante más simple de lo que esperaba haberme presentado en la retahíla de cartas que han pasado por nuestras manos. ¿Que soy una idealista? Bien ¿Que soy una sentimental? Vale. No quita, sin embargo, que su actitud siga siendo la de un hipócrita con respecto a este tema. Y ni siquiera confiere al amor todo su ser a la hora de referirse a él. Lo simplifica como hace conmigo, lo reduce al amor romántico, cuando, si valorara todo lo que significa el amor (el amor a una profesión que uno no puede tomar, el amor a un libro) vería que sí, de una forma u otra, es el motor de nuestras vidas. No caiga, no obstante, en despojar al amor de todo significado únicamente para decirme a mí que yo soy una sentimental, pues usted es tan sentimental como yo o más. Y ya que es usted el que con tanto descaro se atreve a compararse con una tragedia shakespeariana o dejar claro que su destino no le pertenece, déjeme recordarle que Shakespeare defendía que es el destino el que baraja las cartas, pero que somos nosotros los que jugamos. O que nuestro destino no está en las estrellas, sino en nosotros mismos. ¿Sabe? Debería volver a los ejemplos grecorromanos. Por lo menos, le respaldaban algo más.

No conozco su situación lo suficiente como para continuar conversando sobre este tema, pues como el ostracismo nunca es opción para el hombre que tarda en casarse o que no por ello recibe el desprecio de sus padres, creo que mis límites comienzan aquí y solo usted sabrá lo que va a hacer con su vida dadas sus condiciones.

Espero, de todo corazón, que la mujer con la que se desposea sea aquella que más le merezca, que no tarde en susurrar usted su nombre al acostarse cada noche a su lado y que sus sonetos merezcan la pena, pues no me imagino destino peor para una mujer que escuchar mala poesía de boca de su amante esposo.

No se preocupe. Cuando Allerdale nos cierre las puertas, le hablaré del amor exactamente como lo hago ahora, con fuego en los ojos y el puño en alto, por mucho que mi corazón siga vacío.

¿Sabe? Dijo que no se volvería mi enemigo, pero empieza a recordarme a mi hermano, con el cual ahora estoy algo molesta, a decir verdad. Así que creo que lo mejor sería dejar que las plumas descansen por hoy.

De nuevo, entienda mi tono y disculpe mi actitud si llegara a molestarle.
Su nueva amiga, a pesar de todo,
Cassandra Chancellor



Aquellos días, las cartas se habían ido sucediendo, así como el tiempo que estas les habían consumido. Las tardes se convirtieron en noches, después en tardes de nuevo —nadie sabía dónde habían quedado las mañanas— y ninguno de ellos recordaba algo más que palabras.

Autómatas leían, contestaban. Sonreían, incluso, cuando una cena les pillaba desprevenidos mirándose con complicidad después de haber generado una amistad singular basada en el papel, la pluma y las llamas.

Las sombras de sus dos figuras, cada una danzando en torno al otro, pasaron a ser algo agradable, algo que ya no enrarecía el ambiente, sino que lo endulzaba —muy a pesar de ambos—.

La jaula, la condena y el abismo

No hicieron falta muchos días para que Catherine Crawford se granjeara las reputaciones más dispares entre los invitados de aquella casa.

Había sido demasiado *descarada* para el señor Larousse, demasiado *afectiva* con el señor Weston, incluso demasiado *descocada* para su hermano. Sin hablar de la carta extraviada y que había llegado a manos del primero. «Todo un cúmulo de buenas decisiones bien meditadas, sin duda», se reprochó a sí misma.

Perdida en la vorágine que eran sus pensamientos, la mujer escuchó un golpe en la puerta. Era Arthur, que tras unos cuantos días de zozobra parecía dispuesto a firmar un tratado de paz. Y aunque Catherine no sentía la dicha necesaria para dirigirse a su hermano, terminó haciéndolo cuando este abrió la boca por fin para dejar escapar sus palabras:

—Quería pedirte disculpas. Me comporté como un idiota en la sala de música y solo ahora me doy cuenta. Hermana —su rostro parecía compungido, pero más todavía se trocó así cuando comenzó su frase—, he hecho algo terrible.

—Como siempre, yo te sigo ganando, Arthur —contestó Catherine, casi para sí, con la mirada cansada. Antes incluso de que los ojos de su hermano la cogieran desprevenida—. ¿Qué ha sucedido? ¿Has olvidado abrirle la puerta a la señorita Larousse?

Su tono era jocoso, pues no se imaginaba que aquel perfecto hermano pudiera hacer algo mal. Sus manos terminaron uniéndose a las de Arthur, necesitadas también de ese cariño y esa comprensión fraternal al verle dubitativo, preocupado en exceso. Fue entonces cuando apreció una venda envolviendo su mano.

—No tiene que ver con la señorita Larousse. Bueno, sí, pero no. No me preguntes cómo porque ni yo mismo lo sé, pero esta tarde he estado en las cocinas con la señorita Weston. Ella —tal vez ni él mismo se diera cuenta, pero en ese momento comenzó a titubear— estaba allí y yo... No lo sé. ¿Qué hace una señorita como ella en las cocinas? No debería cocinar, eso es cosa de los sirvientes. Pues bien, comenzamos a conversar. Su conversación era agradable y, por algún motivo, decidí ayudarla. Ya ni recuerdo qué estaba cocinando. Creo que era algo para el picnic.

Su hermana reía en silencio. «Tan conmovido que no recuerda algo que ha sucedido hace escasas horas», se burlaba.

—El caso es que me quemé la mano con los fogones y la señorita Weston, rebosante de amabilidad, reunió los enseres necesarios para vendármela. A todo esto, Christopher apareció por la puerta y nos vio.

La historia se volvía interesante por momentos para Catherine, que, con dos frases de diferencia había cambiado su gesto condescendiente por otro que arrojaba ironía al ambiente que les rodeaba. Al rato, su hermano se levantó y comenzó a caminar por la habitación, intentando aplacar sus nervios, yendo de un lado al otro.

—¿Qué estoy haciendo, hermana? Me agrada la señorita Larousse y ya he iniciado el cortejo con ella. He paseado por los jardines a su lado, le he dado el obsequio que madre me recomendó. Y, sin embargo, hay algo en la señorita Weston que... ¡Y los sirvientes! Seguramente habrán sido también testigos de la discusión entre Christopher y yo, yendo con el cuento a Fitzherbert.

Ese maldito metomentodo.

Las cadenas que Martha Crawford había puesto a sus dos hijos ya comenzaban a hacer efecto. Catherine lo lamentaba por su hermano y, al mismo tiempo, agradecía aquella imposición que el destino se había afanado por presentar frente a él. Pensaba que ya iba siendo hora de que Arthur despertara de aquel sueño autoimpuesto.

Al igual que sucedía con Larousse, el mayor de los Crawford, al verse como primogénito, debía seguir las directrices aseguradas para preservar lo que su apellido había conseguido con esfuerzo. Sin embargo, para su hermana, una cosa pasaba por gestionar los negocios familiares —algo que, de hecho, se le daba bastante bien— y la otra tenía que ver con las pesquisas del corazón. Por eso Catherine agradecía, cruelmente, la inocente intromisión de Amelia Weston.

—Aunque te lo mereces —resaltó ella, de forma veloz—, no deberías preocuparte por esas cosas. Seguramente, las señoritas Larousse y Weston te vean como un agradecido caballero y nada más. No muy distinto de lo que pienso yo del señor Weston, muy a mi pesar. Seguramente habrán apreciado el encanto tan afectuoso que va a todas partes contigo. Como también lo agradece tu hermana de... —unos cuantos nombres comenzaron a pisarse entre sí. No obstante, para zanjar dicha contienda, Catherine decidió evitarlos todos— otros caballeros. Lo que no debes hacer es martirizarte por algo de lo que no tienes culpa: poseer un corazón que todavía palpita. Al final, el señor Fitzherbert va a llevar la razón con respecto a tu *obtusidad* —bromeó encantada—. Es bueno que comprendas que nadie está a salvo de sus sentimientos. Ni tú, por mucho que tus miras hayan sido predispuestas hacia determinada dama, ni yo, por mucho que quieras protegerme o que yo misma intente hacerlo. Al final todos terminaremos muriendo por el amor de quien menos esperamos y la lucha habrá sido en vano.

La peor Catherine de todas, aquella a la que ella misma se molestaba en ocultar casi más que a otras, era la Catherine que tenía idealizado el amor como un destino inexorable que termina llegando lo quiera uno o no y que hace con nuestro corazón justamente lo que quiere, aunque ello implique que la cordura se termine perdiendo por el camino. A esta de sus muchas facetas la seguía constantemente su complementaria, la que impregnaba de negatividad todo lo relacionado con dicho sentimiento como si se correspondiera más con una derrota que con un triunfo. Por eso, que Edrick Larousse intuyera a la primera Catherine por casualidad divina en sus cartas, fue algo que la joven Crawford tachó de bastante peligroso.

—Ojalá se encontrara entre mis planes la idea de enamorarme del amor como has hecho tú.

—¡Yo no estoy enamorada del amor! —se sorprendió ella, casi ofendida, sonrojándose porque su hermano la viera así, hubiera acertado o no—. Más bien me aterroriza. He tenido suerte, si podemos llamarlo así, de que los hombres que se han presentado en mi puerta hayan sido semejantes despropósitos de intento de caballero. Pero el día que conozca a uno que no lo sea, ese día sí que voy a necesitarte.

Porque, pasara lo que pasara, Catherine Crawford tenía la suerte de poder decir que su hermano era soporte mayor de lo que pudo ser Atlas para el cielo en sí mismo y fuente de conocimiento cuando todo se volvía borroso, incomparable al propio oráculo de Delfos.

Arthur, por el contrario, no se veía digno de semejante responsabilidad. Su hermana poseía un corazón inconmensurable que pocas veces dejaba intuir. El mayor de los Crawford temía su adicción al drama y cómo este parecía llenar su espíritu cuanto más peligroso se cernía sobre ella. ¡Y eso que de momento solo era la ficción la que conseguía afectarle de semejante manera! Como una suerte de sucedáneo romántico que paliaba sus ganas de enfrentarse a algo así en la vida real.

—Oh, vamos, ¿por qué me dejas hablar como si fuera una obra barata con final trágico? —

preguntó ella.

—¡Y pensar que fui yo el primero en leerte una tragedia! ¡Quién hubiera pensado que ese día crearía un monstruo!

Sus manos volvieron a encontrarse y, sin mediar palabra, ambos recordaron tiempos mejores. Esas noches en que Arthur le leía a su hermana y ella le interrumpía constantemente interrogándole sobre todo lo que estaba sucediendo.

—Si el señor Weston es tu amigo, verá tu error y lo perdonará. Además, no descartes el hecho de que se esté vengando por tu actitud en la sala de música. Y no sé qué decirte con respecto al personal. Tal vez lo hayan presenciado como lo que fue, algo inocente, ¿no? No tendrían por qué informar a nadie. Puede que el señor Fitzherbert sea el que les contrata, pero saben que, si tratan de forma irrespetuosa a caballeros como tú, sus empleos o vidas pueden comprometerse de otras maneras. —Ahí estaba la Catherine que cuidaba de los suyos sin importar lo que tuviera que hacer, seguidora de los aforismos de Maquiavelo sin ocultarlo un ápice y dramática en toda su esencia—. Si la señorita Lancaster es una auténtica dama no hará caso a la palabrería y, si lo llegara a hacer en lugar de confiar en lo que tú le demuestras, bueno... eso lo dirá todo de ella.

—¿Lancaster? —interrogó Arthur.

Catherine tardó en entender qué había dicho mal y durante unos segundos miró a su hermano con la duda en el rostro.

Sus propios demonios podían estar empezando a afectarle.

—Larousse. Quería decir Larousse.

Al contrario que les sucedía a algunos y algunas en aquella casa, Catherine estaba absolutamente enamorada de su hermano en el sentido más fraternal de la palabra. Sabía de su noble alma y su enorme corazón y siempre había vivido convencida de que no se merecía menos de lo que él daba a los demás. Todavía con tiernos peluches bajo el brazo, ella misma podía presumir de haber sido, probablemente, la persona que peor se había comportado con Arthur. Pues conocía sus distintas virtudes, que perfectamente eran utilizadas por la muchacha como defectos o debilidades contra él.

No, no iba a permitir que nadie más que ella le hiciera sufrir de ninguna forma posible.

—No te merezco, Catherine. ¿Lo ves? ¿Qué haría yo sin ti? ¿Cómo pretendes que me comporte de otra forma cuando pienso que la próxima vez que te vea sonreírle a un hombre este puede ser el que por fin nos separe? Supongo que tengo mucho trabajo por delante, ya que, ¿quién no querría a una mujer como tú? Si no tuvieras un hermano tan *obtusos*, seguramente ya habrían hecho una fila bien ordenada en la puerta para cortejarte.

La hermana de Arthur estaba segura de que, muy a pesar de las bellas palabras de este, pocos hombres querrían a una mujer similar. La prueba de aquello era que todavía no se había casado y que no le costaba demasiado alejar a los caballeros que, al margen de títulos y riquezas, no valían nada.

—¡Vaya! Que alguien te pare, porque si veo escapar una lágrima de esos ojos me verás obligada a echarte de esta habitación —se mofó ella—. No te preocupes. Ya sea por mi terquedad a no irme de tu lado o a no desposarme, me tendrás mucho tiempo ayudándote a soportar a nuestra madre. Además, te equivocas en algo: no hay semejante fila de hombres detrás de mí, sino que el número se podría reducir a todo el aforo de un teatro entero —bromeó de nuevo, pues gran parte de los caballeros que se habían interesado por ella a raíz de su presentación en sociedad y en años posteriores terminaron cansándose con el tiempo. ¡Y con razón! Pues Catherine terminaba infravalorándolos a todos y, en ocasiones, burlándose a sus espaldas. A veces, incluso, delante de ellos sin pudor alguno. Lo que significaba que el ingente

número de pretendientes que había tenido se quedaba estancado en cero. Algo de lo que se alegraba unos días y otros no tanto—. De todas formas, para tu alivio, decirte que el señor Weston y yo solo estábamos tocando el piano. Así no albergarás duda alguna de que con las únicas que coqueteábamos era con las teclas y las notas altas. Por lo que, si quieres pedir perdón a alguien... deberías pedírselo a él. Tal vez eso temple también su carácter con respecto a ti.

—Me disculparé con Weston. Él no tiene la culpa de que las directrices de nuestra madre me pesen más de lo que debería permitir.

—Madre se equivoca en buscar que seas perfecto. Modales, templanza, atractivo, inteligencia, conversación, humildad, corazón... Ya eres perfecto, Arthur. Ahora solo piensa en ser feliz.

Tras un silencio agradecido, Catherine volvió a la carga.

—¿Puedo... Puedo preguntarte algo, hermano? Ahora que, bueno, ya has pasado tiempo con la señorita Larousse y has podido conocerla mejor, ¿crees que sientes algo por ella?

—La respeto —contestó él.

«Empezamos mal», se mofó Catherine en silencio.

—No me entiendas erróneamente. La respeto y es una mujer agradable. Es bella y desenvuelta, pero con ella no dejo de ser...

—¿*Obtuso*? —interrogó su hermana.

—¡Deja de decir esa palabra! Maldito Fitzherbert, deja de darle la razón.

La mirada de la joven se llenó de desilusión cuando su hermano comenzó a describir la situación que arrostraba en su pecho, pues le habría encantado ver a Arthur palideciendo por los mismos amores que los personajes de sus libros y, al no darse semejante situación, Catherine no esperaba demasiado de aquella relación.

Es común que, según las personas se conocen, los sentimientos terminen surgiendo, pero la hermana de Arthur no quería un amor demasiado templado y serio para su hermano, lo quisiera él o no. Aunque, ya puestos, tal vez ninguna mujer fuera suficiente a ojos de Catherine.

—No soy quién para decirte nada. Míranos, ambos contamos únicamente con la compañía del otro. Pero sé consecuente. Sé consecuente en no romperle el corazón a una dama e incluso en no rompértelo a ti si llegas a convertir esa unión en una simple transacción y, tarde o temprano, terminas enamorándote de verdad de otra mujer. No hagas de tu vida una miseria por apresurarte o por creer que lo que hay es lo único que habrá, ¿me entiendes?

—¿Y cómo saber que ese momento ha llegado? Fue agradable pasar tiempo con la señorita Larousse, pero todo fue frívolo y ceremonioso. Con Amelia Weston, sin embargo... No lo sé. Reímos, hablamos. No nos hemos tratado como autómatas en ningún momento y nuestra conversación fue sincera. Dijimos lo que pensábamos sin importar el juicio del otro. ¿Sabes que tiene unas ideas un tanto revolucionarias? Quizás demasiado incluso para mí. Estoy seguro de que Christopher ha tenido que ver en eso.

—Vaya, eso sí que sería gracioso, que te enamoraras de tu antítesis: el *obtuso* y la revolucionaria.

Poca era la esperanza que Catherine tenía puesta en lo que significaba «ser una revolucionaria» para su hermano, pues la señorita Weston parecía demasiado remilgada para ser de esas que las matan callando.

Algo quedaba bastante claro tras aquella conversación y es que ni Larousse ni el propio Arthur se deshacían en cumplidos cuando hablaban de Maryanne. Lo cual no decía nada bueno en favor de la dama. Aunque, recelosa, Catherine también pensó que en ocasiones nada bueno se decía de ella tampoco y que nunca había oído a su hermano describirla para bien o para mal, por lo que, de momento, seguiría dándole el beneficio de la duda a la Larousse menos atormentada.

—Ese es el problema de los compromisos apalabrados, hermano, que uno nunca puede ser quien quiere ser.

Y no se estaba refiriendo únicamente a Arthur y Maryanne

—No hablemos de lo que es correcto y lo que no en cuanto a la sociedad, hablemos de lo que es correcto en cuanto a quiénes somos y nuestra ética, algo igualmente válido. Si todavía no sabes lo que sientes por la señorita Larousse, sigue conociéndola. Si atesoras el tiempo en compañía de la señorita Weston, conócela también. Estoy segura de que sabrás comportarte como debes en las dos situaciones. ¿Quién sabe? A lo mejor terminas enamorándote de la señorita Fitzherbert y tenemos a su hermano en la mesa en todas las fiestas. —Imposible no soltar una pequeña risa con aquel comentario que produjo en Arthur la reacción contraria—. No tendré todas las respuestas del mundo, pero creo que es lo mejor que puedo recomendarte partiendo de la lógica y valorando, a la par, el carácter femenino.

Todo apuntaba a que la joven Crawford se declaraba ferviente admiradora de la lógica cuando los tejemanejes a tratar no tenían que ver con ella.

La sola idea de que las relaciones con Maryanne o Amelia pudieran resultar fructuosas hizo pensar a Catherine qué dos caballeros se sentarían a la mesa si no se trataba del señor Fitzherbert. Algo que sonaba tan interesante como incómodo, a su parecer. Así, sus pensamientos se vieron doblemente confusos cuando su hermano la instó a compartir con él sus cavilaciones, sabiendo esta que no quería dejar escapar una palabra, pero con unos ojos y un gesto que podían dar a entender perfectamente la cantidad de cosas que la joven tenía en mente.

Ambos hermanos sonrieron una vez más. Fue entonces cuando Catherine adoptó esa cara tan terrible que seguro que todos los hombres de aquella casa habían visto a sus hermanas pequeñas. Una cara que hablaba de las travesuras cometidas durante esos días, pero no del número exacto y hasta qué punto eran importantes o no.

—La verdad es que he pasado unos días algo raros. ¿Puedo preguntarte una cosa? Bueno, en realidad son dos. Tú conoces al señor Weston mejor que nadie en esta casa. ¿Qué opinión te merece? Creo que es algo que nunca te he preguntado. ¡Y no quiero que te confundas! Solo siento cierta curiosidad.

Al contrario que la de su hermana, la sonrisa de Arthur se ensanchó. Aquellas preguntas veladas sobre su amigo abrieron por fin la posibilidad de que Catherine estuviera dispuesta a cumplir con lo que su madre había orquestado, sin que se le fuera la vida entre medias o alguien terminara llorando. A pesar de la alegría incipiente, Arthur no podía abandonar su constante estado de cautela, valorando, igualmente, si su amigo era la persona idónea para pasar el resto de su vida con Catherine. Al fin y al cabo, eran más distintos de lo que podía parecer a simple vista: el sol y la luna luchando por sobreponerse al otro, así los había visto en la cena de bienvenida.

Arthur valoró sus palabras en la medida en que pudo e intentó ofrecerle a su hermana la idea correcta acerca de su amigo.

—Lo aprecio como gran amigo que siempre ha sido de la familia, pero a veces se olvida de su posición con respecto a sus obligaciones y quizás se deje llevar demasiado. No sé hasta qué punto sería bueno que alguien avivara las llamas que vas dejando por ahí cuando te propones ser incorregible. No obstante, no puedo sino quererlo por lo que es y pensar que, si tomara semejante responsabilidad contigo o con nuestra familia, convirtiéndose en tu pretendiente o incluso en tu esposo, aprendería a ser cauteloso cuando no suele serlo. Por eso me decanté por él cuando madre me preguntó.

El rostro de Catherine se contrajo cuando su hermano mencionó la palabra «esposo», por lo que intentó explicarle a Arthur que aquella curiosidad no estaba ligada con ningún futuro

conjunto a la vista.

—No he dicho nada sobre pretendientes, creo que me estás malinterpretando. Solo quiero saber con quién anda mi hermano. Y he de reconocerte que tu amigo me ha caído en gracia, sí. Es el bufón idóneo para vilipendiar cuando me aburra, nada más.

Aunque la palabra «bufón», en aquel caso, y en referencia a Christopher Weston, tenía unas connotaciones más positivas que negativas.

—Nadie dice que vayamos a querer pasar tiempo a solas por propia voluntad. Lo que sucedió el otro día fue mera casualidad.

¿Por qué se molestaba tanto en dejar claro algo que ni ella pensaba del todo? Tal vez el decirlo en voz alta ayudara a combatir la curiosidad reinante por aquel caballero.

—Tengo otra pregunta que hacerte —continuó Catherine.

En aquel momento sí que se mordió el labio y su ceño empezó a pedir disculpas antes de tiempo.

—¿Qué piensas del hijo mayor de los Larousse?

El lenguaje no verbal habló por Arthur. Él, al contrario que su hermana, frunció el ceño y cruzó los brazos mientras buscaba las palabras.

—Pues merece la imagen que se tiene de él, supongo. Parece un hombre centrado, correcto, quizás algo tosco en su trato con el resto.

Y así lo había sido con Catherine la primera noche, eso no podía olvidarlo.

—Reconozco que me hace gracia que me preguntes acerca de Larousse —confesó.

Arthur no sabía si continuar con aquello. Al fin y al cabo, nunca había tenido secretos con su hermana.

—Lo cierto es que la señora Larousse escribió una carta a nuestra madre hace tiempo. Esperaba poder arreglar algo entre su hijo y tú. Sin embargo, la señora Weston, que se había adelantado, ya había hablado con madre en el picnic de los Earnshaw. Ella me preguntó a mí y, bueno, yo tenía más fe en Christopher que en alguien que no conocía. Por eso, incapaz de perder el ofrecimiento de ligar nuestra familia al apellido Larousse, comerció conmigo en tu lugar. ¡Y aquí estamos!

Aquel ínfimo detalle molestó de forma evidente a Catherine, que se afanaba por ocultar su malestar con la mirada, pero esbozaba esa pequeña mueca que ella hacía con la mandíbula y que decía todo lo contrario. Y no es que la mujer hubiera tenido alguna preferencia en cuanto a qué apellido llevar, pero la sola idea de que las decisiones que modelaban su futuro le fueran ocultadas, le producía una sensación de indefensión que no soportaba.

—¿Y por qué a mí no se me comunicó nada acerca de esa decisión? ¿Y si... Y si hubiera querido casarme con el señor Larousse?

Aquello era menos que probable, pues si una simple cena había creado semejante discordia entre ambos con un par de palabras, no se imaginaba haberse tenido que presentar en la hacienda de este, con su clásica actitud condescendiente y negada para entablar conversación con alguien que pretendía raptarla a regañadientes. No obstante, aquello era una gran decisión y ni siquiera había podido tomar partido.

—¿Sabes por qué te interrogo acerca del señor Larousse? —preguntó Catherine, haciendo gala de un malestar que por fin se dejaba ver, al tiempo que se levantaba y cogía las cartas que había estado recibiendo aquellos días del cajón de su escritorio, tirándolas con desdén frente a su hermano. Desde luego, aquella no era la mejor forma de prestarle semejante secreto, pero, dadas las circunstancias, sí era la que más podía satisfacerla—. De las pocas cosas a las que esperaba dedicar estos días, no creí ni por asomo que los pasaría intercambiando correspondencia con él.

Estando los dos, además, bajo el mismo techo. ¿Significa esto que quiera casarme con el señor Larousse? No, desde luego que no. Pero si en algún momento de mi vida quisiera tomar esa decisión, no podría. No podría porque alguien ya la ha tomado por mí. Sé que tú también juegas tus cartas bajo las reglas de madre, pero no sabía que yo tuviera que jugar bajo las de ella, bajo las tuyas y, además, con una venda en los ojos.

Las chispas de esos ojos se convirtieron en cenizas y su mirada, refulgente, en una decepción latente.

—No sé por qué me esfuerzo en pensar que puedo tomar alguna decisión en mi vida o ser alguien más que *la señora de* si no hay día que no me recuerden que eso no es así. Y lo peor es que tú lo sabes, sabes cómo me siento con respecto a ese tema y aun así haces estas cosas.

En aquel momento, el deseo de que su hermano se fuera de la habitación era pronunciado, pero había ido hasta allí para arreglar los problemas entre ambos y no quería acabar incluso peor. Algo que ya era casi un hecho.

—¿Sabes? Ojalá tú y madre tengáis razón y casarme, si llego a hacerlo, con el señor Weston me haga feliz. Dios no quiera que os hayáis equivocado de pretendiente.

Arthur no salía de su asombro.

Observaba las cartas que habían caído frente a él con aquel desprecio merecido y se interrogaba sobre lo disparatado de semejante comportamiento: dos personas carteándose en secreto bajo el mismo techo. ¡Qué absurdez!

Pronto volvió a mirar a Catherine y valoró de nuevo la jugada de Larousse, pues sopesó que tal vez fuera la manera más inteligente de hacerse con el corazón de su hermana. «¿Lo habrá hecho de forma consciente, como parte de algún tipo de plan?», se preguntó el mayor de los Crawford.

—Da igual quien nos agrade a madre o a mí. Al final la decisión será tuya, ¿como si fueras a permitir un resultado distinto! Pero dime, ¿acaso *aprecias* al señor Larousse? ¿Desde cuándo? ¿Y qué me he perdido?

—¿Que si «aprecio» al señor Larousse? ¿Como se *aprecia* una cálida tarde de verano o como se *aprecia* a un sobrino? —Imposible no burlarse de aquella elección de palabras—. *Aprecio* muchas cosas en él, sí. El señor Larousse me agrada.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo ha llegado a suceder esto? —interrogó Arthur, señalando toda aquella correspondencia sin atreverse a abrirla y no por falta de ganas.

Pese a su enfado, nada odiaba Catherine más que mostrarse airada con Arthur. Por eso adoptó un tono más calmado y, aunque todavía se moviera la tormenta en sus entrañas, intentó dar explicación a aquella cara ojiplática que tenía delante, invitando a su hermano a que volviera a sentarse, acomodándose ella cerca de él —aunque no tanto como antes, dada la traición— y volviendo a hacerse con los sobres que le pertenecían.

—Los Wharton, parece ser, estuvieron en Allerdale hace unos días —comenzó Catherine— y con ellos vinieron esos diablillos de hijos suyos. Yo había tenido un pequeño encuentro con el señor Larousse el primer día en la biblioteca y, simplemente, hice lo que hago siempre: escribir sobre ello.

Su hermano sabía perfectamente a lo que se refería, porque Arthur era el único que sí recibía las cartas destinadas a él, buscando Catherine torturarlo cuando las cosas andaban tirantes entre ambos.

—La puerta de mi habitación debía de estar abierta, por lo que entraron y cogieron la carta que terminó en manos del señor Larousse. Imagínate todo lo que ponía en su interior para que un pseudónimo no le disuadiera de pensar que él era el destinatario de mis palabras.

«Lancaster», pensó Arthur tras hacer memoria, rasgando con la mirada lo que todavía podía apreciarse en aquellos sobres entre los dedos de su hermana.

—Sin embargo, en lugar de enojarse, se dignó a contestar mi carta con un ánimo que es difícil apreciar en él en persona. Ese ánimo ha ido evolucionando en cada una de las cartas que evidentemente he contestado y me ha devuelto con sus trazos.

La palabra «ánimo» podía haber sido sustituida por tantas otras palabras y tan peligrosas estas que Catherine, haciendo uso de su razonamiento, valoró aquello que decir y aquello que ocultar.

—Ojalá fuera todo tan sencillo como lo describes, hermano. Porque, sea o no sea mía la decisión de con quién me caso o me dejo de casar, es obvio que el señor Larousse ya no es una opción, dado que ha arreglado un compromiso con otra y eso forma parte de la decisión que vosotros tomasteis por mí a mis espaldas.

Demasiadas vueltas a algo tan absurdo. Demasiado hincapié en posibles suposiciones que lo más seguro es que nunca terminaran llegando a buen puerto. «¿Y si...?» era, sin embargo, el pensamiento que tambaleaba la calma de Catherine Crawford desde que Edrick Larousse ya no era un mal comentario a pie de página en el capítulo de una elegante cena.

—¿Y eso te disgusta? Creí que no querías comprometerte. Ni con Weston ni con Larousse ni con nadie. No soy la mejor persona para aconsejarte, pero no deberías preocuparte más de la cuenta de una condena que no es la tuya. De hecho, deberías parar este juego epistolar absurdo antes de que vaya a más. No quiero que esto te arrastre a un abismo del que no puedas escapar.

—Vaya, cómo cambian las cosas en cuestión de segundos. Antes la decisión sobre mi felicidad era algo mío y ahora la única decisión que puedo tomar es entre una «condena» y un «abismo».

Tan irónica como siempre, tan escogida en sus palabras y en sus puñales, tan ácida y corrosiva se presentaba Catherine frente a las palabras de su hermano por pura impotencia, sintiendo ya los barrotes de una jaula que antes no veía.

Las palabras de Arthur poco o nada podían ayudar a su hermana e, incluso, el beso que quiso darle para capear el temporal fue recibido con cierto halo de desprecio. No obstante, antes de que este saliera por la puerta, Catherine se molestó en dedicarle unas últimas palabras con la calma que, en aquel momento, le proporcionaba su triste decepción.

—Tienes razón en una cosa y es que no eres la mejor persona para aconsejar nada. Puede que sepas más de finanzas que yo, pero a veces parece que no sabes de nada más. Has venido aquí, acongojado por tus incipientes sentimientos hacia dos de las señoritas de esta casa y creo que mis palabras han sido un bálsamo correcto a tu pesar. Por el contrario, tú... me encierras en una jaula, me condenas y me empujas a un abismo. Si ya era difícil antes, ahora lo es más. Gracias por tus sabios consejos, hermano.

Su mirada acompañó a Arthur el tiempo que duraron aquellas palabras. Eso fue hasta que, al terminar, encontró más alivio en el vetusto suelo o en la solitaria nada, dejando que este desapareciera por la puerta con una cruz todavía más grande que aquella con la que había entrado en la habitación.

Una bala con tu nombre

¿Quién podía culpar a Catherine Crawford por no sentir la llamada de Morfeo aquellas noches de incertidumbre, secretos y orgullo?

Sentada en el mueble anexo a la ventana de su cuarto y que contaba con más de un cojín de plumón, la mujer se había hecho con un libro de la biblioteca que parecía elegido aposta para clavar uno o dos clavos más en una tumba en la que ella misma parecía regodearse: *Prometeo encadenado*.

Llevada por un hastío repentino, posó el libro y lo alejó de ella. A continuación, abrió la ventana y escuchó casualmente unos ruidos lejanos que, si bien no se oían con facilidad, podían intuirse si uno prestaba atención.

Al amparo de su blanco camisón y una bata cubriéndolo, Catherine se aferró de nuevo al libro con la esperanza de convertirlo en arma llegado el momento y salió de la mansión de los Fitzherbert como una aparición breve pero espectral. Así caminó sin descanso hasta el origen de los ruidos. De nuevo, una de sus muy estúpidas decisiones, pues aquello podía haberse tratado de algo peligroso y nadie habría sabido dónde se encontraba la menor de los Crawford si algo hubiera llegado a ocurrirle. Por suerte para ella, el orquestador de semejante espectáculo —que se volvía más ensordecedor según uno avanzaba en los jardines— era, ni más ni menos, que el señor Weston.

El caballero estaba en mangas de camisa y algo azorado por el esfuerzo físico, confundiendo el humo que escapaba de su escopeta con la densa niebla.

Así fue como Catherine observó en derredor y apreció una atmósfera sobrenatural que, más que aterrorizarla, le confirió cierta avidez de aventura. Su camisón tampoco la libró de ser confundida con un espectro, pero bien cierto era que su presencia producía el mismo temor en Christopher Weston que el que habría producido cualquier otra visión venida de ultratumba.

—¡Menos mal, es usted! —advirtió el hombre—. De hecho, me sorprende que lo sea. Aunque, bien pensado, ha desarrollado una sugerente habilidad para aparecer ante cualquiera de los ruidos que emito, sin importar lo molestos que sean.

—¿Molestos? Creo que no he oído sonido más sugerente en todo el día —reconoció ella.

«Molesto es oírle tocar el piano», pensó en decir Catherine, a modo de broma. Sin embargo, como buenamente había aprendido aquellos días, debía medir sus palabras y el recuerdo de aquel momento inconveniente podía impregnar dicha situación de un engorro absolutamente prescindible.

—Entonces no ha debido de tener un día elocuente en exceso —contestó Weston.

—No, la verdad es que no. ¿A qué se debe semejante demostración de puntería? Más todavía a estas horas intempestivas. Si puedo preguntar, claro.

Weston no tenía una respuesta para aquella pregunta.

Desde que accedió a quedarse en casa de los Fitzherbert, se había sentido intranquilo por varias razones y no podía negar que la hermana de Arthur era una de ellas. ¿Quién querría casarse? Él, desde luego, no. Era imposible, por tanto, que el hecho de que su madre hubiera arreglado un compromiso con la señora Crawford no le molestara. Aunque tal vez lo que más le traía de cabeza era precisamente la idea de que su madre quizás hubiera acertado con la

candidata. Pero ¿y si no? Decepcionaría a su familia, sería despreciado por la señorita Crawford y se pondría en contra a su amigo. No, complicarse por aquellas responsabilidades que él no había pedido no era su deporte favorito. El tiro al blanco, por otro lado...

—Si le digo la verdad, mi día tampoco ha sido el mejor. Aunque, por lo que parece, yo he tenido más suerte eligiendo con qué enmendarlo —observó Weston, al tiempo que hacía un gesto con la mirada, posándola en el libro que Catherine todavía sujetaba.

—Ya ve. Esquilo se ha empeñado en secuestrarme y *encadenarme*, pero supongo que se imagina cómo soy: basta con que me impongan algo para que salga huyendo.

La mujer le mostró la portada y Weston comprendió sus palabras. Se preguntó también quién podría encadenar a aquella mujer, si es que era posible.

Lo cierto era que Catherine había leído a Esquilo más veces, pero aquella en particular se le antojaba pesada. No podía dejar de pensar en la persona que automáticamente ya había ligado a la imagen de aquel libro y eso le molestaba. Por aquel motivo preciso, agradeció los sonidos que emitía Weston y que la habían llevado hasta allí, considerándolo su salvador en la noche.

—Pero no hablemos de ningún libro. ¿Cabría —comenzó, ciertamente juguetona, miedosa de una negativa— la posibilidad de que alguna de esas balas llevara mi nombre y me dejara dispararla? Le prometo que no será su corazón el blanco de mis disparos —aclaró entre risas—. Al menos, no en primera instancia.

Como bien era de esperar, la dama acababa de romper la idea de ser cauta con sus burlas. Aunque, siendo sinceros, mucho había durado.

No sabía si era la bruma, el rocío, la paz que se respiraba en el lugar o esa mezcla entre ingenio, picardía, humor y espontaneidad que desprendía Weston lo que hacía que Catherine se sintiera realmente cómoda en aquel momento. E imposible le era también ocultar de forma alguna que estaba ansiosa por sujetar la escopeta, apuntar y disparar. Tres cosas que ni su hermano ni su padre le habían dejado hacer nunca, pero que había podido experimentar de manera opaca gracias a sus libros.

—Supongo que, si la escopeta es del señor Fitzherbert, tendrá una bala con cada uno de los nombres de sus invitados. Salvo la que usará para mi hermano, que imagino que será de plata —continuó Catherine.

La actitud de Crawford parecía bien distinta a la de su último encuentro en privado, donde un gesto inesperado había roto su necesidad de control sobre todo lo que la rodeaba, no sabiendo ni cómo sentirse ni cómo actuar. No obstante, cansada de preocuparse, con el aire fresco llenando sus pulmones y el silencio arropándola, no le importunó tanto que el caballero se acercara a ella para ayudarle con la escopeta.

—¿Le gustaría probar entonces? —preguntó Weston, ofreciéndole su arma.

—Soy toda suya.

Al parecer, bastaba con que Catherine se hubiera autoimpuesto durante unos segundos la idea de no bromear con aquello para que derrochara el resto de la noche haciéndolo a costa de sí misma y del pobre Weston. Aunque podría decirse que empezó a notar cierta satisfacción y un cosquilleo entre agradable e incómodo cuando determinadas palabras o frases eran lanzadas al aire igual que granadas, así que ¿por qué no?

Christopher Weston no dudó en colocarse tras su acompañante y dictarle uno por uno los movimientos que debía llevar a cabo para que el disparo fuera certero. Observando la imposibilidad —tal vez fingida— de la mujer para acatar cualquier directriz, se tomó la libertad de forzar la postura de su espalda con la mano. A continuación, hizo lo mismo con su brazo derecho y, finalmente, acercó su rostro al alza de tal forma que el contacto entre las mejillas de

ambos ya resultaba ineludible.

—Pruebe con ese tronco de ahí —recomendó él.

¿Quién podría aventurar que el roce inesperado de dos manos desconocidas iba a mover montañas y enfurecer al lobo estepario, pero que aquel baile bien estudiado de poses y apoyos, de técnica y aprendizaje, donde el respeto se apartaba ligeramente mientras el tacto hacía de las suyas, iba a importar poco o nada a Catherine en aquella noche de niebla? Ocupada como estaba en ser la perfecta alumna, se dejó envolver casi de inmediato por las lecciones de su compañero, viendo cada vez más cerca su objetivo, pero sin percatarse de que Weston estaba también igual de cerca.

Podía decirse que Crawford no se había parado a escuchar la voz del amigo de su hermano hasta ese momento, con el silencio de la noche como melodía discreta, susurrando casi en su oído. Aquella era una voz profunda que invitaba a cerrar los ojos y detenerse en cada sílaba pronunciada para poder paladear bien todas y cada una, en lugar de ayudar a mantener la mirada fija en un punto que a nadie le importaba ya. Así, entrecerrando un ojo y el otro, la mujer no pudo contenerse y, puesto que el caballero estaba tan cerca de ella, casi lo susurró:

—Disculpe, ¿a qué tronco se refiere? Creo que he perdido la noción del tiempo en cuanto ha empezado a hablar tan cerca de mi oído.

El comportamiento de la menor de los Crawford habría vuelto a poner de mal humor a su hermano si hubiera podido observar la escena. No solo porque tenía prohibido esgrimir arma alguna más allá de sus palabras, sino porque volvía a disparar su lengua y de ella siempre salían frases que una señorita nunca debería decir, las tuviera en mente o no.

Pronto, la mujer apretó el gatillo e, inesperadamente, el retroceso de la escopeta le hizo perder la postura. Sus pies no parecían haberse tomado en serio el peso del arma y la agitación de aquel disparo al mismo tiempo. Así que nada más lejos de preocuparse por una posible caída, las manos de Weston decidieron que la cintura de Catherine era el lugar idóneo para comenzar a darle algo de equilibrio a aquella situación que se tambaleaba por todas partes desde su concierto en privado.

—Siento decirle que ha errado el tiro. No la entretendré más si me asegura que la próxima vez me avisará antes de disparar.

—¿Sabe? No tengo por costumbre avisar cuando entro en una sala, así que no confíe en que lo haga a la hora de disparar. Como mucho puedo aconsejarle que se prepare para el siguiente petardazo y me sujete como alma que lleva el diablo, pues si acabo llenándome de barro, mi hermano no tardará en atar cabos.

Perversa como ella sola y con el amparo del caballero para dejar escapar toda su traviesa malicia, Catherine podría haber fallado aquel primer disparo, pero el segundo parecía prometer incluso más peligro con las manos de Weston deslizándose para adoptar otra posición más segura.

—Ahora que estamos aquí —volvió a comenzar ella mientras apuntaba de nuevo— y que ya no hay marcha atrás, déjeme decirle que tengo esto absolutamente prohibido. Y no hablo de estar a solas con usted, que también. No sé cómo le habrá ido hablando con Arthur o si todavía no han hablado, pero le recomiendo que no le mencione nada sobre nuestras clases privadas. A menos que quiera que alguien le atraviere el corazón de verdad.

El frío de la noche, la agitación del arma, los problemas que desaparecían como de lejos se iban los cartuchos, la idea nada descabellada de estar haciendo lo que no debe... Todos aquellos pensamientos eran causantes de que el ritmo cardíaco de la mujer estuviera disparado, algo que resultaba imposible que Weston no llegara a notar en su nueva posición, mientras Catherine

intentaba concentrarse sin conseguirlo, pero con la mandíbula más floja que de costumbre.

—Supongo que mi hermano considera que es un estímulo demasiado grande y, a la vez, peligroso. Me refiero a las armas, claro. Aunque puede dejar volar su imaginación si quiere.

Arthur no se equivocó nunca al confesarle a su hermana la facilidad que tienen algunos hombres para dejarse llevar por las cualidades del género femenino y nadie podía negar que la lengua de Catherine era más rápida incluso que la belleza que entraba por los ojos del que estuviera dispuesto a mirar.

Christopher Weston, que no presumía tampoco de ser un cualquiera, fue uno de esos pobres mentecatos que observó, con gran velocidad, las gracias que poseía Catherine Crawford. Todas aquellas que no podían apreciarse a simple vista, infravaloradas por la gran mayoría, temidas incluso, dependiendo del sujeto.

—Habría que ser un auténtico patán para añadir más razones de peso al enfado de su hermano. Aunque, si sigue buscándome por todos los rincones de la casa para que le ayude a hacer el mal, probablemente cualquier tipo de metáfora sobre atravesar mi corazón termine volviéndose real, siendo Arthur el que sujetará el arma al otro lado.

Concentrada como debería haber estado en una actividad que llevaba tanto queriendo probar, Catherine no parecía acertar ningún blanco y su concentración, precisamente, parecía más puesta en cavilar réplicas ágiles para su compañero que en lograr un disparo certero.

—Si mis caprichos son demasiado para usted, siempre puede decirme que no. En condiciones normales, podría buscar a otra persona que me los concediera. Aunque en esta casa eso parece improbable.

Cabe destacar, como dato accesorio en Catherine, que tenía la costumbre de relajarse de forma proporcional a la incertidumbre o inquietud que solían generar sus comentarios en el resto de personas. Lo que significaba que cada bocanada de aire extra que Christopher Weston tomaba era, cuanto menos, halagadora.

—No se confunda. Creo firmemente que una mujer debería saber disparar —contestó él—. Considero más peligroso cuando se resuelve a no enseñarle. Pero yo no soy quién para valorar su educación y hace mucho que aprendí a morderme la lengua en esos temas.

—¡Al contrario! Qué poco agudos aquellos que no logran apreciar que su lengua está mejor corriendo libre como el salvaje río. En la cena de bienvenida le vi espléndido. Creo que no había tenido el placer de escucharle antes, por mucho que nos hayamos saludado en más de una ocasión. Debería saber ya, además, que existen distintos tipos de personas habladoras. Algunos son una desgracia en sí mismo y la verborrea interminable es parte de su esencia repelente. Pero otros... —Durante un segundo, un solitario e ínfimo segundo, regaló una mirada a Weston antes de volver al arma—. Otros obsequian a su oyente con más significado del que incluso ellos mismos buscan a sus palabras.

Satisfecho, Weston interpuso sus manos, cambiando así el rumbo del rifle y remarcando en voz alta lo mucho que aquella dama parecía obcecada en distraerse. Ante semejante comentario, Catherine se sonrojó, pensando que solo a ella parecía hacerle gracia aquel juego y que ya estaba otra vez poniéndose en ridículo como había hecho repetidas veces aquellos días. Semejantes pensamientos, sin embargo, no fueron tampoco suficiente para detenerla.

—Tengo una idea. ¿Por qué no se pone usted delante de mí y hace de blanco? Estoy segura de que así no habrá nadie que me distraiga.

—¿Cree que está preparada para eso? —preguntó Weston, corrigiendo de nuevo la postura de aquella mujer declarada imposible por los vaivenes inevitables de su cuerpo—. Porque yo creo que no. ¿Ve aquella rama? Dispare hacia allí. Hasta en el tiro al blanco nos obcecamos en un

objetivo, cuando la realidad es que únicamente necesitamos disparar al aire y vaciar cartuchos.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué están llenos sus cartuchos, señor Weston?

Una ráfaga de seriedad abordó con gran facilidad a su acompañante, creyendo oportuno —aunque no conveniente— confesar algunas de las elucubraciones que pasaban por su cabeza aquellos días, sin poder corroborar tampoco que fuera a recibir una respuesta que calmara ningún pesar. Esperanzado igualmente ante la idea de sentir la suficiente comicidad como para poder desahogarse. Al fin y al cabo, ¿por qué estaba allí a esa hora, intentando no pensar y enviando el aire que le rodeaba como enviados estaban sus pensamientos?

—De nada agradable. Absurdos sueños que nunca verán la luz, supongo. El cómo lidiar con responsabilidades que uno no ha pedido. ¿Le parece, señorita Crawford, que tenemos edad para matar de un plumazo la curiosidad inherente a la juventud y enterrarnos en vida en un ataúd que alguien ya se ha molestado en proporcionarnos? Algo ya usado y que, desde luego, no es de nuestra talla, pues fue ensamblado para otro.

Ni siquiera el ser humano, pese a los lazos de la sangre, entiende la conexión casi mágica que fomenta la soledad, la pérdida, la incompreensión, el hallarse solo en medio del camino.

Catherine, abriendo los oídos comoabría su corazón, comprendía, oyendo a Weston, que todos parecían pecar de lo mismo en aquella casa y que ello les encadenaba en la misma celda sin importar su sexo.

—Que no le engañe mi apellido —comenzó ella—, tampoco cómo arqueo la espalda cuando camino o elevo el mentón. Ni siquiera confíe en mi discurso. Si cierra los ojos podrá apreciar mejor el hedor a tristeza y desesperación que las palabras hábiles intentan enmascarar.

Las palabras, ciertamente, también eran un terrible desencadenante de los peores sentimientos, incluso sin buscarlo. Motivo por el que Catherine terminó siendo más sincera en dos frases de lo que pensaba ser en toda la noche e incluso durante toda su estancia en aquella casa.

No pudo tampoco evitar pensar en su hermano, que había tenido que dejar atrás tantas cosas que le hacían feliz únicamente por aquellas absurdas obligaciones que le ataban de pies y manos y que parecían tener al señor Weston en posición semejante. Se preguntaba también por qué su nuevo amigo era capaz de sincerarse con ella más incluso que Arthur. Se molestó, segundos después, precisamente porque ella también se sentía, de algún modo, en tal situación y su hermano no parecía estar ayudándola, pues se dedicaba únicamente a colocar almohadas para que la caída fuera menos difícil de asumir, a podar las hojas que sobresalían de las malas hierbas, a esconder la venenosa planta con la que tarde o temprano su hermana sentiría la necesidad de jugar.

—Quizás esté siendo un egoísta —se recriminó Weston, todavía pensativo.

—Puede ser todo lo egoísta que quiera en sus palabras, que, aunque llenaran los cientos de volúmenes que descansan en las estanterías de los Fitzherbert, no serían ni la mitad de injustas que privar a alguien de hacer con su vida lo que le venga en gana.

Tal vez las señoras Weston y Crawford creyeran que sus hijos se merecían el uno al otro por cuestiones accesorias, pero lo que parecían no haber captado en el carácter de ambos era que, solo en ocasiones, podía definirles la misma mirada triste, la misma que se dedicaban en aquel momento.

—Gracias —paladeó someramente Weston—. Espero que no me esté entendiendo mal. Mi interés no radica en regresar atrás o anclarme a mi presente, siempre he sido alguien que mira hacia adelante.

Aquella necesidad de explicarse nacía de un miedo que acababa de despertar en él y al que

tampoco sabía ponerle nombre. Quizás ese miedo tuviera que ver con sentirse indigno a ojos de la dama si continuaba con sus inseguridades y con sus excusas para sentar la cabeza y hacerse responsable de una familia.

A Catherine, no obstante, le era difícil entender cómo alguien podía mirar hacia adelante y semejante sentimiento hizo que el subtexto que podía extraerse de las palabras de Weston se perdiera. El futuro llenaba de una dolorosa incertidumbre a la menor de los Crawford y, como amante del mundo clásico en todas sus formas, entendía por qué sentía ese apego a su pasado, incluso a su presente, que con cada segundo transcurrido se tornaba también en pasado.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. —Su sonrisa, ahora que volvía a mirar a Christopher a los ojos, no era ni por asomo alegre—. Pero hasta las rocas se desgastan con el oleaje.

La mujer sintió pena por aquel mártir que se había topado no solo con ella, sino con unos pensamientos alimentados durante aquellos días por dos caballeros que ahora estarían durmiendo plácidamente en sus camas mientras ella no conseguía pegar ojo. Si tan solo Catherine tuviera esa facilidad para hablar de sus sentimientos como hablaba de cualquier otra cosa que le apasionaba, podría al menos ayudar a su compañero de armas a descifrarla. Algo que le habría encantado al mismo tiempo que aterrorizado.

Los sentimientos quedaron a un lado cuando el plano físico cobró más importancia de la que ambos tenían permitida. Una importancia necesitada para alzarse en armas contra sus propios demonios. Así, mientras los acercamientos se volvían más cálidos y menos vergonzosos y las miradas parecían empezar a conocerse, los labios de Catherine temblaban con la proximidad de su acompañante y cuando a punto estuvo este de calmar semejante inquietud con los suyos...

¡PUM!

Un disparo al propio suelo desestabilizó aquella concentración en el otro, brindándoles el momento de lucidez que no necesitaban. Catherine aprovechó para separarse, al tiempo que ambos observaron encenderse algunas de las luces en la parte de la casa destinada al servicio.

—Soy de la opinión de que tres son multitud, así que creo que deberíamos dejarlo por hoy —declaró Weston, robándole su arma a Catherine y haciendo lo mismo con su mano antes de besarla para despedirse—. Buenas noches, señorita Crawford.

La cesta de mimbre de Pandora

Un día como otro cualquiera, James Fitzherbert, conocido por su temerosa espontaneidad, declaró que el sol parecía estar en la posición idónea para llevar a cabo el ya mencionado picnic.

Usualmente, este tipo de eventos, cuando uno se rodea de seres queridos o amigos deseados, suelen ser motivo de gozo y alegría. No obstante, cuando uno tiene problemas o siente determinadas incomodidades ligadas a un tercio de los invitados, un simple picnic puede convertirse en un infierno con pastelitos de grosella.

Así precisamente se sentía la menor de los Crawford, cuyo hermano, por extraño que pudiera parecer, no la acompañaba en aquel paseo a caballo que los llevaba fuera de Allerdale Park, al bosque aledaño. Algo que no pasó desapercibido para el resto, siendo ambos como eran de recíprocos a hacerse compañía antes que a nadie más.

«¿Qué otro malentendido cobrará vida esta tarde?», se preguntaba Catherine mientras seguía cabalgando con la mirada perdida en el horizonte, antes de dedicar su atención ciertamente de reojo hacia los Weston, que parecían haber creado, sin proponérselo, el grupo más numeroso de jinetes, comentando lo que quiera que fuera con Arthur a un lado de Amelia y Christopher, el pistolero, al otro.

Bendito orgullo el de Catherine, que no le dejó formar parte de aquel grupo e incluso guio a su caballo para que trotara unos centímetros más lejos si podía. Pensó, incluso, mezquina en toda su esencia, mientras observaba a regañadientes aquella escena, que ojalá Amelia Weston se cansara pronto de conocer a su hermano o que a este le sucediera lo mismo con ella.

Al cabo de un rato, la joven Crawford echó en falta una figura que no recordaba haber visto durante el paseo y ello la conminó a voltear la cabeza, encontrándose directamente con la mirada de Edrick Larousse y antes de volverse a toda prisa, sintiendo la absurdez corriendo por sus venas al dar demasiada importancia a sus tontas incomodidades con unos y con otros como si fuera poco más que una niña. Pero así se sentía en aquel momento, vulnerable como una y con ganas de gritar en silencio lo poco que quería formar parte de aquel evento sofocante, no solo por el sol de media tarde.

Una vez en el lugar indicado, los jinetes comenzaron a desmontar.

—Déjeme ayudarla —rogó una voz salida de la nada cuando Catherine se dispuso a bajar de su caballo sin la ayuda de su hermano, pues Larousse había decidido acercarse para hacer lo propio—. Hoy el clima no puede sino acompañarnos.

Agradeció entonces una actitud tan preocupada aun viniendo de alguien a quien no acostumbraba a tratar en persona, muy a pesar del trato epistolar. Todavía no era fácil para ella atribuir a aquel hombre cualquiera de los pensamientos o sentimientos ligados a las cartas que habían compartido.

—Se lo agradezco. Y en cuanto al clima, seguro que disfrutaremos de él a la par —contestó con cierto aire sarcástico, sabiendo que ni su compañero ni ella tenían los rayos del sol o el olor de la hierba como divertimento, pudiendo dedicar su tiempo a actividades más interesantes si llegaban a proponérselo.

La joven Crawford dudó, por un segundo, enfrentada a los ojos de Larousse, si era realmente este quien había dedicado tanto tiempo a la pluma y el papel pensando en ella.

Pronto el caballero privó a la mujer de su mirada sacando unos anteojos oscuros del bolsillo interno de su chaqueta. Se los ciñó con la precisión que da la costumbre, hizo un ademán de cabeza y comenzó la marcha con el resto de invitados. Catherine ligó semejante abandono a la indiferencia, pero también pensó que todas aquellas cartas podrían haber hecho mella en Larousse de alguna forma y que tal vez tratarla en persona se le tornaba cada vez más complicado sin entender del todo el porqué.

El resto de invitados se acomodaron sobre las telas deliciosamente bordadas que habían predispuesto los sirvientes y comenzaron a intercambiar pareceres mientras estos continuaban preparándolo todo.

Lilibeth Fitzherbert se sentó al lado de los Weston, interrumpiendo la conversación de los hermanos:

—Señor y señorita Weston —comenzó a bromear con toda la exageración que cabía en los gestos de su risueño rostro—, discúlpenme por semejante intromisión, pero es de vital importancia para mi hermano que le haga saber al suyo que no intente desbancar al mío en ningún deporte o actividad, porque no podrá. Aunque, y esto ya es cosecha propia, su talón de Aquiles siempre ha sido su ego y esa lengua veloz con la que lo refuerza. Pero estoy segura de que eso es algo que seguramente su hermano sepa mejor que yo.

Fue recibida con alegría por Amelia y lo cierto era que poco hacía falta para tentar también al otro Weston.

—Señorita Fitzherbert —comenzó Christopher—, el ego de su hermano es tan opíparo que él mismo no sabe dónde llevarlo consigo cuando sale de casa, pues le pesa en todas partes. He oído que cuando va a la ópera pide que preparen su coche para dos, si tiene un buen día hasta para tres. Aunque, últimamente, nos lo está poniendo más fácil al resto. La empresa de descubrir su punto débil, quiero decir, porque no creo que nadie dude ahora mismo dónde están puestas sus miras estos días.

Weston era el vértice de un triángulo amistoso donde el resto de partes no estaban muy de acuerdo en pertenecer a nada bajo aquellas circunstancias. Arthur detestaba a James y viceversa. El primero de una forma más personal, dada su seriedad habitual, y el segundo de una manera más liviana, con una sonrisa y algo de sarcasmo de por medio. Dónde había puesto sus miras James Fitzherbert aquellos días fue otra de esas cosas que añadió tensión a su relación, pues jugaba a acompañar a Maryanne Larousse más de lo que se le tenía permitido. Allí mismo, por ejemplo, estaban los dos, a unos metros del resto, intercambiando pareceres, hablando sobre arte y sonriendo jovialmente mientras el mayor de los Crawford y el primogénito de los Larousse desaprobaban aquella forma de actuar.

—Tal vez debería olvidarse de su talón de Aquiles y empezar a proteger su corazón —señaló Weston, todavía refiriéndose a su amigo.

Siguiendo las palabras de este como seguía a su hermano con la mirada, Lilibeth pensó que aquellas ideas no podían ser más certeras, pues James ya había sufrido mal de amores y temía que le volviera a pasar con su nueva joven conquista. Asimismo, sufría ella de igual modo porque las experiencias vividas por su hermano hubieran surtido en él el efecto contrario y le hubieran endurecido el corazón tanto que solo un mar de lágrimas era lo que esperaba a sus compañías femeninas. Ciertamente egoísta, la muchacha decidió que no le gustaría encontrarse en aquella situación nunca con un hombre y que los traspies de la vida eran ya suficientes como para sacar también su pañuelo por un corazón que se negaba a latir.

—Parece mentira, señor Weston, pues lleva tantos años siendo amigo de James que ya debería saber que, cuando se trata de su compañía, siempre se las ingenia para que las distracciones se

multipliquen por dos. Y, si está contento, hasta por tres —bromeó Lilibeth—. Querida Amelia, ¿cree que, puesto que su hermano tiene fama de no comportarse del todo bien, podríamos hacer lo mismo nosotras, colándonos en algún juego masculino para desbaratar los planes de los caballeros?

Amelia Weston, que compartía un encanto similar al de su hermano, ambos bautizados en su propio lago personal de ingenio y simpatía, parecía haber encontrado una cómplice en Lilibeth desde hacía bastante. ¡Y qué menos, siendo sus hermanos como eran! Así, las dos jóvenes se habían criado bebiendo de lo mejor de sus caracteres. Y, mientras que Lilibeth exprimía su ingenio de forma natural, Amelia prefería ser más cauta. Aunque no siempre.

—No se ha inventado todavía un juego o actividad al que usted y yo no podamos mirar a los ojos y desafiar cualquier tipo de regla establecida, me temo. Apuesto también que nuestras madres aborrecerán nuestra actitud a la par, pero ¿cómo no ser así habiendo sido tan mal influenciadas? —contestó Amelia, que recibía el influjo rebelde de su amiga como uno se baña en el de la luna.



El otro hermano Weston, mientras tanto, todavía observaba a su amigo menos obtuso y se preguntaba qué estaba tramando.

Días atrás, en una de sus salidas recreativas no lejos de los jardines, donde la pesca jugaba su papel como protagonista con ellos de comparsas, el hermano de Amelia había intentado rascar en el corazón de James y, desde luego, Fitzherbert también había intentado hacer lo mismo con él.

No hizo falta tampoco mucho para que semejante ocasión llegara a orquestarse, pues el sol daba su bendición al día que tendrían y, con una mirada, un gesto de cabeza y una mano fingiendo lanzar una caña inexistente, James Fitzherbert y su compañero arreglaron la forma en que pasarían el día en mitad del desayuno.

No querían ser descortes con el resto de la mesa, pero la cena de la primera noche requería de una celebración privada con urgencia para poder sopesar lo que se les vendría encima los próximos días.

—¡Por estar encerrados con esas bestias durante el menor tiempo posible! —brindó en aquel momento James, anexo como se encontraba ya al pequeño lago de Allerdale junto a su amigo—. ¡Que no falte el vino, la figura agonizante de Edrick Larousse y, desde luego, las damas!

Su mano derecha llevó una buena copa de coñac a sus labios mientras que la izquierda sujetaba un puro recién encendido. ¿La pesca? Mera excusa para hablar de las tonterías comunes sobre las que se parlotea cuando uno está beodo. Una caña bien anclada a la hierba hacía todo el trabajo mientras los caballeros se comportaban como todo menos caballeros. A veces, incluso, los sirvientes se olvidaban de repoblar el lago cuando su señor pescaba y James, después de vaciar unas botellas, no se daba ninguna cuenta.

—Y hablando de damas... y no me refiero al juego de mesa. Te noté *inspirado* en la cena de

ayer. ¿Culpa de alguna musa quizás? —preguntó Fitzherbert, recordando que entre ellos no había remilgo alguno.

—No puedo negar que, esta vez, mi madre ha sabido elegir una distracción suficientemente estimulante.

—Está claro que tu bendita madre no sabía dónde se metía cuando parloteó con la señora Crawford acerca de una unión entre hijos. Y, dadas las circunstancias, temo que tú tampoco sepas dónde te metes —respondió James, convencido de que la más vana insinuación por parte de Weston podía significar el doble de lo que este dejaba ver. No por quién era o el conocimiento que tuvieran ambos del otro, sino por la naturaleza masculina propia: orgullosa y esquiva con ese tipo de temas y sentimientos—. La señorita Crawford tiene pinta de ser como una buena pelea en una taberna: la parte de los golpes puede resultar divertida, pero no cuando te despiertas sangrando en mitad de la calle, lleno de barro y oliendo a orín.

Una risa estridente asustó a los pájaros que revoloteaban sobre las ramas de los árboles. Y es que, aunque James entendía que Catherine Crawford podía llegar a ser interesante, este apreciaba demasiado reto y poca satisfacción en el triunfo.

—Creo sinceramente que deberías desposar a mi hermana —bromeó de pronto, esperando que Weston se atragantara con su copa—. Alguien tiene que salvarla de *lord tinieblas* antes de que le absorba la juventud y las ganas de vivir.

Porque si en el caso de Weston las decisiones maternas habían resultado no del todo tediosas, Fitzherbert no podía entender cómo a su madre se le había ocurrido semejante locura pensando en Larousse como futuro marido para su querida Lilibeth, la única flor de aquella casa que resaltaba en colores y aroma. Encontrándosela seguramente marchita al mes de haber contraído nupcias con aquel hombre si finalmente llegaba a hacerlo.

—¿No crees que, para que yo deba aceptar consejos sobre el matrimonio, estos deberían ser impartidos por alguien que aprecie el matrimonio?

—¿Cómo osas insinuar que no me interesa el matrimonio? —preguntó James, dándole otra calada a su puro antes de continuar la frase—. ¿Recuerdas a los Thorpe? Estuve mucho tiempo interesado por su matrimonio... hasta que me gané el favor personal de la señora Thorpe, tú ya me entiendes. Sabes de sobra que lo mío no son los burdeles, lo cual no significa que no haya pisado más de uno. Y lo cierto es que todo hombre debería hacerlo, pues no hay nada que curta más a uno que ver ese tipo de lugares para comenzar a desear a una mujer de verdad.

Fitzherbert hablaba mucho, a veces incluso demasiado, no siendo más que absurdos desfiles de sinuosas plumas sus palabras. Y aunque lo común radicara en henchir el pecho delante de otros machos de la misma manada, lo cierto era que la señorita Camille Darvill, cuyo apellido de casada era Thorpe, mujer hermosa donde las hubiera, pero en matrimonio con un malandrín sin atractivo alguno, había tenido durante un tiempo al mayor de los Fitzherbert entretenido entre besos y caricias. James, sin embargo, no terminaba de reconocer que el fin de aquel idilio le había puesto más triste de lo que daba a entender a sus amigos.

Fitzherbert no pudo evitar perder la mirada un segundo, permitiéndose de nuevo recordarla, antes de ahogar un enorme trago de la bebida que tenía sujeta.

—Aunque entiendo a qué te refieres cuando hablas de Larousse —continuó Weston, buscando sacar a su amigo de sus pensamientos más inoportunos—. No dudaré en dar el pésame de antemano a la mujer que termine desposándose con él. Sin embargo, no se me ha pasado por alto que, por mucho que desprecies a semejante espécimen, tal vez haya algo de él que sí quieras. Algo con... ¿bellas pestañas y bucles azabache, quizás?

—¡Ja! —rió su amigo cuando comprendió a qué venía la frase de Weston—. Ya sabes, no

puede existir el infierno sin que haya un cielo. ¿O era al revés? De todas formas, no sé lo que verías desde el otro lado de la mesa, pero la señorita Larousse parece firmemente decidida a aburrirse en santo matrimonio con esa estatua insípida y descolorida que llevas a todas partes, cuyo apellido es compartido con el de tu Julieta.

—¿Eso crees? ¿Que llevo a Crawford a todas partes? ¿Y por qué estoy aquí contigo ahora?

—Porque eres una fulana, Weston. Y, como tal, tienes la agenda de tus conquistas organizada. Por eso estás ahora aquí conmigo, y porque, oh, además, no eres una fulana tonta. Soy yo el que va a darte cobijo durante unas semanas, así que tu escasa castidad me pertenece esta mañana.

¿Llevaba Fitzherbert bien los celos? No, no mucho. Y con esas, estuvo tentado de preguntarle a Weston por qué era amigo de un hombre tan aburrido como Arthur Crawford, pero prefirió seguir repudiándolo sin motivo de peso de la misma forma que había hecho hasta ese momento.

—Si lo que buscas es pillarme en los derroteros del corazón —continuó el anfitrión de Allerdale—, estimado amigo, te repetiré las palabras de cierto escéptico al que tú y yo admiramos a la par en lo que se refiere a temas del amor: «Una mujer es bella, pero yo no salgo de mis trece. Otra es discreta, pero yo no salgo de mis trece. Otra es virtuosa, y en mis trece me quedo. Mientras no se junten en una mujer todas las gracias, no entrará ninguna en gracia conmigo». —Al menos, no tan peligrosamente como lo había hecho la señorita Darvill.

Fitzherbert era, en muchos sentidos, la antítesis de Crawford. Algo que Weston lograba comprender cuando veía a Arthur sincerarse con él, aun a pesar de aquel comportamiento serio y tosco. Sin embargo, no conseguía lo mismo con su amigo más dicharachero, que precisamente, cuando los sentimientos más le amenazaban, era cuando más se protegía de ellos. Así era como Christopher tendía la mano a su amigo James, evitando que resbalara en su propio río, siempre libre y salvaje. A Arthur, por el contrario, le obsequiaba con esa jovialidad y desenfado necesitados frente a un carácter tan serio. Weston entendía su posición entre uno y otro y cómo esta lograba definirle a él también, a veces permitiéndole ser más libre, otras poniéndole los pies en el suelo.

—Después de haber parafraseado a nuestro muy admirado señor Benedict de Padua, casi hubiera preferido algo más de originalidad por tu parte dirigiéndote a la señorita Crawford como «mi Julieta». Y, aunque fecundo en burlas cuando el día apremia, creo que hasta ella se dio cuenta de la atención que ponías en la hermana de Larousse. Recuerda que nuestra madre depositó en ti sus esperanzas —casi podía escapársele una risa furtiva— para desposar a Amelia. Así que sean cuales sean los juegos de James Fitzherbert, espero que seas correcto con ella, aunque únicamente sea por devoción a mí.

—Lo mío no es la originalidad, querido amigo. Eso te lo dejo a ti a la hora de escoger dama. Aunque, si Catherine Crawford se encontraba tan aburrida como para fijarse en lo que ocurría al otro extremo de la mesa, entonces, Christopher, es que había algo que no estabas haciendo bien. Tal vez la dama te ignore, después de todo. Y en cuanto a tu hermana, creo que la infravaloras si no ves que es lo suficientemente capaz como para darse cuenta de cuándo tampoco le interesan las atenciones de alguien como yo. No obstante —continuó, serio, dejando a un lado su acostumbrado humor—, sigue siendo tu hermana, casi como si fuera mía, por lo que no tienes motivo para preocuparte de eso. Por descontado.



El resto del recuerdo no fue más que una verborrea interminable pasada por coñac de la que Weston prefería olvidarse y regresar con sus ideas junto a aquellos que le reclamaban para hacer de aquel picnic algo más ameno.

Edrick Larousse, que todavía no se había decidido a unirse a aquella comitiva, observaba la misma indecisión en la señorita Crawford, que se fingía distraída con el paisaje. Motivo por el que se acercó a ella, agradeciendo que no estuviera compartiendo tiempo junto a su hermano para poder hacerlo él mismo.

—¿Me permitiría hacerle compañía? Creo que Maryanne no ha tardado en darse cuenta de que el señor Fitzherbert probablemente sea un conversador más alegre que yo, por mucho que tampoco apruebe semejante nueva amistad. He tenido, además, la terrible mala fortuna de olvidar traer un libro que me ayude con los sinsabores de semejante reunión social y cabe destacar que su compañía no se me antoja tan insidiosa como la del resto. O, al menos, la de sus palabras sobre el papel.

Catherine Crawford tenía la suerte de que, cuando su vientre se tensaba y su respiración tendía a acelerarse, su semblante carecía de expresión, pudiendo asemejarse a la persona más indiferente o a la más tranquila. Incluso, aunque una sonrisa burlona cruzara su rostro como le acababa de suceder con la muy acertada palabrería de su acompañante.

—Debo señalar, entonces, que su hermana debería afilar su gusto en caballeros tanto como saca punta al carboncillo que mancha sus dedos cuando juega con un lienzo en blanco.

Porque, aunque James Fitzherbert era un hombre ciertamente atractivo, cualquiera de los presentes podía apreciar a simple vista la cantidad de problemas que se traerían el uno al otro si continuaban en ese juego malicioso que se fingía inocente.

Catherine reconocía también que la idea que se había formado en su cabeza acerca de la señorita Larousse no era la mejor, pues rechazar a su propio hermano en favor de Fitzherbert era algo que solo una tonta haría. Y, aunque ella misma apreciara a Arthur y casi lo venerara, entendía que a Maryanne pudiera sucederle lo contrario con Edrick, buscando por eso amistades distintas.

—Conque mi compañía es la menos insidiosa —inquirió ella, burlándose de su compañero—. Me temo que no es tan sencillo pronunciar según qué palabras. ¿Se imagina tener que leer a viva voz nuestros propios pensamientos en el papel para que llegaran a oídos del otro?

Una vez las cartas se habían materializado en aquella conversación, a Catherine no le costó tanto referirse a ellas.

—Aunque creo que está infravalorando el poder que tiene un intercambio tan directo como el que estamos teniendo ahora, pues, aun intentándolo con todas mis fuerzas, no logro captar los absorbentes matices de su timbre a la hora de ponerle voz a sus palabras cuando no hay boca que me las susurre más allá de mis pensamientos. Además, también creo que menosprecia mi

capacidad para leer los suyos —continuó, sacando un libro de una cesta y entregándoselo al caballero mientras cogía el suyo propio a continuación.

Ambos coincidieron en acercarse a la sombra de un árbol que pudiera cobijarles del sol y allí mismo se aposentaron, indiferentes a los intercambios verbales del resto.

—¿Y bien? —preguntó el Weston mayor—. ¿Qué están pensando hacer dos señoritas semejantes bajo las peores influencias de cuantas hay? La del señor Fitzherbert y la mía, sin lugar a dudas.

—A decir verdad, señor Weston, prefiero dejar que la vida me sorprenda, como diría mi hermano —contestó Lilibeth—. Basta con que una planeé algo para que no suceda, ¿no le parece? De la misma forma que, en ocasiones, los placeres más insospechados provienen de donde nunca hubiéramos imaginado.

Lilibeth Fitzherbert, como cualquier joven con sentido común, meditaba aquello que decía y hacía. Sin embargo, si le daban la opción, agradecía que la vida la sorprendiera, porque aquella forma de ver las cosas la llenaba de júbilo. Tampoco es que se equivocara en su visión, pues ¿de dónde había surgido aquel intercambio de palabras con Christopher Weston, por ejemplo? De la inesperada nada.

—Su hermano —comenzó en dirección a Amelia— espera descubrir qué maldades nos competen en el día de hoy para, seguramente, imponerse a todas ellas. ¿O acaso me equivoco? —preguntó devolviéndole la mirada a Christopher—. ¿Tal vez su intención sea la de incitarnos y no disuadirnos?

Arthur, por su parte, llevaba un tiempo ausente, enfrascado en lo que acontecía bajo la sombra del árbol que cobijaba a su hermana. Incapaz de seguir como si nada, el caballero se levantó, aportando la consiguiente disculpa a todos los presentes, antes de acercarse a Catherine y el lúgubre espectro que la acompañaba.

—Señor Larousse, ¿podría pedirle que me prestara a mi hermana? Solo serán unos minutos.

Ninguno de los tres estaba muy convencido de aquello, pero todos se comportaron como correspondía. Edrick asintió y fingió esconderse de nuevo en el libro que Crawford le había prestado. La hermana de Arthur, sorprendida, aunque no mucho, de aquella solemne aparición siempre parca en palabras, dedicó una mirada al caballero sentado a su diestra antes de sujetar la mano de su hermano y volar con él.

Cuando asió su brazo, parte de la tensión reinante desapareció y la joven observó el perfil de Arthur con la familiaridad acostumbrada.

—¿Me perdonarías si te pidiera disculpas por cumplir a la perfección con ese papel de *obtuso* que el señor Fitzherbert y tú me habéis asignado? No soy quién para decidir por ti nada si presumo de respetarte tanto como de quererte. Lo siento, hermana, pero jugar a ser unos desconocidos contigo es algo con lo que tampoco puedo.

De todas las cosas a las que Catherine no podía resistirse en aquel mundo, una disculpa de su hermano se encontraba la primera.

—Yo lamento que tengas que llevar auestas mi carácter por cuestiones tan absurdas, Arthur. Perdóname.

Nada como un buen paseo a caballo para sentir que no hay nadie galopando entre tú y la soledad, y que cualquier escapada se hace tediosa como denso se hace el respirar o vivir en compañía de dicha soledad. Arthur era, sin embargo, la mano fuerte que sujetaba a su hermana a la tierra. Su férrea mirada devolvía a Catherine a un sitio donde le costaba mantenerse. Y si no ella, al menos su cabeza.

—Sé que tus intenciones son las mejores, eso es algo que nunca olvido. Así que olvida tú que

esto ha pasado entre ambos y no te atormentes por ello —finalizó la joven.

Sus manos se juntaron y un abrazo selló aquel trato fraternal antes de que regresaran a sus respectivos lugares y volvieran a frecuentar sus antiguas compañías.

Catherine siguió a su hermano a escasos metros de aquella reunión en la hierba y, segundos antes de abandonarle en dirección contraria, susurró en su oído:

—Espero que la señorita Weston no esté siendo una mala influencia para ti.

Su hermano adquirió en sus mejillas el tono bermellón de las flores que coloreaban el paisaje antes de sentarse de nuevo.

Entre sonrisa y sonrisa, un recuerdo oscuro cruzó la mente de Lilibeth Fitzherbert y apagó el sol por unos momentos. Su mirada se terció hacia el señor Larousse, que parecía desdeñar todavía aquella fervorosa reunión en favor de un viejo libro. «Sus manos probablemente sean igual de ásperas que las páginas», pensó Lilibeth, recordando que las figuras lacónicas no eran lo suyo, pero que, tarde o temprano, tendría que dar una oportunidad a las ideas preconcebidas de sus padres. Aunque solo fuera porque sabía que a veces las cosas no eran lo que parecían y que la vida daba muchas vueltas, las suficientes para marearte y hacerte ver agradable lo que una vez habías tomado por triste.

Aunque poco duraron las nubes en la tarde de la señorita Fitzherbert teniendo ante sí aquel sol cegador que eran los hermanos Weston, iluminando con su sonrisa y su palabrería hasta las partes más austeras de la creación de Dios. Así, Lilibeth se sintió realmente agradecida de poder conocer mejor a sus nuevos amigos, que prometían cambiar el eje de sus pensamientos y enfocar sus miras hacia ideas siempre interesantes.

—Señor Crawford —comenzó la Weston más joven, contenta por volver a disfrutar de una compañía ya insustituible—, mi hermano está convencido de que tanto su influencia como la del señor Fitzherbert pueden incitarnos a cometer alguna maldad esta tarde. ¿Qué le parece la idea de llevar a cabo un partido de críquet? Mi hermano lo mencionó en su momento, durante la cena de bienvenida, pero creo que todos estábamos demasiado ocupados imaginando a Christopher empapado después del chapuzón con el que tanto insistía.

—Todos recordamos el chapuzón ficticio de su hermano, querida Amelia —interrumpió Lilibeth, escondiendo una sonrisa con el dorso de la mano—. Una imagen tan nítida que parece mentira que no fuera más que un pensamiento al uso y no un recuerdo real. He de reconocer que la cena de la primera noche se encuentra entre mis favoritas en Allerdale desde que tengo uso de razón. Todos nos divertimos con cosas que no deberíamos: nosotras con usted, señor Weston, mi hermano con la señorita Larousse, el señor Larousse —finalizó, volviendo el rostro para mirar a Arthur y dedicándole en adelante la conversación—, bueno... parece ser que con su hermana. ¿Sabe? Me alegro de que hayan decidido hacerse con Allerdale cada uno por su cuenta, pues la impresión que me dio durante la cena fue que les tendríamos uno al lado del otro en cada festejo y que así sería imposible conocerles mejor.

—Lo cierto es que siempre hemos sido así. Aunque a mí a veces me guste disfrutar de compañías ajenas.

—Bueno, a su hermana parece que también le gusta —inquirió con la mirada puesta en aquellas dos figuras que volvían a unirse bajo la penumbra.

Un silencio incómodo devoró las risas que todavía flotaban en el ambiente.

Ni Arthur ni Christopher ni siquiera Lilibeth Fitzherbert estaban contentos con aquella nueva alianza.

—Recuerdo lo de tu chapuzón —dijo Crawford, interrumpiendo el silencio—. Tal vez deberías llevarte contigo a Fitzherbert y a Larousse y comprobar cuánto tiempo pueden mantener

la respiración bajo el agua, únicamente para hacerles permanecer bajo ella un poco más. ¿Creen que los cuervos también nadan?

La parte más macabra de Arthur —inspirada por su hermana, no cabía duda— sedujo a todos por igual y las risas regresaron. La idea de jugar al criquet de forma mixta había escandalizado tanto como convencido a la comitiva, incluidos James y Maryanne, por lo que no tardaron en ponerse manos a la obra.

Mientras los preparativos comenzaban y los puestos eran elegidos, al otro lado del claro, una sombra terminó cerniéndose sobre el señor Larousse y cuando este levantó la mirada, la joven Catherine se inclinó un instante para cerrarle el libro al caballero e invitarle a otro tipo de ocio.

—Pasee conmigo —le propuso más autoritaria que suplicante.

Larousse aceptó y, segundos después, el sol les acompañó de nuevo, por lo que volvió a ceñirse sus anteojos oscuros.

—Acabo de escuchar que el resto tiene intención de jugar al criquet —comenzó hablando Catherine, haciendo partícipe a Larousse de lo que había oído.

—Le agradezco entonces que haya venido para rescatarme, pues nunca se me han dado bien los deportes. Quizás por ese motivo prefiero los libros. Tal vez eso me convierta en la compañía más aburrida que pueda granjearse aquí en Allerdale.

Seguros como se traducían su figura y semblante, la señorita Crawford comenzó a caminar acorde al caballero que la acompañaba, dejando que sus pies marcaran el camino de no retorno.

Allí mismo, en aquella senda, la mujer rememoró al joven Goodman Brown y se comparó a él, pues, a pesar de las insistencias de su esposa, el hombre se adentró en un oscuro bosque en busca de respuestas hasta toparse de bruces con el Diablo. Puede que la actitud de Edrick Larousse no exhumara azufre, pero Catherine recuerda quemarse cuando tocó su brazo y, a pesar de todo, se aferró a él, segura en su acto, pero inquieta de corazón por no saber gestionar la diferencia que había entre la presencia que tenía a su lado y la que, con tanta sinceridad, le abría su corazón en aquellas cartas.

—El único deporte que tengo en mente practicar hoy es el escapismo —contestó ella. Y por partida doble, además, cosa que todavía no sabía—. No se martirice, señor Larousse. Donde usted ve la sombra de una nube triste que se cierne sobre el resto, yo solo puedo ver un agradecido paraguas que me protege de cualquier tipo de insolación. Se infravalora demasiado, me temo. Un deporte no es más que una afición y usted ya tiene de eso. No necesita cambiar sus mitos por palos ni sus poemas por pelotas y el que se atreva a pedir tal cosa no es digno de su compañía.

—Permítame agradecerle entonces su presencia, pues demuestra ser más valiosa que la del resto.

Una sonrisa sincera amainó en el rostro de la joven. Pensó en cuánto comulgaba con aquellas palabras que había pronunciado, ya que, después de sus múltiples encuentros epistolares, el caballero había demostrado con creces lo singular de su forma de ser, tanto como lo valioso de su tiempo. Tiempo que ahora dedicaba a alguien que no estaba llena de páginas, pero sí de ingenio y también de agradecimiento por semejante atención.

—Creo que le debo una disculpa —se adelantó Catherine. Su mirada le mostró el arrepentimiento del cual se estaba haciendo eco. Sin embargo, media sonrisa todavía permanecía en aquel rostro—. Estoy segura de que la última carta que le hice llegar no correspondía en actitud a lo que se merecía. Estaba molesta por cuestiones externas y temo que no me mostré todo lo lúcida que debería haber estado en mi trato con usted.

Si Edrick Larousse no era el Diablo, ¿por qué jugaba a su juego con tamaña insistencia? A ese

juego del cual su hermano le había advertido. ¿Lo hacía por voluntad propia? ¿Eran sus ganas de quemarse las que la llevaban en dirección a aquella hoguera de las vanidades?

—Créame que no me debe disculpa alguna —contestó Larousse.

Echó entonces un vistazo en derredor, buscando saberse lejos del bullicio del resto de compañías.

Su actitud recelosa no pasó desapercibida para Catherine, que llegó a preguntarse erróneamente si los intereses del caballero estarían más puestos en lo que sucedía en el campo de críquet. «Tal vez mire hacia su futuro y no hacia su presente», pensó. Pero su respuesta fue clara cuando, mediante un gesto y una mirada furtiva, Larousse introdujo su mano en el bolsillo interno de la chaqueta y sacó un papel que no tardaría en deslizarse sobre las manos de su compañera.

—Le insto a que la lea en privado —pidió él, como broche a su gesto.

Aquellas instrucciones fueron susurradas por un Larousse miedoso, translúcido en cuanto a intenciones, distinto al que volvería a hablar a continuación, recobrando una postura acorde a su abolengo.

—Siempre leo sus cartas a solas —confesó Catherine, mimetizándose con aquel tono íntimo que les rodeó durante unos instantes.

Guardó la carta en un pequeño bolsillo que escondía su vestido, sintiendo cómo las palabras de Larousse bailaban por salir de aquel papel, haciéndole cosquillas.

—Son tantas y tan variadas las emociones que muestra mi rostro cuando lo hago que no quiero que nadie se atreva a intuir nada.

—Entonces debería dedicarle las cartas a viva voz, así podría observar las emociones que la traicionan. ¿Repulsión quizás? ¿Hastío por mis áridos párrafos? —bromeó Larousse. O tal vez no. Ni siquiera él sabía cuánto había de convencimiento en sus palabras o cuánto había sido el amor propio que los años le habían arrebatado para que hablara la inseguridad.

—Otra vez vuelve a infravalorarse. No sé si lo hace porque no me ve capaz de saberme plena disfrutando de sus líneas más relamidas o realmente hay un pozo del que alguien debe sacarle. ¿Sabe? No le recomiendo leer sus cartas frente a mí, aunque la recompensa quizá merezca la pena. Reconozco que soy bastante puntillosa a la hora de prestar mis oídos a bellas palabras si el tono no es el adecuado. No me gustaría tener que callar esos labios por quedarse atrás o atreverse a demasiado.

No era que Catherine gozara de hacer caer a aquel hombre en las garras de lo indebido casi sin proponérselo, pero sí agradecía que, viniendo de semejante portento, caer en lo indebido, de alguna forma, se había convertido en opción para él.

Nadie culparía al que arqueara una ceja escuchándoles, pues no se equivocaría del todo en su incomodidad ante semejantes frases, por cómodos que estuvieran quienes se las dedicaban. ¿Inadecuadamente cómodos, quizás, para las reglas que debían seguir en compañía de cierto decoro?

Por primera vez, uno de los dos había rebasado la línea de la cobardía, marcada bajo la puerta de sus habitaciones, y había decidido actuar en persona, motivando la posibilidad de que aquella costumbre se extendiera a los días venideros. El roce insignificante de sus manos no generó tampoco ningún tipo de expectativa que apuntara a que aquello fuera a repetirse, pero no cerraba posibilidades a que, algún día, el contacto entre ambos pudiera ir más allá de la galante prosa. Cuando un roce quemara lo mismo que una llama y una mirada enturbiara al corazón lo mismo que un puñal.

—Y dígame, ¿qué podría afligir a una mujer como usted? ¿Qué podría hacerla alzarse en

armas contra mí con sus afiladas palabras por culpa de su hermano?

Catherine valoró si debía hablar o no. Se preguntó, paranoica, si no lo sabría ya, incluso si no habría tenido él alguna voz en aquello, dada la horrenda costumbre de los hermanos varones a hilar los finos entresijos de sus destinos y los de sus hermanas.

—Mi muy querido hermano me confesó algo que yo desconocía y, como usted mejor que nadie podrá comprender, el no saberme dueña del todo de mi destino turbó mis ideas por un instante. No sé si está al tanto de que en algún momento de esta primavera su madre escribió a la mía con la idea de proponer sentar las bases para que nuestras familias se unieran. —Su actitud era seria, sarcástica incluso, haciendo reminiscencia al mal humor del momento en que se enteró de todo aquello—. Pero los nombres que aparecían escritos en dicha carta no eran los de mi hermano y su hermana.

Catherine no especificó más, tampoco le hacía falta. Edrick Larousse era un hombre suficientemente inteligente como para descubrir solo lo que se escondía dentro de aquella caja de Pandora.

—Su madre no fue la única en escribirnos, también lo hizo la señora Weston, proponiendo algo similar. Y mi hermano, creyéndose en todo su derecho de saber lo que más me convenía, dio su opinión. Una opinión que, como usted comprenderá, dado que mi hermano es el cabeza de familia desde que mi padre murió, no es una opinión, sino el dictamen de una sentencia donde es imposible apelar. Más todavía cuando el tiempo de apelación ya ha expirado.

Edrick Larousse se deshizo de sus oscuras gafas mientras valoraba la forma en que aquella información le afectaba, pues creía saberse conocedor de todo lo que le rodeaba en cuanto a los tejemanejes de sus padres. Aquellas palabras le demostraron que no.

—Siento que la actitud de su madre y su hermano se asemeje tanto a la de mis padres.

Larousse no tenía muy claro qué decir. ¿Le era indiferente aquello? ¿Le molestaba? Y, de ser así, ¿qué podía molestarle realmente? Es más, ¿qué molestaba a la señorita Crawford? ¿Únicamente el verse presa de otra voluntad que no fuera la suya? ¿Podía quizás tratarse de algo más?

—Lo más probable es que creyeran mejor al hijo de los Weston, que también es amigo de su hermano. A mí, por el contrario, no solo no me conocen, sino que sé cuál es perfectamente la imagen que doy frente a todos, la misma que tendrían ellos de mí. No por otra cosa suelen bautizarme con apelativos como «cuervo» o «vampiro» últimamente, esperando que no me entere de semejante falta de respeto. Piénselo, ¿qué habría escrito entonces en su primera carta dirigida a mí? «Después de mucho considerarlo, he sufrido el descontento de pensar en usted. Algo que podía haberme ahorrado de no haber descubierto mi terrible destino ahora ligado a su persona».

La más que evidente burla hacia sus destinos y hacia ellos mismos procedente de aquella sombra regia sorprendió a Catherine. Esta convirtió en incisiva su mirada, pero la suavizó con una bromista sonrisa que apareció casi por sorpresa en su rostro, disfrutando de cada una de las partes de aquella mofa inesperada.

—Es usted horrible. También sorprendentemente acertado, he de reconocer. Nuestros caracteres habrían chocado a la primera de cambio justo como ha sucedido aquí, pero con el agotador peso de tener que cargar un destino en nuestras espaldas que ninguno querría. Al menos, sabiéndonos libres hemos podido ver más allá de las sombras y encontrar algo de luz. Y le digo desde ya que esos apelativos deberán cambiar en adelante, porque cuervo no hay otro que el de Poe y uno no puede ser siniestro cuando en verdad es misterioso. Menos aún aburrido cuando acaba de hacerme reír recitando la carta de una Catherine dramáticamente atada a un

terco destino que aflige su corazón hasta sonar ridícula.

¿Tenía algún tipo de sentido pensar que Larousse se sabía mejor las palabras de la mujer de lo que ella misma recordaba al escribirlas? «¿Cuántas veces habrá leído la primera carta?», se preguntó, obviamente halagada.

—Aunque he de saberlo: ¿me dejará seguir torturándole con mis preguntas sobre su persona, a pesar de que no estemos destinados a un matrimonio desastroso? —quiso saber Catherine.

—¿Le parece poco la extensa biblioteca que se está formando a mi costa con mis cartas como libros? ¿Qué más quiere de mí? ¿Hacerme trizas y lanzar mis restos al fuego?

Las sonrisas volaban como cualquier esquirla de papel arrastrada por el viento cálido de una hoguera.

—¿Rasgaría un clérigo las sagradas escrituras? ¿Arrojaría un estudioso de nuestro pasado el cráneo de una especie única y desconocida a las llamas? No, no pretendo privarle de su aliento, señor Larousse. Espero, de hecho, ayudarle a sustituir el material enfermizo de su débil cuartilla por algo que resista mejor la corrosiva tinta con la que espero que me dedique más de sus pensamientos.

Aquel juego de palabras resultaba tan ambiguo que no comprendía ya las reglas que ella misma parecía haber estipulado.

—Entiendo que para su hermano usted es la bella Perséfone y yo, el terrible Hades. Aunque no es el mejor ejemplo, porque finalmente terminaron enamorándose. ¡Con eso no quiero proclamar que u—usted y yo...! ¡Es decir...! Vaya, reconozco que no me suele pasar, pero creo que he perdido por completo el hilo de la conversación.

Demasiadas eran ya las cosas que había dicho sin ruborizarse o ponerse trabas él mismo. Cosas que un caballero o cualquiera que presumiera de modelo de rectitud como hacía él no deberían decir nunca.

—Tenga cuidado con perder el hilo, señor Larousse. Si su nombre hubiera sido el de Ariadna, habría terminado devorado por una horrible criatura —bromeó Catherine, continuando con aquel juego clásico como si anotarse tantos pudiera lograr que uno de los dos se coronara como ganador—. No se preocupe. De hecho, la analogía le habría quedado deliciosa de no ser porque yo no soy Perséfone. Creo que usted y yo compartimos habitación en esa posada de mala muerte llamada infierno incluso antes de conocernos. ¿Cómo, si no, nuestro tosco entendimiento del otro ha podido tornarse agradable y satisfactorio tan rápido? Deje el puesto de la dulce Koré para su prometida y deme a mí el de Némesis, puede que el de Hécate, la de tres caras. Moléstese en saber cuáles son esos tres rostros, cuáles ha tenido el honor de ver y cuáles no le he dedicado todavía. No cometa el error de darse por satisfecho sin conocerlos todos.

Alguien, en alguna parte, volvería a arquear sus cejas ante semejante invitación si prestara atención.

—Sin duda, no cometeré tal error.

No tardaron en oír una voz que demandaba su atención, la de Amelia Weston:

—¡Señor Larousse, señorita Crawford! No les encontrábamos, así que hemos empezado a jugar sin ustedes. Cuando quieran pueden unirse o reírse de nosotros, lo que prefieran.

Larousse asintió, intentando parecer agradable, algo que pocas veces podía verse a la luz del día.

—No se preocupe, hemos estado vigilándoles desde cerca. Lo cierto es que les haría un flaco favor si me uniera, pues mis habilidades en el campo de juego son nulas.

Fue entonces cuando Catherine Crawford se hizo aquella pregunta: «¿Será la señorita Weston la destinada a dejar sus oídos volar con el ingenio de este, mi escurridizo caballero, como futuro

marido?». Y, por si fuera poco, pensar en un miembro de la familia Weston la obligó a pensar en el otro. Aunque ¿qué importaba realmente? Christopher Weston y Edrick Larousse no eran más que dos hojas en un diario de banalidades que terminarían por tomar caminos distintos al de la joven Crawford al terminar el verano. Así pues, Catherine lanzó al aire una proposición destinada únicamente a su compañero en las sombras, cuando el resto les permitieron volver a dejarse abrazar por ellas:

—He escuchado hablar al servicio —comenzó— sobre un castillo en ruinas lindando con los terrenos de Allerdale, cuya historia es tan trágica como divina. En sus cartas me aseguró que, si tuviera la oportunidad, correría más aventuras que las de un pirata tuerto. —Sus ojos cavilaban el gesto de Larousse a cada palabra nueva, esperando que estas fueran siempre bien recibidas—. ¿Me acompañaría si quisiera conocer ese castillo? Aunque no podría ser durante el día, desde luego. Demasiados ojos curiosos.

Imposible dejar pasar aquella oportunidad.

—En ese caso, deberemos conseguir alguna lumbre —contestó Larousse, sorprendido de sí mismo, pero sin pensárselo— y un caballo que nos lleve a ambos. Los trotes de dos serían demasiado ruidosos y alertarían a cualquiera. ¿Podría ser mañana quizás, después de la cena, en los establos? Cuando todas las luces se apaguen.

Satisfecha con el embrujo de sus propias palabras y la magnitud de la condena que estas significaban, Catherine devolvió una profunda mirada a su acompañante mientras ambos volvían a sentarse bajo la sombra de su árbol predilecto.

—Espéreme allí y valoraremos juntos cuán nefasta puede llegar a ser su compañía.

Jugando la carta de la indiferencia, la menor de los Crawford se sacudió pronto los emocionantes tintes de aquellas espontáneas escaramuzas nocturnas para posar sus ojos en el libro de su acompañante, que, para quien no lo hubiera adivinado ya, se trataba de *Prometeo Encadenado*.

—Léame —pidió Catherine—. Quiero oír cómo su voz se mezcla con la de Prometeo. Embáuqueme hasta el punto de no saber dónde comienza la suya y dónde termina la de él.

Con el interés recién perdido en aquel libro de cansadas páginas, Catherine fijó su mirada en un rostro del que pendía un alma igual de vetusta y alargó cada palabra en el eco de su imaginario particular, buscando un correcto reclamo con el que narrar las preciadas cartas que Edrick Larousse le dedicaba.

Arthur Crawford no estaba prestando la atención que se requería de él en el juego que habían propuesto las señoritas Fitzherbert y Weston, pues sus ojos se posaron en su hermana en cuanto ella y Larousse se hicieron visibles al resto de nuevo. Su cuerpo se puso rígido al pensar los temas que podrían estar tratando.

—Christopher, escucha —comenzó, cogiendo a su amigo por banda—. Creo que tras la arboleda hay una parte del bosque que todavía no hemos visto. He escuchado hablar de un laberinto viejo a la señorita Fitzherbert. Tal vez te apetezca... enseñárselo a mi hermana. Ya sabes, para espantar los cuervos que insisten en sobrevolarla.

Los dos amigos entendieron a la perfección aquel juego de palabras y Weston, incluso, se alegró de que fuera el propio Arthur el que le instara a pasar tiempo con su hermana por fin, en lugar de amenazar con dedicarle una bala con su nombre.

El mayor de los Crawford empezaba a tener algo claro: no le gustaban las formas traicioneras de Edrick Larousse.

La sombra de la dualidad con la que Catherine Crawford vivía sus días se posó sobre ellos, robándoles toda luz y futuro. No sería ella la elegida para callar los labios del señor Larousse,

sino que una voz conocida le arrebataría ese placer:

—He de informarle, señorita Crawford —les interrumpió Christopher Weston—, porque intuyo que no ha sido consciente de la aguerrida batalla que ha tenido lugar en ese campo de allí, que he sido descalificado. Ello me ha hecho sopesar que tal vez haya algo más en esta vida que jugar al criquet y he pensado que ¿por qué no dejarme embaucar por usted? ¿Le apetecería —preguntó, ofreciendo su mano— dar un paseo conmigo y alejarnos de los deberes sociales?

—Se presenta aquí únicamente para equivocarse, señor Weston. He seguido sus agitadas pericias desde la comodidad de la ignorancia, que es desde donde mejor se puede apreciar un buen partido de... ¿qué actividad ha mencionado?

La buena burla encontraba siempre un hueco en el rostro de Catherine y se las ingeniaba para colarse entre sus palabras cuando la pobre víctima que recibía tal golpe era de su agrado.

—Si me permite opinar, no considero tanto como deber aquello que uno disfruta de la misma forma que yo le he visto disfrutar de *sus acompañantes* hace unos instantes, al igual que yo misma hago con el mío. No obstante, puesto que se ha tomado la molestia de acercarse para secuestrarme, le concederé ese privilegio que reservo para unos pocos.

¿Era lícito que, puesto que un compromiso por parte de ambos quedaba suspendido en el aire debido a sus familias, Catherine no pudiera dejarse llevar por su suspicacia femenina al observar quién se acercaba a Weston y de qué forma? Más todavía si la susodicha brincaba como un pajarillo y hablaba como un loro. Sin embargo, que Christopher Weston se dejara o no engañar por según qué artimañas decía también de él el tipo de hombre que era, algo que a la hija menor de los Crawford no se le pasaba por alto.

Antes de firmar aquel pacto de traición, la mujer volvió su mirada hacia el cielo encapotado en los ojos de Larousse y le pidió que guardara los mejores parlamentos de Prometeo para ella.

El centauro Neso parecía estar secuestrando a su Deyanira delante de sus propias narices. «Ojalá ser Heracles para disparar una flecha envenenada hacia su pecho», se dijo Larousse, tan dramático como acertadamente lo intuía la propia señorita Crawford.

Finalmente, como el polen en pleno inicio de la primavera, Catherine se elevó y echó a volar.

—Déjeme decirle mientras caminamos —comenzó Weston, sin enemigos a la vista— que nos dirigimos hacia un salvaje laberinto de arbustos altos que sirvió de inspiración a la señora Fitzherbert para crear el que hemos podido ver en los jardines de Allerdale. Nuestro anfitrión siempre les cuenta a las señoritas que su madre tuvo la idea del laberinto a raíz de uno de sus viajes a la India, apreciando belleza y misterio semejantes en otros lugares. Supongo que siempre ha querido ser ese tipo de hombre indecible, el que embauca con sus historias de lugares lejanos, como sacado de *Las mil y una noches*.

Pues claro que Weston conocía aquel lugar mejor que su amigo Arthur, porque Fitzherbert no acostumbraba a callar nada que tuviera que ver con sus conquistas.

—Oh, vaya —resopló Catherine con fingida sorpresa—. ¿Y en qué se inspiraron el señor y la señora Fitzherbert entonces para dar a luz a nuestro pérfido anfitrión? Espero que la respuesta sea también algún pobre animal que encontremos por el camino y al que podamos dedicarle una mirada llena de condescendencia.

Sus palabras no pecaban de jocosa sinceridad tanto como de merecida burla. Una burla que, sin duda, el propio James Fitzherbert hasta apreciaría.

—En una comadreja quizás. No podría permitir que me arrebatara el papel de zorro.

Una vívida comadreja apareció en los pensamientos de Catherine deambulando perdida. Su rostro, sin embargo, no había sido conformado atendiendo a lo común del animal, sino que se trataba del semblante del hermano mayor de los Fitzherbert. Siendo imposible no apreciar lo

humorístico en semejante quimera, la burla escapó de los labios de la joven y se acrecentó cuando Weston se refirió a sí mismo como otro de esos astutos animales.

—Claro. Y como zorro que es, le ha robado el trozo de queso al cuervo —bromeó ágil, pensando en su inusitado secuestro—. Reconozco que nunca me ha parecido bien privarle a nadie de mi compañía. Imagínese una vida tan triste. ¿O más bien lo que no recomiendo es mi compañía? —se cuestionó, traviesa—. A decir verdad, no recuerdo si mi presencia trae consigo el tedio o lo disuelve. Dígamelo usted, que ha venido reclamándola.

—¿Me culparía de tal cosa? Es sabido que es intrínseco en el animal la necesidad de alimentarse. Y estoy empezando a comprobar que nace de mí, de igual forma, cierta necesidad de su compañía.

—Dígame, ¿tan mal se le da el criquet para haberlo abandonado con tanta velocidad o es que tal vez preferían encontrar a un jugador más comprometido con el juego y menos con otros derroteros? —quiso saber Catherine.

—Dígame usted —comenzó él, ignorando la pregunta de su compañera—, ¿tan terrible era el libro que le estaba leyendo el señor Larousse que ha preferido abandonarle a su suerte en favor de algo más animado? Intuyo que no podía ser algo shakespeariano, pues el bardo se me antoja demasiado exquisito para un paladar que parece únicamente degustar ceniza.

Ambos tenían derecho a jugar al mismo juego, eso desde luego. Weston solo buscaba evidenciar que no era el único en elegir meticulosamente sus compañías. El caballero, además, recorría en sus pensamientos los parajes de aquella mansión en busca de un porqué que arrojara algo de luz a aquella amistad tan repentina entre un hombre sombrío hasta el tedio y una mujer ardiente hasta el sofoco.

—La lectura del señor Larousse no era desagradable —contestó sin querer darle demasiada importancia por miedo a quedar en evidencia. Así pues, arrancó con pesar las plumas de aquel ave una a una en su discurso—. Lo desagradable es pensar que es de esos hombres que no saben apreciar otra literatura que no sea la grecolatina. Incluso cuando intenta hacer mención a algún personaje isabelino, estos se le quedan grandes. Muy a pesar de que la naturaleza que todos le han conferido sea la del ave que alza el vuelo graznando, son las propias obras de Shakespeare las que escapan de él batiendo sus vetustas y amarillentas alas.

—Entiendo que el señor Larousse no encaje con el humor del bardo, porque para eso debería tener algún tipo de humor. ¡Y eso que encajaría a la perfección en cualquiera de sus tragedias, rasgándose las vestiduras seguramente! Aunque, si puedo ser sincero, yo prefiero sus comedias. ¡Hasta usted parece sacada de una! Bien podrían apodararla como *la fierecilla* de Petruchio, con quien comparte parecido hasta en el nombre: Catalina.

No era difícil pensar en el tipo de literatura que se arraigaba en el corazón de los hombres. Desde las novelas históricas hasta las grandes batallas del bardo que pasaban de Ricardo II a Enrique VIII. Curioso fue entonces escuchar a Christopher Weston hablar de la parte más infravalorada del poeta. Interesante también el hecho de que comparara a la fierecilla sin domar de Catalina con la señorita Crawford, pues ambas compartían esa aversión hacia los cortejos regulados con anterioridad por la mano paterna.

—¡Ja! —La burla podía resultar más densa en las venas de la mujer que su propia sangre y ello la llevó a reír—. ¿Una comedia superior a una tragedia? ¡Ni a un solo soneto ni a un serventesio podrían asemejarse!

¿Y cómo no defender lo que era ella? Tragedia pura exhalada por cada poro de su cuerpo, como el miasma enfermizo que la consumía y, al mismo tiempo, le daba vida y singular pensamiento. Un sendero silencioso que la atraía sedienta por el camino de espinas amarillas

donde no cabían baldosas.

—Usted no ha leído las mismas obras que yo entonces. Debería tomarse en serio rescatar una que le recomiendo encarecidamente: *Mucho ruido y pocas nueces*. Yo regreso a ella siempre que no esté ocupado con algún ensayo o dedicando mi pluma a dejar patentes algunos pensamientos en gacetas secretas que mis padres desconocen.

—¡Vaya, menuda sorpresa! Hasta sus confesiones a medias resultan más interesantes que las comedias del bardo. Así que, debajo del acicalado chaleco y la pintiparada percha de un hombre pudiente, late en usted el corazón de un juntaletras tan afligido que, en lugar de dedicar suspiros a la literatura, desperdicia estos en una ramera menos agradecida y más mundana. Usted sí que es una buena comedia de Shakespeare, permítame decírselo.

—No debe despreciar tanto la comedia si comulga con ella al reírse de las desgracias ajenas. No soy tanto un juntaletras injuriado por fulanas de medio pelo como un pájaro encerrado en su jaula, un soñador que fantasea a medias con escribir para ser leído en cualquier periódico y gritar con mi pluma para ser acompañado por voces silenciadas. Emular también a grandes hombres que buscaban salvarnos de grandes desgracias. Tal vez perderme yo por el camino, hablando de grandes vidas, dejando así a un lado lo accesorio que es la mía.

—Mi vida tampoco es otra cosa que una comedia obligada —reconoció Catherine—, en eso nos parecemos. Autoimpuesta por el miedo a acabar como Desdémona, como Ophelia, o incluso Lady Macbeth. Es difícil jugar en el patio de recreo de la tragedia sin entrelazar de forma inapreciable la comedia, porque, si alguna vez alguien llegara a descubrir donde comienzan los hilos que unen una y otra, podría deshacerse de alguna y créame que la tragedia hunde sus garras tan hondamente en mí que no es sencillo elegirla a ella, tampoco vivir solo con ella.

«Por eso Shakespeare necesitaba de sus comedias, supongo», pensó Crawford, que parecía gozar siempre más de cualquier compañía dañina que la retroalimentara, como si fuera parte de su ser, siendo inefable dicha unión. También peligrosa.

—Va a tener que disculparme —interrumpió Weston—. Desde luego, todo aquello destinado a alejarnos esporádicamente de la prisión de nuestra realidad es igual de válido y necesitado, se trate de una melodía de piano, escribir un artículo o ahogarse en opio.

Atenta como pocas veces al repiqueteo en la puerta que guardaba su arrepentimiento del resto de su propio ser, Catherine sintió que tal vez aquellas palabras, las que jugaban con las desgracias ajenas de su acompañante, habían sido demasiado ácidas y que podrían haber corroído más de lo apreciable a simple vista. Por eso, cuando el comienzo de aquel laberinto amenazó a ambos con engullirlos, la joven Crawford se volvió momentáneamente amiga de las comedias.

—Leeré su amada obra y valoraré personalmente hasta qué punto dejaré que me conquiste.

Aunque dicha conquista llegaría tarde o temprano, el susodicho laberinto ya se había adelantado en semejante labor, haciéndose con el interés de la mujer, que apreciaba la naturalidad de su salvajismo y lo caprichoso de su construcción por obra divina. Lo único, no obstante, que se interponía entre ellos y aquel patio indómito de juegos fueron los restos de una de esas tormentas estivales que había adoptado la forma de un charco bastante irrespetuoso, de esos que se reflejan en ti sin pedir permiso. Y Weston, caballeroso como tantos y predecible como el que más, ofreció su chaqueta de ribetes dorados y la arrojó al barro esperando que cierta dama no se manchara sus relucientes zapatos.

Así la pisoteó ella, con desdén, como perfectamente podría haber estado pisoteando el corazón de su nuevo amigo.

—Una lástima lo de su chaqueta. ¿Las costumbres protocolarias le obligan siempre a deshacerse de su ropa en favor de una dama? Porque su sastre debe de dar saltos de alegría cada

vez que llueve en la comarca y, si hay demasiadas señoritas con usted, supongo que serán ellas las que rezarán porque lleve las menos prendas encima posibles. Créame, señor Weston, cuando le digo que ese charco me tenía más miedo a mí que yo a él. Aun con todo, se lo agradezco. Supongo.

—Poco ha tratado conmigo si todavía no ha descubierto que soy la persona menos protocolaria de cuantas nos acompañan hoy y que me mueve más la aventura que las costumbres.

«Esta casa parece estar llena de aventureros de medio pelo», se burló ella en silencio.

—Si su razón la nublara la aventura, habría lanzado su chaqueta al aire, no la habría colocado convenientemente a mis pies. ¿Será quizás esa prenda otra metáfora más de su posición? ¿Directo al fango, esperando a ser pisoteado por la dama más inconveniente? De hecho, déjeme recriminarle lo siguiente: ¿Cómo osa privar a una dama de las únicas ocasiones que tiene para verse de bruces con una escaramuza que no tiene que ver con coser, hilar o aparentar?

Christopher Weston puso los ojos en blanco ante la continuada insistencia de su compañera por buscarle las cosquillas a todo lo que hacía o decía. ¿Sería así siempre? ¿Así era como uno se relacionaba con Catherine Crawford? «¡Bendito Arthur!», pensó. Y, aun así, no tardó en reconocer que la hermana de su amigo seguía haciéndole gracia, como poco.

La galantería era plato de buen gusto para Catherine, pero la condescendencia bien podía dársele de comer al perro como el que arroja los restos de la cena a quien sabe que puede apreciarlos más. «Tal vez a la señorita Fitzherbert», se burló de nuevo para sus adentros antes de adentrarse todavía más en aquel laberinto en el que no tardó en apreciarse sola. De nuevo y como siempre.

Tal fue su interés en captar la magnitud del lugar que su mirada se elevó, sin percatarse de que un juguetón trozo de papel comenzaba a deslizarse por su falda y se perdía en la hierba.

—¡Señor Weston! —alzó la voz para hacerse oír, lejos como se vio de su acompañante—. He de reconocer que, si su táctica estriba en hacer que me pierda en este lugar y abandonarme para siempre, le será complicado deshacerse de mí. Aunque comienza con buen pie y, probablemente, el resto de invitados de Allerdale se lo agradecerían. Incluso mi hermano mientras le golpea. Así que cuando se vea en esa situación recuerde encajar los puños con ira y con agradecimiento al mismo tiempo.

Los convenientes pasillos que parecían presentarse en aquel laberinto hecho de naturaleza confundieron a la menor de los Crawford, que no era muy buena recordando las piezas de puzle semejante. A Christopher Weston, por el contrario, no solo le estaba resultando sorprendentemente fácil encontrar los cruces más recomendados o los atajos más escondidos, sino que fue también el que se topó con la carta que iba dirigida a su nueva amiga.

—¿Le gustaría tal cosa!? —intentó hacerse oír él también—. Que su hermano me usara para desahogar sus penas y frustraciones. ¿Piensa en mí mucho de esa manera, con la cara magullada? Probablemente no sea la única y le reconozco que no será por no merecérmelo.

—¿¡Qué si fantaseo mucho con su cara magullada!? ¡Por Dios, no! Imagínese que su rostro se dividiera en dos. Ahora imagínese que de cada mitad surgiera otro Christopher Weston y lo que supondría lidiar con ambos. Su cara está bien como está, capeando su singularidad en silencio, de la forma más quijotesca.

Suavemente mecida por los ardides dulces de la burla, Catherine se encontró a sí misma satisfecha con sus réplicas, que no escondían otra cosa que acertado respeto y notable admiración. Pero, como ya le sucedió a Alicia correteando por el laberinto, aquellos lugares cogían al vuelo las palabras y la lógica y las retorcían hasta significar conceptos ambiguos o diametralmente opuestos. Así que ¿quién podía culpar a la joven Crawford de estrangular a

propósito lo que quería decir?

—¿¡Qué le parece si dejamos de jugar ya!?! —preguntó en voz alta Catherine después de un rato, al recordar que las historias de laberintos no solían tener un buen final—. O, al menos, ¿podría lanzarme el cabo de un ovillo de hilo con el que poder alcanzar la salida?

Weston no contestó, pues estaba ocupado con algo más importante.

Apreció un leve temblor en la mano que sujetaba aquella carta que acababa de encontrar. Se preguntó, además, qué podía significar antes de abrirla y valoró si debía o no hacerlo. Al fin y al cabo, aquello no dejaba de ser un campo de batalla, aunque ya no hubiera pelotas de críquet de por medio o escopetas reclamando algo de atención entre la niebla. Así que, si él no se adelantaba al enemigo, estaba seguro de que terminaría pereciendo bajo su mano y no llevaba demasiado bien lo de perder.



Mi muy buena dama,

Perdone el malentendido nuevamente. Siento que no hago más que darme de bruces contra un muro cuando se trata de usted. Seguiré su consejo de anclarme a los griegos como quien se ancla a un pasado que no ha vivido, sabiendo que allí no la encontraré, pues vive en todas las épocas y en ninguna al mismo tiempo.

Es verdad que entiendo más de los sonetos de Safo que de las buenas obras de Shakespeare y dejaré que me instruya en ese arte tanto como desee. Es verdad también que soy un sentimental, aunque me afane por negarlo. En mi eterna búsqueda de lo intangible, he vivido enamorado de cierto tipo de amor (de la pasión, de las letras, de lo que nos consume y nos hace únicos, llámelo como quiera, pero entienda de lo que le hablo, de ese núcleo primigenio que nos permite sentir y perdernos en el sentir) y tal vez la he culpado a usted de mi propio padecimiento sin buscarlo.

Me sincero cuando digo que me confunden sus palabras, porque me llenan de esperanza y de recelo por igual. Habla usted de mi persona como un hipócrita derrotado, pero no hallo más hipocresía en sus palabras que en las del viejo señor Larousse, que me ata a una vida gris, mientras que usted me condena al ostracismo de mis sueños por no parecer lo suficientemente valiente profesando el amor que siento por aquello a lo que me gustaría dedicarme.

Recuerdo los días de universidad y de cómo ellos mismos comenzaron a tallar mis sueños en el árbol equivocado. En aquellos tiempos me permití leer más de lo recomendado y filosofar por encima de mis posibilidades. Con el paso del tiempo, me di por vencido de los amores mezquinos: amor a las letras, los libros y los poemas. Años después, sin embargo, despierto embriagado por las palabras predispuestas en cartas de unos labios sellados. La culpable tiene nombre y nubla mi juicio empobrecido.

Debería dejar de soñar con pájaros que ya no volverán y partir a la búsqueda de la razón, pero aún me falta juicio para saber qué sentido tiene esta historia que plasmamos en papel. No somos más que dos tontos que se echan la culpa el uno al otro, esperando que su pesar sea el más grande, como si dominar nuestra suerte estuviera en nuestras manos. Es mejor guiarse por la justa medida y no dejarse llevar por la simple voluntad, pero seamos consecuentes, ni aun con

una corona sobre nuestras cabezas, fuésemos emperador y emperatriz, dejaríamos jamás de soñar con lo imposible. ¿Me equivoco?

Me preguntó en una de sus cartas si la veo como modelo de castidad. Fue algo a lo que he evitado contestar en todo momento y creo que hice bien, porque por fin he encontrado la respuesta adecuada: El *no* rotundo es esa respuesta. No hay castidad en aquellos que viven en sueños lo que no son capaces de asir con sus propias manos. Pues bien, ni usted ni yo somos castos. Ya hemos pecado en el imaginario de nuestras mentes. No tome ahora mis palabras con recelo y vergüenza, porque lo que bien escribo podrían deshacerlo las fulgurantes llamas de su chimenea y así ninguno de los dos habría escuchado, leído en este caso, lo que no quería saber. La verdad arde y escuece como el corte de un papel, ¿no cree?

Habla usted de mi amada como si en realidad existiera tal dama. De ella solo sé que, aunque brille, sigue siendo tan grisácea como la bruma que baña el mar en otoño, como las hojas secas y desparramadas que crujen al pisarlas. No, no amo a esa dama y dudo que el fuego del romanticismo se encienda en un corazón teñido de negro como el mío.

En mi esperanza cabe ser tan valiente como usted y no quedarme sentado ni errar en mi camino, aunque no acierte a devolver el bien que me produce saberla tan cerca y distante a la vez.

Su desesperanzado amigo,
Edward Lancaster



Ningún velado apodo podía engañar a Christopher Weston, que comenzaba a dejarse torturar por sus dudas después de leer aquella carta. No tardó en retornar al apellido de Larousse, orquestalmente añadido en mitad de la carta por si cualquier curioso necesitara de un empujón para atar dos cabos que casi se estaban besando. El caballero, sobrio en cuanto a discurso, pero sibilino en sus trazos más ocultos, sabía engañar muy bien al resto de la casa mientras cortejaba, sin lugar a dudas, a la hija menor de los Crawford. «¿Quién, si no, se pone a divagar sobre el amor? ¿Quién, si no, derrocha tal estudiada munición de ensoñaciones pueriles si no es para granjearse el corazón de una mujer?», se preguntó Weston, más airado de lo que cabría esperar.

La voz de Catherine le sacó de aquellos pensamientos donde el miedo empezaba a hacerse eco. El miedo a perder algo que podría ser importante. El miedo a que alguien se lo arrebatará.

—¡No me tranquiliza que me ofrezca semejante odisea! Los recovecos de este laberinto pueden llegar a ser tan asfixiantes como los vértices que separan las distintas etapas en la vida de una mujer que no quiere dejar nada al azar por miedo a que termine con ella.

Las dos caras de una moneda que con los años va perdiendo su brillo se veían reflejadas en la joven de los Crawford aquella tarde.

Por un lado, Edrick Larousse había apelado a su faceta más aventurera. Por el otro, Christopher Weston le estaba recordando, de la forma más involuntaria y natural posible, que también necesitaba el control de una situación para sentirse segura, aunque su rostro se negara a demostrarlo. Un rostro que poco a poco comenzaba cediendo a la presión del momento, presión que no provenía del plano real en el que se encontraban, sino de las sienes envenenadas de una

mujer que, cuando estancaba un pensamiento como la angustia, se regodeaba en él peligrosamente hasta quedarse sin respiración.

Durante un momento, Catherine hizo un alto en el camino, apoyando su espalda en el arbusto que parecía más robusto. Cerró los ojos, respiró y mantuvo una conversación silenciosa consigo misma que acompañaba con la calma que el caballero estaba necesitando para asumir que lo leído no formaba parte de una mente febril ofuscada con autosabotearse. Hasta en buscar el sosiego bajo la tempestad se parecían aquellos dos vagabundos torturados.

Finalmente, la sombra de una voz tomó forma corpórea y el alivio apareció en los ojos de Catherine.

—Ahí está —señaló, algo más sosegada.

La joven, inocente como casi pocas veces, observó el paseo militar de aquellos pies que le habían acompañado y que salpicaron cierta confusión a su propio rostro, decidida a mirar con ojos de liebre asustadiza a un zorro a punto de comérsela.

Y así lo hizo.

Así fue como el zorro se comió a la liebre.

A besos.

Y, aunque la liebre tardó en reaccionar a los contratos tácitos entre el cazador y su presa, una vez amoldada a los labios ajenos y sujeta por unos brazos necesitados, sacó con facilidad un ímpetu que sorprendería al tirador más versado y que, a pesar de todo, mostraba una sonrisa a destiempo, cada vez que la purga que sus bocas estaban llevando a cabo se lo permitía.

La carta que ya no llevaba en el bolsillo dejó de pesarle y, a lo lejos, comenzó a oírse una melodía de piano a medio tocar que acababa de despuntar sus mejores notas, las más sugerentes. Los sueños en prosa perdían fuerza a medida que aquellos besos la cobraban, separando con gran facilidad la fantasía de la realidad y dando a Catherine Crawford algo que probablemente a otras mujeres espantaría, pero que ella recibía sedienta, libidinosa y decidida a ser reprendida por ello si hiciera falta. Encantada, por otro lado, fuera cual fuera el castigo, sabiendo que por fin alguno de esos absurdos correctivos sí habría merecido la pena.

Y Christopher Weston, seamos sinceros, no era de los que suspiraban y romantizaban la pérdida, aferrándose a ella como harían otros menos duchos en el arte de la acción. Pues una carta era para él un acto cobarde y las débiles insinuaciones camufladas con poca maestría no se parecían a lo que haría un hombre de verdad, besado por la llama de los celos como le sucedía a Weston, con las ideas más claras que nunca. Así actuó el caballero, a riesgo de perder semejante título si alguien les viera o si Catherine misma decidiera arrebatárselo despreciándole por sus actos.

Sin embargo, encarnada por el mismísimo demonio, las manos de la mujer corretearon indecisas por el rostro de Weston y se aferraron intermitentemente a su espalda y sus brazos, sin saber si la meta era encontrar la posición adecuada o abarcar todo y más. Soltó su lengua de forma distinta a como ya otras muchas veces había hecho con el cazador. Aquella vez, no obstante, el hermano de Amelia se tragó sus palabras, su saliva y sus ansias de escapar a lo establecido con la ayuda de una mano amiga.

Otras dos manos se deslizaron también por el cuerpo de Catherine. Una de ellas lo hizo como la serpiente que esconde el árbol del fruto prohibido, demasiado ocupada en los intereses que atañen al que no quiere ser descubierto, devolviendo al bolsillo ajeno lo que no era suyo, saldando deudas con un destino que le había enseñado antes de tiempo las cartas de su contrincante para así poder ajustar su apuesta y reconfigurar su estrategia.

—¡Señor Weston! ¿¡Señor Weston, puede oírme!?! —susurró con voz de mujer el laberinto,

que ya había quedado lejos en las mentes de aquellos dos esclavos de lo incorrecto, amantes del peligro y enfermos de la adrenalina que suscitaban los besos a medio disfrutar y las caricias a medio sentir.

Catherine rompió su silencio entre beso y beso, respondiendo con la cordialidad agradecida de unos suspiros superficiales que casi rompían también a cantar. No hablemos ya de su cuerpo, despuntando los últimos pasos de un vals que fue interrumpido por aquella voz lejana, dispuesta a interponer algo de realidad entre ella y Christopher Weston.

Así fue como ambos se separaron, atusándose las ropas y mesándose los cabellos si querían fingir algún tipo de disimulo. A medio camino entre tragar saliva o sentir el desierto en que se habían convertido sus labios, los ecos de una voz cada vez más familiar les seguían de cerca mientras uno intentaba salvar lo poco que le quedaba de caballero y la otra recomponía esa virtud irrisoriamente translúcida que debía lucir aún en su deslucida ausencia.

Lilibeth Fitzherbert no tardó en llegar a aquel claro donde todo estaba oscuro. Sobre todo el pelo revuelto de la hermana de Arthur. Así, indecisa en sus palabras, pero sabiendo dónde estaba posado su interés —en la sonrisa casi maquiavélica de Crawford, que se mofaba de lo más inocente de aquella joven anfitriona de grandes ojos pero esperanzas cada vez más exiguas—, Lilibeth se aventuró, al fin, advirtiéndole a Weston sobre la reyerta que estaba teniendo lugar entre sus dos amigos y por la que reclamaba su atención.

Al parecer, no había sido mucho el tiempo que se habían tomado Arthur y James en exprimir esas gotas del resquemor que se profesaban, aprovechando la huida del único capaz de domar a ambos animales con una mirada y algo de gracia: su amigo Weston.

—Dicen que aquel que es afortunado en el juego no corre la misma suerte en el amor. ¡Bendito ignorante el que farfulló tal cosa! ¿No lo cree así, señor Crawford? —disparó Fitzherbert, diestro en cuanto a burlas se refería.

—Bien es cierto —replicó el otro, obligándose a mantener la calma de forma infructuosa— que su equipo contaba con la única Fitzherbert con *pelotas* suficientes como para marcar la diferencia.

James Fitzherbert, que en otras condiciones se habría reído e incluso habría valorado el comenzar a sentir cierta simpatía por Crawford al encontrar un divertimento interesante en aquel partido íntimo que se disputaban desde hacía tiempo, se decantó, sin embargo, por fruncir el ceño y encararse con un rival que le superaba en estatura, pero no en ingenio.

—Me alegra saber al menos que es usted un buen perdedor, pues no cualquier caballero es capaz de perder el juego, a su prometida y a su hermana el mismo día y todavía tentar a la suerte con según qué comentarios —se aventuró a decir Fitzherbert.

Fue entonces cuando, aprovechando el dificultoso temple que Crawford se estaba obligando a mostrar tras aquel golpe bajo, el anfitrión de Allerdale ofreció su brazo a la señorita Weston y le hizo falta un único gesto burlón en el rostro para que Arthur supiera que todo estaba perdido. Que lo que no le había dicho nunca a James por respeto, se lo diría en ese momento... a puñetazos.

Aquella liebre convertida en leona cuando el peligro amenazaba a los suyos y de apellido Crawford fue la primera en emprender la marcha hacia un lugar donde las cosas parecían haberse puesto más calientes de lo que estaban en el laberinto, intentando figurarse qué podía haber convertido a su hermano en un animal casi tan perdido en sus instintos como lo había sido ella besos atrás.

Como bien pudo comprobar al regresar junto a los demás, no había sido la lujuria la responsable de aquel entuerto, sino un cóctel adulterado de ira y envidia que James Fitzherbert

llevaba ofreciendo durante varios días a su hermano y que terminó por derramarse en aquel partido de críquet que se fingía amistoso.

Los últimos pasos de Catherine hacia el foco de aquella inestabilidad infantil, no obstante, le reportaron una sorpresa más.

Edrick Larousse, que parecía dispuesto a intervenir en la disputa, terminó llevándose, delante de ella, un doloroso trofeo que le propinó el propio Arthur, sabe Dios si por meterse donde no le correspondía o por escribir a quien no debía.

—¡Edrick! —se aventuró a dejar escapar de sus labios Catherine mientras su atención pasaba del camorrista al herido en combate.

Hasta el propio sol que les observaba cruzó miradas con los allí presentes, preguntándose todos en qué momento el solemne señor Larousse había sido bautizado con nombre propio y cuándo a la esquivia señorita Crawford le habían crecido plumas del color del carbón en comunión con su nuevo amigo. Las suficientes, al menos, como para atreverse a semejantes confianzas.

Arthur no supo encajar su vergüenza, tampoco la mirada de su hermana. Bruscamente se hizo al camino y se llevó con él su caballo, al que animó a galopar veloz, buscando que los reproches no le encontraran demasiado pronto.

A la herida de Larousse acudió presto el pañuelo bordado de la joven Crawford. La boca le sabía a metal, pero no estaba seguro de si el responsable había sido el golpe o si ya sentía aquel regusto incómodo desde que Weston le había robado a su acompañante. Fuera cual fuese la verdad, lo cierto era que ni aquel golpe ni los ojos de Catherine Crawford lograron en su rostro una expresión distinta a su acostumbrada seriedad. Se tomó la libertad, de hecho, de robar aquel pañuelo a su dueña, ya inservible, y le ofreció el suyo como repuesto.

Casi todos fingían no prestar atención a semejante escena, pero lo cierto era que tal vez, salvo Amelia Weston, el resto tuviera sus propios pensamientos con respecto a lo que estaba sucediendo:

Lilibeth Fitzherbert, que había sido elegida por la señora Larousse en comunión con su propia madre para casarse con el hijo de la primera, debería haber estado más preocupada porque otra mujer que no fuera ella compartiera semejantes simpatías con Larousse. Sin embargo, no podía evitar observar de reojo al mayor de los Weston, preguntándose el nombre de aquel juego, el que Catherine Crawford pensaba jugar con todos los hombres de la casa y si el próximo sería su hermano, demasiado preocupada como estaba Lilibeth por el daño que semejante mujer podía crear en su entorno, ya fuera deliberadamente o no.

Christopher Weston dejó que su ceja izquierda se alzara, poco contento con la escena y rememorando cierta carta traicionera. Suerte para él que todavía paladeaba el regusto de la menor de los Crawford en sus labios y que semejante sabor era calmante en comparación a la sangre en boca de Larousse.

Maryanne poco y nada tenía que decir. Se reía pensando en la mala suerte que tenía siempre su hermano y en lo desagradecido que solía ser cuando alguien intentaba ayudarle.

Quien de verdad se estaba riendo, anudado al brazo de Maryanne —ya no al de Amelia— y saboreando algo todavía más jugoso que el regusto a unos besos en medio de un laberinto, era James Fitzherbert.

El dueño de Allerdale había encontrado un pasatiempo delicioso, único e inesperado. Algo que iba más allá de una conquista: el interés por hacerse conocedor de todos los secretos que pululaban por su mansión y que empezaban a despertar en los ojos de su hermana, en las miradas de su amigo, en la marcha de su rival e incluso en nombres que solo se articulaban cuando la

confianza era igualmente pronunciada.

El castillo de Larroquette

Aquella cesta de mimbre de Pandora que habían llevado al picnic y que no les había obsequiado con más que desgracias trajo consigo nuevos malentendidos que todavía no habían sanado, a pesar de haber transcurrido un día entero desde que algún iluso la abriera, curioso, desesperado y, sobre todo, ignorante.

Ni el desayuno ni la comida ni la cena fueron del agrado de nadie y, aunque Lilibeth, Maryanne o Amelia se molestaban en intentar animar las veladas aportando su gracia natural, el resto de comensales no parecían muy dispuestos: James Fitzherbert sabía que si dejaba escapar su lengua solo sería para reírse de sus invitados, a Edrick Larousse todavía le palpitaba el labio cuando se llevaba algo a la boca y los hermanos Crawford no parecían conversar o interactuar lo suficientemente fluido como para no levantar sospechas de que algún resquemor subyacía.

Lo único que permanecía inamovible eran los sitios que todos se habían agenciado en la mesa el primer día, por lo que tener a un lado un hermano con el que no se hablaba y al otro, una figura con la que se sentía recelosa a la hora de mantener una conversación estando rodeados de gente no era plato de buen gusto para Catherine.

Cuando el silencio por fin les mató a todos de aburrimiento durante la cena y cada uno emprendió el vuelo lejos del tedio de compromisos obligados, la Crawford menor quiso asegurarse con una última mirada dedicada a Larousse de que sus intenciones de aventura aquella noche todavía seguían en pie. Así, tras encontrarse con sus ojos, asintió ambiguamente mientras se despedía, recibiendo ella otro asentimiento silencioso por parte del caballero. Aquella era la confirmación tácita de que sus intenciones fluían todavía por el mismo río y ninguna se había ahogado por el camino.

Una vez en su habitación, el tiempo parecía dilatarse cruelmente mientras Crawford reconocía, sentada en la cama, ya vestida y preparada, esperando la medianoche, que no podía evitar sentirse carcomida por los nervios. No solo las cosas entre ella y su hermano no funcionaban como deberían una vez más, sino que, si alguien se enteraba de aquella escapada, podrían ir incluso peor. Desenvolverse en un lugar nuevo, a horas intempestivas, con la figura de Larousse a su lado, también le resultaba motivo de intranquilidad, por lo que dedicó los últimos minutos de espera a poco más que bromear consigo misma, buscando restarle hierro al asunto: «Espero que no vaya completamente de negro o no le veré en la oscuridad», se decía. «Por suerte, si alguien nos descubre, podrá convertirse en ave y echar a volar».

Su carta, esa famosa escapista, había sido tan agradecida como siempre y sus ojos ya la habían devorado en más de una ocasión, orquestando una réplica que llevaba a salvo y que pensaba entregarle a su nuevo amigo en algún momento de la noche. Sin embargo, existía algo distinto en leer a Edrick Larousse y en tratar con él. Una idea casi hacía trizas la otra. El juego epistolar, a pesar de ser más complejo y sincero que cualquier palabra pronunciada a viva voz, se veía empequeñecido al lado de un grato paseo, de una mirada, de un agarre caballeroso.

Amparada por una minúscula lumbre, la mujer no tardó en salir de la hacienda en silencio para encontrarse con una figura que debería haber sido conocida, pero que nunca había visto lo suficiente a aquellas horas intempestivas como para decir que podía serlo.

No solo la luna había decidido ampararles en su desempeño de infructuosa carabina, sino que los ropajes negros que se habían ataviado hacían que las manchas de tinta que pendían de sus dedos tampoco se notaran gracias a la oscuridad de la noche. Así podían permitirse ir cubiertos con sus propias faltas y solo ellos las veían.

—Hoy más que nunca es usted el vivo retrato de un cuervo en la noche plutónica —susurró Catherine, prestando algo de luz al rostro que se alzaba frente a ella, tan solemne como de costumbre.

—¿Me dejará entonces posarme en su busto y susurrarle al oído «nunca más»?

Así deslizó aquellas dos últimas palabras, acercándose a su acompañante para sisear aquel cántico que ya se había convertido en un himno, en una broma íntima.

—Su lengua parece casi tan veloz como su mano a la hora de escribir. Quién iba a imaginárselo —se burló Catherine antes de fijarse con más acierto en el rostro de Larousse. La palpitante herida que todavía permanecía en su labio llamó la atención de la joven, obligándola a alzar su mano con la curiosidad del ciego que ve a través de sus dedos—. ¿Le duele?

Aquella pregunta abrió otra brecha, esa vez en el tiempo. Ambos se miraron y sus ojos quedaron pendiendo de los del otro.

—Permítame.

Solo Edrick Larousse, con su conocida caballerosidad, fue capaz de reunir el valor para romper aquel momento y ayudar a su compañera a montar sobre el caballo, asiéndola por la cintura y elevándola como a una pluma.

—¿Solo uno? —preguntó la menor de los Crawford ya sobre el caballo, al observar que únicamente había uno ensillado.

Larousse se sumó pronto a la monta del animal, rodeando a Catherine con sus brazos y haciéndose con las riendas, evitando así que ella tuviera que preocuparse por algo más que su vestido en aquella posición de amazona que debía ser tan incómoda para su sexo. Aunque, como le sucedía a toda mujer, aquella era una postura que había anexionado con prontitud a sus costumbres como si fuera lo más natural del mundo el haber nacido para enfrentar continuos obstáculos.

—Es importante no llamar la atención, ¿no cree? —contestó él.

Catherine cerró los ojos un instante y se rio. Casi podía palpar la desazón del caballero por aquella cercanía. De hecho, sentía su respiración entrecortada erizándole tibiamente el vello del cuello e incluso su corazón, que palpitaba contra su espalda. Al parecer, tenía uno.

El ritmo del corcel no llamó la atención de nadie y los tres pudieron desvanecerse en la niebla en cuestión de segundos. El castillo no se encontraba demasiado lejos, lo suficiente quizás para que los pensamientos de Edrick y Catherine sobre qué aventuras les sobrevendrían en aquel lugar o qué pasaría aquella noche comenzaran a bullir.

Crawford, que disfrutaba siempre de aquello que nunca se le permitía, se dejó caer hacia atrás de manera inocente, apoyando el peso de su cuerpo en su acompañante. Concluyó que este debía de estar maldiciendo las formas incorregibles de la joven y su gusto por verle padecer de la fatiga que sentía cuando intentaba enfrentarse a los principios de disciplina y discreción que luchaban por esconderse siempre que Catherine andaba cerca.

La luna, que en su plena voluptuosidad marcaba la trivialidad de lo que dos personas pudieran hacer a escondidas en un momento que terminaría perdiéndose en la insignificancia de la propia existencia, señalaba con su dedo plateado el castillo de Larroquette. Edificación que parecía haber sido una acorazada fortificación en su momento, pero que ya contaba con agujeros aquí y allá y enormes hendiduras que difícilmente podían confundirse con vanos tallados aposta.

Marcas de tiempos que no fueron tan buenos como en un comienzo y también señales de que el fin se acercaba, resultado de conflictos violentos que marcaron un antes y un después en la vida de las personas que habitaban aquel cortijo hecho de piedra y sueños rotos.

Una vez aquella promesa casi en ruinas apareció frente a ellos, desmontaron al lado del árbol más cercano, donde ataron a aquel tercero en discordia y le dejaron a su suerte. De nuevo, con la ayuda inestimable de su compañero, Catherine se deslizó a tierra firme, comenzando a caminar hacia el lugar como quien abre el paso al resto de la comitiva. Al fin y al cabo, había sido su idea. Aunque poco le duró el juego de la independencia, porque pasar sobre escombros requirió de la inestimable ayuda de Larousse en su papel todavía de caballero.

Ya dentro de semejante bestia tallada en piedra, era imposible no dejarse llevar por el embrujo del tiempo. Algunas paredes todavía seguían en pie, otras habían sucumbido pronto al clima, pero había dos que se mantenían imperturbables, ajenas, por algún motivo, a los estragos de lo que en algún momento les habían rodeado.

—Érase una vez —comenzó Catherine con una sonrisa en los labios y un eco misterioso en la voz, sabiendo ya en qué estancia se detendrían y notando la humedad de las paredes a medio empedrar— una dama que se casó por todo menos por amor. Él era francés, tal vez lo conozca —bromeó, como si todos los descendientes de su madre patria fueran parientes—. El conde de Larroquette. La mujer estaba convencida de que, si Cupido no la había alcanzado ya, nunca lo haría. Ya sabe, ese halo de desesperación que es tan inherente al ser humano; esa fragilidad de espíritu, tan fácil de agujerear como lo fue esta sólida fortaleza en su momento.

La historia que comenzó a construirse de boca de Catherine fue poniendo también piedras en las paredes de un castillo ya olvidado y adornos áureos en escombros que volvían a ser habitaciones. Todo un mundo ajeno a ellos volvió a la vida y pudieron observarlo como espectadores pasivos. Al principio, sin interés por interactuar. Después, carcomidos por la frustración que ello les generaba.

—Con el tiempo, no tardó en enamorarse a traición, muy a su pesar, y de quien menos esperaba. Convirtió una vida que podía haber sido serena y copiosa, pues su marido tenía los medios para ello, en un constante riesgo que amenazaba con ese caos continuado que deriva de los amores más inesperados pero más intensos.

Una pausa les traicionó a ambos, todavía con aquellas palabras en el aire. Por fin detuvieron sus pasos exactamente donde debían hacerlo, en lo que alguna vez había sido un amplio comedor o un espacioso salón.

—También los más peligrosos —continuó—. Y es que su marido no tardó en descubrirlo. Una noche, la mujer sintió la llamada de Morfeo antes que de costumbre e hizo bien en extrañarse, pues lo que le obligaba a abandonarse al sueño no había sido el ajetreo inexistente de un insulso día, sino un potente somnífero que alguien le había administrado en una jarra con agua. Despertó una hora después, sin saber dónde estaba. Solo sabía que aquel lugar era diminuto, que casi no podía moverse y que, si gritaba y aguzaba el oído, podía escuchar a su amante al otro lado. ¿Se atreve a adivinar qué había pasado con ellos, señor Larousse?

Catherine alzó la mano y la colocó en el pecho de Larousse, haciendo fuerza con la suavidad precisa hasta hacerle retroceder y colocarlo de espaldas a una de aquellas paredes vivientes.

—Es posible... ¿Es posible que el marido los enterrara vivos? —preguntó él.

—Casi, casi. ¿Huele el humo? Eso es porque se está quemando.

Y como si el pecho de Edrick Larousse la quemara a ella, terminó por separarse de él, caminando de espaldas hasta dar con la pared enfrentada.

—¿No le parece curioso —volvió a comenzar, elevando la voz para que la distancia no fuera

un impedimento— que de toda la edificación estas dos paredes sean casi las dos únicas en pie y que mejor han resistido el paso del tiempo? Eso es porque el marido de nuestra protagonista tenía un sentido del humor un tanto tétrico, bastante francés. Decidió, sin mucho meditar, que él no era quién para poner trabas al amor y que, si los amantes querían estar juntos, ¿qué menos que dejar que lo estuvieran?

—Acaso... ¿Acaso los encerró en estas paredes? —preguntó Larousse casi en un susurro, presa del miedo a ser escuchado por un marido celoso dispuesto a deshacerse de ellos.

Quién sabía si aquella historia era real, escuchada a hurtadillas por Catherine de boca de un criado, pues dos paredes huecas son de todo menos robustas. Lo único real en aquel tiempo y lugar parecía ser la situación de aquellos dos títeres, enfrentados como los amantes, uno en cada pared, dejando que la semántica de la propia vida les convirtiera a ellos en amantes.

—¿Se los imagina? Conversando de una pared hacia la otra.

Después de unos segundos mirándose, Catherine sacó un pequeño libro de un minúsculo compartimento en su faldón.

—¿No le recuerda a otra historia que ya conocemos? Un muro afanándose en separar a dos amantes —interrogó ella.

—¿Se refiere a Píramo y Tisbe?

La menor de los Crawford abrió dicho libro y comenzó a leer en voz alta algo que parecía servir de bálsamo a oídos de Larousse, familiarizado de sobra con aquella historia de amor clásica.

Catherine le invitó a unirse a su lectura, queriendo privarle apostata de aquella semántica retorcida de amantes enfrentados que empezaba a comérselos a ambos por dentro. Larousse se acercó de nuevo y se apoyó en su misma pared. Ambos se sentaron en el suelo bajo la promesa de una fingida comodidad, no sabiendo a ciencia cierta si el corazón que Larousse estaba escuchando era el de ella, el suyo propio o el de la mujer al otro lado de la pared.

Así pues, en aquellas ruinas del mágico tiempo y la triste prosa, las palabras y las costumbres perdían su significado en pos del momento. O eso debió de pensar Edrick Larousse, cansado de observar impasible aquella triste historia entre dos paredes, luchando contra la frustración del que no es capaz de hacer nada para remediar semejante agonía. Fue así como pasó su brazo por la parte inferior de la espalda de Catherine y apoyó su barbilla en el hombro de esta, siendo seguida por sus labios.

Crawford casi se pierde leyendo cuando su amigo la traicionó de semejante forma y la inesperada vibración de su voz lo dejó también entrever. Poco tardó en cerrar los ojos, necesitada de un descanso dentro de sus propios párpados para poder hacer frente a aquella situación que empezaba a volverla débil, a tentarla como siempre hacen las peores cosas.

Como un relámpago, la visión de Larousse la primera noche tomó forma en su cabeza. Después lo hizo el encuentro en la biblioteca, las cartas que se convertirían en su declaración firmada de intenciones, el agradable paseo en el que hablaron de cómo el destino no les había querido juntos y, aun así, ellos lo estaban desafiando en aquel momento, a caricias.

Catherine se volvió hacia Larousse, sucumbiendo a aquella traición. Rozaron pronto sus labios por cada palabra escrita que reposaba en sus cartas, respetando la armonía de un soneto delicado, difícil de componer. El semirrecogido de Catherine —que la obligaba a ser solo semicorrecta— se liberaba como se libera cualquier destino inevitable. Mientras tanto, sus manos, compinches ansiosas, completaban aquella trampa con caricias traicioneras.

Aquello no era más que un dulce juego en otra campiña inglesa, semejante a los que Catherine se esforzaba por conseguir allá donde iba con intención de enfrentar al tedio, dichosa por poder

divertirse usando sus propias reglas lejos de la mirada materna. Y, dada la tendencia del género masculino por irrumpir en su boca, más todavía en aquella casa, Catherine se imaginó que todavía le quedaban muchos arrebatos pueriles por delante antes de sentar la cabeza y que debía aprovechar cada uno de ellos de forma absolutamente impúdica. Más todavía si se trataba de aquel raro espécimen, siendo ella entomóloga experta. Por eso dejó en el suelo su libro y se dedicó por completo a pasar la lengua por cada una de las heridas de Edrick Larousse, animándolo a que, si tenía alguna zozobra con respecto al paso que había dado, la solventase pronto para poder disfrutar de un manjar único como era aquella complicidad en el más absoluto secreto.

Con sangre ajena en los labios se separó de la boca de aquel hombre casi exclusivamente para mirarlo, para corroborar lo mucho que le costaba respirar alejada de su aliento. ¿Cómo no iba una a aficionarse a aquellos encuentros si eran la refulgente chispa de la vida de la que hablaban tantos libros? ¿Y quiénes eran sus padres o la sociedad para privarla de aquellos placeres que la gente escondía con recelo? Un beso, otro... Catherine no estaba dispuesta a parar. No, al menos, aquella noche. Por eso, indómita, se revolvió en los brazos de Larousse hasta que le hizo caer sobre ella.

En aquellas ruinas del mágico tiempo y la triste prosa, hasta los muertos escuchaban atentos los besos y temían por su desenlace. Y uno de ellos era Larousse, que, repiqueteado por sus remordimientos, rechazó las siguientes caricias y divagó en voz alta sobre lo incorrecto de la situación.

—Esto no está bien, yo... no debería estar haciendo esto. Mi deber es casarme con otra mujer.

Sí, el obsoleto deber familiar que luchaba por arraigarse en algo que había crecido ya podrido. Y es que ¿quién en su sano juicio ama las letras o el embrujo de lo clásico y no forma su idea de la vida en torno a ello? ¿Quién, mortal o inmortal, es capaz de mantener bajo llave la pasión que se aprende de los antiguos, que emana de las páginas de cada libro, que impregna nuestro espíritu de un frenesí tan descabelladamente opíparo que ha llevado a la tumba a escritores, músicos, filósofos e incluso amantes? ¡Claro que Catherine sentía la ofensa de aquel rechazo! Pero no por ella, sino por la realidad que fluía dentro de Larousse y que se ofuscaba por encerrar bajo llave, esperando que, tarde o temprano, desapareciera.

De esa forma, Edrick Larousse quiso poner punto final a aquel encuentro.

Sus palabras, sin embargo, salpicadas de rechazo, consiguieron otro beso más por parte de Catherine. Y otro. Y otro. Así mendigó sus últimos momentos de desesperación, sonriendo antes de contestar a su compañero:

—Nadie dice que no lo haga. Solo quiero besarle.

—No, escuche. Ni siquiera deberíamos estar haciendo esto.

—Hay tantas cosas que no deberíamos hacer y que, sin embargo, hemos hecho...

Como verse a escondidas, escaparse juntos en mitad de la noche, escribirse cartas..., desearse, sin ir más lejos.

—No deje que el deber le quite eso también —continuó Catherine—. No deje que me lo quite a mí, que ni siquiera le rindo pleitesía.

Edrick Larousse había escrito sobre imponerse a los designios marcados sobre vivir aventuras y poder llamar «vida» de una vez a su vida. No obstante, su corazón se achicaba cuando la posibilidad se hacía cada vez más factible y, sobre todo, cuando por fin tenía una compañera que alentaba sus intereses y necesidades más intrínsecas.

—No puedo —contestó finalmente.

¿Qué movía a Catherine Crawford, sin embargo, a insistir? En aquel momento, el más puro e

instintivo arrebató, las ganas de llamar «vida» a su vida también. Y la menor de los Crawford no era de las que dejaban a medias una melodía de piano o la escritura de un soneto, para desgracia de Larousse.

—Por favor —le rogó ella, deslizando sus labios por aquel cuello débil que languidecía todavía más bajo su aliento, antes de mirar a su víctima a los ojos y darse cuenta de que, por mucho que él también deseaba aquello, no lo quería.

Más molesta que avergonzada, Catherine desestimó seguir con aquel juego que no parecía bien recibido. Ni siquiera pidió disculpas, pues las palabras se evaporaban antes de poder salir por su boca, en contacto con su creciente enfado.

Los minutos pasaron en silencio mientras cada uno se ponía en pie y se deshacía del polvo en su vestimenta.

Crawford regresó por el camino que habían tomado en primer lugar para llegar hasta allí, esa vez sin ayuda. Encontró el árbol donde aguardaba su escolta de cuatro patas sin dedicarle una palabra a Larousse. Y así se mantendría aquel silencio que este no pudo evitar tumbar al llegar también junto al árbol:

—Catherine —se atrevió a dirigirse a ella con aquella cercanía todavía entre barrotes de modales—, entiéndalo, yo no... no puedo hacer esto. Se pide de mí que cumpla con aquello que se me impone y yo no soy como usted. No puedo, simplemente, dejarme llevar y desobedecer a mi padre por un capricho. No tengo tanto valor. —Su tono se difuminó y no tardó en volverse ronco, arrepintiéndose tal vez por cada una de las palabras que se escapaban de sus labios, avergonzado por dejarlas huir con tanta facilidad o porque no sabía si estas tenían siquiera algún sentido—. No podría recomponerme. ¡Y me aterra todo! Me aterra tener que cumplir con unos preceptos que no van conmigo y también me aterra seguir los pasos que usted me está marcando. Me aterra dejarle que me guíe y vivir algo que quizás en otras circunstancias nunca podría. ¡O nunca podré! ¿Y cómo seguir con mi vida después de algo así?

Hubiera sido tan fácil dejarlo pasar como el que deja que las olas se lleven lo inservible mar adentro, pero Larousse no parecía de aquellos. A Catherine, de hecho, se le antojó inocente en exceso y palpó la idea, como había palpado aquella herida en su labio con anterioridad, de que tal vez él, contrario a los hombres que había conocido, nunca hubiera estado con ninguna mujer, por extraño que pudiera sonar. Porque más extrañas sonaban sus palabras y el miedo que parecía tenerle. Pese a esto, la fuerza del oleaje estaba a punto de lanzar al caballero contra las rocas, dejándole posiblemente marcas que tardarían en curarse.

—¡Y no lo vivirá! —sentenció ella—. No lo vivirá si sigue escudándose en sus quejas vacías y lanzando pensamientos al aire sin intención de hacer nada por acabar con sus cadenas.

Seguía molesta, eso desde luego, pero casi más pena le daba Larousse, aferrado a fuerzas tan férreas como inexistentes.

—Sus cartas me rogaban por esto —resopló, lanzando una vista panorámica a aquel castillo y todo lo que significaba más allá de sus muros—. Supongo que no está tan descontento como dice de vivir en su prisión personal. Si no, haría lo que fuera para doblar sus barrotes. Lo siento si en mi afán por intentar ayudarle me he excedido yo también. —Casi se lo recriminó más que disculparse. Al fin y al cabo, ella no necesitaba desinhibirse, lo hacía muy bien sola, sin que nadie la ayudara. Pobre Arthur, que creía conocer a su hermana y solo sabía lo que esta le permitía intuir—. Que absurdo abrir la jaula cuando el petirrojo no quiere echar a volar.

Habría sido sencillo para Larousse arremeter contra Catherine de igual forma, puestos a hablar de hipocresía. Pues, por mucho que el río fluyera, la joven no era un pez, ni siquiera una sirena, aunque pudiera confundirse con facilidad a una de aquellas bellas cantoras *hundebarcos*.

Lo que significaba que, tarde o temprano, debería dejar aquellos juegos y tomar decisiones con respecto al futuro que llevaba tiempo queriendo mantener pausado mientras buscaba esconderse en algún recoveco, esperando que nunca la encontrara.

—Basta —ordenó Larousse, incapaz de seguir escuchando semejante parlamento destinado a hundirle más en su miseria.

Catherine apartó la mirada, hastiada por aquel comportamiento, por hacerle perder el tiempo, por la hipocresía que florecía en los hombres una vez más. Tonta, volvió a mirar a aquel rostro apesadumbrado y, muy a pesar de que todas y cada una de sus palabras habían sido hirientes, siendo justo lo que Larousse podía llegar a merecerse, la mujer de gesto triste se acercó para volver a atrapar sus labios una última vez como disculpa por su dura y cruel honestidad.

¿Quién iba a imaginarse que este respondería de forma tan inesperada, contrario a lo que sus palabras decían o sus peticiones rogaban? Así, tan cerca de finalizar el tormento de aquella noche, Edrick Larousse regresó sobre sus pasos e hizo caso omiso a sus propios lloros, asiendo a la mujer por la cintura y convirtiendo aquel beso destinado a pedir disculpas en algo bien distinto.

Sorprendida por la agradable acogida que había tenido su gesto, Catherine agradecía que Larousse no se hubiera encerrado en sí mismo y que su respuesta hubiera sido engarzarse a sus labios, saboreando como podía el regusto de aquel presente incierto que juraba desvanecerse con la salida del sol.

Cauta en sus siguientes pasos, intentó no reclamar más de lo que el caballero parecía estar dispuesto a concederle, ataviando sus abrasadoras intenciones de ternura y engalanando su pasión de suave comprensión, mientras se permitía seguir jugando con su mente. En la medida en que uno se permite engatusar, claro, siempre dentro de unos límites. Pues la joven Crawford, en realidad, no era ningún súcubo, mucho menos esa acólita de Circe de la que hablaban aquellas cartas llenas de desvaríos y metáforas llevadas al extremo, casi a la burla. Solo era eso: una mujer. Y como mujer, el contacto con los hombres le era fugaz como una estrella y escurridizo como una mariposa. También refulgente como la primera y lleno de colores como la segunda.

—Si sus besos terminan aquí —interrumpió ella, colando las palabras entre aquellos pares de labios—, esperaré sus próximas cartas y beberé de ellas hasta ahogarme.

Una parte de sí misma estaba pletórica por el resultado de aquellos encuentros. En la soledad de un laberinto de pasiones y la incendiaria noche de un oscuro castillo, la menor de los Crawford había conseguido, en menos de dos días, tentar a más hombres que Eva y no iba a dejar tampoco que ninguna de aquellas velas se consumiera sin alumbrar todas sus estancias. Lo suficiente, al menos, como para decir que Allerdale Park había merecido la pena.

—Salvo que prefiera volver a ahogarme con su lengua —añadió.

El primer rayo de sol les interrumpió después de recorrer el mismo camino en sus bocas incontables veces. Al amparo de una mirada, jugaron a separarse con la lentitud del que si hace algo lo suficientemente rápido es capaz de sufrir un intenso dolor. De nuevo, aquel corcel oscuro volvía a ser un tercero en discordia para dos jinetes que cabalgaban torpes un camino lleno de desniveles en sus vidas y que tal vez acababan de interponer ellos mismos el obstáculo más farragoso de todos: el de los sentimientos.

Cartas a Atenea

El ser humano es débil en todas sus formas. Se guarda de prometer algo que desecha pasados escasos minutos y prefiere atragantarse con el arrepentimiento, escapando de su boca a borbotones, que perder la oportunidad de actuar. Damos gracias porque existan esas barreras que, en su infinita compasión, nos protegen como sucede con la conciencia o con esos pensamientos negativos que buscan detenernos en nuestras ensoñaciones más descabelladas.

En defensa de Edrick Larousse, podíamos decir que esas barreras siempre habían sido las más fiables para él. Que en el camino de la rectitud nunca había tenido más que diminutos obstáculos, todos ellos salvables. Se encontraba entonces, no obstante, frente al papel, carcomido por las palabras que pretendía plasmar en él, sabiendo ya que aquella carta sería enviada y derrumbando él mismo los muros de seguridad que le salvaguardaban de un ridículo espantoso o de tomar la peor decisión existente. Los había atravesado como un sonámbulo, presa de la voz de una mujer que no dejaba de oír en sueños.

Así fue como cerró aquel sobre una vez más, después de depositar dentro su vergüenza, su valor, su desesperación y su dicha:



Mi Atenea,

He decidido tomarme la libertad de acercarme a ti en trato, así como tú te la tomaste para hacer lo mismo conmigo en cuerpo.

Después de haber faltado a la paciencia, he alargado este mal esperando un día entero para entregar mi impaciente carta. Y es que cuando mi rabia aflora, lo hacen también la culpa y el cargo de conciencia. Siento el tormento de no ser un envalentonado titán para poder robar a los dioses el fuego necesario que arroje algo de luz al destino de este hombre.

Cuando el sosiego me llena, vuelvo a rechazar el arrepentimiento y me obligo a no soltar ni un solo suspiro, delirando con desafiar mis impulsos, mis cargas y mis sueños, obrando en nombre del libre albedrío. Sin embargo, por alguna razón, vuelvo a quedar petrificado, incapaz de blandir siquiera la pluma. Me estremezco cuando pienso en tu silueta, en la forma tan dócil en la que mis manos se arrastraban por tu cintura y en el dulce sabor de tus besos, qué más quisiera yo que me supieran a amargo veneno, porque solo así podría decir que lo que hicimos no valió ni un mísero pensamiento.

Ríete de mi mala suerte y clama mi tormento, porque así te imagino ahora mismo, burlándote de este ser falto de experiencias que no sabe lo que tu mente tribula, nadando en la rabia que me convierte en fiera, deseando sucumbir a tu yugo y del cual, en cambio, acabo huyendo.

Me juro lealtad y sosiego cuando tu compañía escasea, pero me basta con salir de mi jaula para encontrarme nuevamente frente a tu puerta, deslizando cartas selladas con insinuantes invitaciones a dejar de ser anónimos en palabras y, ¿por qué no?, también en cuerpo presente. Esta falta de cordura me lleva a delirar con cánticos tuyos que no hablan de amor, sino de fuego como el que corona los infiernos, el que enciende el recelo de no poseerte más que en pensamientos.

¿Quieres saber si arde? Abrasa hasta los huesos, desciende por el pecho hasta llegar al bajo vientre y busca la perdición de quien se consume en soledad mientras los recuerdos brotan. Así me encuentro, murmurando el nombre de una mujer a merced de mi despecho, como si mi mano pudiese otorgarme consuelo. Viviré un día más entre estas paredes simulando ser el hombre que no cede ante otra cosa que no sea el deber, pero me he descubierto a mí mismo como fiel siervo de la diosa Selene, en cuyos brazos deseo encontrar la pequeña muerte.

No tan tuyo como pueda parecer.

Quizás más,

Prometeo



Las señoritas Fitzherbert, Weston y Larousse ya ni preguntaban por la joven Crawford. Asumían que, si no se encontraba en la biblioteca, estaría frente al piano. Y, lejos de conocerla, habrían acertado de lleno en aquella existencia bipolar. No obstante, aquellos días, Catherine Crawford encontraba mayor regocijo escondiéndose en su habitación. Al fin y al cabo, nadie le prohibía leer allí o, incluso, digitar las melodías que sonaban caprichosas en su mente. Se convencía, casi cada hora, de que el único motivo para no querer dejar el cuarto radicaba en la baja tolerancia que sentía en aquel momento hacia cualquier persona en la casa. Miraba, casi cada minuto, la puerta que daba al pasillo. Escuchaba, de diez segundos en diez segundos, un sobre inexistente que se deslizaba por su puerta. Se enfadaba, por consiguiente, a cada momento y usaba el siguiente para tranquilizarse.

Por fin sus sentidos dejaron atrás el engaño cuando, en uno de aquellos vistazos traicioneros, encontró una carta y se arrodilló frente a la puerta para leer aquel nuevo atrevimiento, al que contestó firme, pero también dubitativa:



Incomprensible señor,

Es usted descaradamente ofensivo, furiosamente inestable, airadamente incierto.

Desliza bajo mi puerta tanto el frío carámbano como el abrasador tridente del Diablo a la espera de que yo sepa qué hacer con ello, cómo administrar con vehemencia las pequeñas dosis de su rechazo, que endulza con palabras de ardiente poeta. Mi cuerpo, en concordancia, enferma con sus palabras y le pide, por favor, que no sea tan cruel. Que frene sus fiebres, que dé de beber a sus labios, que cure con algo más que discursos sus ansias.

Y sé que la respuesta que me devuelva se tornará gélida una vez más, pues su coherencia congelará todo a su paso y después se permitirá ser sincero y convertir en trémula llama sus más desesperados antojos.

Basta ya, le pido. Basta ya.

Si quiere condenarse, no me arrastre con usted. No he llegado hasta aquí de una pieza para que el capricho de un hombre me rompa en pedazos. Hágalo usted mismo si se ve capaz, si llega a autoconvencerse de lo que realmente quiere, choque con su ética o no. Con su boca, con sus manos, a peligrosos suspiros de impaciencia. No se atreva, sin embargo, a atacarme con su lógica y sus obligaciones, pues de tanto variar en temperatura, temo que sea perjudicial para mi salud y si enfermo, solo usted será responsable. Así, en mi lecho de muerte musitaré su nombre al oído de mi querido hermano para que sepa a quién culpar.

Suelte mi mano si no va a entrelazar sus dedos a los míos. Piérdase en los ojos de su futura esposa si va a negarme tres veces, usted, mi Judas particular. Pues no le pido que me prometa lo que está destinado a otra, sino únicamente un momento de recogimiento que nos permita a los dos endulzarnos con un néctar de agave dispuesto a curar nuestra solemne alma. Nosotros, que sabemos qué heridas lamer ya y cuáles no a pesar de que Cronos se sorprenda de la velocidad con que nos hemos empezado a tratar así.

Haga de Allerdale su tumba. Muera aquí el Edrick Larousse que no está destinado a ser y que la luz de un nuevo día bañe la sonrisa que alguna vez perdió.

Suya, si está dispuesto a tenerme,

Catherine Crawford



Señorita Crawford,

No he tardado en comprobar su cautela al no perder la banalidad del trato cortés, rivalizando con mis absurdas ansias por despojarme de él tan pronto. Mis disculpas por haberme tomado la confianza de tratarla de otra forma. Entienda, no obstante, el desconcierto que todavía recorre mi lengua y que le susurra a la pluma que revolotea sobre el papel que ya no habla con la misma persona, así como la que escribe no es la misma tampoco.

Aboga usted por mi franqueza y franco seré, pues me ahoga en un sueño tormentoso en el que no hace más que exigirme que tome decisiones, como si únicamente en mis manos estuviera la última de todas ellas. Se olvida de que usted también tiene manos. Dos, además, con largos dedos de pianista. Reclama de mi persona determinadas cosas y lo cierto es que yo podría reclamar de usted demandas similares también si me lo propusiera. Pues en mis anteojos negros todavía sigue expuesto el reflejo de cierto caballero que la raptó para llevársela a un laberinto donde solo el minotauro sería partícipe de lo que allí no aconteció o tal vez sí.

¿Qué espera acaso de un hombre como yo, carente de veteranía? ¿Que le entregue en cada carta un trozo de mi corazón para que acabe consumiéndolo como una bacante? Si así lo quiere, así lo tendrá, pero me convertirá en un muerto en vida, rogando por algo que tampoco me pertenece. Y aunque una gota de su sangre bastaría para reanimarme, sé que obtendré veneno y acabaré siendo la mayor burla entre los borregos.

¿Sabe qué le digo? Me niego. Me niego a perderla en esta realidad y disfrutarla solo en mis sueños. Y pese a que no sea yo el elegido de entre todas las miradas que en usted se posan, seguiré tendiéndole la mano con la que sujeto la vela que iluminará el camino hacia mis brazos. ¿Podrá entonces negarse? Como poeta dócil y entregado declamaré para usted versos cuyo final se eternice y la haré mía en cada palabra, porque primero fue el verbo y luego la plenitud de ser su mayor secreto. Aunque, pensándolo mejor, ¿qué puedo ofrecerle yo más que inexperiencia? Dócil lienzo en blanco en el que nadie ha querido pintar por la rudeza de mi mirada y la falta de aduladoras palabras, de esas de las que usted está llena.

Por favor, deje de jugar conmigo y yo haré lo mismo o acabaremos consumidos en las cenizas de lo que nunca fue.

Suyo, para qué mentirnos,
Edrick Larousse



Señor Larousse,

No hay nada tan sincero como reconocer que no por recorrer todos los recovecos de una persona, uno puede decir que la conoce y, en semejante caso, mantener las formas es precisamente manera de cuidarse de una excesiva falsa cercanía que no hace más que engañar al que necesita de dicha artimaña para endulzar indefinidamente sus penas. Por eso, aunque, tonta de mí, creí que podía llegar a conocerle por sus trazos, usted me ha demostrado que no es así. ¿Qué menos que mantener las formas pues? Aunque el corbatín le estrangule a usted o el corsé

me asfixie a mí.

Los dioses solo conocen lo que deben conocer y los mortales lo que los primeros les permiten. Pregúntele a cualquier deidad sobre mis asuntos y si alguna quiere contestarle, le recomendaría prestar oídos sordos, ya que los dioses gozan más del florido escándalo que de la parca verdad. ¿Qué razón de ser tiene entonces la sombra de otro hombre merodeando también en nuestros asuntos? Deja vagar sus pensamientos donde estos se deleitan con el fango de la pena, la frustración, la melancolía y se olvida de recordarles que hay una cuestión de vital importancia a tratar entre usted y yo, sin ningún tercero o tercera en discordia. Porque aquí, los que estamos en discordia, somos nosotros. ¿Cree que ser un muerto en vida no será también mi religión si estos juegos no desaparecen pronto y me deshago de toda pluma, papel o intenciones para con usted? Tal vez mis palabras hayan sido escritas con trazos demasiado confusos para que llegue a entender que, por mucho que a nuestras cartas o a nuestros miembros se los coma el fuego, algo batalla ahí dentro que calma cualquier océano embravecido cuando su cercanía me es propicia. Y que todo palidece frente a esto, debo añadir.

Trata a la pobre inexperiencia como una apestada. Como si tuviera menos derechos que su sobrevalorada hermana, la experiencia. Pero lo cierto es que la inexperiencia, dependiendo del contexto, se dibuja deliciosa en matices y virgen en costumbres que se modelan a cuatro manos, a cuatro ojos e incluso a cuatro patas. El lienzo en blanco se torna caprichoso para el amante artista que tiene mucho que decir y que se queda falto de espacio en lienzos ya usados, presumiendo de un blanco impoluto que ilumina a quien se atreve a mirarlo, a quien descubre su secreto y auténtico valor. Aunque, si se empeña en taparme los ojos, le aseguro que de poco me servirá el lienzo que me ofrece porque una virtuosa a ciegas no es más que una novata de vista incierta.

Dejaría de jugar con usted si pudiera, pero usted mismo es quien no me lo permite, hablando de lo que no va a dejar que se le escape, desdiciéndose párrafos por debajo y pensamientos por encima.

Cuénteme de una vez sus sueños, esos que no le permiten dormir, y deje de ser un instigador tan incansable. Olvídese de relatos eternos y promesas que se demoran, pues ya soy suya a cada palabra que dice y también a las que calla,

Catherine Crawford



De nada servían unas cartas imprecisas donde el propio papel empezaba ya a marearse con tantas vueltas de tuerca en el engranaje de dos piezas que se deseaban juntas pero que se estimaban separadas. Tan absurdas eran esas cartas como el baile que les llevaba a alejarse con una frase y encamarse con la siguiente: «Estimado señor al que de nada conozco ya», «Tuya, aunque no mucho». Y es que a Catherine Crawford le parecía imposible reconocer que nunca había tenido que lidiar con situación semejante. Para empezar, los hombres que le habían dedicado alguna que otra carta, se habían tornado insípidas sombras de lo que prometían y el

interés de la mujer se esfumaba pronto al leer sentimientos acartonados. Por otro lado, también había hecho perder la cabeza con sus formas a caballeros de todo tipo, consiguiendo lo que quería de ellos. Crawford desfilaba de puntillas sobre una fina línea y dejaba que la luz de algún ente superior le enseñara un camino que, de momento, no le había hecho ningún mal, sino todo lo contrario. Se preguntaba entonces a qué atendía ese nuevo capricho y por qué no huía si tantos quebraderos de cabeza le suponía.

Oh, pero los retos. Regresamos a esa chispa de la vida de la que tanto hemos oído hablar cuando mencionamos los retos, cuando desmenuzamos lo que nos aporta conseguir algo distinto, único, algo que, además, se afana por mantenerse prístino. ¿Y quién si no Catherine Crawford se veía capacitada para hacer perder la cabeza a un caballero como aquel, ahora que ya lo tenía suspirando a escondidas? Cada negación, cada demostración de entereza, cada paso atrás de Larousse se convertía en una puntiaguda aguja que hería su ego. Y ella, en lugar de lamerse las heridas, caminaba como cualquier novia sangrienta, sabiendo que, más que alejarle, aquel líquido escarlata encendería en él las luces de su tragedia, queriendo unirla por fin con la de ella.

Así se pospuso aquel intercambio de insurrectas melosidades cuando la luna hizo acto de presencia, con la figura de Catherine esperando una respuesta y la idea de cambiar de ubicación para concentrarse de una vez por todas en su nueva lectura, recomendada por otro de los insurrectos que amenazaban con prender fuego a las murallas de su castillo, pero de una forma bien distinta.

Más agradable quizás.

Menos dramática, desde luego.

Mucho ruido y poca vergüenza

Presa de un embrujo agradable de palabras atrevidas y oídos insolentes, Catherine sonreía a los inesperados protagonistas de la obra que, para su desgracia, había tardado tanto en leer.

Ya no eran los párrafos de Larousse los que llamaban su curiosidad aquella noche, sino la obra a la que Christopher Weston le había instado a prestar algo de atención, en aquel rincón de la biblioteca de los Fitzherbert, que, a semejante hora, se encontraba vacía y era idónea para disfrutar de una distracción como aquella.

No fue mucho el tiempo que le duró aquel dulce caramelo entre las manos y los ojos. Inmediatamente después de acabarlo, volvió a sus primeras páginas como la que no quiere desprenderse de ese mundo y decir adiós a nuevos compañeros de fatigas que prometen llenar viejos huecos. Definió pues, con facilidad de pensamiento, a los protagonistas de aquella historia, Benedict y Beatrice, como sus nuevos amigos, encerrados en páginas pero más vivos que el plano existir de Hero y Claudio. ¡Que el suyo mismo incluso!

—Oh, Benedict —admiró en voz alta la dama mientras repasaba los parlamentos que más gracia le habían hecho, al tiempo que la vista curiosa de alguien inesperado se posó en ella, interrumpiendo su lectura. Y Catherine se lo permitió, pero únicamente por habérsela recomendado—. ¡Y aquí está, en carne y hueso! —bromeó, inesperadamente incluso para ella, que no comprendía la rapidez con la que había realizado de forma inconsciente aquel paralelismo—. El honorable caballero de Padua.

Con una copa de vino a los pies de una ladrona de bebidas espirituosas como aquella y arrastrando por el suelo la bata que cubría su blanco camisón, la mujer dejó a un lado el cargo tan asfixiante de dama para permitirse jugar a ser una niña pequeña que desdeña los modales y se deja llevar por lo impropio, sentada en el frío suelo, apoyada contra una de las estanterías llenas de libros y acompañada de una manta cerca destinada a hacerle compañía si hiciera falta. Como si los lomos de todos aquellos volúmenes no la observaran suficientemente curiosos.

—Creo que hoy Morfeo tiene la noche libre —habló por fin Weston—, porque no solo me ha abandonado a mí, sino también a usted. Aunque, si gracias a ello voy a poder escuchar su opinión sobre mi amada obra, bienvenido sea su desplante. ¿Cree usted que es suficiente para conquistarla o todavía reniega de ella?

—Que desdichado entonces, pues pudiendo coger el timón de un agradecido sueño, ha ido a encallar en la isla menos solidaria, la de Eea. Deje los modales en aquel perchero y siéntese a mi lado si quiere oír mis cantos de sirena. Aunque reconozco que después de leer esta obra estoy más inspirada que nunca a ser melodiosa, festiva y traviesa. Porque lo cierto es que nunca puse demasiadas esperanzas en un coqueteo superficial como el que estoy teniendo con esta diminuta obrilla, pero he de reconocer que me ha embrujado. Sin yo saber cómo, se ha colado entre mis labios, mis sábanas y, al despertar, no he podido más que observar el anillo que me había colocado en el dedo. Solo espero que mi hermano le dé el visto bueno, porque es imposible ir más en serio con este libro. ¡Tal vez usted! Y tal vez ambos debamos encontrarnos, una vez más, en el campo, con pistolas y al amanecer, pero esta vez por una tercera en discordia.

Aquellos días de incertidumbre, la isla de Eea bullía intranquila. Su volcán amenazaba con la

extinción de todo viandante y, ¿quién iba a decirlo?, pues los causantes de semejante catástrofe venidera habían sido unos joviales besos y unas dramáticas cartas. Arthur Crawford encerraría a su hermana bajo llave si fuera consciente de lo que Allerdale Park estaba significando para ella y para la reputación de su familia si aquello saliera de allí. Aunque, a decir verdad, llegados a cierto punto, ni siquiera unos barrotes podrían contener aquel desastre sobrenatural.

—Encallaría encantado en la isla de Eea y besaría los pies de cualquier hechicera que me ofreciera un poco de descanso. No obstante, tenga presente que si lo que busca es convertirme en animal como hizo con Odiseo, he de reconocerle que ya tiene medio camino hecho.

Aquellas palabras buenamente podrían haber llevado el nombre de Larousse, pero era Weston quien las pronunciaba. «¿Tendrá ese poder?», se preguntó Catherine. «El poder de leer mi mente, el de conocerme, únicamente con tocarme. No seré yo entonces quién le prohibida conocerme».

—Oh, entonces, mi muy querido señor, no creo que convertirlo en animal me suponga mucho esfuerzo —anotó la mujer.

Mientras Christopher tomaba asiento a su lado, Catherine se hizo con su copa de vino y se la ofreció.

—No quiero envenenarlo, solo tentarlo.

Weston la aceptó y bebió.

El embrujo de las letras pronto tomó un segundo puesto cuando las miradas de ambos terminaron por encontrarse, como si ellas mismas hablaran por sus bocas, cuchicheando acerca de lo que las últimas habían hecho hacía no mucho, una en compañía de la otra.

—Léame su pasaje favorito —pidió Catherine, prestándole aquel libro que le costaba soltar, miedosa por perder las páginas en que había leído y las que le habían servido como paño de lágrimas.

Weston dejó la copa de vino y se hizo con el libro, obviando que los dedos de Catherine seguían entre aquellas páginas y que no solo no podía hacer nada por remediarlo, sino que tampoco pensaba hacerlo.

Oh, pero la astucia femenina no se conforma nunca con lo que ya tiene. Por eso, las piernas de la mujer, revueltas en aquel largo camisón blanco, se colocaron sobre su acompañante con el fin mismo de dificultar su lectura. «¡Cuánto temple para un hombre que debe elegir entre los sentidos y el verso!», se dijo Catherine para sí, saboreando, al mismo tiempo que Christopher, las palabras del bardo en una de las escenas más divertidas de toda la obra. Casi degustándola con los labios lo suficiente como para que su acompañante pudiera percibir que, de nuevo, sus bocas iban a la par, así como sus corazones con aquella cantinela melódica:

«Mucho me asombra que un hombre que se percata de las locuras de otro cuando consagra sus actos al amor pretenda, después de haberse leído de semejantes ligerezas pueriles en los demás, convertirse en tema de sus propias burlas, enamorándose. Y uno de esos hombres es Claudio. Yo le conocí cuando no había otra música para él sino la del tambor y el pífano y ahora le suenan mejor el tamboril y la zampoña. Yo le conocí cuando hubiera andado diez millas a pie por ver una buena armadura y ahora pasaría diez noches de claro en claro ideando el corte de un justillo nuevo. Solía hablar llano y sin rodeos, como hombre honrado y militar, y ahora se ha vuelto enrevesado; su conversación parece un banquete fantástico donde solo se sirvieran platos exóticos. ¿Será posible que yo también me transforme y vea de esa manera con estos ojos? No puedo asegurarlo. Pienso que no. No juraré, empero, que el amor no sea capaz de cambiarme en ostra; mas sí puedo hacer voto de que, mientras no me convierta en ostra, no hará de mí un necio semejante. Una mujer es bella, pero yo no salgo de mis trece. Otra es indiscreta, pero yo no salgo de mis trece. Otra es virtuosa y en mis trece me quedo. Mientras no se junten en una mujer todas

las gracias, no entrará ninguna en gracia conmigo. Habrá de ser rica, eso sin duda; *indiscreta*, o no la querré; virtuosa, o jamás haré contrato con ella; hermosa, o no la miraré nunca; dulce, o procuraré no acercarme; noble, o no me conquista, aunque sea un ángel; de agradable discurso, excelente cultivadora de la música, y sean sus cabellos del color que a Dios plazca».

¿Quién iba a imaginarse que a Weston se le pegaría algo de la malicia que desprendía su compañera cuando sustituyó apostó las palabras del poeta por las suyas propias? Pasando aquella mujer ficticia de la que parloteaba Benedict de «discreta» a «indiscreta».

Una risa que fingía sorpresa escapó de boca de Catherine. «Discreta», pensó. ¿Y quién más discreta que ella? Jugando a interpretar un papel con uno y a leer cartas con el otro, fingiéndose seria y respetuosa de puertas hacia afuera, pero cariñosa y cercana con su propio hermano, que ignoraba hasta qué punto llegaba lo «indiscreto» de su querida Catherine.

—¿Y bien? Estoy esperando. ¿Qué piensa de las palabras de nuestro mutuo amigo? —preguntó ella—. *¿Se le antoja muy alto para un bajo elogio o, quizás, muy pequeño para un gran elogio?* —intentó jugar con las piezas del puzle de aquella obra que todavía recordaba a medias—. *¿Usted siempre está en sus trece?* ¿Da igual lo *bella, indiscreta o virtuosa* que sea una mujer? Porque, si mal no recuerdo, el otro día chocó con un pequeño percance... aquí mismo —señaló mientras posaba de forma contemplativa su dedo índice en aquellos labios que sonreían: los suyos propios.

—¿Eso quiere saber? —sonrió Weston—. Indagar en ello implicaría bajar la guardia y no sé si estaría preparada. Aunque reconozco que no dudaría en dar esquinazo a *mis trece* si usted me llevara a *sus catorce*.

Christopher Weston no dudó tampoco en tomarse las licencias adecuadas —adecuadamente inadecuadas, en realidad— y dejó descender sus manos sobre la jaula de piernas que le impedía moverse. Podríamos decir que hasta pensar.

—No hay momento que yo más ansíe desde que le conozco que el de verle bajar la guardia. Si acaso llega a atreverse, claro está. Una vez leí en un libro, y todavía, a día de hoy, coincido con ello, que los hombres conseguirían más de las mujeres si derramaran más lágrimas que aquellas que su orgullo les permite. Aunque sería casi macabro si mi deseo llegara a desbordarse por alimentarse de su melancolía, ¿no cree?

Nadie en su sano juicio estaba preparado para intuirlo, pero lo cierto era que Catherine se sentía atraída hacia la noche como la propia luna y que, en ocasiones, desmigajaba los placeres más singulares de los rincones menos decorosos: su peculiar y continuado luto como excusa por la muerte de su padre, el salvaje cabello, el vacío de sus ojos que imprimía en ella una mirada silenciosa y triste, el amargo veneno que se deslizaba sinuoso entre los ventrículos de su corazón y que podía apreciarse en una sonrisa casi espectral que escondía intereses ocultos por resultar peligrosos. ¿Cómo no iba un animal así a alimentarse de la melancolía, de la pena, de lo profundo, de lo que no se puede ver a simple vista, pero que configura al ser en toda su esencia? ¿Y cuánto de ese néctar deseado tenía Christopher Weston? ¿Podría alimentarse de él si incrustaba sus colmillos en aquel cuello tenso? ¿Y durante cuánto tiempo?

—Le aseguro que a *mis catorce* me habría embriagado el conocer a alguien como usted —bromeó, donde el chiste ya no dejaba lugar al humor y eran otros pensamientos de excesos los que acompañaban pasadas las doce y no estando ninguno ya *en sus trece*.

—«Tal es la impetuosidad de vuestro ingenio que ahuyentáis las palabras de su verdadero sentido» —le dedicó Weston, rescatando frase semejante de la obra que todavía les acompañaba.

—¿Y cuál es ese sentido? —preguntó la joven, ducha en las triquiñuelas del ingenio. Pues sabía que solo había algo que desconcertaba más a quien se atrevía a retarla dentro de su propio

juego verbal: la desnuda realidad que no hace prisioneros y que convierte cualquier caricia en escozor—. ¿Que el otro día se propasó con la hermana de su amigo? ¿O que no le está temblando el pulso ahora mientras piensa en volver a hacerlo?

Y, como si les escucharan, Catherine acercó su cuchicheo al oído de aquella pobre víctima.

—¿Qué le diría mi hermano si nos viera ahora, con mis piernas sobre usted y sus manos sobre ellas? ¿Cree que le haría jurar sus votos encañonándole con su escopeta? ¿Y durante cuánto tiempo lograría vivir antes de que mi lengua le corrompiera?

¿Cómo debía ser semejante criatura para que su propia crueldad avivara una hoguera que no solo prometía dar calor a quien la hubiera encendido, sino a todo el que quisiera sentarse alrededor?

—¿Y si yo le contara —amenazó Weston, cada vez más cerca de oponente tan deliciosa— que su hermana anda por ahí robando besos y que sus manos son más largas que sus piernas? ¿A quién piensa usted que creería?

Los labios de Crawford se encorvaron y hasta se los mordió, satisfecha por un rival que no se dejaba amedrentar. ¿Y quién tenía las de ganar? Catherine podría haber jugado el papel de mártir frente a su hermano y, en condiciones normales, la habría beatificado como corresponde, como el ángel en el que todavía podría convertirse si hubiera dejado entrever interés alguno por hacerlo. Sin embargo, Christopher Weston era otro cantar. Aunque Arthur era consciente de la inconsciencia de Weston, con sus idas y venidas, su lengua vaporosa y el pacto de por vida que tenía con la botella, también sabía que su amigo era, en última instancia, una buena persona y alguien en quien confiar. Que nunca emitiría injuria alguna para calumniar a Catherine y que, llegado el momento, si lo hacía, probablemente sería porque de su boca solo dejaba escapar la amarga verdad.

—¿Y usted se atrevería a semejante acto deleznable? ¿Poner en peligro mi situación y también mi relación con mi hermano?

—¿Qué me daría a cambio de que no lo hiciera?

Sus labios casi podían volver a refrescarse en el manantial que suponían los del otro, pero fue entonces cuando la mujer contestó, separándose:

—Sé lo que no le daría.

—¿Y qué puedo querer yo de usted que no quiera usted de mí?

La seguridad de Weston en lo que decía o dejaba de decir aumentaba y Catherine no podía evitar sonreír maliciosamente contra su propia voluntad, hechizada ante semejante muestra de valor en oposición a su persona. Habría jurado incluso que aquellas orejas exorbitantes, los diminutos ojos de búho pálido y los labios que seguían amenazando la armonía de aquel rostro habían logrado alcanzar algún atisbo de agrado en ella. Despeinado con aquellas rebeldes ondas, sus orejas ya no se apreciaban tanto, su mirada se tornaba apacible, profunda, y hasta sus labios contaban ya con el beneplácito de Catherine, que se había hecho asidua a ellos.

—¿Y si volviera a besarlo? ¿Se lo diría a mi hermano?

—Sí.

Aquella sentencia rompió el último grillete de la paciencia que Catherine Crawford manejaba tan mal. Se lanzó así a los labios de Weston, dándoles potestad para ser su nueva cárcel.

—¿Y si lo besara otra vez? —preguntó, volviendo a separarse—. ¿Se lo diría?

—Probablemente —contestó el caballero, siendo de nuevo reprendido por los labios de la joven.

—¿Y si...?

Weston no le dio pie a continuar.

Arremetió contra su boca y la contuvo así con su propia cadena, que, lejos de tintinear, lejos de verse llena de herrumbre, desprendía sugerentes sonidos que escapaban recelosos y se paladeaban dulcemente, con una nota de exasperación que manaba de ambas partes, ansiosas todavía por conseguir el sometimiento del enemigo proclamado.

En consecuencia, Weston comenzó a arañar con gentil suavidad las piernas de Catherine. Su mano pronto se inmiscuyó bajo aquel camisón y jugó a provocarle esa clase de suspiros que no se le cuentan a un hermano. Así excusó sus modales un buen rato, ayudando a su nueva amiga a vencer aquella rivalidad injustificada, haciéndole ver, por fin, que el trabajo en equipo aportaba mayores satisfacciones. Y así trabajaron juntas también la mano de Christopher y las partes más ocultas de Catherine, entendiéndose durante el tiempo que se les permitió. ¡Y menuda facilidad de palabra! Weston era políglota, eso desde luego, pues no era la primera falda que asaltaba y seguramente tampoco la última.

Tristemente para el caballero, la joven Crawford jugaba con ventaja. Él no podía permitirse ser incorrecto con la hermana de Arthur y, puesto que ya lo había sido, ahora dependía de las demandas de esta. ¡Cómo si eso le supusiera algún problema!

—¿Quiere que vayamos ahora a contárselo a su hermano? —se alejó de nuevo, preguntando con renovadas ganas de martirizar a Catherine.

La joven se revolvió doblemente satisfecha por aquel comentario.

—Me encantaría que mi hermano me lo prohibiera. Entonces ya no habría escapatoria alguna. Tendríamos que convertirnos en animales en su honor, restregar nuestra venganza por todas las alfombras de la casa, los sofás tapizados y las mesas.

Un ruido ajeno paralizó los juegos de Weston y los suspiros de Catherine se silenciaron con la velocidad que se apaga una vela atrapada en una corriente de aire. Haciendo acopio del correspondiente sigilo, sus labios volvieron a encontrarse una última vez, como el que levanta la amenaza, espada en mano, de que aquello todavía no había llegado a su fin, dejando deudas que saldar en el campo de batalla. Regresaron a sus puestos de dama y caballero, ocultando las pruebas de aquel crimen a quien hubiera decidido desvelarse de forma tan inoportuna e interrumpirles en plena noche.

Naturalmente, en Allerdale Park nada era inoportuno nunca. La casa tenía sus buenos ojos y siempre sabían ser oportunos al milímetro.

Lo que no sabían ser, desde luego, era silenciosos.

Débilmente mía, plenamente suya

Christopher Weston

Edrick L

Los rayos del sol despuntaron pronto en una mañana que parecía tener prisa por darse a conocer.

Radiante, Catherine Crawford se deshizo de sus sábanas, todavía engatusada por la noche anterior y añadiendo a su lista inexistente de cosas que le gustaban de Allerdale Park un par de motivos para quedarse más tiempo:

La urgente necesidad por echar un vistazo a su puerta le impidió continuar escribiendo aquel

nombre.

En efecto, otra carta descansaba en el suelo de la entrada. Había olvidado el intercambio de palabras con Larousse y lo había transformado sucintamente en un intercambio de saliva con Weston. Tras este pensamiento, la mujer se rio. ¿Y por qué no? De algo tenía que servirle aquella cárcel. Algún provecho debía sacar de los absurdos planes de su madre. ¿Y por qué no tontear con su carcelero? ¿Por qué no hacerlo también con el hombre atrapado en la celda colindante?

Un interés revitalizado hizo que la mujer cogiera la carta y, regresando a su cama, logró que la leyera por fin:



Señorita Crawford,

Conocer lo que encierran sus asuntos quizás solo ayude a despertar la malvada bestia que habita en mí. Silenciosa y dormida, temiendo desde siempre la pérdida, capaz de arremeter contra cualquier hombre de no estar sosegada por la conciencia. No, es mejor no seguir esos derroteros.

Quizás deberíamos hacer caso a esa conciencia y librarnos de la condena eterna, pero, en ocasiones, abrir las alas y volar se hace tan apetecible como sentir el calor de la libertad derritiendo la cera que arrejunta nuestras plumas. ¡Detenga a mi yo dubitativo cuando guste, me haría un gran favor!

La experiencia lo es todo, en realidad. Sin ella no sabríamos dónde crecen mejor las rosas y dónde las azaleas. Aunque mi inexperiencia va más allá. Pues me acompaña a todas partes el no saber hacer nada más que lo que se espera de mí. Aunque ya veo que su imaginación no tiene frenos y cabalga a rienda suelta en esa cabecita impaciente suya, dando a mis palabras formas más sinuosas. Casi como hacen mis pensamientos cuando usted aparece en ellos e incluso en los sueños que me instiga a desvelar y que, seguramente, sonrojarían sus mejillas tanto como me sonrojan a mí. También podría provocarle risa, porque, en la soledad de su alcoba, la imagino tan malvada como pinta la Biblia a la novia del Diablo. Le debería bastar con saber que, en mis sueños, conozco cada onda de su cabello, los lunares de su piel y el tono exacto de sus ronroneos cuando finge estar dormida. Por ello, temo que he empezado a amanecer revuelto, esperando oler la esencia de nuestros deseos y deteniendo el tiempo para saborear nuestra soledad en compañía.

Dígame, señorita Crawford, en su soledad, ¿se burla de mí o espera cumplir condena conmigo?

Suyo siempre, muy a pesar de mí mismo,

Edrick Larousse



Larousse disfrutaba de esa suerte de poeta único que componía sonatas destinadas a embriagar los sentidos de cualquiera. Evocaba en Catherine la desgracia de un embrujo que conseguía doblegarla como a un junco y se preguntaba entonces, después de haberse olvidado de semejante tesoro hasta la mañana siguiente, qué merecía más la pena: el beso de uno o la carta del otro.



Señor Larousse,

Reconozco que, pese a no querer verme envuelta en ninguna trifulca, disfruto más las peleas entre caballeros de renombre de lo que debería. Siendo la literatura instigadora de tal disfrute en las grandes tragedias o romances donde es imposible que dos hombres no se dejen los puños por una mujer, habiendo, en cada golpe, más pasión que en los besos que dedican a la susodicha afortunada. ¡Y eso sin hablar ya de los arrebatos que desquician a un hombre y le sacan fuera de sí para verse apuñalando al otro con la daga de la locura! Supongo que no hay locura más peligrosa que la lectura equivocada y una mente febril. Dos cosas que, desde luego, me persiguen y que no desearía que le persiguieran a usted. Aunque no pondría la mano en el fuego por ello.

De Prometeos va la cosa, parece ser. Sin embargo, al contrario que a semejante criatura desamparada, usted ha tenido cuanto ha querido y, a cambio, sus progenitores han creído oportuno cobrárselo obligándole a atender sus peticiones sin rechistar. Ese será, seguramente, el camino que le convertirá en el otro Prometeo, en el que ve pasar su vida mientras siente el frío metal de sus cadenas y el peso del mundo a sus espaldas. No sea tímido, róbele el fuego a los dioses y permítame a mí elegir su castigo por ello. ¿No querría?

Lo único que me provoca risa aquí es su actitud hipócrita. Dígame cuántas veces necesita que le instigue a montarse en ese caballo llamado libertad y coger las riendas hasta derretirse en el sol más abrasador. Las tomaré yo como referencia si lo necesita, pero créame que no voy a pasar más de lo necesario luchando por causas perdidas. Bastante tengo con la mía.

Guarde cada pensamiento que se preste a permanecer en los recuerdos de esos sueños, pues la próxima vez que nos veamos le dejaré mesar mi cabello, contar cada uno de mis lunares e incluso le ronronearé al ritmo que usted me pida.

Reconozco que tampoco es fácil para mí últimamente el dejarme caer en brazos del dios Sueño. En su lugar, acabo cayendo presa de instintos tan bajos que tendrán que hacer hueco para otro círculo más en el infierno del que terminaría siendo dueña y señora. Como usted lo es en mis pensamientos más febriles, bajo las sábanas, enredado a mis piernas ferozmente, sediento de

algo que ni siquiera sé si terminaré dándole. Vaya, otra vez estos síntomas, como si una fiebre inevitable me alcanzara, indefensa. Como si solo fuéramos certeros de la existencia del Diablo cuando nuestras manos actúan contra nosotros y la vergüenza de lo impuro se hace eco en nuestros rostros. ¿Cómo es su gesto cuando el Diablo le alcanza, señor Larousse? ¿Quiere saber cómo es el mío? No devoro hombres como Escila. Palidezco y me dejo consumir por una fuerza superior a mí. ¿Se consume usted de igual modo o es de los que consumen y arrasan con todo a su paso?

Débilmente mía, plenamente suya,
Catherine Crawford



Señorita Crawford,

¿Desea ahora que hablemos de golpes? Su júbilo se verá postrado cuando sepa que mis nudillos no funcionan más que para sostener la pluma y acariciar las cuerdas de un laúd o la piel de una dama (de esto último no estoy muy seguro tampoco).

No olvide, no obstante, mi buen y apreciable carácter lúgubre, ya que ¿en qué hombre no han cabido las zanjias oscuras de deseos atroces? La sangre no me asquea, pero la barbaridad tampoco se encuentra entre mis proezas. Aunque el regusto de imaginarme como un negro heraldo de la muerte deja notas dulces en mi paladar. Tal vez solo me falte alguien a quien llamar enemigo para despertar el odio que vive en mí.

Cuando habla usted de liberarme de mis cadenas, una sensación candente sube por mi estómago, se detiene en la parte superior de mi garganta y debo tomarme mi tiempo para no estallar en enfados sin fundamento que terminen separando nuestros caminos. Dejemos de lado ese tema tan caótico porque, ni aunque su destino o el mío estén prescritos, no hemos de tomar cualquier decisión a la ligera, ya que a veces la libertad también es traicionera y yo no quiero acabar ligado a una sotana o mendigando favores cuando el dinero escasea. ¿Qué clase de dama querría una vida junto a un pobre diablo? Ninguna, eso bien se lo han enseñado las historias de mujeres que leen ustedes, llenas de pretendientes ricos con los que terminan desposándose.

He de admitir que la curiosidad asoma ante todo lo que tiene que ver con su persona, por lo que dígame, por favor, ¿qué castigo me impondría? Porque de tener yo voz y voto en esas ansias deliberadas por mi libertad, le reafirmo nuevamente que nada hay en mis labores familiares que tenga que ver con usted, ni frente a las que usted pueda hacer algo.

Que mis ojos no vieran tal desplante a Morfeo es un castigo soberano que deja eco en mis pensamientos. Me obliga a recordar las sombras de un castillo derruido que guarda consigo aquel deseo perenne de asaltar los bajos de su vestido. Aquello me carcome por dentro, como un chupasangre sediento en plena masacre y que no bebe por temor a ser condenado. Si esa noche mi propio infierno no hubiese amenazado con desbordarse, lo que usted imagina y yo sueño hubiera acabado siendo tangible, porque las ganas de arremeter contra usted como animal salvaje y sin promesas de amor que valgan embriagan mis cinco sentidos.

Complacidamente suyo,

Edrick Larousse



Señor Larousse,

No tome mis recientemente adquiridas confianzas con usted y la libertad que yo misma me tomo en tratar el tema de su propia libertad como algo negativo, de lo que deba defenderse, o algo por lo que deba sujetarme del brazo y colocarme en mi sitio. Si sigo tirando de su manta no es porque yo tenga frío, sino porque le noto a usted demasiado acalorado y, por algún motivo, eso también me disgusta a mí. No es agradable verle teniendo que ser otro, inferior, desde luego, a quien sería de permitírselo a sí mismo.

Miento, ¿a quién pretendo engañar? Sujéteme del brazo y colóqueme en mi sitio cuantas veces quiera mientras sigo tirando de su manta hasta que se harte. Pero ¿qué le estoy pidiendo? Mi hermano tiene toda la razón cuando me reprende por beber más de una copa de vino. Uno no debería levantar cargas pesadas ni tampoco guiar un calesín. Mucho menos escribir, que es lo más peligroso que se puede hacer después de andar besando a la ligera.

¿Podría hacerme sentir peor todavía? Pues claro que sí, es un don que corre por sus venas. Y es que, por si fuera poco que le haya pedido que me zarandee, le reconozco que un alzacuellos no supondría impedimento alguno en mi deseo por visitarle de confesionario en confesionario y conocerle más, de pecado en pecado. Así que, por mí no se abstenga de empobrecerse o de hacerse rico a ojos de Dios, pues su alma seguirá refulgiendo deliciosamente lúgubre sea cual sea la situación y eso, sin duda alguna, será la luz del faro que me guíe a su lado.

Le reconozco que, como cualquier dama, no carezco de miedos y temores. Y aunque su fantasiosa recreación de nuestro encuentro deje mis piernas temblando, también deja inquieto mi ser. Supongo que no hay más culpable que yo al hablar de la forma en que hablo o mostrarme abierta como la concha que deja desprotegida su perla más preciada, pero lo cierto es que no hay nada salvaje en mí que no acompañe al corazón, que es mi tormento particular, muy a pesar mío. No leo sin él ni respiro sin él, mucho menos amo. Lo que intento decirle, señor Larousse, es que no necesito de su virilidad para saciarme, pues eso solo sacia al animal y me considero más que eso. Disculpe que me cueste tanto intentar expresarle lo que pasa por mi cabeza sin caer en melosidades absurdas o grandes palabras que significan, siendo realistas, bien poco. Curioso que, dado el siglo que nos ha tocado vivir, una dama tenga más a bien hablar de sus deseos que de sus inseguridades. Léame el pensamiento, usted que se jacta de conocerme sin conocerme y de entenderme a pesar de la distancia entre su habitación y la mía, entre mi hacienda y la suya, incluso entre su destino y el mío. Dígame en su siguiente carta qué pasa por mi cabeza y qué pasa por la suya y ayúdeme a saber si nuestro entendimiento mutuo se irá cuando nuestros miembros se desquiten con los del otro (si tal cosa llegara a pasar).

Dígame también, ya puestos, ¿de qué ambigua manera le niego en sus sueños? ¿Con pesar en el corazón o tal vez con gozo?

Cautelosamente suya,
Catherine Crawford



Mi querida Catherine,

Muchas veces creo que malinterpretamos nuestras propias palabras.

Siento que existe tal distancia entre usted y yo que hasta llega a producir vértigo y que, si este terminara tirándome de cualquier acantilado, no moriría del impacto, pero terminaría con la pierna, el cuello o incluso el corazón roto. Es mejor ceder a sus palabras y pedirnos cautela, porque cuando colisionamos, lo hacemos con la fuerza propia de dos volcanes, provocando un maremoto de incertidumbres y miedos que nos destroza a los dos por dentro. Ha de cobrar sentido para el tiempo que los dos nos demos un respiro de pensamientos acalorados para no asimilar que el deseo es la única promesa favorecedora que podemos hacernos. Estoy enloqueciendo a velocidad pavorosa, así que prométame que será piadosa conmigo y absténgase también de volver a ofrecerme una de cal y otra de arena, porque este tormentoso exceso de sentimientos es algo para lo que no estoy preparado.

Ya no sé ni lo que digo, ni si respiro o enloquezco solo de pensarla. Por favor, devuélvame mis luces porque esta fiebre que tanto le ofende ha provocado en mí un efecto extraño, muy contrario al que uno se digna a esperar. No espere tampoco más cartas de mi puño y letra, porque ya no quedan palabras en mi cabeza, solo su nombre en un bucle infinito que se pregunta por qué es tan coqueta y digna esa Catherine mía.

Irremediablemente suyo, con el gozo de no tenernos,

Edrick Larousse



Larousse volaba de una idea a la siguiente. Se dejaba perder por el camino con tontos juicios románticos, aires de desesperación y el fluir de un pensamiento que se pisaba a sí mismo por miedo a no poder decir todo lo que estaba pensando al mismo tiempo. Flotaba, si se le dejaba, por un paraíso inexistente e inalcanzable, opuesto a su realidad, donde solo necesitaba un oído amigo dispuesto a escuchar el crepitar de un corazón que nunca nadie había querido oír.

Aquel caos irritaba a Catherine, pero también la subyugaba al calificar como única la mente de semejante hombre y como ponzoñoso el destilar de sus reflexiones más deliciosamente

lóbregas. Ella, que había aprendido a envolverse en el terciopelo de lo dramático cuando el frío amenazaba, siendo ahora Larousse el que le ofrecía abrazarla desprendiendo el mismo aroma sombrío, pesimista y teatral.

Absurda se sentía también la joven Crawford hablando de libertad y libertinaje, como si las leyes tácitas de la compostura no fueran con ella, dejándose finalmente carcomer por inseguridades que comenzaban a susurrarle un posible cambio de paradigma en sus pensamientos y en sus deseos. ¿Entendía pues que estaba siendo injusta y que no correspondía trastocar la vida de alguien como Larousse por un simple capricho? Se afanó con ganas en meditar aquella pregunta porque la otra opción era incluso peor:

¿Y si no era un capricho?

El paseo de los amantes

Sabiéndose más terca en su fantasía que en su realidad, Catherine no tardó en querer dejar a un lado también la pluma y el papel como bien había advertido que haría su compañero en la distancia —aunque no mucha, lo justo para poder llamar a uno Píramo y dirigirse a la otra como Tisbe—. Y, mientras releía la última carta que Larousse le había escrito, entonando sería las partes más dramáticas y melosa aquellas en que su nombre aparecía, tramó casi sin pensar cuál sería el siguiente paso que ambos debían dar.

Al día siguiente, tras escuchar un pequeño chisme que involucraba a su hermano y que hablaba sobre una riña entre él y Maryanne Larousse, la menor de los Crawford fue a corroborarlo con Arthur —a quien fingió haber perdonado por un puñetazo mal propinado— y terminó convenciendo a este, de forma casi matriarcal —algo absolutamente sospechoso en ella, que se jactaba del desprecio que sentía por las ideas casamenteras de su madre—, de que debía disculparse con la joven Larousse por su comportamiento, sin importar quien tuviera razón o los desplantes de ella con la figura del señor Fitzherbert de por medio.

Arthur se sentía orgulloso, en cierta manera, de que aquel pequeño detalle de comportamiento y carácter hubiera salido de Catherine de forma voluntaria, sin esperar nada a cambio. Aparentemente.

—Yo hablaré con la señorita Larousse si no te importa —se adelantó su hermana.

Y así fue como consiguió, sin mucho esmerarse, que Larousse concertara un pequeño paseo con ella y el otro Crawford, dejándole caer, de forma absolutamente indiferente, que tal vez sería menester invitar también a Edrick.

—Yo misma lo entretendré para que no tenga que sentir su mirada inquisidora de continuo. Seguro que estará agradecido, en cierta manera, de estar al tanto de lo que pasa con su querida hermana, ¿no le parece?

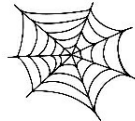
La pobre ingenua llegó a pensar que Catherine, con sus peculiares costumbres y su elegante forma de rechazar la compañía de damas como la señorita Fitzherbert o la señorita Weston, empezaba a sentir cierto agrado hacia ella. Eso, de alguna forma, la hacía sentirse honrada y generar, al mismo tiempo, un agrado inesperado por la hermana de Arthur al apreciar cómo los Larousse sobresalían en comparación al resto. Aunque, para desgracia de Maryanne, Catherine tenía sus intenciones puestas precisamente en un Larousse que no era ella.

La hermana de Edrick fue corriendo para convencer a su hermano de arreglar aquel encuentro. Este, que no estaba en sus días más halagüeños y que, en condiciones normales, se habría opuesto, apreció de igual modo lo beneficioso que le resultaría a él aquel arreglo de cuatro. Maryanne insistió, como si le resultara imposible creerse con qué facilidad había convencido a su hermano, en que podría ser el momento idóneo para recibir una disculpa de parte del Crawford mayor por aquella horrible marca en su labio que se había generado durante el picnic. Larousse concordó con aquello, pero también imprimió en su mente un carácter nimio a aquel golpe que casi se merecía, teniendo en cuenta el entendimiento mutuo y privado, secreto y delicioso que habían tenido en común Catherine y él, lejos del conocimiento filial. «¿Qué habrá hecho por ahí Maryanne?», se preguntaba Larousse también, pensando en que, de igual forma que él se comportaba mal con una hermana, algún hombre haría lo mismo con la suya. Y aunque

intuía cuál, no quería ni pensarlo.

—La señorita Crawford ha creído que lo más correcto es que tú también vengas y se ha ofrecido a hacerte compañía. Sé que no disfrutas de la compañía femenina demasiado y que mi nueva amiga tal vez no sea de tu agrado, pero espero que pienses en mí por encima de tus peculiaridades.

Larousse escondió una sonrisa maliciosa que, por una parte, iba destinada a aquella hilandera de apellido Crawford que tejía y entretejía sus destinos, nueva *amiga* de su hermana. Por otra, a su dulce Maryanne, inocente en exceso. Lo suficiente, casi como él, para haber caído en la tela de aquella araña que, si la convertía en su cómplice, ya nunca más la soltaría.



Abrazados por el ardiente sol que bañaba los árboles más altos y daba algo de tregua a los arbustos más tímidos, la joven Crawford se atrevió a desafiar aquella tarde al astro con una mirada directa de la que más tarde se arrepentiría, sujetándose al brazo de su hermano.

Los días pasaban en la hacienda Crawford como dos gotas de agua, idénticos en cuanto a clima, llegando a hacerse eternos sin correspondencia alguna que entretuviera a Catherine. Aunque esta pronto se daría cuenta de que todo verano tiene su fin y que un día perdido en nimiedades era un día menos que sus labios no probaban los ajenos. Tuviera el dueño de estos labios un apellido u otro.

—Señorita Larousse, señor Larousse.

Su saludo casi convenció a Arthur de que aquello no era otro de sus juegos. Sin embargo, cuando abandonó su brazo para tomar el del otro hombre, su hermano no tardó en comprender que, seguramente, Maryanne y él no eran los únicos necesitados de una conversación.

Ambos se adelantaron mientras Edrick y Catherine les observaban, limitando sus pasos y dejando que la brisa se interpusiera cada vez más entre aquel par de parejas.

—Creo que su hermano sospecha algo —susurró Larousse—, aunque tal vez me equivoque. Quizás solo sea la aversión natural que desprendo y que no ha pasado desapercibida ni siquiera para él. ¿Cree que esto merece la pena? Las mentiras, las apariencias, los oprimentes modales.

—Concuerdo con usted en todo. Aun así, volvería a convencer a su hermana y a mi hermano una y mil veces más con tal de convertir mi evocación de usted con cada carta en algo real y no ficticio. Un señor *Lancaster* que no tenga escapatoria en un interrogatorio privado. Uno al que le sea imposible mentir con la mirada. Y ¿quién sabe si la verdad nos hará libres o será más cruel que la fantasía?

Larousse se veía imposibilitado ante la idea de generar diálogo alguno con la joven Crawford. Se sentía atrapado por el no querer divagar sobre cosas absurdas y tampoco buscar en lo más profundo de sus adentros pensamientos o sentimientos a los que seguir dándoles vueltas, concediéndoles una importancia casi mortal para él. Agradecía, sin embargo, poder enfundarse sus oscuras gafas como un escudo más mientras el resto se decantaba por pensar que se trataba de un complemento al uso.

—Me cuesta mirarla —confesó—. Tengo miedo a hacerlo demasiado, a quedarme prendado de usted, a no poder seguir jugando el papel de hermanos preocupados por la otra parte.

Las palabras de ambos acariciaban al otro para compensar que sus miradas estuvieran todavía

puestas en sus hermanos.

—Usted sabe que no somos dos personas haciendo de carabina, sino que ellos son la nuestra. Si todavía no se ha dado cuenta de eso, a lo mejor necesita hacer memoria. Déjeme refrescarle las ideas: luna llena, un castillo, dos pares de labios intranquilos y un montón de cartas que si nos descuidamos arderían solas, dado su contenido.

Aunque el disimulo estaba presente en su rostro, Catherine dedicaba ojeadas furtivas a su compañero, esperando que sus gestos, su comportamiento o las miradas que él le negaba le dijeran algo sobre qué les esperaba a ambos. Pero sobre todo que le dieran alguna pista sobre lo que sucedía en aquella cabeza llena de pájaros.

—Si le soy sincero, no reconozco nada de lo que ha mencionado. Suena extravagante hasta para una novelilla barata. Tal vez debería escribirla. Aunque ¿está segura de que fue conmigo con el que se vio la noche a que hace referencia y no con un hechicero?

—Debe de tener razón. ¿Cómo se puede explicar mi inadecuado comportamiento sino en manos de un hechicero experimentado? —La complicidad de lo absurdo les obligaba a reír gustosamente—. Pensándolo bien, ¿quién dice que todas esas cartas no hayan sido parte de un embrujo que me ha obligado a leer en voz alta y por el que yo misma he cometido el error de embrujarme para usted?

Al fin y al cabo, Edrick Larousse no vestía distinto a uno de esos nigromantes atados al Diablo y su actitud hacía tiempo que había perdido todo destello risueño de querubín.

—Quítese las gafas, hágame el favor. No he venido aquí para jugar a los picnics ni a ver un absurdo partido de críquet. Al contrario de lo que piensa mi hermano, tampoco estoy aquí por él, sino por usted.

Por fin algo de vergüenza en su mirada. Ya iba haciendo falta.

—Para que me cuente qué va a pasar —continuó—, ya que parece vivir con un mapa de su destino y una brújula moral al lado.

Directa en exceso, Catherine tampoco quería perder tiempo donde no se la apreciaba. Más todavía cuando Larousse no era el único hombre que reclamaba sus atenciones. No obstante, sí el que más se resistía. Y, pese a querer ver a su nuevo amigo libre de toda obligación para así disfrutar de lo que le rodeaba en lugar de despreciarlo, tampoco podía hacer milagros si el caballero se negaba una y otra vez a que esta le prestara dicha ayuda.

—Por mi parte —añadió ella, temerosa de dejar el completo destino de ambos a merced de las ideas frías de Larousse—, reconozco que es revitalizante cambiar el frío papel por un cálido brazo y que, desde la otra noche, no hay vaso de agua que sacie mi sed. Ahora entiendo en qué se parece usted a uno de esos chupasangre de los que habla Fitzherbert y creo que empiezo a notar los efectos secundarios de su mordisco.

—No visto estos cristales oscuros por capricho —contestó Larousse, deshaciéndose de sus gafas y de sus escudos— ni para protegerme del sol por mi condición sobrenatural. Los uso como protección contra usted, temeroso de que me convierta en piedra si me descuido. Pues a lo mucho que me hace sufrir, no quisiera yo añadir un estado inamovible y rocoso de frustración eterna e inalienable. Pero ¿qué estoy diciendo? Hasta su voz me acaricia de forma dolorosa.

—Usted sí que me hace sufrir, usando escudos contra mí en lugar de usarlos conmigo. ¿Ve qué abismal diferencia puede haber entre una expresión y la otra? ¿Se cree que a mí no me duele? Me vuelve absurdamente débil y me hace replantearme cosas que nunca esperé, no solo por cómo soy yo, sino por cómo pensé que era usted. Me culpa de sus males, pero usted, señor, también es culpable de los míos.

Tanto la acusaba de bruja, de embaucadora, de tenderle la trampa de su vida en los ardides del

corazón que Catherine no podía evitar preguntarse si Larousse siempre sería así, arrepintiéndose por quién comenzaban a doblar las campanas de su corazón.

Él, sin embargo, la sorprendió ojeando velozmente la separación que existía entre sus hermanos y ellos mismos, sujetándola del brazo para llevársela prisionera fuera del camino llano, donde los arbustos bien podían ocultarles y las hojas de los árboles, guardar sus secretos.

Allí fue donde Larousse la encadenó a un árbol con sus manos tintineando la melodía de sus anhelos.

—Me pide que le diga qué va a suceder. Pues bien, esto es lo que va a pasar entre usted y yo.

Él mismo debía saber la magnitud de su poder, porque cuando sujetó a Catherine del brazo y los apartó a ambos de la vista de cualquiera, la mirada de ella pasó de airada a suplicante y sus mejillas cogieron un tono rojizo al verse envuelta de manera tan abrupta en aquella situación que, por otro lado, deseaba.

—Me palpita la boca de las ganas que tengo de besarla, así que cállese y escúcheme por una vez. Deje, por favor se lo pido, de tacharme de débil, de insistirme para que luche por una libertad absurda. ¿No ve que si me levanto en armas contra los intereses de mi familia tendría que alejarme de su lado?

—¿Alejarse de mí? ¿En qué cabeza cabe semejante disparate? ¿Es que acaso seguir los mandatos de su padre no le augura un matrimonio con otra mujer mientras yo sigo suspirando por promesas absurdas que nunca llegarán a término?

¿Y qué promesas eran esas? ¿Las que ella misma había forjado con el martillo de sus deseos y el fuego abrasador de unas cuantas cartas? ¿No era Catherine Crawford aspirante a ser la *libertadora* del año? ¿Por qué de pronto quería más?

—No hay suspiro que pueda provocarle que se asemeje a lo que usted suscita en mí. Me convierte en un sonámbulo persiguiendo su sombra. Me obliga a verla en todos los rincones de esta casa, esté o no. Para colmo, su fantasma juega conmigo hasta la extenuación, riéndose de mí porque no puedo tenerla en ninguno de esos rincones. Bromea con su posición de bruja o sirena, pero lo cierto es que nunca había oído melodía como los chasquidos de nuestros besos y ahora temo no poder olvidarlos nunca.

A la flor comenzaba a costarle mantenerse erguida mientras le arrancaban cada pétalo. Su rostro seguía alzándose orgulloso, aunque era imposible no ver en él el dolor que las palabras de Larousse causaban.

—Basta —pidió débil, cada vez más por la intensidad de aquel discurso que le arrebatava vitalidad palabra a palabra, haciéndola más desdichada por momentos el escuchar una historia de amor como se narra una tragedia griega.

La rabia en Larousse no tenía otro medio de control sino a través de los labios de Catherine y así se lanzó a ellos, esperando algo de alivio.

—No haga esto —acertó a pronunciar ella entre beso y beso—. No me lance sus palabras y sus besos y me diga que no puedo tener más de usted.

Por sus manos se escapaba parte de su ira. Sujetaba a Edrick Larousse de la misma forma que intentaba alejarlo, con puños airados que se cerraban en sí mismos y agarres codiciosos que abarcaban todo lo que podían y también lo que no.

—No se recree en lo que cree sentir si sus respuestas a mis anhelos siempre nos condenan a una vida que nos separa. No sea injusto conmigo.

Beso a beso, las palabras de Catherine se perdían entre la maleza de lo salvaje. Raspaban y dejaban marca como lo estaba haciendo la corteza del árbol que la sostenía, pero el embrujo de Larousse todo lo anesthesiaba y no había remedio mejor que sus labios. Tampoco mentira más

peligrosa, pues la libertad que este anhelaba besando a la mujer comenzaba a engrilletarla a ella.

—¿Injusto yo? Dígame, si negara todos mis deberes, si me opusiera a mi padre, ¿acaso me aceptaría a su lado? A pesar incluso de que por ello me desheredaran.

De pronto, y casi sin comprender cómo, el concepto incandescente y volátil de «eternidad» surgió en la mente de la mujer, viéndose presa de un compromiso inesperado: ¿quería pasar todos los días de su vida siendo abrazada por las alas de aquel cuervo? ¿Paliando aquel carácter solemne y derrotista? ¿Y por qué todo tenía que ir tan deprisa? Catherine solo reclamaba la atención de aquel hombre, su corazón, su alma, que la deseara. ¿Iba acaso eso ligado indiscutiblemente al grillete de un compromiso peligroso entre dos personas tan efervescentes en un momento y frías al siguiente que no saben cómo encajar en los sentimientos del otro ni controlar sus propias emociones o las ajenas? Y ella, ignorante ante lo que estaba haciendo con su mirada, expresaba todas estas dudas en cada gesto con el que contemplaba a Larousse.

—No... No lo sé —articuló de forma escueta.

—¿Lo ve? Deje de hablar de libertad y sea sincera por una vez. Diga que no busca otra cosa que jugar conmigo.

La mirada de Catherine era la definición del desconcierto mismo. Entre juegos y divertimentos poco correctos emprendidos por ella y Larousse, parecía por fin presentarse la realidad como un jarro de agua fría que la dejaba tiritando de forma inesperada. Sin embargo, había jugado con tantos hombres ya que seguía sin entender por qué, en aquel caso, era todo tan distinto.

—¿Y no es mi interés por su libertad muestra de algo que no atañe únicamente a juegos? —preguntó Catherine, intentando librarse a responder e implicándose de otro modo bien distinto.

¿Cómo podía permitirse ser así? Tiritando como si fuera la primera vez que veía en persona a un auténtico romántico. En el peor sentido de la palabra, además. De los desesperados, de los que derramarían cada gota de sangre si eso diera vida a su amada, de los que terminan ahorcándose en una mohosa buhardilla. ¿Era ella igual, muy en el fondo, y por eso se sentía atraída hacia aquel mar de incertidumbre y de sentimientos imposibles de parar como la ola cuando rompe contra las rocas? ¿O las triquiñuelas de Larousse la estaban convirtiendo en la peor versión de sí misma? ¿Y por qué el repiqueteo de su corazón ensordecía el resto del paisaje?

—Las dudas sobre la magnitud de mis peticiones me abordan y temo insultarle si le digo que no quiero saber nada del matrimonio —se confesó por fin Catherine—. Reconozco que me creí más lista que todo esto y que no esperaba llegar a este punto sin saber lo que busco. Señor Larousse, Edrick —se corrigió—, lo único que quiero es que me mire, que me bese y que maldiga cada segundo que no lo está haciendo, al igual que hago yo con usted. ¿Podría esto que sentimos consumirnos de una vez y dejarnos hacer nuestras vidas como siempre hemos hecho? —se preguntaba, casi sonriéndole sarcásticamente al destino—. Concédame todos los caprichos que le pida de aquí al final del verano, convénzame de que lo mejor que he hecho es conocerle y que lo mejor que podré hacer será estar con usted, sin importar las circunstancias, consecuencias o quién se interponga, aunque sea yo misma y mi aversión a los cortejos formales. Al fin y al cabo, tal vez mis dudas solo existan para que su ímpetu encuentre algo de resistencia y no se aburra demasiado pronto —bromeó, pues sabía que no era así—. Para que el romance tenga por lo menos unas trescientas páginas de puro drama y basto gozo.

Larousse soltó a Catherine.

Se mesó los cabellos, sin saber qué hacer con toda aquella frustración que se volvía cada vez más punzante, cada vez más opaca. Una frustración que oprimía sus pulmones y embrutecía su carácter. ¡Y qué mal momento para recordar que, de la misma forma que sus padres habían

gestionado su futuro casamiento, los señores Crawford habían hecho lo mismo con la mujer a la que ya no quería ni mirar a los ojos!

—Si hiciera todo lo que me pide, ¿entonces qué? Sé que no sería tampoco el único susurrando en su oído, ¿verdad? —Contrario a la pésima capacidad de Catherine para desentrañar los misterios que se le ocultaban, Larousse estaba convencido ya de que su rival peinaba cabellera dorada y que, como un sátiro, disfrutaba de secuestrar doncellas en mitad de conversaciones privadas—. ¿Y qué pasaría conmigo después? Todos se burlan de mi solemnidad, pero no he conocido nunca a vampiresa como usted, que me desangra con sus caprichos.

Aquella frase desveló el lado más sensible de la menor de los Crawford, que, por culpa de semejantes palabras, comenzó a sentir un malestar propiciado por su faceta más empática.

—¿Tan horrible estoy siendo? —preguntó sin poder evitarlo, no logrando evitar tampoco que una lágrima se derramara.

Catherine apretó la mandíbula casi sin mirar a Larousse. Su orgullo había sido herido y su vanidad también. Y lo peor era que sentía que las quejas de su compañero eran absolutamente lícitas. El único interés que le quedaba en aquel momento era el de desaparecer. Algo que se propició con gran alivio cuando escuchó la voz de Maryanne.

—Lo siento —profirió Larousse, sujetando su mano, besándola como prueba de su perdón y volviendo a engazarla en su brazo para encontrarse con el resto.

Ver a Catherine llorar le había encogido el corazón de tal forma que no tardó en asustarse asustarse.

La menor de los Crawford se hizo de nuevo al brazo de Larousse, esa vez a regañadientes y escondiendo otra lágrima absurda. Tan absurda como se sentía ella en aquel momento. Absurda como había concebido Arthur aquella reunión, no apreciando la desaparición de una hermana que regresaba a él con un semblante difícil de reconocer por la angustia posada en su mirada.

Las aguas se calman

El transcurso de los días no fue demasiado agradecido.

Catherine Crawford dedicaba los mismos a meditar quién era, qué quería y a pensar sobre su situación. Cada pensamiento nuevo venía cargado de hostilidad. Cada idea que recorría su mente le provocaba un nuevo corte, un nuevo rasguño.

Aquella mañana, la agudeza de las notas que nacían con tormentosa velocidad de los dedos de la joven recordaba terriblemente a la inestabilidad del alma, a la incertidumbre de una vida que llega a sus álgidos compases, al célere picar de un bicho venenoso llamado orgullo.

Catherine se afanaba, airada, en repetir una y otra vez aquellos mi y mi bemoles que raspaban la paciencia de cualquiera y martilleaban la última capa que quedaba de cordura a quien fuera capaz de tocar semejante pieza: *La Campanella* de Liszt. No parecía encontrar mayor respaldo a sus más pasionales sentimientos, fueran estos opresores o liberadores, que con las melodías más difíciles. Logrando así que la ira se desvaneciera al usar sus dedos de tobogán para deslizarse. Sin embargo, hacían falta unos míseros y cuidados segundos para recordar que los nocturnos de Chopin que nos sorprendemos tocando a continuación desvelan a veces la melancolía anidada en nuestro corazón y que hay algo que anhelamos a pesar de la incapacidad de expresarlo con palabras o bellos gestos.

Que terrible pensar en Edrick Larousse y en Christopher Weston en aquellos momentos de confianza que se terciaba a sí misma para tocar algo más melancólico que encajara con la realidad de sus emociones. Aunque estuvieran cubiertas por una gruesa capa de tristeza y enfado.

Exhausta de lidiar con semejantes sentimientos, cansada ya de manifestarlos con una música que se posicionaba a su favor, buscó un alivio mucho más pasivo en el agua que descansaba en la bañera contigua a su dormitorio y que había mandado llenar. Cuando sus pensamientos se hubieron empapado y nadado a gusto, volvió a vestirse de mujer, escondiendo la cola y los cuernos. ¿Tendría aquel espectro melancólico de Larousse razón cuando la acusaba de súcubo?

Catherine decidió que sus horas posteriores las dedicaría al sol de la tarde y que sería su alma la que se bañaría de los rayos que necesitaba para terminar con aquel ritual pacificador de espíritu.

Incapaz de dejar que sus horas las consumiera el tedio, llevó consigo un libro que intentó leer, postrada en la hierba. Sin embargo, atascada como estaba en la misma línea releída ya cuatro veces, quizás veinte, un gesto inesperado le hizo todavía más improbable reanudar su lectura cuando las frases imposibles se convirtieron en pétalos tangibles de una colorida disculpa.

Edrick Larousse se presentó como la sombra que apagaba cualquier sol, con el capullo de una rosa que acababa de arrancar de los jardines de Allerdale.

—¿Podría acompañarla? —preguntó—. ¿Sigo siendo digno de su compañía?

—Digno de mi compañía es, pues posee un apellido y fortuna, según dicen. Otra cosa sea el hecho de que tal vez no deba acompañarme. Por su propio bien.

La hermana menor de los Crawford consideró que el regalo de una leve mirada era más que suficiente para que Larousse comprendiera que allí no había ningún enfado ni quedaba ya ningún reproche, solo una pizca de aquel oscuro derrotismo que él se había molestado en contagiarle a Catherine —con alguno de aquellos intercambios de saliva, podía intuirse—. ¿Para qué dar

vueltas a algo imposible? ¿Por qué martirizarse por aquello que no tenía remedio? Volver a casa sana y salva, llevando consigo su corazón en la mano, era ya lo único que le importaba a Catherine.

La familiaridad que inundaba a la menor de los Crawford con la tortuosa compañía de aquel cuervo negro resultaba tan apaciguadora como frustrante. ¿Cuándo su soledad había dejado de verse atacada por aquella sombra? Esa soledad que estaba como loca por perder de vista un segundo y al siguiente recordaba que había hecho voto de que, si contrajera nupcias con alguien, sería con ella.

—Si la sociedad me lo permite, me sentaré aquí —declaró, sentándose al lado de Catherine.

—¿Y quiénes son los hombres para impedir que el sol salga cada día? —contestó ella con intención de dejar las cosas de los astros a los astros y las cosas del amor a los enamorados—. Aunque, como el sol y la luna, nosotros también deberíamos huir del otro.

—Intuyo que está molesta y lo siento. Mi actitud, la última vez que nos vimos, fue más propia de mi hermana que de mí.

—No tiene por qué disculparse. Tal vez todo esto se reduzca a algo más simple y ni usted soporte a la gélida Selene ni yo tenga la tolerancia suficiente a las llamas de Helios.

¡Qué forma más desagradecida de abocar un idilio al fracaso! ¡Qué suicida sentimental había decidido volverse la hermana menor de los Crawford en aquel tiempo de meditación, gélida como la auténtica Selene! Qué crueles son las herramientas que usa el corazón para protegerse. Vil mentiroso, convence al cerebro a punta de lanza para que diga algo que no siente mientras oculta codiciosamente una verdad tan fulgurante que es imposible que no pueda apreciarse el brillo de la esperanza en los ojos de quien dispara semejantes dardos de calumnias.

—Lo cierto es que no sé cómo jugar a este tipo de juegos —confesó Larousse—. Puedo ganar una fortuna con mis rentas, sé escribir bellos poemas, pero no tengo la menor idea de cómo tratar con una dama porque ni siquiera sé si alguna vez he mantenido una conversación de verdad con ninguna. ¡Ya no hablemos de acercarme a una! Por eso esto es nuevo para mí.

Los ojos de Catherine poseían un brillo doble nacido de la confesión de su compañero, que se manifestaba como poco dado al contacto femenino y eso era algo que, indudablemente, henchía el pecho de la mujer y también su orgullo, volviéndose débil ante tales confesiones que no merecían réplica alguna por su naturaleza sincera. Motivo por el que el único vestigio de disculpa que asomó en los labios de Catherine se desprendió de estos para resbalar suavemente por los de Larousse, en un sentido contacto que dibujaba una disculpa aceptada.

Las manos de ambos se escondieron en secreto por los pliegues de aquel vestido, testigo de caricias calmadas y clandestinas. Al fin y al cabo, la ocasión poco más podía permitirles sin desvelar deseos más profundos a ojos curiosos. Precisamente, eran estas formas las más peligrosas. Así las sintió al menos Catherine cuando se dio cuenta de que el brío de su pecho le impedía seguir leyendo y atendiendo a aquellas manos unidas al mismo tiempo, pues solo tenía cinco sentidos cuando las caricias de Larousse demandaban ocho como mínimo.

Rendida a aquel juego entre sus dedos, le prestó por fin sus ojos. Observaba cómo ella misma comenzaba a caer lentamente en un abismo inesperado, víctima del truco más viejo de cuantos hay: el del amor.

—Hay quien pensaría que esto es un paso atrás —bromeó Catherine, antes de volver a mirar a su acompañante. Aunque no demasiado tiempo, pues hay cosas que el cobarde dice mejor lejos de la mirada ajena—. Lo siento. Cuando intento hacer memoria de nuestra última conversación solo nos recuerdo reprochándonos cosas, víctimas del miedo y de una bruma pasional que nos cegaba inevitablemente a ambos. —Pensó si debía continuar hablando con tanta franqueza y,

casi sin darse cuenta, apretó más fuerte la mano de Larousse—. ¿Por qué es tan difícil hablar sobre esto? ¡Mírelas! Nuestras propias manos saben entenderse mejor que nosotros. Hablan un idioma que nosotros no dominamos.

—Deberíamos entonces dejar que hablen y escuchar atentamente.

Catherine apoyó su cabeza en el hombro de Larousse y se sintió tan aliviada por aquel contacto que cerró los ojos, presa de ese mismo trance.

El tiempo se llevó las horas, al igual que la brisa hizo lo mismo con las hojas de los árboles.

Cuando quisieron darse cuenta, una sombra estaba de pie al lado de la joven. Su hermano, que quería ver aquello con sus propios ojos, no se atrevió a mediar palabra, pero cuando ambos le devolvieron la mirada, el mayor de los Crawford le pidió amablemente a Larousse que le dejara con su hermana. Por suerte para Catherine, Arthur no había visto aquellas traicioneras manos, ni siquiera intuido el calor de unas tontas caricias.

La joven Crawford no sabía a cuál de sus múltiples facetas acceder para dirigirse a su hermano una vez Larousse les abandonó. ¿Debía estar molesta por el puñetazo? ¿Debía mostrarse melancólica porque añoraba hablar con Arthur? ¿Avergonzada porque sabía que a este no le gustaba que pasara tanto tiempo acompañada de quien no debía?

El mayor de los Crawford se sentó próximo a su hermana y suspiró. Miró al cielo y después la miró a ella.

—Hace mucho que no hablamos. Lo siento si he interrumpido algo.

—No te preocupes —dijo aliviada, pensando que el ambiente no tenía por qué sobrecargarse innecesariamente.

—¿Hay algo que quieras contarme? —preguntó él.

—No —mintió ella—. ¿Y tú?

—Tampoco.

Los dos hermanos se miraron y no pudieron contener la risa, pues tenían tanto que decirse y, al mismo tiempo, era tan desmesurado el ego que exudaban. Así, Arthur, como primogénito, decidió que, si le había tocado nacer el primero, también le tocaría hablar en ese orden.

—Siento haber golpeado a Larousse. Es algo que el otro día, cuando me instaste a ver a su hermana, no llegamos a hablar. Sé que sois *amigos* —dijo a tientas, sin saber qué otra palabra usar.

—Da igual, sé que no lo hiciste a posta —mintió ella. Pues era imposible saber lo que pasaba con exactitud por la mente de su hermano—. ¿Ha servido de algo el encuentro que organicé el otro día con la señorita Larousse?

—Sí, gracias. De todos modos, creo que no va a ser posible ninguna unión entre los Larousse y nuestra familia.

Catherine no esperaba tanta franqueza y miró a su hermano con cierta preocupación.

—Yo no siento nada por Maryanne Larousse y creo que ella lo siente por otro hombre.

—¿Y cómo te hace sentir eso a ti? —le preguntó Catherine.

—En parte, aliviado. Aunque, por otro lado, me produce una indiscutible decepción el hecho de no poder cumplir con lo que madre había orquestado para mi futuro. Sabiendo, además, que de los dos yo iba a ser el único que saldría de aquí comprometido.

—¿Debo molestarme porque juzgues tan apresuradamente lo que se espera de mí este verano?

—No te juzgo, Catherine. Solo quiero que seas feliz.

La más joven de los Crawford se sujetó al brazo de su hermano y apoyó la cabeza en su hombro como ya venía haciendo con Edrick Larousse.

—¿Y qué me dices de Amelia Weston?

—Reconozco que es cálida como el sol de primavera, vibrante como la hierba arrastrada por la brisa, avispada como su hermano y bella como tú. —No, como ella no, porque un gorrión no tiene mucho en común con una hurraca—. Sin embargo, no creo que le pueda interesar alguien como yo. Simplemente creo que su vitalidad es natural y que no importa si quien trata con ella es el colorido almendro o el mustio alcornoque.

—¿Y no piensas —preguntó su hermana, perspicaz— que precisamente es fácil tratar con el almendro y que quien decide tratar con el alcornoque, a pesar de su inexistente desparpajo y su mustio trato, lo hace por algún motivo oculto?

—¿Y qué motivo puede haber más que una gracia natural que no diferencia entre tipos de árboles?

—Yo puedo ayudarte en eso, déjame hablar con mi futura cuñada.

—No, Catherine. No me gustan esos juegos.

—Venga, no seas mohíno.

—Te he dicho que no. Escúchame por una vez.

La hermana de Arthur asintió. Y, mientras su cabeza se movía, sus ideas también. ¿Quién le iba a prohibir hablar con Amelia Weston? Su hermano, desde luego, no.

—Ya que lo mencionas —intervino Arthur—, lo de futura cuñada, ¿podría quizás darse por tu parte en lugar de por la mía? Siempre he sabido que Weston vale más de lo que aparenta o incluso más de lo que él mismo piensa, pero nunca imaginé que podría llegar a convencer a mi hermanita de sentar la cabeza.

—Vaya, la broma se ha vuelto contra mí.

—Entonces, ¿Christopher Weston no es de tu agrado? Porque no es esa la impresión que me da.

Catherine se fingió ofendida, pero estalló en una sonora carcajada en cuanto pudo.

—Weston es, contra todo pronóstico, muy de mi agrado.

Arthur dejó escapar una veloz sonrisa también, pero la escondió pronto, intentando ocultar sus intenciones. Muy evidentes, por otro lado.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Que es el pretendiente que nuestra madre quería? ¿Y vas a ser tan infantil como para sabotear tu propia felicidad por un acto de rebeldía?

Con qué sabias palabras hablaba Arthur y su hermana así lo pensó también, pero no era todo tan sencillo en aquel ajedrez con dos reyes persiguiendo a la misma reina.

La mirada de Catherine se perdió en alguna parte, llenándose de nostalgia por los tiempos de sublevación que temía que llegaran a su fin acabado aquel verano impredecible.

—Ojalá fuera la rebeldía quien atizara ese fuego.

—Si no es eso, corrígeme si me equivoco, pero ¿no tendrá algo que ver ese cuervo que se deja contemplar posado en tu hombro últimamente?

—¿Y que bate sus alas dentro de mi cabeza, quieres decir? —sonrió ella, tristemente.

Arthur insistió. Quería saber qué había de especial en aquel caballero, muy a pesar de que nunca sería de su agrado.

—Temo que, si soy transparente contigo, cuente más de lo que se me está permitido, pues hay cosas en la vida de Larousse que no tiene por qué saber nadie. No obstante, puesto que los libros son lo mío, no creo que haya nada de malo por hablarte del protagonista de mis últimas lecturas.

El mayor de los Crawford observaba a su hermana y apreciaba toda aquella parafernalia para no tumbar según qué muros. Aunque era frustrante en ocasiones, la mente de Catherine, que vagaba por lugares donde él nunca había estado, le resultaba a Arthur milagrosa y admirable. Envidiaba que tuviera un pie en otro mundo, pero la necesitaba con su otro pie en este, para así

poder protegerla.

—A veces pienso que nuestra generación ha nacido bajo el manto equivocado. Nacimos idealistas tan tempranamente que no nos correspondía venir a este mundo. Tal vez tenga que ver con nuestras familias, pues siguiendo costumbres pretéritas, se han quedado un siglo por detrás para mantener las formas. Por eso, a pesar de que el cuervo solo piense en volar libre, debe cumplir con lo que su familia espera de él. En nuestro caso, padre murió y tú ya no tienes que soportar su rigidez, aunque cargues con el peso de sus responsabilidades. Sin embargo, hay hombres que han nacido con unos sueños que se han ido haciendo trizas según cumplían años. Hombres que se creían muertos y enterrados en vida. Edrick Larousse —de nada servía seguir evitando aquel nombre— es uno de esos hombres. No es un entendido de las finanzas, sino un apasionado de las letras. No es heredero de corazón más que del legado que prestan las lenguas clásicas y los mitos antiguos. Es Prometeo encadenado a una roca que o bien se presta a sujetar durante toda su vida, sin importar el daño, o bien se desprende de ella ya mismo, precisamente por el miedo que pueda generar ese daño.

Algo de empatía sí estaba brotando del rostro de Arthur, que entendía mejor que nadie las obligaciones familiares, pero no el añorar una vida que nunca se ha tenido ni realzar una pasión que jamás se ha sentido.

—¿Y qué tienes que ver tú en ese tapiz incierto de su destino?

—Todo, parece ser. Porque yo soy la que se ha posado en su hombro mientras cargaba con su roca. Yo soy la que le ha susurrado en contadas ocasiones que escape de su tormento. Ese pájaro avieso que martillea el cerebro de una persona hasta que consigue lo que quiere y que cree que puede echar a volar sin convertirse en cómplice. Pero lo cierto es que, por más que se empeña en tacharme de embaucadora, en compararme a la retorcida Circe —sonrió, recordando todos aquellos juegos de palabras—, soy yo la que ha caído presa de un embrujo forzado por palabras bellas en momentos inesperados y redoblado por gestos tiernos que nacen de corazones amargos.

Esa críptica forma de hablar, como si las palabras brotaran del corazón y no de los labios, dio esperanzas a Arthur de que Larousse no tuviera más interés en su hermana que el que demanda cualquier hombre al que no se le da demasiado bien hacer amigos y que ha encontrado en el otro sexo a la única persona dispuesta a escucharle. Intuyó entonces que por parte de Larousse no habría problema y que el caballero seguía en su posición habitual de ave nocturna sin intención de rondar a Catherine con intereses románticos. El Crawford mayor sintió pena por su hermana pequeña, pues, aunque ella no pareciera percatarse, sí que era evidente que Larousse se había instalado en alguna parte de sus pensamientos y que no podía librarse de aquellas alas con facilidad. Arthur esperaba que esas absurdas fantasías se le pasaran pronto y que Weston hiciera de las suyas de una vez para que eso fuera así. Aun con todo, se sorprendió. Valoró, muy por encima, el mérito de conseguir llamar la atención de su hermana sin caer prendado de ella y colocó una medalla invisible en el pecho del señor Larousse.

—Espero —dijo Arthur, ignorante ante cuál hubiera sido una respuesta adecuada para semejante perorata— que, hagas lo que hagas, sepas comportarte.

—¿Eso es lo que te importa? ¿Las apariencias?

La decepción inundó el rostro de Catherine. Ella, que se había concedido las licencias oportunas para hablar de Larousse, buscando así generar algún tipo de compasión hacia él por parte de su hermano, se veía ahora contra la fría pared que se levantaba en el pecho de Arthur.

—No, Catherine. Lo único que me importas eres tú y no quiero que tomes decisiones precipitadas.

—Tengo miedo —confesó con precaución—. Miedo a equivocarme. Miedo a meditar

demasiado algo y elegir la opción más segura, pero garantizándome una vida de infelicidad. O miedo a no meditarlo lo suficiente, seguir a mi corazón y que este me consuma.

Arthur sonrió contra todo pronóstico.

—Me contento con pensar que el hecho de que alguien haya despertado esos sentimientos en ti y que te haga replantearte la idea del matrimonio es ya algo positivo.

«Y espero que ese sea Weston», se dijo a sí mismo.

Catherine suspiró, apesadumbrada.

—Sin embargo, es la parte que yo más detesto.

El carro áureo de Helios comenzaba a desaparecer en el cielo.

La puesta de sol había traído consigo algo de calma a los hermanos Crawford con aquella conversación, pero la noche se acercaba y Catherine necesitaba un merecido descanso si quería vérselas al día siguiente con las señoritas de la casa en busca de un tesoro formado no de piezas de oro y diamantes, sino de confesiones femeninas.

La partida de bridge

Sentada al borde de su cama y con esos finos dedos de adepta a las teclas, golpeteando las sábanas, Catherine valoró durante unos minutos cuál sería su plan de acción aquella mañana. No olvidemos que quien presumía de nacer envuelta en sábanas de seda no tenía mucho que hacer con su vida y que la mente ociosa era el patio donde jugaba el Diablo.

Debía penetrar en territorio enemigo sin levantar sospecha. De esos territorios hostiles que visten las mesitas de té con manteles bordados y las cortinas con borlas trenzadas. No convenía buscar una invitación en pleno almuerzo, pues su hermano sospecharía como que se llamaba Arthur. No quería tampoco arremeter directamente contra su objetivo, porque frente a una situación conjunta de damas era más fácil manejar según qué escenarios, dando pie, de forma falsamente casual, a que la información corriera como el vino. Lástima que en aquellas reuniones solo hubiera té y que las armas más peligrosas fueran las palabras.

Finalmente, la joven Crawford decidió que la mejor baza para dejarse ver en una de esas reuniones de té era encontrarse con su nueva amiga, la señorita Larousse, y recibir de ella semejante invitación. «Ojalá poseer el anillo de Giges para dejarnos de lindezas y poder observar en la penumbra», se dijo apesadumbrada de tener que vérselas en semejantes tejemanejes.

Maryanne Larousse llevaba unos días demasiado ocupada. A veces con un lienzo en sus manos y otras con James Fitzherbert entre ellas. La muchacha amaba la pintura y Fitzherbert amaba la pintura y amaba a Maryanne. Así, sus mañanas y sus tardes se dividían entre la sala de arte y los jardines, donde el arte de la pasión pintaba con suaves besos el cuello de la Larousse más joven.

Catherine había tenido la desgracia de presenciar aquello en una ocasión. Libro en mano, se había adentrado en los jardines de Allerdale y cuando escuchó la sonata de labios entrecruzarse, se escondió tras unos arbustos, curiosa. Desde luego, con razón la curiosidad había matado al gato, porque cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo frente a ella, la mujer quiso arrancarse los ojos.

Maryanne era joven, inocente aún en su malicia innata, y Fitzherbert, que había dado la vuelta al mundo un par de veces, parecía ansioso por devorar aquel tributo virginal. Catherine esperaba no ofrecer semejante espectáculo cuando a ella se la llevaban aquellos demonios lujuriosos ni producir a ningún tercero el asco que estaba sintiendo ella misma mientras observaba a dos animales bastante desesperados por engullirse mutuamente. «Edrick mataría a Fitzherbert si lo supiera», se dijo dejando escapar una sonrisa satisfecha, pues pensar en Larousse golpeando al dueño de Allerdale la dejaba jugueteando con su labio inferior.

Así repitió aquel descuido ese día, tras los mismos arbustos, dejándose ver en aquella ocasión como si el libre albedrío de sus pies la hubiera llevado por acción divina frente a aquel lugar inesperado. Y Maryanne, tras verla, no dudó en cortar su contacto íntimo. ¡Vaya que si lo cortó! Rauda como el rayo y temerosa como un ratón. No tardó tampoco en acercarse a la menor de los Crawford, que juraba irse de allí sin haber visto nada.

—No se lo cuente a mi hermano, por favor —le pidió Maryanne, sujetándola de las manos.

Catherine, pletórica ante su suerte, posó sobre Larousse una mirada generosa. Engarzó el brazo de la muchacha al suyo y le juró que nunca lo haría, que las damas debían apoyarse y que

no era la única rota por conocer varón.

Durante un largo rato, continuaron en la línea de aquella conversación. Catherine aportaba conocimientos a Maryanne y esta escuchaba atenta, agradecida por su complicidad. ¡Qué poco tardó la joven en invitarla a tomar el té aquella tarde, a la recepción anual en casa de los Larousse e incluso a su boda si esta llegaba a celebrarse!

Cuando ambas se separaron, Catherine no pudo evitar sentir lástima por Maryanne, también por Edrick. «Me recuerda a mí», pensó. Y eso no auguraba nada bueno a su hermano, que llevaba impreso en sus genes el deber de controlarla y evitar, precisamente, que no se pareciera a Catherine Crawford. Aunque él mismo sintiera esa loca y contradictoria predilección por ella.



El armario de la joven Crawford se abrió de par en par cuando el viejo reloj de pie de los Fitzherbert decidió dar la hora, batiendo su enorme péndulo.

Tras la muerte de su padre, había adquirido el hábito de lucir en público solemnes vestidos que, tela arriba o bordado abajo, siempre eran oscuros. Su madre había cometido el error de sugerirle dejar atrás el luto, pero Catherine ya se había hecho a aquel color y sentía una comodidad única y, al mismo tiempo, espectral. Eso sin entrar a valorar que cualquier cosa que Martha Crawford demandara era motivo más que suficiente para contestar con una negativa.

Los colores demasiado chillones, las telas pastel que escondían preceptos de inocencia o quizás de esa pura mojigatería que tan mal se le daba fingir parecían máscaras en pleno carnaval, dedicadas a llamar la atención exterior y ocultar la naturalidad íntima de la susodicha al mismo tiempo. Y no había vestido verde, azul o crema que no sentara a la joven Crawford como un guante o que, incluso, le restara los años que se afanaba por añadir con aquellas ojeras oscurecidas todavía más por sus tétricos ropajes. Simplemente, aquella forma metafórica de desconexión de unos mundos que no eran para ella, con las inseguridades propias de toda dulce joven buscando su pretendiente, queriendo parecer agradable, modosa, virginal incluso. Aquella máscara la ahogaba tanto o más que unas vigorosas manos en torno a su cuello y pasar desapercibida era liberador. Hasta podía decirse que las extrañas formas de Catherine servían para filtrar a personas indeseables, demasiado preocupadas por la imagen y las formas. «¿Como Edrick Larousse?», se preguntó a sí misma, burlándose de la incorregible causalidad. Sin embargo, si bien Larousse la había juzgado tercamente en primera instancia, había tenido a bien enmendar su error al observarla de verdad, con ojos pacientes y una clarividencia que desnudaría a cualquiera. Christopher Weston, por otro lado, podía presumir de haber intuitido a la auténtica Catherine en el momento exacto que abrió la boca por primera vez frente a él. Augurando así, prontamente y desde entonces, que cada una de las frases que saldrían de su boca serían incluso más punzantes que la anterior y que él no podría resistir aquello, rindiéndose a sonreír cuando no debía.

¿Se atrevería Catherine a cambiar el negro por algo más alegre en comunión con las señoritas que la invitaban aquella tarde? «¿¡Cómo!? ¿Y decepcionar a mis admiradores?», volvió a bromear mientras valoraba un recatado vestido color crema con ribetes marrones. El conjunto

casi la cegaba y esperaba que también lo hiciera con el resto de damas. Lo suficiente como para que no pudieran intuir sus malvadas intenciones.

Un sonoro «¡Señoritas!» anunció en la sala la llegada de aquella Crawford abnegada que casi usaba semejante expresión como burla, despersonalizando a todas las integrantes del grupo. *Las Señoritas* habría sido un título delicioso para una sátira sobre costumbres con mujeres coquetas hasta lo absurdo, pero ¿quién en su sano juicio perdería el tiempo leyendo algo así?

Maryanne se adelantó, explicando, llena de orgullo, que había convencido a Catherine para pasar la tarde con ellas. Pobre muchacha, que ni por un segundo intuía haber sido víctima de aquella vampiresa malintencionada.

El resto de señoritas no tardaron en aceptar compañía semejante, entre miradas extrañadas y algo de recelo.

La coqueta salita donde llevaban reuniéndose aquellos días era de lo más pintoresca en comparación al resto de Allerdale. Las paredes eran de un color aguamarina, con detalles en rosa, y cualquier tipo de decoración, ya fueran tapetes o alfombras, sucumbía a aquel binomio de color que prometía revolver las tripas de Catherine.

Lilibeth Fitzherbert, que era una de las más descontentas con aquella nueva incorporación, fue la primera en encontrar algo positivo a su llegada, intentando romper un hielo que cualquier señorita en aquella habitación habría confundido con el propio corazón de la menor de los Crawford:

—¡Ahora sí podremos jugar al *bridge* sin tener que hacer llamar a ninguna sirvienta!

Catherine reconocía que le gustaban los juegos de cartas como a cualquier proyecto de ludópata, por lo que las cuatro señoritas se sentaron alrededor de una pequeña mesa redonda, enfrentándose dos a dos, como correspondía en semejante juego: Maryanne Larousse hacía equipo con su nueva amiga y Amelia Weston con la señorita Fitzherbert. Se repartieron las cartas y, tras valorar sus opciones y colocar respectivamente sus manos por rango y palo, comenzaron el juego.

—No me explico haber tardado tanto en obsequiarles con mi compañía —mintió aquella nueva incorporación—. Esto promete ser divertido.

—Cuidado con Lilibeth, es la más tramposa —cuchicheó Maryanne, antes de recibir un suave pisotón proveniente de la mencionada.

—No le haga caso —intervino Amelia—. Aquí somos todas muy tramposas.

—No me lo creo. ¿Usted también? —preguntó Catherine, lanzando la primera de sus telas de araña.

—No, ella no —volvió a interrumpir Maryanne—. Ella siempre es perfecta, ¿verdad?

La hermana de Arthur ocultó una sonrisa. A Maryanne Larousse no parecía caerle demasiado bien Amelia Weston. ¿Por qué sería?

—No creo que sea perfecta, ¿acaso lo es? —volvió a preguntar Crawford.

Weston se sonrojó. No solo porque la atención se había centrado en ella, sino porque era la hermana de Arthur la que estaba haciéndole aquella pregunta.

—Claro que no. La perfección requiere de gracias y habilidades que yo no poseo. No quiero decir que sea un terreno yermo, pero hay ciertas cosas que simplemente no se me dan bien.

—¿Por ejemplo? —inquirió la nueva invitada.

—Bueno, supongo que, aunque por regla general tiendo a la mesura, para algunas cosas soy demasiado natural y a veces me olvido de las formas.

«¡Imposible!», se burló Catherine para sí.

—Tampoco querría que esas formas me impidieran ser quién soy o privarme de algún tipo de

felicidad.

Curioso cómo, siendo todas tan distintas, no había una que no mentara a la escurridiza libertad en sus discursos.

—Tenga cuidado, porque, si se escucha bien, eso mismo debió de pensar Eva cuando se decidió a coger el fruto del árbol prohibido —sugirió Catherine.

Amelia volvió a sonrojarse.

Maryanne, al contrario, disfrutaba maliciosa de aquella conversación pensando incluso que Crawford estaba de su parte. «¿Qué parte?», se preguntará el lector, cuando ella misma había sido la primera en no valorar el carácter de Arthur. Pues eso mismo se habría preguntado Catherine, sarcástica. Y es que una no puede sino añorar un juguete que previamente ha despreciado cuando hay otra dispuesta a jugar con él.

La joven Crawford, lejos de estar del lado de nadie más que del suyo propio oteaba con un regusto amargo la figura de Maryanne por su carácter caprichoso, vanidoso y aniñado. Esta era, sin embargo, hermana de su nuevo amigo y algo le decía que conjurarla en su contra habría sido pecar de estúpida.

—No se confunda. Eva fue una egoísta. Aquel castigo atentaba contra los dos y no se paró a escuchar lo que quería su compañero —contestó Amelia.

—Entonces ¿es de esas damas que vivirían por agradar a su esposo si lo tuvieran?

—En absoluto. —Amelia comenzó a sentir el puñal con que Catherine la amenazaba, pues intuyó el brillo en su hoja—. Me desviviría por mi marido en la medida en que él lo hiciera por mí. Pero eso no significa que busque convertirme en la sombra de ningún árbol.

«Hablando de árboles», recordó sonriente Catherine, haciendo memoria de su conversación con Arthur, aquel mustio alcornoque.

—¿Qué le gustaría hacer? Con su vida, me refiero —continuó interrogando.

—Esto empieza a ser aburrido —interrumpió Maryanne, que recibió una mirada de pocos amigos de su nueva amiga—. ¿Por qué no hablamos de otra cosa? ¿De qué creen que hablarán los hombres cuando se reúnen como nosotras?

—¿James? —preguntó Lilibeth—. El otro día lo vi pescando con tu hermano, Amelia, y lo último de lo que hablaban era de siluros.

—¿¡Los escuchaste!? —interrogó Maryanne, emocionada.

—¿¡Cómo no!? Es mi hermano, estoy en mi derecho. Además, él habría hecho lo mismo conmigo.

—¿¡Y qué decían!? —continuó Maryanne, nerviosa pero ilusionada por conocer un pedacito más de su amado.

—Hablaban de la señorita Crawford y de ti, Maryanne.

Catherine se puso tan nerviosa que comenzó a ver borrosas las cartas. ¿Era posible? Que Christopher Weston le hubiera contado a Fitzherbert lo que había sucedido entre ellos y que su hermana estuviera a punto de desvelarlo. ¿O era peor que no dijera nada? Por la incertidumbre de lo que planearía hacer con aquella información.

—¿¡Y qué decían, Lilibeth!? —

—Eso te costará un precio. —La joven Fitzherbert no era estúpida.

El gesto de Maryanne se derrumbó profundamente antes de dedicarse a negociar.

—¿Qué es lo que quieres a cambio?

—Me gustaría saber... qué es lo que piensa tu hermano sobre mí.

A punto de meter la cabeza en un agujero imaginario bajo tierra, Catherine escuchó aquella pregunta y levantó el cuello cual avestruz. ¿Por qué Lilibeth Fitzherbert preguntaba sobre

Larousse, siendo este ignorado por absolutamente todas las personas de aquella casa? Más extraño le resultaba todavía el hecho de que no hubiera preguntado por Christopher Weston, puesto que Catherine sí había intuido cierto interés de la señorita hacia él. ¿A qué estaba jugando Fitzherbert?

—Mi hermano rara vez habla sobre algo que no sea trabajo.

Si ella supiera.

—Entonces, tal vez pueda preguntárselo a usted, señorita Crawford. Al fin y al cabo, parece ser que han compartido cierto tiempo juntos.

Tiempo, cartas, besos, secretos, lo que fuera.

—Las conversaciones que mantenemos el señor Larousse y yo son estrictamente sobre lecturas que compartimos —contestó estoica la menor de los Crawford, sin dejar de interrogar a Fitzherbert con la mirada, todavía a la caza de sus intenciones—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Está celosa porque mi hermano no le ha hecho caso en todos estos días y se supone que debe pedirle matrimonio antes de que acabe el verano —aclaró Maryanne.

Un cortocircuito despojó a Catherine de las conexiones sinápticas que le ayudaban a entender los conceptos de tiempo y espacio. Con la boca entreabierta y la mirada perdida, algo dentro de ella se esforzaba, de manera infructuosa, por reparar aquella transmisión antes de que nadie se percatara de su ausencia.

—Catherine —dijo por fin Amelia, intentando hacer reaccionar a esta—, es su turno.

Todavía dubitativa, arrojó una carta que no le beneficiaba en absoluto, únicamente por dejar de llamar la atención del resto de la mesa.

Lilibeth había reprendido la insolencia de Maryanne y se había fijado en la reacción de Catherine, aunque no hubiera hecho mención a ella.

Continuar con aquel tema habría sido la llave maestra al reino de las dudas con que Crawford había comenzado a vivir en aquella casa, pero una sensación desconocida le impidió continuar la conversación. No quería, no le gustaba. Simplemente le daba náuseas hacerlo.

—La verdad, Lilibeth, me sorprende que sigas pensando en el señor Larousse. Creía que ahora tus pensamientos los ocupaba mi hermano.

Amelia, que era dulce pero no tonta, había calado con suma facilidad a su amiga. Como James y Christopher, ellas también habían compartido momentos de intimidad en mitad de situaciones inapropiadas que sus comportamientos naturales y juguetones habían orquestado deliciosamente en su favor.



Días atrás, las dos amigas, casi hermanas ya, desobedecieron a la noche con sus oscuras capas sobre ellas y el camino de tierra bajo sus pies. Abandonaron en silencio la comodidad del hogar en busca de su propia aventura, orgullosas como si fueran las únicas en usar el influjo de Selene para volverse invisibles cuando había otras dos personas haciendo de las suyas cerca de un castillo. Y no podían ir más pintorescas ni haber disfrutado más semejante paseo, bromeando con aquellos que habían dejado atrás.

Ajustaban su percha recordando al mayor de los Crawford, se cubrían con sus capas intentando asustar cual vampiro polidoriiano, recolocaban sus corsés y se contoneaban con el descaro de aquella a la que otras damas temen, pero a la que ellas no tenían ningún miedo. Lilibeth, desde luego, era la encargada de imitar a su propio hermano y replicar su lengua viperina mientras que Amelia hacía lo propio con el suyo. Las jóvenes entonces se cogieron del brazo e hicieron caminar a James y Christopher a la par, hablando de lo divertida que parecía estar resultando la estancia en Allerdale, en la medida en que podían imitar sus voces.

—Considero un desperdicio el hecho de no dormir todos bajo el mismo techo y rodeados por las mismas cuatro paredes, porque, querido amigo, ¿qué crees que nos estaremos perdiendo? Yo, desde luego, el reflejo de un ángel de rizos oscuros e ingenio afilado. —Una risa alocada escapó de las dos muchachas cuando ambas comprendieron que Lilibeth hacía mención a Maryanne, el nuevo capricho de James—. Ojalá su hermano no la tuviera presa en su propia guarida, lejos de la luz del sol, encerrada en el mismo ataúd que él usa para dormir. ¡Oh, Maryanne! ¿Dónde hay una estaca para librarte de semejante monstruo?

Lilibeth disfrutaba de compartir el humor de aquel falso hermano, pero no podía evitar sentirse ciertamente culpable por continuar con aquella pantomima siendo el blanco de sus ataques alguien que se suponía debía cortejarla. Algo que todavía no había llegado y que nadie sabía si llegaría. ¿Podía notarse cierto resquemor entonces en el comportamiento de Lilibeth porque el caballero todavía no hubiera mostrado interés en ella? «¡Como si a mí me interesara!», se decía orgullosa y a la vez molesta.

Así, divisaron, después de una larga caminata, el pueblo más cercano y, escondida entre callejones, hallaron una taberna atestada a la que no tardaron demasiado en unirse.

—¡Mesera! —gritó Lilibeth, como si el espíritu de su hermano siguiera dentro de ella, deseoso por salir—. Tráiganos dos pintas de su mejor cerveza.

Como dos extrañas que no deberían estar allí, las jóvenes se sintieron más pequeñas de lo que fingían ser. No obstante, Baco nunca ha discriminado por edades o géneros, eso es algo que todo el mundo sabe. Por eso, cuando la joven Fitzherbert vio delante de ella la enorme pinta de cerveza, miró a Amelia a los ojos con confusión en el rostro. «¿Y si no me gusta?», se preguntó. Hasta entonces nunca había sentido interés alguno por tomar las bebidas espirituosas de su hermano. Intuía que su amiga estaba en su misma situación, así que, como la mujer valiente que esperaba ser algún día, acercó el vaso a sus labios y bebió un enorme sorbo de un líquido que le desagradó sin lugar a dudas.

—¡Qué repugnante! ¿Esto es lo que beben James y tu hermano? Es como si el dueño de la taberna se encargara de llenar una jarra con orines para cada persona que pide una de estas, ¿no te parece?

Negada a continuar bebiendo, una figura inesperada jugó con ella, recordándole que, seguramente, la hermana de Arthur era capaz de sorprender a cualquier hombre bebiendo cerveza como había dejado sin vino al resto de los presentes durante la primera cena en Allerdale. Así, con el ceño fruncido y alborotada en carácter, Lilibeth volvió a atacar aquel vaso a grandes sorbos, sin importar el sabor a orina fresca.

—Creo que ya me gusta más —mintió—. Bueno, Amelia, dime, ¿qué tal van las cosas con James?

Lilibeth tenía auténtico interés por aquella unión que le habría regalado una hermana más, pero tampoco estaba ciega y sabía que tal vez su propio hermano era el primero en no estar por la labor de hacer demasiado caso a Amelia. «Absurda Maryanne», pensó.

—Tú misma te has contestado hace un momento —sonrió Amelia—, cuando imitabas a aquel

caballero que suspiraba por otra que no soy yo. Aunque es imposible que tu hermano no me haga reír, como nos hace reír a todos. Christopher sabe elegir a sus amigos y siempre que caminen de la mano, me caerá en gracia. ¡Ya sabes que el amor mueve montañas! Y por mi hermano movería las que hicieran falta.

—Ciertamente, tu hermano se deja querer con ofensiva facilidad —contestó Lilibeth, ignorante de sus propias intenciones, de su propia semántica. Pero ¿quién podía querer a Christopher Weston con semejante facilidad? ¿Hablaba de ella o se estaba refiriendo a otra bien distinta?—. Aunque intuyo que, de los amigos de tu hermano, no es James el que más parece llamar tu atención. ¿Me equivoco?

La joven Fitzherbert acercó, juguetona, sus manos a las de su amiga y las estrechó mientras se aproximaba hacia ella, deseosa por alimentarse de sus secretos como el sediento que vaga por la bruma del desierto esperando el necesitado manantial.

—¿Crees que está bajo el embrujo de la señorita Larousse? —continuó—. Con un hermano de ultratumba es imposible que ella no haya heredado habilidad alguna y —esto último lo dijo bajando la voz, únicamente para darle un dramatismo irrisorio— me consta que pueda estar usando esa moderna técnica para influir en el señor Crawford: la hipnosis.

Rememorar aquel apellido llevó los pensamientos de Lilibeth por otros derroteros más egoístas.

—Aunque su hermana parece igual de maldita que los Larousse y se preocupa en ocultarlo casi menos que ellos. Agradecida no es, eso desde luego. Y ya se ha molestado bastante en hacernos ver que no estamos a su nivel. Se pasea por toda la hacienda como si fuera suya. —En su mente, una sombra recorrió altanera los pasillos de Allerdale, haciendo sentirse de menos a la pobre Lilibeth, que llegó a preguntarse si alguna vez tendría el porte que tanto desdeñaba en Catherine—. Y conversa en privado con quien le place como si las normas no fueran con ella.

Si todos querían lo que no podían tener, ¿era esa impunidad lo que Lilibeth envidiaba de la menor de los Crawford o sería tal vez otra cosa?

—Más que recelo —comenzó Amelia— lo que la señorita Larousse me genera es pena. No me gustaría tener que lidiar con un hermano como el de ella. Probablemente intente llamar la atención de tantos hombres en un vano esfuerzo por llamar la de su hermano ¡o incluso la de su padre!

—Admiro el poco desdén que se posa en tu mirada cuando hablas de la señorita Larousse. Ojalá yo pudiera ser tan estoica, pero, querida Amelia, soy humana. Me es imposible esconder que no soy particular admiradora de algunas personas y mientras unas pecan de soberbia, las otras parecen hacerlo de avaricia. Reconozco que no me gusta ver a la señorita Larousse jugar con James y con el señor Crawford al mismo tiempo. No me gustaría que mi hermano sufriera de nuevo.

Maryanne Larousse parecía una bomba con temporizador. Delicada y sensible, capaz de crear una hecatombe sin precedentes si se le privaba de alguno de sus caprichos. Lilibeth, que reconocía el pésimo gusto de su hermano en mujeres, temía por las inclinaciones de James hacia aquella dama. Si alguien pudiera asegurarle a esta que ambos podrían llegar a estar juntos, haciendo aquello eternamente feliz a su hermano, solo eso la convencería de abandonar semejantes pensamientos cautelosos.

—¡Nada bueno sale de esa familia! —concluyó la menor de los Fitzherbert con el ceño fruncido, insinuando más de lo que querría haber dicho en sus palabras.

El sonrojo por la ira pronto se convertiría en vergüenza al escuchar a su amiga.

—No creas que me he olvidado de tu pequeño discurso sobre la hermana del señor Crawford.

Y yo me pregunto: ¿Se puede ser más visceral sin tener un motivo oculto? No me engañes, querida Lilibeth. Catherine Crawford no ha estado charlando con tu hermano y puesto que, según dices, desdeñas a Larousse, solo se me ocurre un motivo por el que Crawford no te agrade ¡y ese motivo lleva mi apellido! —se burló Amelia—. ¿Sabes? Cuando dijimos que seríamos hermanas, no esperaba que fuera de esa manera.

—¡Eso es absurdo! —El alcohol le estaba haciendo un flaco favor, pues semejante ofensa, bañada por los grados ardientes de aquella bebida a la que no estaba acostumbrada, la dejaban en completa evidencia, fueran cuales fueran sus palabras para enmascarar una verdad a medias—. No negaré que la actitud solemne del señor Larousse propicia en mí un desinterés considerable, pero tal vez con el tiempo... —dijo sin creérselo, temiendo convertirse en un témpano de hielo si su contacto con Larousse se prolongaba lo que durara el matrimonio. Su amiga, que no era tonta, tampoco se había llegado a creer aquellas palabras ni por un segundo—. ¡Eso no le da derecho a Catherine Crawford a pasear cogida del brazo de uno u otro caballero! ¿Sabes qué hizo el día del críquet? Fue a pasear a solas con el señor Larousse y después con tu hermano. Si yo fuera tú, tendría cuidado con ella como uno debe cuidarse de la peste. Acabará rompiéndole el corazón al bueno de Christopher y sabe Dios que él no se merece tal cosa.

—Así que *Christopher*. Conozco a mi hermano y, aunque escucha mis palabras, su corazón suele hablar más alto que yo. No creo que se lo deje romper con tanta facilidad. De hecho, ¿quién te dice que no será Catherine Crawford la que acabará con él roto?

—No se le puede romper el corazón a quien no posee uno —declaró convencida Lilibeth.

Un brillo triste asomó en la mirada de Fitzherbert antes de apartar la vista, todavía airada por la poca vergüenza de la señorita Crawford. Cuando sus ojos regresaron al lugar que les correspondía, frente al rostro de su amiga, Lilibeth bajó la guardia, casi culpable por lo que estaba a punto de preguntar.

—Cuéntame, Amelia, ¿cómo es tu hermano?

El pecho de Weston se henchía frente a aquella pregunta. Radiante, miró a su amiga y vertió su corazón en sus manos.

—No conozco caballero más capacitado que Christopher. Es sincero y directo, pero también reservado para según qué opiniones, ¡salvo cuando le tiran de la lengua! —dijo, rememorando aquella primera cena en Allerdale, donde la señorita Crawford y su hermano casi se atragantan con las palabras del otro—. Es cariñoso, sentido y, a pesar de todo, libre. Escribe en secreto para distintos periódicos con un sinfín de pseudónimos dispares y ama viajar.

Aquellas confesiones sobre su pluma encendieron una chispa en los ojos oscuros de Lilibeth, que por un instante se volvieron claros como los de su hermano.

—Cuida a los suyos y se encarga de divertirlos hasta las últimas consecuencias. Aun así, yo sé que no es tan feliz como nos hace ver. Sé que las obligaciones familiares no van con él y que eso le corta las alas. No obstante, lo hace porque nos quiere y porque alguien debe hacerlo. Cargar con toda responsabilidad no debe de ser fácil para alguien acostumbrado a ver la vida desde el otro lado y creo que en eso os parecéis. Hay algo jovial, algo fresco en vuestros caracteres. Algo que, si te place escuchar, Catherine Crawford no tiene. La he observado bien, más de lo que piensas. ¿Cómo no hacerlo si nuestra madre quiere que sea mi futura hermana? La pasión de Crawford, su rebeldía, nace de un lugar mucho más oscuro. Un lugar que mi hermano conoce, desde luego, pero del que sabe que debe alejarse si no quiere acabar mal. ¡Por eso tú misma has hecho bien alejándote de Larousse! Porque él desprende esa calamidad que parece absorber todo a su paso y transformarlo en un miasma oscuro, inexpugnable.

Lilibeth regresó al tablero de juego tras rememorar las palabras de su amiga.

—Es innegable que el señor Weston es encantador, ¿no cree, señorita Crawford? —preguntó capciosa la hermana de James.

La mirada contenciosa de Catherine mudó al observar el rostro de Fitzherbert y apreciar la sinceridad de sus palabras, descubriéndose las dos como compañeras, además de como rivales.

—Ciertamente lo es.

Amelia aprovechó el momento para interrumpir.

—¿Qué es lo que más aprecian de mi hermano, puestos a no desperdiciar el tema en cuestión?

Crawford dejó de sentir que su inteligencia rebasaba la de sus compañeras de juego y no solo porque parecían haberla atrapado en su propia trampa. De alguna forma, toda la charla circunstancial había mutado en algo que no enturbiaba el ambiente, como cabría esperar, sino que dejaba paso a la franqueza, a confiar en el prójimo de una manera inesperada. Algo honrado, noble, puro, se abrió en aquella mesa y, aunque recelosa, no pudo oponerse a esa conexión inesperada.

—No es tan fácil, Amelia —reconoció Lilibeth, entendiendo también aquella conexión.

—Es libre —interrumpió Catherine—. Y, aun así, tiene los pies en la tierra.

—Creo que no entiendo a qué se refiere —dijo Maryanne.

—Lo que quiero decir es que parece que no vive encorsetado, aunque es imposible que no se sienta así. Porque la libertad nunca es suficiente. No al menos en el mundo en que vivimos, que se reparte a cuentagotas.

—Ella tiene razón —reconoció amargamente Lilibeth—. Casi contagia ese humor que le acompaña a todas partes.

—Lo hace, ciertamente lo hace. Y contagia otras cosas también. Hay algo en el señor Weston que te trae de vuelta a este mundo y te ata a él, no como un grillete, sino como un salvavidas.

Amelia Weston se sorprendió con aquella definición. ¿Cuánto tiempo habían pasado juntos Catherine Crawford y su hermano? ¿Cuál era su auténtica relación para ser tan específica en sus palabras? ¡Y tan acertada, al mismo tiempo! No podía tratarse de simple intuición, no algo tan concreto como aquello.

Catherine y Lilibeth volvieron a mirarse. Ya no rebuscaban en las intenciones de la otra, sino que las dos habían confluido en el mismo sendero, sintiendo una pena compartida por encontrarse doblemente unidas por culpa de dos caminos bien distintos: uno soleado y lleno de pájaros cantores mientras que al otro lo estrangulaban las espinas de unos rosales infinitos al compás de unos graznidos amargos. Y, aun así, Fitzherbert sentía la inferioridad de la que no encuentra las palabras a tiempo por no tener sus ideas suficientemente claras. Porfiaba con la idea de que tal vez Catherine Crawford sí poseyera un pedacito más de Weston que ella misma y eso le dolía.

—Qué aburrido. Ahora entiendo por qué no ha germinado nada entre mi hermano y tú, Lilibeth. ¡Me tenías engañada! Aunque es normal, tampoco esperaba que Edrick regresara a casa con una mujer bajo el brazo.

La joven Crawford se mordió la lengua y Amelia apreció aquel gesto lo suficiente como para intervenir.

—Catherine —Weston decidió, por fin, tomarse sus libertades con la hermana de Arthur—, tú has estado tratando más al hermano de Maryanne, ¿por qué no nos cuentas qué piensas sobre él? Tal vez eso ayude al resto a sentir esa gracia que nos está siendo imposible percibir.

La mujer no comprendía cómo podía haber terminado envuelta en aquella situación. Capituló de qué manera las señoritas Weston y Fitzherbert la habían vuelto débil y cómo la primera había

tomado el mando, siendo ella misma la que se encontraba en tela de juicio.

Sus movimientos eran lentos, sus silencios densos y la expectación aumentaba. Cualquiera que estuviera escuchando, pensaría que la joven estaba a punto de cantar una ópera de Verdi y que preparaba internamente el tono para entrar. Por fin, se decidió a hablar.

—Maryanne tiene razón.

La decepción asomó en el rostro de aquellas tres mujeres, esperando que Catherine entonara su propia *Traviata*. Hablar de Larousse, sin embargo, se había convertido en algo privado, generando un recelo doloroso que le obligaba a creer que podía perderlo a cada sílaba pronunciada, como el genio que escapa de la botella abierta. Sentía, además, que ya había contado bastante a su hermano y que ninguno de aquellos suspiros hechos palabras lograban calar lo suficiente en él. ¿Por qué iban a llegar a semejantes damas? Es más, ¿se merecían acaso saber nada sobre Larousse? Ni su propia hermana, allí presente, que se burlaba de él, era digna de tal cosa.

—Ya os lo dije —contestó Maryanne, satisfecha, encantada con el amparo de Crawford.

En medio de aquella contienda que se debatía entre los puñales y las verdades, un sirviente hizo acto de presencia en nombre del señor de la casa e hizo llamar a Lilibeth. Maryanne aprovechó semejante intromisión para escabullirse también durante su ausencia y eso dejó a Amelia y a Catherine solas, mirándose de reojo, temiendo una lo mismo que temía la otra: un juicio injusto.

—Yo he contestado a tu pregunta —comenzó Catherine, cortando con sus afiladas palabras aquel silencio incómodo y haciendo gala de la supuesta cercanía que también había adoptado Amelia en su trato con ella—. ¿Contestarías tú a la mía?

—Es lo justo, ¿no? —se aventuró Amelia, que no tenía miedo a las arañas que correteaban por Allerdale.

—En ese caso, dime, ¿qué opinión te merece mi hermano?

Ya no había ese coqueto disimulo entre las cuatro muchachas que escondía las intenciones de cada quien. Ya solo quedaba la verdad, desnuda en su delicadeza, tal vez también en su crudeza, entre dos mujeres que se miraban a los ojos y se buscaban el alma con la mirada.

—No creo que haya palabras para describir a un hombre tan bueno como tu hermano. En el poco tiempo que me he permitido conocerle, creo sinceramente que no se merece el trato que le das. Eres egoísta, caprichosa, un fuego imposible de detener sin salir escaldado en el intento. Y él, aun así, te contiene a pesar de las cicatrices que le dejas y se abraza a ti porque eres su único sustento, convenciéndose al mismo tiempo de que él es el tuyo.

De todas las posibles formas en que Amelia Weston podría haber roto el corazón de Catherine, nunca se imaginó que sería de aquella manera, diciéndole lo que otros no se atrevían.

—Su sequedad no es más que el reflejo de su posición y de cómo necesita permanecer continuamente en guardia, serio, sereno, para así poder mantenerse como esa constante a la que tú necesitas estar sujeta. ¡No lo tenía claro del todo, créeme! No hasta que has hablado sobre Christopher, sobre cómo tiene los pies en la tierra. Eso es lo que necesitas, ¿verdad? Para no salir volando. Alguien que te consienta en tus devaneos, pero cuya mano sea firme. Supongo que el hermano de Maryanne es también así y por eso te has acercado a él.

El respeto que Catherine había comenzado a sentir por Amelia se imprimió en sus ojos, pero también la pena que la inundaba. Nada de lo que había dicho Weston pecaba de insincero, salvo por un pequeño detalle que, más que de insincero, pecaba de ignorante.

—Te equivocas en una cosa.

Catherine podría haber cogido cada frase de aquel discurso e intentar darle la vuelta. Es lo que

habría hecho en una situación normal, pero entendía que no correspondía en aquella en particular.

—Edrick Larousse no es así. Es lo más distinto que te puedas imaginar a eso.

—Entonces —contestó Amelia, que todavía no se creía aquel silencio ni ganar aquella mano en un juego que ya no precisaba de cartas— lo disimula muy bien.

La joven Weston se levantó, dispuesta a marcharse. Parecía más alta incluso a ojos de Catherine y, antes de abandonar la sala, dejó caer sus últimos pensamientos:

—Lo siento. Es solo que no quiero que le hagas daño también a Christopher.

Catherine, casi sin mirarla, contestó:

—Lo entiendo, pero no puedo prometerle nada.

Amelia temía haber sido sincera en exceso y cómo ello podría afectar a su relación, no solo con su hermano, sino con Arthur. Al fin y al cabo, Catherine parecía ser de esa clase de personas, de las que fraguan un vibrante plan en los confines del infierno, destinado a acabar con quien no le agrada y a posicionar a todos en su favor.

Lo que Amelia no terminaba de descifrar del carácter de la joven Crawford era precisamente que aquellas palabras sinceras habían conseguido todo lo contrario, logrando lo impensable: que Catherine la respetara y deseara, al mismo tiempo, ser su hermana.

Cuando el hombre miente, el Diablo sonríe

Aun con los ilustrísimos señores Fitzherbert advirtiéndolo a sus hijos sobre los modales que debían mostrar de cara a ocupar su puesto como anfitriones, James nunca pensó que llegaría a reunirse una comitiva tan jugosa en su propio hogar. Tampoco que no solo podría ser tildado como anfitrión a falta de los auténticos dueños del lugar, sino que él mismo se había dado el título de titiritero oficial de Allerdale —amén del resto de títulos que le habían ido cayendo por el camino, siendo el más pronunciado el de bufón—.

En el preciso momento en que sus oídos recogían la noticia de aquella trampa paterna, James recuerda suspirar y enfurruñarse. Recuerda un escalofrío recorrer su espalda. ¿Quién le iba a decir que, semanas después del comienzo de aquel ardid, el escalofrío que lo recorrería de nuevo sería la antesala de una satisfacción placentera por observar cómo semejante enredo se convertía casi en una ofrenda a su carácter jocoso? Eso sin mencionar a la fortuna, que le había hecho conocer a una joven tan endiabladamente encantadora como Maryanne Larousse.

Fitzherbert seguía jugando su papel como vividor caradura frente a Weston, asegurando que aquella diversión de bucles oscuros duraría lo que dura el verano. Riéndose, al mismo tiempo, porque su amigo no profesara lo que sentía hacia Catherine Crawford en términos similares. «¡Te he perdido en batalla!», le replicó alguna que otra vez. Weston, no obstante, que conocía a su amigo como a un hermano, supo al instante que Maryanne Larousse no sería ningún capricho y que las absurdas ganas de James de continuar con su vida de bullicio llevaban ya tiempo rivalizando con la atención que requería la joven Larousse. Nada hizo dudar a Christopher Weston de que al menos uno de sus amigos contraería nupcias tras la jornada estival y eso le procuraba una inconmensurable felicidad.

«Creo que ya va siendo hora de tener esa acogedora reunión con concierto incluido, ¿no le parece?», susurró Maryanne en el oído del propio Diablo. «Así podré demostrarles a todos mis dotes de canto», continuó. Y nada más separarse, James Fitzherbert ya había puesto en marcha los preparativos de aquella modesta pero elegante velada que tendría lugar al día siguiente. ¡Fíjese el lector si el anfitrión de Allerdale no era también esclavo de sus sentimientos, siendo otra la auténtica dueña de su corazón y de sus actos!

Así fue como el recogido salón —recogido en comparación al resto de las estancias y salón por decir algo, porque casi parecía más un gabinete— del ala este se iluminó al caer el sol. Paneles de madera recorrían varias de las paredes y el resto lo revestía un papel de terciopelo rojo con cenefas que habrían estado dispuestas a repetirse hasta el infinito, pero que terminaban decapitadas por blancos techos, esculpidos de una belleza ostentosa, casi ofensiva, y coronados por una sinuosa lámpara de araña de la que se desprendían pequeñas perlas que la engalanaban cual collar diamantino.

El salón se dividía en varios sectores: uno destinado al piano, otro a las bebidas espirituosas y el último frente a la chimenea, enfrente a un par de sofás y varias butacas.

Catherine no conocía aquella sala. Había dedicado uno de sus primeros días en Allerdale a

inspeccionar la mansión y aquel gabinete vibrante se encontraba bajo llave. Habría dedicado más de una noche a leer en semejante refugio, incluso a tocar el piano que, aun siendo más pequeño que el que se encontraba en la sala de música, podría haberle servido perfectamente, dada la sugerente estancia, inspiradora cuanto menos. Llena de unas vibraciones que calaron en todos nada más llegar.

—No es mi habitación favorita para las reuniones, a decir verdad —aclaró Lilibeth a quien quisiera escuchar—, pero a James le encanta. Siempre trae aquí a sus amigos.

Todos fueron citados a la misma hora por Fitzherbert y ninguno de ellos dudó en engalanarse lo suficiente como para no desentonar con la generosa invitación a un concierto de piano semejante.

El vestido de Maryanne era de un amarillo apagado, con una muselina negra bordada que se transparentaba justo por encima, sugerente, pero siempre elegante. Lucía un recogido cuyos bucles se escapaban, recorriendo su rostro, y una fina pluma de color azul sobresalía, trenzada a aquel peinado.

A Lilibeth o Amelia no les importaba la sala en cuestión o el tipo de evento. Sus vestidos eran siempre de colores alegres. No necesitaban llamar la atención, pues solían preferir ser ellas mismas: radiantes, ya fuera en su naturalidad o en su seriedad.

Catherine refulgía irónicamente bajo colores oscuros y, aun con todo, casi parecía haber nacido al mismo tiempo que aquel salón o haberse bañado en sus paredes, pues había fragmentos de su vestido que se difuminaban aquí y allá en detalles rojos, siendo quizás la más sombría y provocadora de la noche. Un binomio que manejaba a la perfección.

Los caballeros, no obstante, siempre preferían dejar que las damas llamaran la atención más que ellos y así se dividieron en dos bandos: Larousse y Crawford tomando el negro como aliado mientras que Fitzherbert y Weston lucían algo más colorido, entre crema y azul marino.

El influjo de la sala llamó pronto la atención de quienes quisieron escuchar con más interés.

Larousse, que había llegado del brazo de su hermana, estaba envuelto en una conversación entre Maryanne y Lilibeth que nada le importaba. Su mirada no tardó en volar, posándose en la joven Crawford. Esta, que sintió al instante los oscuros ojos de aquel cuervo —unos ojos que tenían de oscuros lo que tiene el mar azul cuando se torna salvaje, embravecido por el clima—, le devolvió la mirada, obsequiándole con media sonrisa. Una entera habría sido demasiado y todavía quedaba mucha noche por delante para que pudiera ganarse la otra media.

—Catherine, ¿me escuchas? —preguntó Arthur, que llevaba un rato hablando con ella.

—Sí, disculpa. ¿Qué decías?

—Eras tú la que quería decirme algo.

La mujer tuvo que rebuscar en su cabeza, apartando a aquel cuervo que ya batía sus alas dentro, airado por el trato que estaba recibiendo de la susodicha al intentar deshacerse de él. Furioso, graznó, la picoteó un par de veces y, lejos de irse, se posó en la rama de un árbol al que Catherine no podía llegar. «Ya te cogeré», dijo para sí, hastiada pero divertida, mientras pensaba qué era aquello tan importante que quería decirle a su hermano.

—Sí, ya lo recuerdo.

—¿Y bien? —la interrogó.

—Da la casualidad de que el otro día estuve tomando el té con el resto de señoritas...

—No puede ser —interrumpió Arthur—. Hermana, ¿qué estás tramando?

—Silencio. Escúchame cuando intento endulzarte la vida. ¿O solo sabes hacerlo cuando te la amargo?

Catherine clavó su mirada en Amelia con la intención de que esta se percatara. Era imposible

que no le ardiera el cuello por tener posada la peluda pata de aquella araña sobre ella. Así fue como la joven Weston observó la forma en que los hermanos Crawford la miraban mientras Catherine intentaba ocultarlo de forma vaga. La hermana de Arthur señaló entonces a Maryanne Larousse y Amelia no dudó de que sus palabras durante la partida de *bridge* habían herido a Catherine, intentando ser ella la próxima en asestar un doloroso golpe a la señorita Weston.

James Fitzherbert interrumpió cualquier atisbo de una conversación entre sus invitados y alzó la voz.

—Señorita Crawford, ¿sería tan amable de honrarnos con una pieza al piano? Le prometemos disfrutar de ella, aunque sea un réquiem.

Todas las miradas se posaron en Catherine.

—No se preocupe —contestó, acercándose al instrumento de forma serpenteante, como bien la imaginaba Lilibeth en cada uno de sus movimientos—, hoy estoy melodiosa.

Suaves acordes comenzaron a salir de sus dedos cuando se sentó frente al instrumento y Maryanne Larousse no tardó en sentir la necesidad de unir su voz a aquella delicia que terminó convirtiéndose en un tormento. Catherine intentaba ocultar la risa e incluso variar su *tempo* para que la pobre Maryanne no desentonara tanto con la música, pero aquello parecía hecho casi a propósito. Tristemente, no lo era.

James Fitzherbert, que intuyó erróneamente la bella voz de su amada, se llevó una sorpresa ante aquel concierto disonante. No obstante, aunque pudiera parecer que su risa iba en concordancia a la del resto, afilada e hiriente, lo cierto era que adoraba más que nunca a su Maryanne. Intentando ahorrarle el bochorno en la medida en que podía, James se unió de forma socarrona a aquel concierto. Sin duda, era el concierto más divertido al que cualquiera de los presentes había asistido. Fitzherbert y la joven Larousse se miraron y, mientras que él se reía de ella, la muchacha hacía lo mismo de aquella montaña rusa de voces que James estaba poniendo para intentar llegar a según qué tonos, ya fuera en concordancia con su pareja o para complementarla, oponiéndose a ella.

Amelia no se encontraba del todo risueña viendo semejante escena bochornosa ni observando cómo Arthur miraba a Maryanne con el rostro circunspecto. Tampoco Edrick Larousse, que se debatía entre posar sus ojos en la pianista o morir de vergüenza por los gorgoritos de su hermana. Sin olvidar lo poco que le agradaba el caballero que cantaba a su lado.

Aquel dúo fatídico tocó a su fin y todos en la sala aplaudieron, unos más fervientemente que otros. James y Maryanne saludaron cordialmente y se hicieron a un lado para que el resto pudiera escuchar aquella música sin tener que padecer las injurias de semejantes cantores venidos a menos.

Fue entonces cuando Christopher Weston dejó de conversar con su hermana, que se esforzaba por cautivar el interés de este en vano, y se acercó al piano.

—¿Me permite acompañarla?

—¿Usted también va a cantar? Porque le juro que entonces detendré la música. No podría soportar otro asalto —contestó Catherine.

—No, yo no tengo tan buena voz como el señor Fitzherbert y la señorita Larousse —bromeó Weston en un tono comedido mientras Catherine se hacía a un lado en el banco, ofreciéndole asiento.

Arthur, que tras haber sido abandonado por su hermana se había acercado a la zona destinada a los bebedores, observaba aquella escena con una tranquilidad que nada tenía que ver con el desasosiego de descubrir a su hermana y a su amigo en aquella sala de música que ya quedaba lejana en su mente. Nadie podía en aquel momento convencerle de que Catherine debía casarse

con otro hombre que no fuera Christopher Weston. Ni siquiera las palabras de su hermana, que habían sido claramente corrompidas por el picotazo del cuervo.

Sin embargo, Arthur no era el único en observar la escena. Amelia, Lilibeth y el Larousse menos cantarín estaban igual de interesados, pese a su descontento.

La primera no soportaba que Catherine siguiera jugando con su hermano o con Arthur. Le preocupaba el hecho de que Christopher pudiera ser mordido por semejante serpiente traicionera y que su embrujo lo pusiera contra ella si Amelia decidía darle cualquier sincera opinión sobre su amada.

Los motivos de Larousse y Lilibeth derrochaban bilis. Como su amiga Amelia, Lilibeth tampoco soportaba esa forma endiablada de Catherine de manipular a su antojo y veía a Christopher como alguien casi prístino, merecedor de mucho más que de aquella vulgar arpía.

Weston, aunque no lo pareciera, no era del agrado de todos. Larousse clavó su mirada en él y, en su propia imaginación, le clavó también un puñal, dos, los que hiciesen falta para que se alejara de Catherine. Quizás él no fuera el hombre más apuesto del mundo, tampoco el más divertido, pero su estómago se calcinaba al pensar que Christopher Weston distaba también de ser un Adonis y que, sin embargo, su actitud embellecía para Catherine aquel rostro singular. Sin olvidar que sus maneras, sus bufonadas o su palabrería endemoniada hacían que la mujer se cuestionara sus sentimientos hacia el propio Edrick.

Larousse no tardó en levantarse del sillón, dispuesto a ponerse una copa, dos o doscientas si eso le daba el valor que necesitaba para pasar el resto de la noche, pedirle matrimonio a Catherine o batirse en duelo con Weston. Lo que llegara antes.

Semejante inquina podía atisbarse de un simple vistazo y así fue como Arthur la cazó al vuelo, fijando todos sus sentidos en Larousse, a la espera de que alguno le corroborara que aquel debía ser el caballero para su hermana. Por desgracia, solo pudo apreciar a un hombre débil, sombrío, mustio, lleno de amargura y de odio.

«[...] hay hombres que han nacido con unos sueños que se han ido haciendo trizas según cumplían años. Hombres que se creían muertos y enterrados en vida. Edrick Larousse es uno de esos hombres. No es un entendido de las finanzas, sino un apasionado de las letras. No es heredero de corazón más que del legado que prestan las lenguas clásicas y los mitos antiguos. Es Prometeo encadenado a una roca que o bien se presta a sujetar durante toda su vida, sin importar el daño, o bien se desprende de ella ya mismo, precisamente por el miedo que pueda generar ese daño».

Las palabras de su hermana inundaban el recuerdo de Arthur, haciendo mella en su oído, como si volviera a susurrárselas.

Allí mismo, con la voz de Catherine todavía caliente, Crawford fue sorprendido por una conversación que no habría esperado tener.

—Es curioso cómo su hermana nos tiene a casi todos en esta sala pendientes de ella —se atrevió a pronunciar Larousse, jugando con la ambigüedad del momento.

—Sí, es un don que tiene.

Arthur seguía observando a aquel cuervo mientras este hacía lo mismo con Catherine. Resultaba casi ofensivo para su hermano.

—Espero que no siga metiéndose en medio de más peleas —manifestó Crawford al observar que la herida que Larousse llevaba luciendo en el labio durante un tiempo ya se había borrado casi del todo.

—¿Lo dice por el puñetazo? —sonrió ligeramente, ofreciéndole al hermano de Catherine la primera sonrisa que este recordaba haber visto salir de los labios de aquel hombre—. Créame, no

hay herida en el cuerpo que pueda asemejarse a las del alma.

Aquella frase deshojó por sí sola un sinfín de connotaciones que Arthur no pudo dejar pasar.

—Mi hermana también tiene un don para esas cosas.

—Ciertamente lo tiene.

Aquella fue toda la respuesta que dio Larousse, lejos de satisfacer a Arthur. Este no contaba con el hecho de que la providencia hubiera unido a dos personas que se asemejaban por sus escasas palabras y su actitud lacónica. Aun así, le dio un voto de confianza en honor a su hermana.

—Creo que nunca llegué a pedirle disculpas por el golpe.

—Tampoco hubiera hecho falta. Seguro que, por una cosa u otra, habría terminado mereciéndomelo. Si no lo hacía ya.

—Reconozco que he querido pegarle en más de una ocasión —se sinceró Arthur.

—Lo entiendo. Yo en su lugar también lo habría hecho.

—¿De veras? No le veo muy por la labor con Fitzherbert —bromeó Crawford someramente.

—Como verá, he dicho que lo haría si estuviera en su lugar. Permítame presentarme como un auténtico cobarde, que es lo que soy. Su hermana bien lo sabe ya.

—Que el cielo me ampare si alguna vez llego a entender a las mujeres, señor Larousse, pues juraría que mi hermana no es nada partidaria de la cobardía.

—Entonces pecaría de hipócrita, como hace con otras muchas cosas, pues su hermana, y disculpe mi atrevimiento, es igual de cobarde que yo en según qué asuntos.

—¿Por ejemplo? —interrogó Arthur, obviando el hecho de que no le agradaba aquella forma familiar que tenía de dirigirse a ella, como si la conociera.

—¿Se lo tengo que decir yo? Es su hermana, ¡por supuesto que lo sabe! Sabe lo cobarde que es para tomar decisiones. Para elegir algo, sabiendo que perderá lo que hay al otro lado de la balanza. Supongo que, cuando su madre le daba a elegir un vestido entre dos, lloraba hasta que se le ofrecía poder quedarse con ambos. Por desgracia, la vida real no es así.

¿Qué podía decir Arthur ante aquello? Edrick Larousse llevaba razón. Aunque eso no significaba que la forma que tenía de hablar de Catherine hubiera comenzado a agradarle ni mucho menos.

—Pasando por alto el hecho de que habla de mi hermana y de cómo ha sido criada con una familiaridad que no corresponde...

—Mis disculpas, de veras —interrumpió Larousse, sincero.

—Debo decirle que tal vez no sea tanto su cobardía en el hecho de elegir por miedo a perder, sino en el hecho de perder precisamente lo que tiene ahora. Cuando se case y tenga que ser la dueña de un hogar, cuando deba amamantar a sus hijos y cuidar a su esposo, ¿cree que tendrá tiempo para ser quién es? El piano, los libros, revolotear como solo ella sabe... Enamorarse, para Catherine, debe de ser tan angustioso como una penitencia en algún calabozo al que nadie la ha condenado, pero donde acabará poniendo el pie igualmente si no lo tiene ya. Además, ella es tan apasionada en todo lo que hace que me extraña que no se haya enamorado ya una y otra vez, intentando siempre mantener a raya semejante maldición. Tal vez esa sea la verdad y no que siempre ha desdeñado a quien la pretendía. Al fin y al cabo, sabe que siempre podrá vivir en su hogar. Aunque madre muera o aunque yo me case. Nunca permitiría que se quedara sin nada, por mucho que tuviera que darle todo lo que tengo y vivir yo de la caridad.

Larousse escuchó el discurso de un hombre que quería a su hermana y, puesto que él también quería a Catherine y sabía lo que era cuidar de los suyos, no solo tomó aquellas palabras como una advertencia, sino como una muestra de confianza. Un paralelismo que los unía a ese amor

filial que ambos sentían.

—Entiendo que no quiera dejar lo que tiene ahora.

El rostro de Larousse se ensombreció. Si las posibilidades de convencer a Catherine escaseaban, el hecho de que su herencia no estuviera tampoco asegurada si no hacía caso a su padre en absolutamente todo, lo que implicaba desposar a alguien por quien no sentía nada, aquello le hundía en un pozo de desesperación. ¿Cómo iba entonces a darle a Catherine la vida que merecía?

—Bueno, ¿quién sabe? —Hasta Arthur sintió pena de aquel hombre que, durante unos minutos, le pareció casi agradable—. Tal vez me equivoque. Lo que sé es que Allerdale ha supuesto para ella un problema inesperado. Solo espero que sepa solucionarlo de forma adulta y que no se arrepienta de sus decisiones por el camino.

Crawford se dispuso a unirse al resto de los invitados, pero antes creyó oportuno dejar una última cosa clara, valiéndose de una mirada que nadie deseaba recibir:

—También espero que los caballeros que la rodean sepan comportarse y que no tenga que ser yo el que haga que ellos se arrepientan.

Larousse asintió y, tras unos minutos de zozobra, volvió a perderse en Catherine. Esta se afanaba por ponerle las cosas difíciles a su compañero en las teclas, variando constantemente el ritmo para intentar cogerle desprevenido. Cuando lo hacía, la sorna inundaba sus palabras y también sus miradas. Weston se mojaba los labios, intranquilo, como el viento anunciando la tormenta. Aprovechaban la informalidad de la situación, con todos los invitados pendientes de cualquier cosa menos de la música, para acariciarse este dedo o el otro sin que nadie lo apreciara.

—¡Queridos invitados! ¡Amigos! —comenzó James Fitzherbert, queriendo llamar la atención una vez más—. ¿Qué les parece si jugamos a un par de juegos entre todos? Les aseguro que no saldrán de esta habitación siendo los mismos ¡y si lo hacen, es que no habremos jugado bien!

Arthur, que todavía seguía de pie, rehusó con la cabeza.

Larousse, que se había sentado en un sillón, se disponía a levantarse y dejar el sitio a quien quisiera unirse. Sin embargo, cuando sus piernas ya reclamaban hacer un esfuerzo para alzarse, Catherine se apoyó en el reposabrazos izquierdo —¿cuánto de meditado y cuánto de casual había en semejante gesto?—, imposibilitando que Larousse pudiera dejar aquel lugar por miedo a que cualquiera decidiera quitárselo. Como un perro mendigando un hueso, además, colocó su mano disimuladamente tras la espalda de la mujer, acariciando su vestido a escondidas.

El resto de invitados observaban a Fitzherbert, expectantes.

—¿Ven esos pedazos de papel que se encuentran en la mesa? Voy a hacerles una pregunta. Todos tienen pluma para dejar sus respuestas escritas. Aunque hay un elemento más importante que el utensilio con el que se escribe: la sinceridad. Cada quien debe ser sincero en sus respuestas, escribiendo un *sí* o un *no* dependiendo de la pregunta. A continuación, yo me haré con cada uno de los trozos de papel y los leeré en voz alta. ¡A partir de ahí, todos podremos sacar nuestras propias conclusiones! De hecho, si todos se animan, podríamos incluso intentar adivinar a quién pertenece cada respuesta.

La letra pequeña del juego estaba ahí, delante de ellos. Y aunque algunos pensaron calmadamente si querían seguir formando parte de aquella trampa vagamente camuflada incluso antes de empezar, la velocidad con que Fitzherbert dio cuerda a aquel reloj que marcaba la hora de la sinceridad mareó a unos más que a otros.

—¿Alguna vez —comenzó James— se han comportado de forma impropia bajo los techos de Allerdale? ¡Escriban!

Arthur ya sentía su corbatín asfixiándole.

El anfitrión también escribió en su trozo de papel y, cuando los hubo reunido todos, comenzó a leer en voz alta.

SÍ

NO

SÍ

SÍ

SÍ

SÍ

NO

Todos se miraron, cuchicheando. Maryanne tenía claro que uno de esos *no* era de su hermano. Edrick, por el contrario, esperaba que uno fuera de ella. Amelia temió que su hermano hubiera escrito *sí*. Christopher, aunque no convencido del todo, intuyó que uno de esos *no* era de su hermana. «Demasiados *sí* para poder estar tranquilo», pensó Arthur, que seguía el juego de lejos.

—Bien, así me gusta. El anonimato siempre saca lo mejor de cada uno, ¿no creen? —bromeó el anfitrión.

—Yo tengo una pregunta —se adelantó Maryanne—. ¿Les gustaría casarse con alguien de los presentes?

James sonrió. Maryanne rebosaba malicia y por eso la adoraba, pues había intuido su potencial tras observarla la primera noche.

SÍ

SÍ

SÍ

SÍ

NO

SÍ

QUIZÁS

Larousse y Arthur supieron, sin lugar a duda, que si ese *quizás* no era de Catherine, habría respondido directamente que *no*. El primero dejó de acariciar disimuladamente la espalda de la mujer y esta lo notó al instante.

—Lo siento para quien haya escrito que no. Esperaba que todos pudiéramos divertirnos este verano en Allerdale —se excusó James.

—Yo lo siento más por quien no lo tenga claro. Eso es que tiene que pensárselo mejor —inquirió Maryanne, contenta porque la existencia de tantos *sí* significaba que uno podía ser de su amado.

El resto de personas en la sala emitían sus propios juicios con la mirada y otros se cuidaban de no mirar a nadie directamente a los ojos, por miedo a desvelar demasiado.

—Si tuvieran que decir quién de todos sería el mejor esposo, ¿a quién escogerían? Los caballeros también.

Los papeles fueron leídos una vez más:

WESTON

WESTON

CRAWFORD

FITZHERBERT

CRAWFORD

CRAWFORD

WESTON

Había un empate.

—Todos sabemos quién ha elegido a mi hermano —se pronunció Lilibeth, despejando dudas para quien las tuviera.

—Ha sido él mismo, ¿verdad? —bromeó Catherine.

—Lo cierto es que me habría gustado, aunque no quería hacer trampa —contestó James, pero ¿se podía confiar en su palabra?

Larousse se dio cuenta de que nadie había pensado en él. No solo eso, sino que tres personas de aquella sala habían votado por Weston. Catherine también apreció semejante detalle y, disimuladamente, dejó caer su mano sobre el hombro de Edrick en una fugaz caricia que nadie vio, terminando pendida sobre su muñeca, donde aquellos finos dedos comenzaron a hacerse cosquillas con la manga del caballero. Si hubiera sabido de aquel desenlace, habría escrito su nombre y no el de su hermano, pues no se merecía tamaño desplante por parte del resto.

—Ahora, al revés. ¿Quién piensan que sería la mejor esposa? ¡A escribir!

De nuevo, los papeles mostraron los pensamientos de cada quien:

FITZHERBERT

WESTON

CRAWFORD

LAROUSSE

WESTON

WESTON

FITZHERBERT

Maryanne dejó a un lado la sonrisa y dio muestras de estar claramente enfadada, pues James no había escrito su nombre, ya que había sido ella misma la única en escribirlo.

Weston, por un lado, estaba contento de pensar que su hermana tenía semejante reputación. Se sintió inquieto, sin embargo, al leer el nombre de Catherine en aquellos papeles, no habiendo sido él quien lo había escrito, sino claramente Edrick Larousse, su caballero de las cartas.

Catherine casi se molestó al leer su nombre escrito una vez, puesto que eran dos los hombres que la cortejaban. No obstante, dejando a un lado su orgullo, no tardó en recordar que Edrick Larousse no había tenido ni un solo voto.

Arthur se sorprendió de igual forma, sabiendo de antemano que el único nombre de su hermana que figuraba en aquellos papeles pertenecía a Larousse. ¿Habría Weston votado a su propia hermana? ¿O tal vez a Lilibeth?

—¿Y si cambiamos de juego? —interrumpió Maryanne, visiblemente molesta—. Ya me he aburrido de este.

—Sí, creo que va siendo hora de cambiar —estuvo de acuerdo James—. De hecho, tengo ya pensado el siguiente. Yo haré una pregunta a una persona. Esa persona debe ser sincera o, en el caso de no querer contestar, deberá cumplir con algún encargo que se le haga. A continuación, esa persona podrá ser la siguiente en hacer una pregunta y tendrá también el derecho de elegir a

quien quiera.

—Creo que ya no me apetece jugar más —confesó Catherine, mostrando cierta desazón.

—¡No! De eso nada. El único que no puede jugar aquí es el señor Crawford, que fue inteligente escapándose desde el primer momento. ¡Atención! Mi primera pregunta será para... ¡Christopher Weston! ¿Es cierto que cuando la señorita Crawford y tú desaparecisteis en el picnic, os encontraron juntos y *abrazados*? —Fitzherbert quería ser malo con su amigo, pero en su justa medida.

Christopher miró a su encuestador sin entender sus intenciones y Edrick Larousse se puso blanco, más de lo acostumbrado, dando la razón a todos sobre su procedencia transilvana.

—La señorita Crawford había tropezado. Así que sí, puede decirse que sí —mintió, sintiendo el peso de todas las miradas a su alrededor, pero, sobre todo, la de Arthur.

—Está bien. No puedo corroborar si eso es cierto o no —mintió también Fitzherbert—, así que escoge a tu víctima y haz tu pregunta.

¿Y qué pregunta podía hacer? Le habría encantado dejar en evidencia a Larousse, pero habría mentido igual que acababa de hacer él.

—Mi pregunta es para Edrick Larousse.

¿Qué demonios? No, no iba a perder la oportunidad.

Arthur temblaba, pese a no formar parte del juego. Su hermana miraba a Weston, implorando clemencia, y Larousse lo encaraba, pues ambos sabían que el odio era mutuo.

—¿Es cierto que se cartea con una mujer y que esta mujer también se encuentra bajo los techos de Allerdale?

—Sí —contestó, olvidando su cobardía justamente en el peor momento.

—¿Y quién es!? —preguntó Maryanne, veloz como una liebre, no pudiendo creerse aquello. El resto de señoritas tampoco se lo creían. Todas menos la implicada.

Catherine apartó la mirada, como si Amelia o Lilibeth no hubieran intuido su nombre de buenas a primeras.

—No —interrumpió James Fitzherbert, solemne como pocas veces. Él, desde luego, no necesitaba respuesta alguna, pues ya las sabía todas—. La pregunta ya ha sido formulada y ya ha sido contestada. Es el turno del señor Larousse.

—Mi pregunta es para el señor Fitzherbert. ¿Fue usted uno de los que escribió *sí* a la pregunta que cuestionaba si habíamos sido impropios bajo el techo de Allerdale?

—Esa respuesta, señor Larousse, tiene truco. Yo llevo toda mi vida bajo este techo, y eso significa que sí, he sido impropio en esta casa. Debería haber orquestado mejor su pregunta. Una lástima. ¡Siguiente! ¡Ajá! Escojo a la señorita Crawford.

—Mida bien sus palabras, señor Fitzherbert —amenazó Arthur desde la otra esquina.

—¡Tranquilo! Esto solo es un juego. De hecho, mi pregunta es más una petición: ¿Conoce la historia del castillo de Larroquette? Cuéntenosla, para que todos aquí la sepamos.

Catherine se quedó en blanco, a juego con su acompañante. Larousse y ella miraron a Fitzherbert y después se miraron el uno al otro de forma fugaz. Nadie más estaba entendiendo la forma tan sutil que el anfitrión de Allerdale les había dejado caer que sabía todo lo que hacían bajo su techo. Incluso en las zonas aledañas.

Crawford comenzó a contar aquella historia de vivos emparedados valiéndose de una desgana palpable y Larousse, que continuaba herido por respuestas a preguntas que a nadie le importaban, volvió a colocar su mano detrás de Catherine de forma clandestina, esperando que cada caricia hiciera las cosas más llevaderas.

Una vez hubo terminado, la joven valoró en qué arma convertiría su pregunta y quién sería el

blanco que recibiría la estocada. Pensó en hacer daño a Fitzherbert a través de Maryanne, pero se guardó de ello por miedo a perder los privilegios que había logrado sobre la hermana de Larousse y también para no preocupar más de la cuenta a su hermano.

—Mi siguiente pregunta es para la señorita Fitzherbert. ¿Qué nombre escribió en el papel cuando se le interrogó sobre la posibilidad de escoger al mejor marido en la sala?

Lilibeth se sonrojó, miró en derredor y después contestó.

—A mi hermano.

James resopló.

—¡Vamos, hermanita! Creí que teniéndome a mí al lado sabrías mentir mejor. Todos saben quién escribió mi nombre en el papel y no fuiste tú.

Que atacaran a su hermana tampoco parecía ser un punto débil en el carácter del anfitrión. Casi se jactaba de dejarla en evidencia, no por buscar parecerse al Diablo todavía más, sino por esa forma satírica de entender su existencia propia y la de quienes le rodeaban.

—Ella escribió el nombre del señor Weston, ¿a que sí? —instigó Maryanne.

Arthur se sorprendió de aquella confesión a medias y se preguntó si la unión de su hermana con Weston podría peligrar en cierta manera, ya no por un tercero en discordia, sino por una cuarta.

—Es un buen hombre, simplemente he creído que era la opción más correcta.

Weston observó a Lilibeth, que compartía el mismo tono en sus mejillas que él.

—Madre se sentiría decepcionada si supiera que no has votado por el señor Larousse. De hecho, ahora que hago memoria, creo que nadie votó por él —recordó James, en su afán por granjearse más enemigos—. Ni siquiera esa mujer desconocida con la que se cartea.

Edrick Larousse valoró que, para él, la velada había tocado a su fin. Se levantó del sillón sin mediar palabra y abandonó la sala mientras todas las miradas se posaban en él. Segundos después, Catherine se levantó también, pero Arthur la interceptó, cogiéndola del brazo.

—Siéntate —le advirtió en un susurro, intentando guardar las formas.

Su hermana se zafó de aquel agarre y siguió a Larousse escaleras arriba.

—¡Qué manera de estropearlo todo! —suspiró James, dando por finalizada aquella reunión—. Menudos modales.

Maryanne se mantuvo en silencio. Sabía que su amado se había extralimitado, pero bien era cierto que ella nunca había entendido a Edrick. El hecho de que este siempre le ocultara lo que pensaba o lo que sentía era una barrera más que los volvía dos desconocidos y, si algo tenía claro Maryanne era que no iba a luchar por un desconocido, ni aunque fuera su hermano.

Catherine subió las escaleras y cruzó el pasillo, observando cómo la puerta de Larousse se cerraba frente a ella. Sintiendo, instintivamente, la necesidad de golpear la madera.

—No deberías haberme seguido —contestó Larousse al otro lado, adivinando quién era su visita nocturna—. ¿Qué pensará el resto? De hecho, no deberías estar aquí a estas horas. Tu hermano podría decirte algo. Y si no, algún sirviente ya se encargará de decírselo a Fitzherbert.

—¿Me dejas entrar o no?

Su trato se había despojado de la indumentaria característica para dama y caballero semejantes, con ese toque de lejanía insustancial y el absurdo y nobilísimo respeto que estaba de más cuando dos personas sentían aquella cercanía.

Larousse abrió la puerta y se hizo a un lado, invitando a Catherine a entrar. Una vez dentro, esta comenzó a hablar, sin saber por dónde empezar.

—¿Qué ha pasado esta noche? —preguntó.

—Déjame recapitular para ti: has estado tocando el piano con Weston, yo he hablado con tu

hermano y después me he enterado de un número considerable de cosas de las que hubiera preferido no enterarme. Lo que ya no estaba dispuesto a permitir eran más burlas a mi costa.

—¿Crees que yo me he burlado de ti?

—Todos lo hacen, Catherine, ¿por qué no ibas tú a dejarte llevar también?

El silencio que les acompañó no fue demasiado agradecido.

—Fitzherbert tiene razón —continuó Larousse—. Ni siquiera tú me valoraste como posible esposo.

—¿Eso hubieras preferido? ¿Levantar todavía más sospechas? No sé qué estás pensando que escribí en esos papeles, pero lo que se escapó de mi puño y letra fue el nombre de mi hermano. ¡Al menos yo no ando por ahí diciendo que me carteo con una mujer dentro de Allerdale! Espero que estés contento, porque nunca había sentido tantas miradas posadas sobre mí, ¡ni cuando estaba al piano!

—Yo no me avergüenzo de lo que siento.

—¿Y crees que yo sí? Además, ¿desde cuándo no te avergüenzas de lo que sientes? Hace unos días me pedías que te dejara ir, que no jugara contigo. Me repetías que tus obligaciones eran más importantes que cualquier otra cosa.

—Lo que creo es que uno de los dos ya ha tomado su decisión y el otro todavía no.

Aquellas palabras acompañaron a Larousse hasta la puerta, dispuesto a irse de su propia habitación, pero Catherine le impidió cruzar el umbral. Le sujetó fuertemente del brazo y los dos se revolvieron durante unos segundos.

—Suéltame, Catherine.

—¡No! ¡Deja de ser un cobarde, enfréntate a mí de una vez!

Larousse se volvió, furioso, observando inesperadamente el rostro de la joven Crawford desenchajado. El miedo, la ira y la desesperación no le permitían soltar aquel brazo y traicioneras lágrimas amenazaban con derramarse sobre sus mejillas.

Edrick perdió todo atisbo de cólera y fue precisamente por las mejillas de Catherine por donde deslizó sus dedos antes de besarla. ¡Qué gesto tan agradecido en momentos de zozobra! ¡Qué forma de cortar de raíz cualquier signo de discusión o de duda! La belleza de un sentimiento que no se dejaba empañar por el orgullo ni por ningún agravio, sin importar su magnitud. Así, Larousse absorbió con aquel gesto la iniquidad que estremecía el corazón de Catherine y liberó, al mismo tiempo, el suyo propio de la animadversión que lo envenenaba. ¿Quién era capaz de hablar de ninguno de los dos como piezas corrosivas de un tablero destinado al fracaso? ¿Quién a cuestionar el bien que uno podía ejercer sobre el otro con gestos así?

Los besos continuaron sucediéndose y Larousse comenzó a desabrocharse el chaleco, susurrando entre dientes:

—Acabemos de una vez con esto.

Catherine, que al principio no le dio mayor importancia, preguntó, unos segundos después, el significado de aquella frase.

—Lo que dejamos a medias en el castillo —aclaró él—. ¿No era lo que querías? Si tenemos suerte, la sogla que nos hemos puesto al cuello se aflojará y podremos escapar de la horca.

—¿De la horca? —preguntó ella, alejándose de aquel hombre.

El rostro de confusión de Catherine y su gesto de ofensa le dieron a Larousse motivos para fruncir el ceño, interrogándose sobre si la mujer que se encontraba frente a él era la misma con la que había hablado días atrás. Un rayo de esperanza cruzó sus ojos al pensar que tal vez sus cartas, sus conversaciones o incluso aquel juego del diablo habían tenido algún tipo de efecto transformador sobre ella.

—No, no quiero esto —se sinceró Catherine.

Si era una afirmación o una pregunta, fue algo que ninguno de los dos supo contestar. Los ojos de la joven Crawford echaron a correr en todas las direcciones posibles, cavilando por dentro el motivo de rechazar aquello que la había desvelado durante tantas noches.

Larousse, que en aquel momento sintió un destello de clarividencia digno del oráculo de Delfos, la asió del brazo en cuanto intuyó sus intenciones de abandonar la habitación. Si Catherine volvía a la soledad de su cuarto, estaba seguro de que se corrompería con sus propios pensamientos, cargados de desdén hacia el matrimonio y de una libertad utópica, siendo necesario actuar para garantizar la victoria a su favor.

—Espera. Quédate conmigo esta noche.

—No, no puedo —contestó ella, sorprendida por aquella petición. Más todavía por su propia respuesta—. Estoy segura de que Arthur pasará por mi habitación. Si no es esta noche, será mañana.

Larousse no sabía qué más decir. Soltó el brazo de Catherine y la perdió al otro lado de la puerta.

Tras aquella pérdida no hizo otra cosa que pensar. Por un lado, sabía que su oscura imagen inundaba los pensamientos de la joven Crawford y que no le era tan sencillo desprenderse de su sombra así como así, pues había plantado una semilla en aquella mujer y germinaba de formas inesperadas. Valoró también sus posibles movimientos. «Una amenaza quizás», pensó él. Pero ¿y si ese día la estrella del orgullo brillaba en los ojos de ella y decidía elegir el camino equivocado? ¿Cuánto la conocía? ¿Cuánto podía arriesgarse? Y Weston, ¿cómo podía saber Larousse hasta qué punto estaba aquel caballero metomentodo involucrado con ella? El pecho de Edrick se estremeció al recordar las palabras arrojadas al aire por James Fitzherbert: «juntos y *abrazados*».

Sus pensamientos no le dejaron oír la primera retahíla de golpes, pero sí oyó la segunda.

Alguien llamaba de nuevo a su puerta.

Era Catherine.

Que comience la farsa

Arthur Crawford se despertó aquella mañana con un ardor de estómago que había comenzado la noche anterior. Quién sabía si provocado por la cena, el alcohol o los juegos de Fitzherbert.

Como ya predijera su hermana, su primer pensamiento consistió en hacerle una pequeña visita. Así, tras recorrer un par de pasillos, se posicionó por fin frente a la puerta de Catherine y, al comprobar que no había nadie en su habitación, un escalofrío recorrió aquella espalda encorvada de sus tardes enfrentado al escritorio, preguntándose dónde había pasado la noche aquella escapista. Casi fuera de sí, temiéndose lo peor, Arthur puso rumbo de nuevo al pasillo donde se hallaban los cuartos de los caballeros, sintiendo un especial interés por saber si Edrick Larousse había pasado la noche solo o tal vez acompañado. De ser así, si sus sospechas llegaban a confirmarse, una herida en el labio no suponía nada en comparación a lo que Arthur pensaba hacerle.

—¡Señor Crawford!

Lilibeth Fitzherbert brotó por sorpresa de una de las esquinas de aquella mansión para detenerse justo en su camino, a escasos metros de la puerta de Larousse.

—Mi hermano quiere que esta mañana todos le acompañemos a la hora del desayuno. Al parecer, tiene algo que contarnos y que tendrá que ver con la siguiente actividad que realizaremos.

Arthur intentó escabullirse con evasivas, pero la joven Fitzherbert le sujetó del brazo, asegurando que cualquier cosa que fuera a hacer podía hacerla en otro momento. Así fue como lo arrastró escaleras abajo, imposibilitando saciar su curiosidad. «Es mejor así», pensó a continuación, pintando pequeñas excusas entre el resto de sus pensamientos, teñidos todos de un tono mucho más sombrío.

Cuando el señor Crawford y la señorita Fitzherbert llegaron al comedor, encontraron al resto de invitados dispuestos a tomar asiento, incluidos Catherine y Larousse. Algunas heridas abiertas la noche anterior todavía supuraban y el escozor de los golpes podía apreciarse perfectamente en los ojos de cada quien, ya fuera por las lágrimas que se negaban a verter, como por la ira que inflamaba ciertas miradas.

—¡Cuánto me alegro de que hayan acudido a mi llamada! —comenzó James Fitzherbert, levantándose una vez todos habían tomado asiento—. Después de mucho valorar la situación, me he dado cuenta de que anoche tentamos a la suerte demasiado. Bueno, unos más que otros, quizá.

Lilibeth le hizo un leve gesto, indicándole que no siguiera por ahí.

—Lo que quiero decir es que estoy en mi obligación de pedir disculpas a todo aquel que se haya sentido ofendido por mis comentarios. Aunque mi intención fuera únicamente la de divertirles.

Su hermana volvió a resoplar.

—De acuerdo, de acuerdo. Para que puedan apreciar la sinceridad de mis disculpas — continuó mientras uno de sus sirvientes le entregaba unos papeles—, les confieso que tenía la intención de escribirles una carta a cada uno, de forma personal, redimiendo mi comportamiento.

Sin embargo, en cuanto empecé a escribir, me di cuenta de que aquello era absurdo, más acorde a un banquero —una mirada se escapó hacia el mayor de los Larousse— que a alguien de mi carácter. Es por eso que creí más conveniente dedicar las horas muertas que precedían a mi sueño para escribir una obrilla de teatro... ¡que vamos a representar aquí, en Allerdale!

James comenzó a repartir los papeles entre los invitados mientras estos se miraban unos a otros como si Fitzherbert hubiera acabado de perder la poca cordura que le quedaba.

—¿Y quién será la protagonista!? —preguntó, confiada, Maryanne.

—Oh, eso es lo mejor de todo. Según la obra se iba materializando en mi cabeza, con sus blancos y sus negros, los toques de drama y de humor, solo podía ver la imagen de la señorita Crawford como nuestra Perséfone. Ella, que no se decide a permanecer en nuestro mundo del todo y, aun así, lo visita a diario. Probablemente la única dama aquí que soportaría el peso de una corona en llamas.

Larousse, que desconfiaba no solo de las artimañas de Fitzherbert, sino de sus conocimientos, efectivamente comprobó de una ojeada que aquella obra no era más que un burdo pastiche donde los distintos mitos griegos se solapaban a capricho:

	Catherine
	Crawford
	Christopher
	Weston
Perséfone	Lilibeth
Orfeo	Fitzherbert
Eurídice	Edrick Larousse
Hades	Arthur Crawford
Zeus	Amelia Weston
Calíope	Maryanne Larouss
Afrodita	e
Dioniso	James Fitzherbert

Ni siquiera el contexto tenía sentido alguno y aquellas historias entrelazadas tan burdamente era imposible que terminaran consiguiendo llegar a buen puerto.

—Orfeo nunca se enamoró de Perséfone —aclaró en voz alta el hermano de Maryanne, tras leer mejor la trama que acompañaba a aquellos papeles.

—En esta obra sí. Porque ¿qué hay, al fin y al cabo, más humano que las tragicomedias que vivían los dioses? Llenas de enredos, de malentendidos, de humor absurdo. ¡Ah! No digan que no hasta saber sus papeles y no rechacen la trama o su veracidad, si es que queda todavía algo de veracidad en un mito, hasta que no les haya arrebatado una sonrisa y se haya hecho con sus

corazones.

Maryanne, que había arrugado el gesto de su rostro cuando James advirtió que la protagonista sería Catherine, lo observaba ahora expectante, casi amenazándole en busca de que su papel fuera digno.

—Ya hemos dicho que Perséfone será la señorita Crawford. Hades, el sombrío, ese dios del Inframundo que raptó a la bella Perséfone, muy a pesar de los deseos de su hermano, será el señor Larousse. Y como en esta obra no hay dos protagonistas sin tres, Orfeo, el de la lira, el que vagó por el inframundo a ciegas esperando no perder a su amada y que aquí no tiene muy presente a qué mito corresponde, se enamorará de nuestra protagonista, siendo el señor Weston el indicado para tal papel.

Todos en la sala sintieron una reminiscencia abrumadora que refulgía en ecos de la noche anterior. Parecía que Fitzherbert quería volver a atraparlos con su tridente, por lo que nadie se mostraba contento con aquel juego histriónico.

—La joven Eurídice, desesperada por poder contar su mito y que su caballero la atienda debidamente, será mi querida Lilibeth. La señorita Weston hará el papel de Calíope, que, como madre de Orfeo y musa de la elocuencia, verterá en su oído las palabras para alejarle de su nueva obsesión. Al mismo tiempo, como padre de los dioses y dios del rayo, he pensado que el personaje de Zeus, ofuscado en salvar a su hija, sería perfecto para el señor Crawford.

Arthur Crawford soltó, airado, los papeles y se levantó de su asiento. De sus ojos escapó un rayo que, como habría hecho Zeus, fulminó al dueño de Allerdale antes de abandonar el comedor con paso firme.

Lo cierto era que, por mucho que aquellas ideas hubieran salido de la mente de un hombre que estaba empeñado en burlarse de todos, más de una sonrisa había escapado durante el reparto de los personajes y aun las que habían sido destinadas a ser madres abnegadas o mujeres repudiadas se adelantaron a las páginas que componían los distintos actos y apreciaron escenas que les agradaron. Escenas que necesitarían de sacrificados ensayos, escenas con sentimientos afectados y acercamientos amorosos.

—No me cabe la menor duda de que el señor Crawford es el Zeus perfecto. Solo observen de qué forma hemos sentido todos esa energía fluyendo por la sala en cuanto se ha levantado. ¿Sería tan amable, señorita Crawford, de hacerle entrar en razón? Pues si no participamos todos, me temo que sería imposible realizar la obra —mintió—. El padre de los dioses no puede faltar.

Catherine asintió. Sin embargo, mientras valoraba lo imposible de aquella misión, fijó su mirada en Amelia Weston. Ella bien podría hechizar mil veces mejor a su hermano con aquel tono sensato y esa dulce voz que conjuraba la razón allá donde fuera, consiguiendo que este cumpliera su correspondiente papel dentro de la obra.

—¿Y cuáles serán nuestros personajes? —preguntó Maryanne, sin haber ojeado todavía los papeles que los contenían.

—Usted, sin lugar a dudas, será la diosa Afrodita, personificación de la belleza y el amor. Y yo... bueno, ¿qué deidad hay que me represente más que el dios Dioniso? Conocido por sus buenos vinos y sus mejores bacanales.

La señorita Larousse no cabía en sí misma de alegría. Pensaba, en efecto, que Afrodita era la diosa que más encajaba con ella. Mucho más que Perséfone, que ya no le gustaba.

Edrick Larousse soltó una carcajada inesperada.

—¿Sabes, hermana, que eres la bisabuela del señor Fitzherbert?

Maryanne se sonrojó como las fresas más dulces y Catherine no tardó en buscar su mirada, regalándole unas palabras de alivio:

—No se preocupe, señorita Larousse. Su hermano y yo somos tío y sobrina y, aun así, reinamos juntos en el infierno como marido y mujer.

La mirada de la joven Crawford se deslizó de un Larousse al otro y Christopher Weston no pudo evitar interrumpir, hastiado con la idea de aquel binomio real:

—El secuestro más oportunista de la historia.

—¿¡Lo ven!?! —interrumpió Fitzherbert—. Ya están actuando y todavía no se saben sus papeles. Esto es lo que a mí me gusta del buen teatro: la visceral espontaneidad. ¡Bien, escúchenme! Todos se aprenderán sus papeles y ensayarán con sus correspondientes parejas. Tienen una semana para hacerse con sus personajes. Al cabo de ese tiempo, tendrá lugar la obra. Yo mismo supervisaré lo necesario para que el día del estreno tengamos nuestro propio teatrillo montado en el jardín. ¿Les parece una buena idea?

Muy a pesar de la reticencia que todos parecían mostrar ante semejante idea descabellada, los invitados de Allerdale terminaron aceptando la propuesta de su anfitrión. Algunos dejaban escapar una culpable sonrisilla, leyendo el libreto. Otros, imaginándose los ensayos con sus acompañantes. Lo que parecía haber comenzado como un chiste sin gracia finalmente se había convertido en una peligrosa pero atrayente idea que había logrado la estima de todos.

De todos... menos de Arthur Crawford.

Abre los ojos, Amelia

Amelia Weston llevaba unos días intranquila. En su cuerpo se arremolinaban sentimientos de frustración y tristeza que eran provocados por todo lo que sucedía a su alrededor y que ella no lograba impedir.

La figura de Catherine Crawford como Aracne, la tejedora, oscurecía con su sombra los pasillos de la mente de Amelia y devoraba las esperanzas que le quedaban de un amor incierto. También apreciaba, inmóvil y sin poder hacer nada, a su hermano, envuelto gustosamente en aquella tela. Mientras que Weston intuía a Crawford como la bella e inalcanzable Perséfone, Amelia veía a ese artrópodo de ocho patas peludas que realmente era y que estaba a punto de arrojar su veneno sobre su querido hermano. «¿Habrás puesto ya huevos en su garganta?», se preguntaba la joven, que poco entendía de arañas. No lo suficiente, al menos, para saber si aquella era la forma que tenían de reproducirse o se estaba equivocando de insecto.

—Amelia, estás aquí —interrumpió Christopher, apareciendo como su salvador e impidiendo que la tela pegajosa de Crawford se enredara también en sus pensamientos—. No quiero molestarte, solo vengo a por un libro.

Los devaneos de Amelia la habían llevado hasta la biblioteca y sujetaba entre sus manos un libro que no estaba leyendo. El propio volumen se veía inquieto, dando muestras de impaciencia por encontrar a alguien que bien supiera apreciarlo. Amelia lo cerró, se disculpó con él en silencio y lo volvió a colocar en la estantería. La joven habría jurado que le pitaban los oídos y que aquel amasijo de hojas, aquel lomo aterciopelado estaba hablando mal de ella con sus compañeros.

—Hermano —comenzó—, ¿podemos hablar?

Christopher asintió mientras seguía buscando con su mirada, acompañada de su dedo índice, el libro que necesitaba de la estantería.

—¿Puedo preguntarte sobre la señorita Crawford?

La generalidad de aquella pregunta no fue del todo afortunada, pero Amelia tenía miedo de ser demasiado directa.

—Claro, te contestaré en la medida en que la conozca.

—Eso mismo quería preguntarte, Christopher, ¿cuánto la conoces?

La joven Weston no pudo evitar modificar su tono al llegar a la parte final de sus palabras. Un tono que, desde luego, llamó la atención de su hermano, haciendo que este abandonara la empresa de buscar su libro.

—¿Qué quieres saber exactamente, Amelia? —preguntó él, arqueando las cejas.

—Quiero saber la relación que tienes con esa mujer.

—Bueno —comenzó, acercándose al sofá donde volvía a estar sentada su hermana—, hasta donde yo sé, se supone que madre ha insistido en que me case con ella.

—Deja de hacerte el tonto. Te conozco bien. Ojalá no te conociera así. Y, por desgracia, temo que tu actitud, unida a la de la señorita Crawford, genere una ponzoña corrosiva que nos afecte a todos los que estamos cerca.

A Christopher le sorprendieron las palabras de su hermana. Él, que veía su acercamiento con Catherine como inadecuadamente inquieto y vivamente impaciente, pero que sentía, por una vez,

apego a una decisión de su madre o el agrado de ofrecerse a tomar alguna que otra responsabilidad si llevaba el apellido Crawford, no entendía la reacción de Amelia.

—Amelia —dijo, cogiendo la mano de su hermana—, ¿de qué tienes miedo? ¿Tienes miedo de que me olvide de ti? ¿De que preste mayor atención a otra mujer?

—Oh, Christopher. Tu atención siempre está puesta en otras damas, a eso ya estoy acostumbrada. Es tu relación con la señorita Crawford lo que me preocupa. Y espero que no te enfades conmigo por mis palabras, pero mi corazón me dice que no es una buena mujer para ti.

El mayor de los Weston creyó entender el porqué de aquel pensamiento.

—Amelia, si es por la señorita Fitzherbert...

—¡No! —se rio, debido a la idea absurda que se había generado en la mente de su hermano—. No tiene nada que ver con Lilibeth. Es por Catherine Crawford. No considero que sea buena persona, es la Lady Susan de esta casa.

Weston se carcajeó. Aquella referencia le había pillado desprevenido.

—Esa es una acusación muy fuerte —bromeó su hermano—. Déjame adivinar, ¿quién eres tú entonces? ¿Fanny Price?

—Por Dios, Christopher, nadie quiere ser Fanny Price. Yo soy Anne Elliot, es obvio. Así como la señorita Larousse es Lydia Bennet o Lilibeth encajaría en el papel de...

—Catherine Morland —completó su hermano, sin dudar.

—Sí, así es. ¿Lo ves? Catherine es tu personaje favorito de las novelas de Jane Austen.

Novelas que Christopher había leído porque su hermana se lo había pedido.

—Sí, y hay también otra Catherine que es mi favorita en esta casa.

—Tus endemoniados juegos de dobles sentidos siempre privándonos de las mejores conversaciones.

—A ver, ¿por qué piensas tan mal de ella, *querida Anne*?

—A veces creo que no lo quieres ver —señaló la hermana de Weston entre dientes—. ¿Es que no es obvio que la amistad que hay entre ella y el señor Larousse no es normal? ¿Y qué es eso de unas cartas?

—Amelia, escucha —dijo Christopher, intentando aplacar lo que comenzaba a formarse dentro de aquella damita—. Sabes que no hay mujer a quien aprecie más en este mundo que a mi querida hermana, pero la señorita Crawford es muy distinta a ti. Podría decir que incluso es peligrosamente parecida a mí. Todo lo que yo tengo de malo ella también lo tiene y, como demonios de cola puntiaguda, no ayudamos al bien del otro.

Christopher suspiró. Sí que era cierto, Catherine Crawford se había colado dentro de él.

—Entiendo su naturaleza curiosa como ella entiende la mía y no la juzgo como ella no lo hace conmigo, ¿lo comprendes? No sé lo que estará ocurriendo entre la señorita Crawford y el señor Larousse —mentía, pues algo recordaba. Una fina caligrafía que exudaba poesía desesperada—, pero ahora que la conozco, veo lógico que no sea el único tras su sombra. Uno no puede evitar sentir calor cuando el sol le inunda con sus rayos.

Amelia se puso la mano en los ojos y los cerró un segundo, asumiendo que todo parecía perdido. Nunca había escuchado a su hermano hablar así de una mujer. «Ella, con su veneno. Ella, con sus ardides y sus telas de araña», se repitió Amelia, antes de recordar que todavía tenía un cartucho en la recámara.

—¿Y Lilibeth? —preguntó.

Su hermano sonrió. No obstante, lejos de que aquella sonrisa fuera acompañada de un sentimiento cálido, más bien traía implícita una disculpa por sus futuras faltas.

—La señorita Fitzherbert es encantadora, qué duda cabe. También disfruto de su compañía.

Es dulce, es divertida..., pero es ella la que debe acercarse al señor Larousse y, me temo que quizás el que esté ocupada valorando otras posibilidades sea lo que ha tenido a Larousse ocioso con quien no debería estarlo.

—¿Puedes culparla de eso? ¿De no querer enterrarse en vida con alguien como él?

—No, en absoluto. De hecho, en ese sentido, creo que tiene mejor juicio que la señorita Crawford.

—Y lo tiene también al fijarse en alguien como tú, ¿no te parece?

—Creo que tienes de mí una imagen algo irreal, Amelia. Pero no te culpo, al fin y al cabo, eres mi hermana. Yo te veo como un ángel, con tus bellas alas y ese halo resplandeciente que portas siempre. Dime, ¿yerra mi pensamiento?

Un halo, esa vez de culpabilidad, se asomó en los ojos de Amelia. La joven, que podía bautizarse a sí misma como la persona más correcta de aquella casa, de lo único que pecaba era de humildad al pensar que ni siquiera ella escapaba a las malas ideas o los actos cuestionables.

—¿Lo ves? —continuó Christopher—. Tu hermano, Amelia, no se pierde una partida de cartas. Despierta en los suelos de las tabernas y llega a casa diciendo que sus negocios le han tenido fuera todo el día. Coquetea con bellas damas y, si duda de su decoro, intenta meter la mano bajo sus faldones, buscándolo.

Weston nunca pensó que acabaría hablándole a su hermana en aquellos términos y con tanta sinceridad de por medio.

—¿Eso es lo que has intentado hacer con la señorita Crawford? *¿Medir su grado de decoro?* —preguntó Amelia con un destello de decepción y de repugnancia en la mirada.

—¡Y ella ha intentado medir el mío, desde luego!

—¡Oh, por Dios Santo, Christopher!

El desagrado de Amelia hizo que su hermano se levantara del sofá.

—Te lo he dicho. No todos somos como tú... o como mi querido amigo, el señor Crawford —bromeó, colocando sus manos en los hombros de aquel que acababa de hacer acto de presencia en aquella sala—. Si me disculpan, tengo asuntos que atender.

Weston se desvaneció y junto a Amelia solo quedó Arthur Crawford.

—¿Les he interrumpido acaso? —preguntó.

—En absoluto. Creo que no había nada más de lo que pudiéramos hablar. No, al menos, llegando a ningún entendimiento mutuo.

—No parece que esté muy contenta con su conversación.

Ciertamente no lo estaba. Pero ¿era Crawford el indicado con el que materializar su descontento?

—No, no lo estoy, la verdad. ¿Se puede creer que mi hermano me ha estado hablando de sus tropelías y de sus juegos de alcoba? Ya no sé ni cómo quitármelo de la cabeza.

Un sonido sordo atravesó el tímpano de Arthur. ¿Estaría su hermana involucrada en esos juegos de alcoba?

—¡Y usted! ¡Usted! ¿Cómo es posible que no vaya a participar en la obra? —preguntó la joven.

—¿La obra? Créame, no quiero seguir sintiéndome como el bufón del señor Fitzherbert ni un minuto más.

—Creo que no ve lo que vemos todos: a él como el único y auténtico rey de los bufones.

La señorita Weston se levantó para fingir una reverencia como bien se habría reverenciado aquel rey de los bufones.

Arthur Crawford apreció la belleza de aquel gesto humorístico y también la que desprendía el

rostro de Amelia, todavía algo contrariado.

—Dígame que participará. Sin usted no podremos divertirnos interpretando a nuestros personajes. ¿Me privaría de ser la musa de la poesía y la elocuencia?

—Bien podría serlo sin necesitar obra alguna.

Las palabras de Crawford, pronunciadas casi sin pensar, aportaron un rubor extra en las mejillas de ambos.

—¿Y no es usted el vivo retrato de Zeus, dios de dioses? —intentó seguir ella.

—Seguramente, mi hermana diría que soy tan prohibitivo como él. A todo esto, ¿ha visto a Catherine? Me aseguró que estaría aquí.

Los ojos de Amelia se pusieron en blanco. «Catherine Crawford mintiendo. Catherine Crawford siendo ella misma», pensó.

—Tal vez se haya olvidado de que tenía una cita con usted. Al fin y al cabo, su hermana parece ser de esas que va con el sol que más calienta.

—¿Lo comenta por algo en particular? Porque creo que ya empiezo a entender sus miradas.

—Señor Crawford... yo...

Aquello era imposible para Amelia, el ser una desconsiderada por más que otros lo fueran. Aun así, hizo un esfuerzo.

—Sé que no soy del agrado de Catherine y que anda por ahí diciendo de mí a saber qué cosas. Sé que es su hermana, pero no se imagina cómo me siento cuando sé que vierte palabras amargas en su oído y que usted la escucha sin cuestionarse nada porque es sangre de su sangre.

Arthur detuvo a Amelia en su error.

—Catherine nunca me ha dicho nada malo de usted. Al contrario, ha tenido a bien decirme que, según la conoce más, es usted más de su agrado.

El mundo de la señorita Weston se detuvo. El corazón le latía más rápido y tenía miedo de que su pecho lo exiliara y escapara por su boca dando extensas zancadas, llenando la sala del líquido carmesí que solía acompañarlo.

—Pero yo... el día del concierto cuchicheaba con usted y me señalaba, y después hacía lo mismo con la señorita Larousse. Vino expresamente a tomar el té con nosotras, no porque le interesara, que en sus formas bien podía apreciarse que no, sino para sisear con su lengua como lo hacen las serpientes, invocando la desgracia a su paso.

—Sí, eso es típico de mi hermana, no se lo niego. Pero ella es así. También le diré que no creo que me estuviera mintiendo al adularla a usted, porque no es algo que Catherine acostumbre mucho a hacer. Casi como si no viniera implícito en su existencia el poder sentir genuina simpatía por las personas.

Catherine Crawford era todavía más artificiosa y cruel de lo que Amelia hubiera imaginado. Había insistido aposta en mostrarse falsamente contraria a la joven Weston, valiéndose de gestos evidentes y llamativos durante el concierto de piano para terminar poniéndola a ella en un compromiso, ya fuera con un hermano u otro. Quizás únicamente para darle una lección después de sus palabras frente a la baraja. «No solo domina las artes del mal, también es experta en *medir decoros*. James Fitzherbert y ella no parecen ser tan distintos, disfrutando cada uno de su propio teatrillo y manejando marionetas a su antojo».

—Espero que la información que le revelo le sea útil para tener en mayor estima a mi hermana —añadió Arthur.

Por un lado, saber que las palabras dedicadas a la señorita Crawford no la habían puesto en su contra, sino más bien generado cierto respeto hacia su persona, aunque esta no hubiera podido evitar vengarse mínimamente, tranquilizó a la joven Weston, que era incapaz todavía de entender

el comportamiento tan imprevisible de su futura cuñada y por qué convertía todo en un juego de sospechas que dejaba tantos cadáveres por el camino.

Pobres los sirvientes de Allerdale, destinados a limpiar aquella masacre durante semanas.

La marcha del cuervo

Las heridas de aquellos que habían tenido la suerte de alojarse en Allerdale Park ese verano comenzaban a sanar y James Fitzherbert, anfitrión y dueño de la propiedad, había sido el causante tanto de procurarles aquellos males como de aplicarles el apósito indicado para combatirlos.

Los desayunos volvían a resultar agradables y ningún asiento quedaba deshabitado. Las sonrisas se dejaban ver una vez más y el tema que más gustaba de tratar a todos tenía que ver con la susodicha obra.

Fitzherbert se sentía pletórico ante la enorme acogida de una idea que, contra todo pronóstico, alegraba a sus invitados y les hacía conversar como si ya fueran otros. Maryanne se acercaba a su hermano, interesada en saber un poco más acerca de los distintos mitos y sus personajes, algo que Edrick nunca hubiera esperado de ella y que agradecía, a regañadientes, a su anfitrión.

—Melodiosa Eurídice de Traquea —comenzó Maryanne.

—Tracia —corrigió su hermano mientras la señorita Crawford se reía en silencio.

—Tracia. Melodiosa Eurídice de Tracia, ¿sería usted tan amable de acercarme las tostas?

Y Lilibeth Fitzherbert, que había sido identificada con aquel apelativo por su hermano, respondía:

—Bella Afrodita Acidalia, aquí tiene sus tostas. ¿Dónde ha dejado a su Ares esta mañana?

Maryanne, a quien todo aquello le quedaba grande y que no conocía aquellas figuras más allá de los cuadros o esculturas que jugaban con sus formas, continuaba en su interrogatorio. Lo cierto era que su amor por el carboncillo y las obras de arte debería haber potenciado más su conocimiento sobre la antigüedad, pero ¿cómo reconocer que era terrible recordando todos aquellos nombres? Más todavía cuando los romanos se habían ofuscado en cambiarlos *a posteriori*. Como bien proclamaba Catherine Crawford, cada quien establece sus propios límites sobre su disfrute y no todo el mundo necesita embeberse de algo hasta ahogarse como le sucedía a la hermana de Arthur. Maryanne Larousse, por ejemplo, estaba satisfecha con su amor al arte, aun no conociendo los nombres de todas las obras que estimaba.

—¿Qué significa Acidalia? ¿Y por qué dice lo de Ares?

—Acidalia era el nombre de la fuente donde Afrodita tomaba sus baños en Beocia —contestó el Larousse mayor—. Todos los dioses tienen sus epítetos y este es uno de los que se utilizan con Afrodita. La señorita Fitzherbert, además, hace mención a Ares porque se le considera como su amante.

—¿Pero el amante de Afrodita no es Dioniso? —preguntó Maryanne, sorprendida por las palabras de su hermano.

—Alguien mencionó el otro día que era su bisnieto. ¡De hecho, creo recordar que fui yo! —declaró Edrick.

—¿Y por qué no es usted Ares, entonces? —quiso saber su hermana, interrogando directamente a James Fitzherbert.

Catherine escuchaba atenta, contenta incluso, siendo la voz de Edrick Larousse el hilo que

fijaba su sonrisa en lo alto de aquel rostro. Crawford fingía estar perdida en sus propios pensamientos para no tener que entrar a dialogar con nadie, disfrutando de aquella clase de historia antigua y de las conversaciones tan peculiares que surgían de ellas.

—¿Por qué? ¡Pues porque la batalla no va conmigo! —declaró Fitzherbert—. Salvo que sea una batalla de ingenio y hasta en eso creo que el señor Weston me supera. Lo mío es el vino —no faltaba su copa ni en el desayuno y así lo hizo notar, elevando esta—, los excesos y el teatro, como habrán podido comprobar.

Lilibeth ponía la vista en blanco cada vez que su hermano se jactaba de cosas que no debía, pues no daba la imagen adecuada y ello le tocaba a ella de puntillas también.

—¿Y con quién se relaciona Dioniso? —preguntó recelosa Maryanne.

—¡Con todo el mundo! Al menos, en sus bacanales. Pero no se preocupe, señorita Larousse, que este Dioniso solo tiene ojos para *la belleza y el amor*.

—En ese caso, mejor ser como Tiresias y no tener ojos.

Larousse había susurrado aquellas palabras con regusto amargo, esperando que una única persona le escuchara. Y así fue, pues la señorita Crawford casi se atragantó con su desayuno. Hecho que tampoco pasó inadvertido para Christopher Weston o para su hermano.

—Sentarse en el trono del Inframundo no parece hacer bien a ninguno —señaló el Crawford mayor.

Aquellas réplicas, bañadas de un humor clásico, se antojaban bailarinas en el oído de Catherine.

—Bueno —comenzó ella—, no nos olvidemos de que si Hades es rey en un trono de sombras es porque así lo decidió su hermano Zeus.

Cualquiera podría decir, además, que en el carácter de Larousse, en su elegancia y su porte sobrio, nacía un parecido inevitable entre Arthur Crawford y él mismo, no equivocándose del todo quien quisiera confundirlos con hijos de la misma familia.

—Es lógico que Zeus quisiera tener a Hades lo más alejado posible. Estoy seguro de que ya había observado cómo miraba a su hija —señaló el mayor de los Crawford.

El anfitrión estaba extasiado con aquella conversación. Opuesto a la educación, había colocado sus codos sobre la mesa y se apoyaba en aquellos momentos sobre sus manos, observando el espectáculo secundario que emergía de su obra. Como si los nombres velados permitieran superponerse a ser correcto, como si la sinceridad se valiera de un escudo y un yelmo que la volvía invisible al igual que al propio Hades, muy a pesar de que siguiera infringiendo el daño que bien podía conseguir a base de espadaos.

—Además eran tío y sobrina, ¡figúrense! —interrumpió Christopher Weston.

—Hoy en día sigue sin ser extraño casarse entre primos —contestó Larousse—. No veo la diferencia.

—La diferencia tiene que ver con la edad. Hay matrimonios tan dispares en edad que nunca podrán garantizar la felicidad de ninguno de los cónyuges, porque mientras uno está en una etapa de su vida, el otro está en otra bien distinta —replicó Weston.

Larousse se obcecaba en su razonamiento. El fin mismo de su conversación radicaba en encontrar cualquier motivo que validara su relación con Perséfone y se había quedado atascado en aquella zanja de la que Catherine sí estaba a punto de sacar el pie.

—*Orfeo* tiene razón. Si mi hermano me hubiera vendido siendo yo más joven a un hombre ya viudo y con pelos en las orejas, mi devoción por él habría durado un día. Mi devoción por el jardinero, sin embargo, habría hecho que los nomeolvides que hubiera plantado en el jardín se hubieran vuelto rojos por el sofoco de observar las escenas menos adecuadas.

—¡Catherine! —se alteró Arthur, acostumbrado ya a responder ante las provocaciones de su hermana—. Y por eso he cometido el error de dejarte escoger marido durante todo este tiempo. Algo que tú has usado para reírte de cuantos te cortejaban.

—Bueno, hermano, pero nunca hasta ahora había podido elegir desposarme con deidades griegas —bromeó la joven, incorregible—. A todo esto, señor Larousse, ¿le gustaría ensayar conmigo esta tarde?

Arthur Crawford contuvo primero su ira y, después, cuando Larousse rehusó el ofrecimiento de su hermana, se contuvo de no mostrar signos de alivio o alegría.

—Me temo que esta tarde he de ausentarme de Allerdale. Era algo que pretendía comunicarles a todos. Tengo unos asuntos importantes que tratar y me llevará algunos días.

Catherine no se sintió orgullosa de su comportamiento tras aquella confesión.

—Entonces tendré que ensayar con Orfeo si no tiene que ausentarse también.

—En absoluto —contestó al instante Weston—, mi lira siempre está disponible para usted.

El resto del desayuno se dispuso de igual forma, con las más pintorescas conversaciones sobre la obra, aprendiendo por el camino cada vez más detalles curiosos sobre aquellas figuras del pasado que permanecían tan vívidas en los cuadros, tan magnificentes en las esculturas y, sobre todo, tan peligrosas en la obra que James Fitzherbert había compuesto a base de trazos maliciosos.

Finalmente, la mesa terminó despejándose y los sirvientes comenzaron a recoger. Mientras tanto, cada uno de aquellos huéspedes se dirigió a los distintos sitios donde les esperaban sus siguientes ocupaciones.

Catherine Crawford, que jugaba muy bien su papel de ofendida pero comenzaba a preferir el de enamorada, fue de las que más tiempo se tomó en abandonar la mesa junto con el Larousse mayor. Sus pasos se hacían pesados a través del salón, en dirección a la entrada principal, y no fue hasta que estuvieron solos que Catherine recordó en voz alta el motivo de su incomodidad.

—Que tenga un buen viaje, señor Larousse.

Edrick no sabía discernir si aquella mujer había vuelto a alejarle con aquel trato regio o le trataba con tamaña rectitud debido a las apariencias.

—No me ausentaría si no fuera importante.

Crawford comenzó a acercarse distraídamente, casi bailando a su alrededor, observando, mientras hablaba, si había algún ojo posado en ellos.

—¿Más importante que yo?

Desde luego, Catherine tenía esa suerte de bruja redomada que sabía elegir las palabras indicadas para sofocar a Larousse como se sofocaban los nomeolvides.

—Es por usted que me ausento.

—¿Para intentar librarse de mí?

—Para intentar llevármela conmigo al infierno.

—Entonces invíteme a irme con usted.

—No, todavía no es el momento. Las cosas han de hacerse siguiendo unos preceptos que ni yo mismo puedo eludir.

Ya no había duda, para quien tuviera curiosidad en aquel dúo, de que debía de existir cierto magnetismo natural en sus cuerpos, invitándoles siempre a una cercanía ineludible e incorrecta que les llenaba de una electricidad que bien podía apreciarse en el ambiente.

—Le rogaría que en mi ausencia no hiciera nada por lo que ninguno de los dos debamos arrepentirnos —susurró Larousse, regañando a Catherine por lo que todavía no había hecho.

—¿¡Por quién me toma!?! —preguntó la joven, intentando no reírse.

—Por lo que es: una llama que baila y lo calcina todo a su paso. Guárdese de bailar en mi ausencia. Resérveme sus bailes solo a mí.

—¿Y si la que se calcina soy yo sin usted?

Larousse cogió sus manos, todavía oteando en derredor, intentando ocultar aquel gesto.

—Entonces entenderá cómo me siento yo a diario y no tendrá más fuego que ofrecer nunca a otros.

—Pero tampoco podré ofrecérselo a usted, sería todo ceniza.

—Oh, no se preocupe. —Larousse la miró en aquel momento con una tempestad interna que generaba chispas en sus ojos—. No dude de mi habilidad para volver a encender su llama.

Un veloz beso se arrastró por la comisura de los labios de Catherine. Aquel gesto podría haber sido depositado con ternura, en una caricia, incluso. No obstante, se arrastró como lo hacían las serpientes, traicioneras, con un regusto malicioso que Larousse había aprendido por las malas de aquella mujer. ¡Y nadie más encantada de que lo usaran contra ella que Catherine Crawford!

Sus manos terminaron separándose a desgana y sus cuerpos también. Larousse partía de inmediato y su sombrero y su abrigo ya descansaban al lado de la entrada principal.

—Regrese —ordenó finalmente Catherine, despidiendo al caballero.

Larousse contestó con un gesto de cabeza, asintiendo a aquella orden, mientras se enfundaba en su abrigo y se colocaba su sombrero antes de salir por la puerta.

Así fue como dejó que la desgarradora inseguridad comenzara pronto a herirles por dentro, en el segundo mismo que la puerta les había separado.

La antesala de la muerte

Con la marcha de Larousse se fue también el sol. Las nubes cubrieron el cielo airadamente y, de semejante enfado, surgieron las primeras lágrimas. Los jardines de Allerdale Park no tardaron en embarrarse.

Aquel cambio brusco en el temporal hizo latir con mayor indecisión el corazón de Catherine Crawford. Esa brújula que antaño había permanecido inactiva, necesitaba en aquel momento deshacerse del polvo acumulado y aceite para unos engranajes que se movían convulsos, produciendo un incómodo desequilibrio que impulsaba su corazón con dificultad, complicando también su respiración.

—Endiablada humedad —maldijo—. Me quitas el aire, me encierras entre estas cuatro paredes y me susurras en un idioma que no sé si sabré interpretar, pues no soy ducha en lenguas, salvo en aquellas que gustan de compartir mi dicha a lengüetazos.

—Creo que leer a Benedict no le ha hecho ningún bien —interrumpió Christopher Weston, dejándose ver—. Ya habla en voz alta como él y divaga con su misma incontinencia verbal.

En su afán por intentar evitar la biblioteca de los Fitzherbert, cada vez más concurrida, un lugar donde Catherine ya casi no podía respirar debido a la cantidad de personas que la visitaban, la joven encontró un alegre salón color mostaza que devolvía algo de luz a aquel aciago día. Esperaba que no fuera lugar de peregrinaje para ninguna señorita y así terminó haciéndose con él. Secuestró también un viejo libro en busca de compañía e intentar conseguir que las paredes no se cerraran sobre ella, pero no logró leer más de dos frases seguidas. Tal vez fuera el júbilo de aquellos colores que la rodeaban lo que impedía que sus raíces amargas se hicieran al suelo o quizás se tratara de esa lluvia siseando fuera y la obsesiva idea de Catherine de que el mal tiempo auguraba advenimientos funestos.

—Y, como él, yo también estoy sufriendo los estragos de un cambio en el paradigma de mi pensamiento —contestó ella.

—¿A qué cambio se refiere? —preguntó Weston, sumamente interesado, pidiendo permiso para sentarse junto a la joven—. ¿No irá a abandonarme en esa costumbre que compartimos y que es tan poco valorada de convertir las palabras en armas y cualquier conversación en una batalla?

—¿Y nuestras lenguas en cuchillos, quiere decir?

—Dígame, ¿ha afilado la suya desde la última vez?

—No, siento decirle que mi lengua está perdiendo el brillo que antaño la hizo grande —confesó la mujer con una sonrisa que siempre acompañaba a las conversaciones que tenía con aquel caballero.

—No me lo creo —bromeó Weston, fingiendo pesar—. No se atreva a mentirme.

A Catherine le era imposible enfrentarse al carácter de aquel hombre. Cada vez que la boca de Weston se abría, una astuta hiedra se enredaba alrededor de su propia lengua y, casi sin darse cuenta, sus palabras salían solas usándola de trampolín. Arthur no se había equivocado acercándose a Christopher, tampoco en pensar que su amigo y su hermana tenían en común más

cosas que a él.

Catherine se mantuvo en silencio mientras aquellos pensamientos continuaban discurriendo por un caudal a rebosar de dudas.

—¿Cree usted —comenzó— que cuando nos enamoramos nos vemos tan estúpidos como aquel orgulloso de Benedict o la todavía más orgullosa Beatrice?

Weston interpretó aquellas palabras en su favor, dados los ejemplos que había utilizado su compañera para hacerse eco de aquella duda, sin corroborar de dónde venían semejantes sentimientos o hacia dónde se dirigían.

—Creo que todo depende de la persona. Como ha dicho, ellos pecan de orgullo. Y, aunque estoy seguro de que usted peca de lo mismo, o eso dice cierto conocido que tenemos mutuo, tal vez no sea lo que más aflora en usted en esos momentos. Quizás el amor no la haga sentirse herida, frágil.

—Pero es así como me siento. Porque ¿qué idiota cae en semejante trampa? Tantos siglos y no dejamos de darnos golpes contra la misma piedra. Yo he sido consciente de que las actitudes de Benedict y Beatrice no eran más que un escudo y creo haberlas podido sortear en mí misma para no tener que hacerme el doble de preguntas u ofuscarme por no saber sus respuestas. Sin embargo, eso no me exime de sentir otras incertidumbres o de ocultar mis miedos tras un velo.

La ligereza de aquella conversación, los puñales verbales o las bromas sin sentido pronto fueron apartados a un lado. Por fin dos jóvenes que buscaban de todo menos ser adultos se hicieron un hueco en el grupo tan concurrido de personas que hablaban las cosas, aportándoles la seriedad y la importancia correspondientes. Interrogándose, al mismo tiempo, sobre incógnitas que no abandonan nunca al ser humano, lejos de obtener una respuesta, como siempre sucede.

—¿Y cuáles son esas incertidumbres si se me permite preguntar?

—Se le permite, claro que sí. Pero ¿puedo yo serle sincera? Eso ya no lo sé.

—Bueno, deberá serlo si lo que busca es ayuda, ¿no cree?

Catherine todavía se sorprendía de lo egoísta que podía llegar a ser cuando hizo aquella pregunta:

—¿Qué piensa del matrimonio, señor Weston?

El hombre se quedó mudo durante un instante. Todavía no había ganado ninguna batalla y toda palabra, todo gesto, bailaba entre resultar provechoso o convertirse en una falta.

—Lo cierto es que no es algo que yo haya buscado nunca por mi propio pie. Cuando llegué a Allerdale lo veía como algo tan ceremonioso que casi me espantaba. Ahora, sin embargo, siento hasta curiosidad por él.

—Entonces Allerdale le ha hecho bien, supongo.

—Sí, yo también lo creo.

—¿Sabe qué creo yo, sin embargo? —continuó Catherine, casi sin dejar que Weston terminara su frase—. Que si yo antes lo rechazaba, en parte, por oponerme a mi madre y a mi hermano, ahora realmente tengo un buen motivo para hacerlo ¡y es que me aterra! Ya sé que lo que debería preocuparme es precisamente no casarme, pero sé que mientras Arthur viva no me va a faltar de nada.

—¿Y qué ocurriría si su hermano, Dios no lo quiera, la abandonara? Le recuerdo que una mujer no tiene derecho de posesión.

—Lo más probable es que, en sus últimos deseos, le pediría a usted que me cuidara, y los tres sabemos que terminaría propasándose conmigo —bromeó por fin, aliviando un poco la carga que se dejaba ver en su rostro.

—O usted conmigo.

Catherine no tenía intención de reconocerlo, pero una sonrisa pródiga lo hizo por ella: Weston llevaba razón.

—De todas formas, ¿por qué reduce el matrimonio a eso? A perder.

—Nadie me asegura que aquello que gane con el matrimonio pueda cubrir las pérdidas de lo que dejo atrás.

—Si lo ve así, es que todavía le falta un ingrediente primordial: enamorarse.

—No, eso no me falta —contestó, avergonzada, sin darse cuenta de que semejantes palabras hubieran realmente escapado de su boca.

Aquella vergüenza era, además, doble. Por un lado, sentía sus mejillas sonrojarse al hablar de amor y, por el otro, aquel sentimiento no parecía tener que ver con la figura de Christopher Weston. Este, sin embargo, así lo tradujo de aquel rubor femenino.

—Entonces, ¿qué está haciendo? ¿Luchar contra ello? ¿Tan testadura es?

—Usted no lo entiende. No quiero entrar en ese pozo. No quiero dejar que me engulla con tanta facilidad. Necesito cuerdas, una lumbre, protección, armas incluso, para atreverme a descender por esa ponzoña que nos vuelve miserables cuando dejamos que nos permee el corazón.

—Entonces usted no tiene miedo al amor, sino al dolor.

—Todos tenemos miedo al dolor en un campo de batalla, pero nos recordamos, valiéndonos de la mentira y muy orgullosamente, que el miedo es al enemigo.

Weston observó la cólera que comenzaba a nacer en Catherine. Inhaló su ira e incluso palpó su nerviosismo cuando decidió sujetar aquella mano. Ella, lejos de resistirse, se la entregó. Agradeció cada caricia y suspiró ante aquel baile entre sus dedos. Apoyó el rostro en el pecho de Weston y sintió ese conocido desahogo de abandonar sus miedos y ceder la pesada carga sobre los hombros de otro en busca de un minuto de alivio.

—¿No cree que el amor es la antesala de la muerte?

—No —contestó Weston, riéndose de aquello, sorprendiéndose a sí mismo de lo que estaba a punto de decir—. Creo que es la antesala de la felicidad.

«La felicidad», se repitió Catherine para sí, pensando qué felicidad podía quedarle si todo se torcía en los intentos de Larousse por lograr carta blanca para estar con ella y cuánto le hacía sufrir aquella unión en comparación a la que podría tener con el mayor de los Weston, amigo de su hermano, pianista aceptable, deslenguado de oficio, canalla imprudente y apoyo en momentos de zozobra. El pilar en el que toda mujer insegura querría subir para mantener el equilibrio.

No hubo pensamiento más irresistible en aquel momento que ese en el que todas las virtudes de Weston se mezclaban con sus defectos —más deliciosos si cabe— para que Catherine alzara el rostro, buscando algo más que unas caricias. Christopher no tardó en posarse en sus labios, rematadamente tierno, con una dulzura única que volvía a darle alas mientras que Larousse la seguía atusando con su tridente en llamas. Catherine besó a su amigo con tanto agradecimiento que este creyó haberla convencido para rendirse al amor.

Finalmente, los besos se fundieron en un abrazo y una lágrima se escapó de los ojos de Crawford, compungidos por sentir aquella unión tan distinta con dos hombres tan diferentes.

Hubo más besos aquella tarde, eso desde luego. El regusto dulce de Weston conquistó, durante unos minutos más, los labios de Catherine de nuevo. Así, una sonrisa contagió otra y después otra más. Mientras tanto, ella contenía en su pensamiento la idea de apartarse por respeto a Larousse, a quien veía, al mismo tiempo, como el culpable de que nunca más pudiera volver a probar aquellos labios y quizás el futuro culpable también de su desdicha.

Como prueba de su buena fe, aquellos besos no fueron a más. No obstante, mientras duraron,

dudó tanto de sus sentimientos que ni su hermano allí presente también, observando a escondidas a través de la puerta los últimos chasquidos de aquellos besos —ya no como enemigo declarado de los comportamientos impropios, sino más bien como casamentero al que le gusta estar informado—, supo decir qué iba a pasar con ella.

El arte de la mentira

Los días en Allerdale Park se iban como comenzaban: lentos e inútiles para aquellos que esperaban algo que nunca llegaba, pero veloces y fructuosos para quien sí sabía aprovecharlos.

Catherine Crawford, que detestaba dejarse llevar por las circunstancias o no poder actuar frente a cualquier situación, esperaba que los días se los llevara el viento mientras ella intentaba concentrarse leyendo en su habitación y haciendo frente a otros pensamientos que no dejaban de abordarle.

No tardó en recibir una carta entregada por uno de los sirvientes de la casa y notando cómo el sello de lacre había sido cuidadosamente manipulado. Suponía que Fitzherbert no se había resistido a leer correspondencia privada que no le pertenecía y casi lo deseaba así porque, de todos los invitados de Allerdale, era quizás el que menos le importaba que la leyera. Al menos, en aquel momento, cuando únicamente dejaba escapar sus trucos de arlequín en público y bajo la apariencia de juegos inocentes de los que uno podía librarse no jugando.

Si la joven estaba inquieta, aquella carta redobló sus nervios.



Añorada Catherine,

¿Es natural que la distancia pese en mi existencia como una gran losa que paraliza los latidos de mi corazón cuando me veo tan lejos de ti? Un acantilado entero se forma dentro de mi garganta cuando quiero tomar aire. Mis bocanadas, por ende, se vuelven rocosas y débiles y no creo que pueda aguantar mucho semejante suplicio. Más todavía cuando pienso en tu carácter voluble y en esos miedos tuyos a flor de piel que me hacen temblar a mí por igual.

Mi llegada al hogar ha sido inesperada. Advertí al señor Larousse mediante carta, pero no tuvo a bien creer que me presentaría en casa para zanjar este asunto. Si tuviera un poco de ese néctar tuyo con el que embaucas a cualquiera, tal vez se mostraría más piadoso ante mis súplicas o más benevolente tras mis enfados, quizás más comprensivo después de mis malas palabras. Madre intenta ayudarme, pues nunca había visto a su hijo así. Ella, como mujer, estoy seguro de que entiende más de lo que me sucede que yo mismo. Así lo aprecio en sus ojos al menos. Padre, por el contrario, se empeña en una alianza con los Fitzherbert que garantice los negocios que tienen en común y ni siquiera la idea de ofrecer a mi hermana como carne de cañón, aun siendo la clara ganadora de las atenciones de James Fitzherbert, parece proporcionarme consuelo alguno. Se figura que no es más que un engaño perpetrado por el peor de los hermanos y declara que, hasta que no vea ese matrimonio, no creerá ninguna de mis palabras, fruto, desde luego, de

la desesperación y el egoísmo.

Oh, Catherine, mi Catherine. Ahora más que nunca necesito tus palabras y tus besos. Echo en falta tus conjuros, tus recriminaciones, tus miradas. Dame algo de lo que pueda alimentarme para no desfallecer en plena batalla.

Incondicionalmente tuyo,
Edrick Larousse

PD: Como habrás podido comprobar, esta carta no viaja sola. En su interior he escondido con recelo un obsequio que espero que aceptes. Desde ahora será tan tuyo como lo soy yo.



En efecto, la carta de Larousse guardaba un secreto. Una delicada joya se deslizó sobre el escritorio en el momento en que había abierto la misiva. Se trataba de un camafeo negro, rodeado de volutas doradas, en cuyo interior brillaba una rosa roja. «Sus regalos son tan sentidos como él», pensó Catherine con algo más de alivio en su corazón. Sin embargo, el alivio mutó pronto en miedo, en incertidumbre. Todavía podía escapar de aquel compromiso que ni siquiera existía y abandonar aquel matrimonio al que todo el mundo se oponía. «Si lo hacen, tal vez sea por algo», llegó incluso a pensar.

Releyó la carta una vez más y, habiendo desechado ya pensamientos tan egoístas, únicamente sobrevivían en la superficie los amorosos, flotando suavemente. Solo quería responder a Edrick y enviarle cuanto apoyo pudiera, sin importar que las palabras o los sentimientos le traicionaran por el camino, como siempre le sucedía cuando escribía al mayor de los Larousse.



Mi muy adorado Edrick,

Tu carta ha sido el antídoto al virus que ha recorrido mis sienes estos días. Todavía me embebo de ella, aun habiéndola terminado ya varias veces.

He deseado tanto renegar de ti y enterrarte en alguna parte de mi recuerdo ahora que ya no estás que me he dado cuenta de que, más temprano que tarde, me habría visto a mí misma apartando la tierra con las manos para poder abrir tu ataúd y meterme contigo dentro, satisfecha por conseguir morir a besos a tu lado mientras nos quedamos sin aire. Detesto en lo que me has convertido y lo hago airada y amorosamente.

No dudo de que saldrás victorioso de tu contienda —nuestra contienda— porque, si el señor

Larousse no es capaz de ver que en tu corazón se oculta un puñal, desangrándote a cada minuto que pasa, y que el mismo puñal conecta de igual forma con mi corazón, es imposible que puedas llamarlo padre.

Espero ansiosa tu llegada y ni tú mismo te atreverás a oponerte a este anhelo fulgurante cuando mi ímpetu rompa tu cordura a besos. Regresa con buenas nuevas y, si no, tómate como tu esposa por la fuerza, pues ya habrás podido comprobar que no hay persona ni energía natural o sobrenatural que pueda interponerse ante aquello que ambiciona el corazón. Ni siquiera yo, aun declarándome enemiga del compromiso.

No desfallezcas. Recuerda que estamos condenados a reinar juntos en el Averno y que Hades no es el único que sabe manejar el destino de los muertos. Deja que toda la maldad que he usado para hacerte caer en mis redes sea usada de nuevo para un bien mayor.

Tuya, ahora y siempre,
Catherine Crawford



La mujer observó su firma: siempre era la misma. La Catherine que firmaba, sin embargo, no siempre se identificaba con aquella. En esas imprudentes ocasiones en las que su corazón hablaba por ella y su mano escribía más rápido de lo que su cerebro se permitía pensar, la joven se contemplaba a sí misma guerreando contra quién era en realidad y lo que había escrito, fruto de un trance que no lograba explicarse. Tan peligroso como la facilidad con la que se había descrito como futura esposa de alguien. ¿De verdad era ella la que hablaba? ¿Podía jurarlo? ¿Qué había escondido en su cabeza que afloraba casi exclusivamente por culpa de Larousse y sus endemoniadas cartas?

Los amantes están condenados a vivir la tragedia de sus corazones, pero ¿qué podía esperarles a ellos dos, que vivían apegados a la tragedia de forma innata y eran atraídos por ella como la sangre atrae al tiburón? «Nada bueno, eso desde luego», pensó Catherine, airada todavía contra su propio ser por traicionarle de forma semejante.

Aquella respuesta en forma de misiva fue entregada con prontitud y el plan de Crawford comenzó sus andanzas.



Al contrario que con Amelia Weston o Lilibeth Fitzherbert, la mente de la joven Maryanne parecía modelarse fácilmente al gusto de su nueva amiga, creyendo la muchacha que no había mujer más aprovechable en aquella casa que Catherine Crawford y que tenerla como compinche era de las cosas más convenientes que podía hacer. ¡Hasta su hermano lo tenía que haber visto así! Pues no dejaba de rondarla en busca de compañía. Es por ello que, puesto que a Catherine le sobraba espontaneidad para llevar a Maryanne por donde ella quería, fingió una vez más un

encuentro casual con la susodicha.

Aquella tarde, la joven Larousse cambió la sala de arte de los Fitzherbert que tanto le apasionaba por el campo. El sol había regresado —para algunas, al menos— y los jardines de Allerdale Park llamaban su interés más que sus paredes. El carboncillo la tenía atareada y oteaba de reojo el horizonte intentando darle vida en aquel lienzo que había llevado consigo y que descansaba sobre un agradecido soporte para así conseguir una posición satisfactoria. Los paisajes no eran lo suyo y toparse de nuevo con la realidad entristecía su rostro. Recordó allí precisamente la primera vez que James Fitzherbert y ella habían coincidido en compartir



impresiones sobre la pintura y así se mantuvo un rato: añorante.

pensativa y



El destino les había hecho converger en los jardines aquella vez.

El dueño de Allerdale parecía hastiado de verse rodeado por tantos invitados, encontrando cierto alivio en los trazos que comenzaba a garabatear en su cuartilla. Estaba sentado en un banco de piedra cuando la joven apareció por sorpresa y se atrevió a recriminarle que no le hubiera hablado de sus aspiraciones artísticas durante la cena de bienvenida.

—Un artista es algo muy distinto a lo que yo soy, señorita Larousse —contestó y no con una fingida humildad, pues James esperaba mejorar poco a poco con el dibujo, cosa que nunca parecía llegar—. ¿Qué hace aquí? ¿Ha estado siguiéndome?

Maryanne se sonrojó.

—Está hablando con una señorita y jamás me dedicaría a perseguir a ningún hombre. Únicamente quiero disfrutar de los jardines de Allerdale, aunque también temo perderme, pues son tan grandes que la vista no me ayuda a descubrir dónde terminan.

—En ese caso, es un alivio que se haya encontrado conmigo. Yo no dejaré que se pierda y, si por azar del destino terminara perdiéndose, puede liberarse de tal culpa, ya que no habrá más causante que yo de su... perdición.

La joven hizo gala de su curiosidad al fijar la mirada en el boceto que estaba trazando el señor Fitzherbert. Este, por el contrario, decidió tomar el camino menos peligroso para conversar con Maryanne, esperando captar su atención en otro sentido que se alejara de las habilidades de pintura que tenía o dejaba de tener. Es por eso mismo que también ocultó su boceto.

—¿Ha visto el laberinto de setos altos que tenemos de la que venía hacia aquí? Su interior es más grande de lo que parece y mi hermana pidió poblarlo de rosas de distintos colores. Si me acompaña, las flores que ha recogido por el camino le parecerán terriblemente mohínas en comparación a las que pueblan el laberinto. ¿Qué me dice? —preguntó Fitzherbert, levantándose

de aquel banco.

¿Quién iba a decirles que los laberintos se convertirían en lugares tan solicitados entre los invitados de Allerdale Park? James no tardó en ofrecer su brazo a Maryanne mientras continuaba en su afán por ocultar el dibujo. Con la señorita Larousse prendada de su brazo, sintió el orgullo del que se ve acompañado por la flor más hermosa de todo el jardín. Algo que se reflejaba en su cara, en su postura, en sus lentos pasos, sin prisa por llegar a ninguna parte. Pobre de él, que, curioso en exceso, no pudo evitar preguntar:

—¿Le gusta a usted la pintura, señorita Larousse?

La confirmación por parte de esta dio pie al caballero para continuar su zalamería:

—Claro, no podía ser de otro modo —sonrió él—. Supongo que ya estará cansada de ser musa.

Y bien podía haberlo sido. Podría haber sido cualquiera de las musas dedicadas a la elocuencia o la belleza. Sin embargo, no olvidemos que Maryanne Larousse carecía de armonía musical, como más adelante Fitzherbert descubriría, algo que la alejaba de la musa Euterpe. Aunque si la historia le debía una posición a la joven Larousse, esta habría sido la de Helena, por quien se desató una guerra como la que tarde o temprano terminaría llevándose a cabo durante una amistosa partida de críquet si el destino así lo quería y quien presumiera de clarividente ya podía oler el humo de esos cañones.

—Mi padre lo detesta. —Por una vez, Fitzherbert habló con el corazón y no con la boca—. He tenido que vivir ocultando mis materiales de su vista desde siempre. No se imagina los escondites secretos que me he llegado a granjear con los años. Si algo le es inusual entre sus sábanas durante la noche, seguramente sea por mi culpa.

Acostumbrado como estaba a aquellos maliciosos comentarios que la mayoría de veces eran intencionados, en aquella ocasión hasta se avergonzó. De la misma forma que bien podía haberlo hecho su padre al demostrar que James, ni en condiciones como aquella, sabía comportarse al igual que un caballero de verdad.

—Disculpe mis palabras, a veces mi forma de hablar es tan estafalaria como mis dibujos. ¿Qué me dice de los suyos? ¿Tiene alguna preferencia?

—Los paisajes no son mi mayor interés —contestó Maryanne—, a decir verdad, pero reconozco que me encantan los retratos. ¡Y eso que no son fáciles en absoluto! Ni siquiera cuando intento reproducir mi propio rostro logro el resultado deseado.

Casi sin darse cuenta, Fitzherbert estaba maravillándose con las palabras de su acompañante y sonriendo debido a estas. Los bodegones o los paisajes estaban bien, pero los retratos eran otro mundo.

—Me encantaría saber cómo se retrata a sí misma y cómo retrata a los demás. Si sus ojos adoptan una mirada juguetona, alegre o triste; si alarga su sonrisa porque siempre lleva una puesta o empequeñece sus labios por la timidez que no todo el mundo puede apreciar; si se acuerda de dibujarse esos hoyuelos tan graciosos que le salen cuando sonríe...

En la mente de Fitzherbert apareció un pequeño boceto de cómo la retrataría él. Luego pensó cuán absurdo sería su dibujo, pues no la conocía lo suficiente y, por ello, sentía tanta curiosidad al pensar cómo se retrataría ella misma. Eso diría más de Maryanne que ningún otro dibujo. Por eso, cuando la joven Larousse reconoció que no sonreía en sus retratos, James arqueó una ceja.

—¿No sonrío cuando dibujo? Eso es porque nunca ha intentado retratarme a mí. Le aseguro que no lograría concentrarse en sus trazos ni aunque quisiera y lo mejor de todo es que, a pesar de ello, se lo habría pasado tan bien que el resultado final sería igual de agradecido con mi aspecto. Le diré que también tengo curiosidad por verla enfadada. Apuesto a que está incluso

más radiante.

Maryanne no podía sonrojarse más. Su vanidad iba en aumento y su agrado por James Fitzherbert, también.

—Me encantaría mostrarle las cosas que hago. Mi madre es de la opinión de que no soy ducha en otras muchas actividades que, debido a mi condición de mujer, debería dominar. Por eso culpa a mi excesivo interés en el dibujo de mi falta de talento en todas ellas y por eso también detesta verme con las manos sucias de carboncillo, pues por su culpa derrocho más tiempo del que poseo, así que tampoco me ha permitido traerme mis utensilios. Supongo que los excesos no están planeados para las damas. Sean del tipo que sean.

James elevó su cuaderno y tiró de la hoja, rasgándola y haciendo una bola con sus naderías dibujadas.

—¿Qué le parece empezar por uno de estos? —preguntó, entregándoselo a Maryanne—. Y si necesita carboncillo, recuerde que puede encontrarlo en los lugares más inesperados, así que nunca le faltará algo con lo que ensuciarse las manos.

Larousse agradeció el presente y continuó paseando con la barbilla bien alta, habiendo conseguido aquella respetada amistad de forma tan natural, siendo James Fitzherbert nada más ni nada menos que el dueño en funciones de Allerdale Park.

—Le reconozco que detesto que mi madre me prohíba nada y lo hace bastante a menudo. A mi hermano, sin embargo, se lo consiente todo. Por alguna razón, Edrick y ella tienen una conexión que ni mi padre ni yo logramos entender. Supongo que usted también vivirá esa suerte de hermano mayor. Hay tantas cosas que me gustaría saber o poder hacer y que nunca se me permite...

—¿Y qué le gustaría saber o experimentar? Aprovechese de mi experiencia y de mi sabiduría hoy, pues regalo ambas a quien quiera valerse de ellas.

—Mi hermano suele frecuentar salones donde a las mujeres no se nos permite entrar, por ejemplo. Siempre he tenido curiosidad por saber qué hacen los hombres en esos lugares, pues dudo que conversen sobre bebés o macramé.

Fitzherbert no pudo evitar dejar escapar una risa.

—Una dama interesada en las actividades de los caballeros, ¿puede haber algo más estimulante? No se preocupe, pues no se pierde nada. Esos lugares están llenos de asnos fingiéndose hombres —él mismo los frecuentaba— y de una bruma molesta que no deja pensar a uno, nacida de puros y bebidas graduadas. Aunque entiendo que, siendo su hermano como parece ser, la trate de semejante forma. Un tremendo error, desde luego. Parece usted una de las damas más despiertas que he tenido la suerte de conocer en mucho tiempo. De todas formas, le recomendaría, hipócritamente, tener cuidado. No hay nada tan tentador y, en ocasiones, tan peligroso como una prohibición. —Fitzherbert lo sabía bien, pero mejor lo supo cuando su nueva prohibición favorita pestañeó para él—. ¿Sabe? No sé si la habrá visto, pero tenemos una sala de arte en Allerdale. Sería todo un placer encontrarme con usted en ella, pues la disposición de los ventanales es idónea para una iluminación óptima y, si no voy a sonreír para su retrato por miedo a ser retratado de payaso para la posteridad, algo deberá aportarme luz al rostro.

No tardaron en detenerse. Frente a ellos se alzaba el ya anteriormente mencionado laberinto de setos altos en el que esperaban no perderse. ¿Y quién lo diría? Pues las señoritas de Allerdale parecían comenzar a encontrar sus propias satisfacciones en pérdidas semejantes.

—Estaría encantado de enseñarle mis dibujos si usted me enseña los suyos. Ahora bien, no le he sido del todo sincero con respecto a este laberinto. No solo podrá encontrar bellas rosas, sino que mi hermana y yo llevamos toda nuestra juventud escondiendo objetos muy dispares, por lo

que no se sorprenda si ve asomar la cabeza de una pipa para fumar o medio bastón con empuñadura de plata.

Una vez dentro del laberinto, James creyó correcto ambientar a Maryanne en cuanto a este. Así fue como le explicó que su madre no solo había dado a luz a dos hijos, sino también a la idea de crear aquel lugar tras sus múltiples viajes conociendo el vasto mundo al lado de su amante esposo. Por suerte o por desgracia para la madre de James y Lilibeth, su marido estaba en esa época en que hubiera hecho absolutamente todo lo que le pidiera la caprichosa y pizpireta de su mujer únicamente por poder alimentarse de su sonrisa. El hijo mayor se preguntaba cuántas cosas podía tener en común con su padre y si esa habría sido una de las pocas la de disfrutar concediendo los caprichos de las mujeres más exigentes.

Aunque, como bien mencionaría Christopher Weston más adelante, aquella historia estaba llena de artificios para engatusar a su público femenino, siendo un vulgar y cercano laberinto próximo a la hacienda el que había llamado la auténtica atención de la señora Fitzherbert, incitándola a reproducirlo dentro de la misma con mayor maestría.

Según avanzaban por dicho laberinto, los objetos anclados en sus ramas empezaron a encontrarles a ellos por el camino.

—Esta pluma es de nuestro padre. Cuando Lilibeth se enfada con él, nunca levanta la voz. Siempre ha sido la más lista de los dos. Sin embargo, coge las plumas de su despacho y, como castigo, las esconde por todo el lugar. ¿Ve ese pequeño sombrero? Es de mi hermana. En una ocasión le contó a nuestra madre que yo le había robado algunas de sus pinturas y acabé castigado, así que yo mismo se lo escondí a ella aquí.

Por el camino, James apreció una flor que compartía colores con el atuendo de su acompañante. No pudo evitar cortarla y acercarla a esta para comprobar que el color se asemejaba.

—¿Me permite? —preguntó, prendando la flor en la solapa del conjunto de la señorita—. No sé cuál es su flor favorita, eso es algo que tendrá que decirme en algún momento, pero esta hace juego con su vestido. Créame, si de algo sé es de belleza.



Catherine despertó de aquel ensueño a Maryanne. Esta se había manchado el rostro de carboncillo sin darse cuenta.

—Parece usted algo distraída, señorita Larousse —advirtió Crawford—. Si me permite.

El pañuelo de Edrick salió de su bolsillo para liberar a Maryanne de aquella mancha inquieta. Catherine se cuidó mucho de no mostrarse alterada cuando recordó a quién pertenecía, pues había olvidado que lo llevaba. Terminó doblándolo disimuladamente, de tal forma que no pudieran apreciarse las iniciales de su dueño. Finalmente lo guardó con especial recelo y se sentó en un banco de piedra anexo a la señorita Larousse, que todavía observaba su dibujo de pie.

—Reconozco que yo no sabría captar semejante belleza. La naturaleza no es lo mío. La viva, al menos —especificó Catherine, que tal vez rivalizara con Maryanne por ver quién lucía los mechones más oscuros, pero no en saber quién poseía el alma más negra.

—No es gran cosa —contestó modesta la hermana de Edrick, guardando para sí aquel elogio como algo atesorado—. De hecho, es de las cosas que más me cuesta dibujar. Hay siempre una

energía especial en el paisaje que se mueve de un lado hacia el otro y, por mucho que intuya esa magia escurridiza, nunca consigo plasmarla.

Era la primera vez que Crawford apreciaba un atisbo de profundidad en Maryanne y así la observó durante unos instantes, atenta.

—Los retratos, por otra parte, ¡adoro los retratos! Señorita Crawford, ¿me permitiría hacerle un retrato?

El interés de Catherine en su nueva amiga se desvaneció pronto y la joven Larousse regresó a aquella actitud aniñada que la caracterizaba.

—No creo que sea buena idea. Me estimo lo suficiente como para no querer un retrato mío. No me gustaría hacerle eso a ningún lienzo, tampoco a ningún marco o pared.

—Vamos, deje de intentar parecer tan misteriosa y extravagante. No necesita ese velo conmigo.

Maryanne dispuso un lienzo en blanco y colocó el soporte en dirección a Crawford, sorprendida todavía por la respuesta de la joven.

—¿Y usted? —preguntó la nueva musa de la joven Larousse.

—¿Yo? ¿Qué velo me atavío yo, vamos a ver? —contestó Maryanne colocando sus brazos en jarras.

—Bueno, lo hace al menos conmigo. Yo sé cosas que los demás no y, aun así, no tiene a bien acercarse a mí y contarme sus pensamientos. ¿Tiene acaso alguien en la casa a quien ya le cuente sus intimidades?

Las mejillas de Maryanne contestaron por sí solas a su nueva amiga y a este rubor le acompañó media sonrisa, pues la otra media no se atrevía a escapar. Tenía a su doncella, eso desde luego, pero no le agradaba compartir nada íntimo con el servicio como el majestuoso león no comparte sus desventuras con el sucio gorrino.

—¿Qué quiere que le cuente? —se rindió la joven.

—¿Está contenta con la obra?

—¡Oh, desde luego! El talento del señor Fitzherbert eligiendo un papel para cada quién es innegable.

—Ciertamente lo es. Usted es bella como Afrodita, mi querida amiga. Y, como ella también, sabe lo que es el amor.

A Maryanne ya no se le ocurría forma de escapar a las preguntas de Catherine y su rostro terminó escondiéndose tras el lienzo. ¿Quién le iba a decir que, aun tras él, los profundos ojos de aquel retrato podían leer sus pensamientos con suma facilidad? Así lo sentía ella al menos.

—Bien, tal vez sepa lo que es el amor —confesó.

—Ajá.

—Y tal vez, solo tal vez, pueda hablarle de mi amado. Si usted tiene a bien escucharme.

—Soy toda oídos, querida Maryanne.

—¡Ah! Pero también deberá tener a bien callar. Pues sé que, de la misma forma que comparte tiempo a mi lado, hace lo mismo con mi hermano. Así que mis labios únicamente hablarán si usted promete no contarle nada de lo que yo le diga.

—¿Acaso me ha escuchado airear delante de usted los asuntos que trato con su hermano? No, ¿verdad? Entonces ¿por qué cree que no guardaré el mismo respeto por mi nueva amiga?

—Bien, me agrada oír eso.

Maryanne ya había derrochado toda la seriedad de que era capaz en conversación semejante y sus ojos pronto se rindieron a una mirada tierna que decía más de su amor por Fitzherbert que sus palabras.

—¿Lo ama? —preguntó Catherine tras interpretar aquel gesto.

—Oh, sí, claro que lo hago. ¿Y cómo no podría hacerlo?

—Es curioso. El señor Fitzherbert es todo lo contrario a mi hermano. Al suyo, incluso.

—Lo sé. Con todo el respeto hacia su hermano, él y yo nunca habríamos encajado en el papel de marido y mujer como otros esperaban. Usted también lo ve, estoy segura.

Desde luego que lo veía. En favor de Arthur, por haberse librado de una futura esposa que no le merecía.

—Supongo que eso es lo que me gusta tanto de él —continuó Maryanne—, que no se parezca a mi hermano. Que la única solemnidad que posea sea con los muertos y hasta con estos sería capaz de bailar.

Puestos a desmerecer, Catherine concluyó que tampoco era justo el trato que Maryanne daba a Edrick.

—Dígame —inquirió, directa al grano por fin—, ¿le ha pedido ya matrimonio?

—¡Matrimonio!

El carboncillo se deslizó de sus dedos para suicidarse sobre la hierba.

—Sí, matrimonio. Al fin y al cabo, a eso nos han traído a este lugar.

«Como animales al matadero», pensó la mayor de las dos.

—Bueno, creo que el señor Fitzherbert y yo necesitamos conocernos todavía un poco mejor.

—Entiendo.

Aquella palabra fue pronunciada casi como una sentencia. Maryanne Larousse extrajo de ella los peores juicios y buscó explicarse casi al instante.

—Quiero decir que todavía no me lo ha pedido. Seguramente lo hará pronto.

—Eso espero. Supongo que no le gustaría ser la única que salga de aquí sin un compromiso.

La serpiente comenzaba a sisear.

—¿Me está diciendo que el resto de señoritas...? No puede ser.

—Mi hermano me ha comunicado esta mañana que ya le ha pedido permiso al señor Weston para casarse con Amelia. No diga nada, porque es un secreto y si Arthur escuchara cómo se lo cuento, me retiraría la palabra.

Ciertamente esperaba que su hermano no se la retirara por todas aquellas mentiras.

—¡Oh! —resopló Maryanne, celosa no solo por la laureada situación de Amelia, sino porque estaba segura de que había querido arrancarle las atenciones de Arthur Crawford desde un principio—. No tengo más que palabras de alegría por ellos entonces. Me consuela al menos saber que no seré la única Larousse sin compromiso.

Catherine continuó sus andanzas como reina de la mentira, arrepintiéndose de antemano de lo que iba a decir, por llevar sus engaños hasta un punto en el que ya se confundían con la realidad. No obstante, necesitaba aquello. Necesitaba que Maryanne Larousse se viera más presionada que nunca para generar, a su vez, esa misma presión sobre su amado y conseguir un compromiso.

—Bueno, no creo que eso sea así del todo.

—¿Qué me está queriendo decir? ¿Quiere decir que Edrick y Lilibeth...?

—No exactamente.

—No le estoy entendiendo.

El rostro de Catherine se disculpó por ella y Maryanne entendió al instante aquel gesto.

—¿¡Usted!?

El carboncillo ya estaba más que pisoteado y Maryanne se acercó a Catherine con las manos negras, sentándose a su lado y sujetándola como la que intenta retener un fantasma que está ansioso por escapar.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible? Usted se iba a casar con el señor Weston, todos lo sabíamos. Su forma de hablar en las recepciones... James lo tenía claro, era su amigo, habían hablado de ello. Es por Lilibeth, ¿verdad? Ella ha entorpecido su matrimonio con el señor Weston. Debí haberlo imaginado. Sinceramente, no sé si estoy preparada para ser hermana de la señorita Fitzherbert, porque he de decirle que su comportamiento no ha sido el más correcto en este tema.

—¿Por qué dice eso?

La serpiente abandonó su siseo para prestar oídos.

—Pues porque lleva tras el señor Weston desde antes del partido de críquet.

—¿De veras?

Resultaba curioso cómo las peores mentiras destapaban finalmente las verdades más ocultas. Y, sobre todo, lo que resultaba verdaderamente curioso era la forma en que Catherine se había mantenido engañada a sí misma acerca de las preferencias de Lilibeth Fitzherbert por el mayor de los Weston. ¡Como si en la partida de *bridge* no hubieran dicho más en sus miradas que con sus palabras!

—No importa —afirmó, intentando que sus intereses no se nublaran cuando más debía concentrarse en lograr su objetivo—. Lo cierto es que no se trata de un descarte.

Catherine comenzó a sentirse nerviosa. Era la primera vez que decía algo así en voz alta y, por mucho que fuera necesario desarrollar aquella información delante de Maryanne para llevar a cabo otro de sus absurdos planes, parte de ella lo deseaba. Deseaba que lo que estaba diciendo ocurriera y también materializarlo en palabras. Por eso no fue difícil para la joven Larousse entreverlo en el cuerpo de su amiga, en sus gestos, en su voz incluso.

—Lo dice de verdad.

Crawford no entendía si aquello era una pregunta o una afirmación.

—Mírese, es la primera vez que observo en usted que no es de piedra, sino de cristal. Que se rompe como lo hacemos todas cuando la zarandean demasiado y la dejan caer.

Maryanne se contentó con aquel triunfo sobre su nueva amiga, con descubrir que también tenía miedos e inseguridades. Catherine, por el contrario, habría querido que la tierra se la tragara de la misma forma que en la partida de cartas.

—¡Cuéntemelo todo! Sobre mi hermano y usted.

La noticia iba calando poco a poco los huesos de la joven Larousse y su alegría por poder llamar a Catherine hermana aumentaba su euforia.

—Se lo contaré todo, pero a su debido tiempo. Haga como con la noticia de Arthur, guarde el secreto. No lo hable tampoco con su hermano.

—¿Tiene algo que ver con su ausencia?

—Más o menos. Ahora escúcheme —Catherine se soltó del agarre de Maryanne y fue ella misma la que sujetó a la otra—, estoy totalmente segura de que el señor Fitzherbert solo necesita un pequeño empujón para caer en el matrimonio. Y yo no quiero verla como la he encontrado ahora: pensativa, infeliz, esperando algo que no termina de llegar. ¿Me entiende? Llámeme egoísta —continuó, abandonando su asiento y acercándose al retrato, valiéndose de una sonrisa maliciosa que la joven Larousse no logró ver—, pero si va a ser mi hermana quiero que sea feliz.

Egoísta era poco. Hipócrita, mentirosa, manipuladora... La lista era larga, pero Catherine ya la conocía, pues ella misma apuntaba una palabra al día. En sus mejores horas casi no sentía el caldero de Satán esperando ansioso su llegada y aquel cuadro a medio acabar, con unos ojos negros que no eran los suyos, faltos del azul cielo que recordaba todo lo bello y angelical que Catherine no tenía... sí, aquel cuadro la miró y también la juzgó.

Ella misma había desatado un vendaval de mentiras que podía llevárselo todo a su paso. Sin embargo, arraigada en el «quien no juega no gana», se atrevió a mantenerse firme a expensas de lo que pudiera pasar y esperando solventar, a su debido tiempo y con las armas innatas con que su instinto le obsequiaba, cualquier mal que ella misma se hubiera granjeado.

La comedia de las equivocaciones

El sol abandonaba cada vez antes a los invitados de Allerdale en sus paseos. Un recuerdo vivo de que cada vez les quedaba menos tiempo en aquella mansión, menos tiempo de un verano que ninguno podría llegar a olvidar nunca.

James Fitzherbert había estimado el día que se representaría la famosa obra de teatro y cada quien lidiaba con los nervios a su manera. Los sirvientes llevaban días trabajando en un improvisado escenario al aire libre cuya construcción y detalle superaba lo esperado. Así lo predispuso el dueño de Allerdale, que ya empezaba a disfrutar del papel de anfitrión, convenciéndose a sí mismo de que aquel verano parecía haberle traído algo de esa madurez que nunca dejaba de temer y que, lejos de atragantarse, había sabido digerir bien. Llenaba los pulmones de aire con orgullo y su pecho se henchía a la par mientras observaba aquel escenario, casi dibujado sobre el símbolo maldito del Diablo, destinado a terminar lo que las triquiñuelas y los juegos de Fitzherbert habían comenzado. No obstante, sin percibir tampoco cómo, James comenzó a comprender que ya no sentía tanto apego por Dioniso. «Tal vez Cupido», pensó. Y así deseó que cada parlamento escrito por él ayudara a quien lo necesitara en su búsqueda de lo que él mismo ya había encontrado.

La noche cubrió por fin el cielo con un manto estrellado que iluminó cada rincón de aquellos jardines. Como ojos ansiosos por descubrir qué había preparado el destino para aquellos jóvenes, las estrellas brillaban y parpadeaban risueñas, realmente expectantes.

Todos convergieron por fin entre bastidores y quienes aprobarían la obra o, por el contrario, la reducirían a un sentido fracaso, ya estaban sentados en sus asientos. El servicio de un hogar era la mejor comitiva frente a la que interpretar algo, pues si bien ellos disfrutaban de ver a sus amos haciendo el ridículo, sus amos también de hacerlo para ellos. Así lo sentía, al menos, James Fitzherbert. Aunque no todos coincidieran.

Puestos a hacer el ridículo, Christopher Weston se había visto obligado a ataviarse con unas medias y casi parecía extraído de una edad que no le pertenecía a aquella obra. «Lo siento, Christopher, pero ya no nos quedaban más togas», mintió Fitzherbert, que conocía de sobra los tejemanejes que su amigo y la señorita Crawford se llevaban con la época isabelina y así trajeó a este, con aires de bardo.

—Creo que se ha equivocado de época, señor Weston —le asaltó Catherine, haciendo gala de su burla más sentida.

—No, usted es la que se ha equivocado de época. ¿Qué hace que no va a juego conmigo?

La mujer habría querido desdoblarse en aquel momento y vivir sus fantasías isabelinas sin olvidar las más clásicas, pues llevaba días sin saber nada de Larousse y encontrarse vestida de reina sin ningún rey la entristeció inoportunamente.

—¿Acaso la he ofendido? Qué idiota. Tanto me cuesta reconocer que estoy haciendo el ridículo así vestido que no había reparado en lo bien que le sienta a usted el embrujo de lo clásico.

—Usted nunca podría ofenderme, señor Weston. Le faltan por lo menos un par de siglos para poder intentarlo.

Aquella broma trajo consigo una caricia agradecida que Weston escondió en la mano de la joven.

—¡Vamos, vamos! Debemos estar todos en nuestros puestos —ordenó Maryanne Larousse, vestida de verde y con algo bastante lejano a una toga griega.

A través del tumulto, se hizo eco el silencio y, con el silencio, se abrió el telón. Arthur y su hermana salieron a escena, siendo ambos de los pocos que habían logrado sortear los anacronismos en cuanto a vestuario.

—¿Cómo tienes, niña, la poca vergüenza de hablarme así? Tú, que has sido el fruto desagradecido de mi mejor cosecha —vociferaba Arthur, arrepentido de haberse dejado engañar por Amelia para hacer aquello.

—Pues porque, padre, nunca dejaré de ser un fruto para vos. Otros, sin embargo, me ven ya como la flor que atesoran.

Fitzherbert reconocía que no tenía tanto manejo de los clásicos como para saber reproducir con exactitud el trato que un padre daba a su hija, ya fuera en términos formales o informales. O el que se daba entre personas no emparentadas, ya puestos. Así fue como dejó que su pluma jugueteara libre durante la creación del libreto, ignorando los fallos que pudiera estar cometiendo. Al fin y al cabo, su oficio futuro nada tendría que ver con las letras, así que podía permitirse enfangarlas cuanto le viniera en gana.

Lo que el dueño de Allerdale no habría imaginado es que terminaría faltando uno de sus actores y que la próxima escena, aquella que requería de una aparición minúscula del rey de los infiernos, se terminaría antes de tiempo, dando paso a la siguiente.

—¿Por qué, Orfeo, desdeñáis a vuestra entregada Eurídice para seguir un rastro engañoso que os llevará a la perdición? —preguntó Lilibeth en el papel que le correspondía, una vez en el escenario.

—Apreciada Eurídice, bien se nota que vos no habéis olido ese rastro. No hay engaño en él sino el engaño de una vida en la que no puedo embriagarme con ese aroma a diario.

—¡No hay dolor como el del infierno!

—¡No hay dolor como no poder estar en el infierno!

Lilibeth quiso vomitar con el dramatismo que James había aportado a aquellos ridículos diálogos. «Como si necesitara representarme a mí misma en una obra que me recuerda mis propios desplantes», dijo para sí.

Catherine se ocultaba de nuevo tras bambalinas, atesorando aquellas palabras que, aunque pertenecían a la pluma de Fitzherbert, eran pronunciadas con el corazón de Weston y así podía apreciarse en su mirada. No tardó en tener que salir de nuevo. Sin embargo, volvía a encontrarse sola, sin un compañero de escena que le diera réplicas en aquellas líneas que se habían convertido en un monólogo.

—Alejaos de mí si apreciáis vuestra vida —comenzó sin saber qué ocurriría después.

Christopher Weston, que no soportaba aquella falta, por más que detestara a Larousse y quisiera verle lejos, se deshizo de su jubón y de su collarín rápidamente. Se engalanó con un par de telas sueltas y colocó sobre sus hombros algo parecido a una capa oscura.

—Pero ¿cómo puedo yo alejarme de vos si ya sois parte de mí? —preguntó el caballero, irrumpiendo en escena.

Los cuchicheos comenzaron a elevarse. Algunos sirvientes no entendían aquel juego de rostros repetidos. Otros, creyéndose más listos, lo achacaron a algún simbolismo que su amo habría querido darle a la obra. Hubo quien adoptó la idea de que Orfeo llevaba una doble vida y que, por las noches, reinaba en el Inframundo. Incluso se barajó la propuesta de que el propio

Hades buscara atraer a Eurídice para reinar de forma bígama.

—No me miréis con esos ojos de lujuria ni me penséis con esas ideas corrompidas, pues solo de luz se alimenta mi alma y de la libertad nace mi felicidad.

—¿Y acaso yo os he privado de algo de eso? La luz del fuego os sienta mejor que la del sol y no hay mayor libertad que la de poder gobernar a otros y hacer lo que a uno le place.

—No me prometáis algo que no me podéis dar.

—Os lo daría todo si me dejaseis. —Las palabras de Weston casi salían a regañadientes, sabiendo para quién se había escrito aquel parlamento.

Semejantes palabras eran certeras en el arte de herir los corazones más sentidos. Casi como si Fitzherbert hubiera intuido las desavenencias que se cernían en torno a Crawford y Larousse y así las hubiera plasmado en papel. Por eso mismo, Catherine casi derramó una lágrima en honor a su Hades caído.

Cuando pudieron salir de escena por fin, la mujer agradeció a Weston aquel rescate inesperado. Él reconoció que se había leído toda la obra y que aquello que no recordaba se las había ingeniado para inventárselo, pero lo que no podía hacer era abandonarla de aquella manera.

—El señor Larousse no ha tenido ninguna consideración con usted. No entiendo su apego a él.

Catherine solo podía asentir y lo hacía tristemente, sabiendo que Weston contaba con parte de razón. Además de los celos.

De aquella manera, las escenas se siguieron sucediendo y los actos comenzaban y terminaban. En ocasiones, sin ningún contratiempo, pero muchas veces lo hacían de las formas más hilarantes. Maryanne Larousse, por ejemplo, no había dedicado el tiempo suficiente a aprenderse el libreto e inventaba sus frases de la manera más coqueta, rimando en muchas ocasiones. James, que atesoraba cada uno de los bellos defectos de Maryanne como si la hicieran todavía más irresistible, contestaba con parlamentos también inventados y así representaban sus papeles juntos, convirtiendo la obra en una comedia enrevesada. Lilibeth descubrió, gracias a la puesta en escena, que no se le daban tan bien las palabras como pensaba, pues en cuanto se olvidó de uno de sus diálogos, hizo lo mismo con el resto. ¡Y Amelia! Amelia, que en sus momentos de lucidez había conseguido desbancar a la mismísima Catherine, no podía evitar tartamudear. Solo las escenas que representaba con Arthur Crawford le ayudaban a templar los nervios. Este, contrario a lo que pudiera parecer, resultó haber sido el mejor de todos aquellos histriónicos actores junto con su hermana y su amigo Weston.

La siguiente escena, casi finalizando la obra, requería de cuatro personas en el escenario y el papel de dos de ellas parecía recaer en la misma persona. Weston se imaginó tambaleándose de un lado al otro, cambiando su atuendo delante del público. Y así lo pensaba hacer, sin ninguna duda. No obstante, un imprevisto impidió aquel baile de disfraces.

—Si solo pudierais entender cómo mis labios os reclaman y mis lágrimas os culpan — declamó Catherine.

—Sean vuestros labios, entonces, a quienes atienda —contestó una voz a sus espaldas que no era la de Christopher Weston.

Catherine se volvió para apreciar un cambio de actores no anunciado. Edrick Larousse había irrumpido en el escenario, con el tiempo suficiente para ponerse de mala manera el atuendo que Fitzherbert le había predispuesto.

La joven, sorprendida, se acercó a él.

—¿De qué va vestido? —le susurró, usando de nuevo aquel trato respetuoso.

—¿Y mi hermana? ¿Acaso Afrodita era asidua a los vestidos medievales?

Crawford, que no cabía en sí de la alegría que era tener a Larousse a su lado, creyó oportuno

hacer un cambio en el libreto, alargando más la aparición de Orfeo y Eurídice.

—¡No me gustan estos juegos donde cambiáis vuestro rostro a placer!

—Ni a mí estos diálogos absurdos —dijo casi para sí Larousse, que no podía evitar repudiar la forma en que escribía el dueño de Allerdale, teniendo que adaptarse a ella.

—Cállese y continúe —susurró Catherine.

—¡De ser así no me castigáis por ello, pues os prometo que no habrá un rostro que pueda amaros más que el que ante vos presento!

—¿Y mi padre?

—¿Qué hay de vuestro padre? Está bien donde está.

—Él jamás aceptará esto.

—¿Y no creéis que ya va siendo hora de que los dioses se encarguen de sus propios asuntos y dejen a los enamorados hacer lo propio con los suyos?

—Entonces ¿qué puedo yo hacer?

Larousse sacó de su bolsillo algo parecido a un dulce de color rojo.

—Por suerte para ambos, llevo en mi mano desgranados nuestros sueños. Tomad estas semillas de granada, alimentaos con ellas como yo me alimentaré de vos a continuación.

Hades colocó aquellas semillas en la boca de Perséfone y cuando esta las tragó, deslizó la mano por su cuello para besar a su reina. Un acto absolutamente fuera de lugar que no se encontraba escrito en ningún libreto.

Por desgracia para ambos —o por suerte, dado lo poco correcto que era semejante gesto—, aquellos labios no lograron encontrarse, pues Orfeo terminó saliendo a escena a paso ligero.

—¿¡Por qué no dejáis de jugar con ella!? Con razón os llaman El Invisible. Porque desaparecéis cuando más se os necesita.

Weston maquilló las frases de Fitzherbert con sus propios pensamientos.

—¡Y bien que aprovecháis mi invisibilidad para haceros con mi puesto! —se encaró contra él Larousse.

—Alguien debía hacerlo.

La electricidad podía sentirse en el ambiente.

—¿¡Debía o quería!? —preguntó aquel Hades, dejando escapar una risotada.

—¿Y quién va a querer ser vos? Ponerse en la piel de una rata traicionera que se dedica a engañar a escondidas a una mujer con palabras cargadas de sentimientos, demasiado para un corazón que es imposible que siga latiendo si es que alguna vez lo hizo.

—Debe de ser frustrante, ¿verdad? Que alguien como yo, tan nulo según usted —Larousse se había olvidado de esas líneas de Fitzherbert dedicadas a los dioses y en el escenario ya solo se apreciaba una riña entre dos hombres mundanos—, se lleve lo que otros no son capaces de conseguir.

—¡De conseguir con mentiras y juegos sucios, querrá decir!

—En el amor y en el juego todo vale, según dicen.

—Eso es lo que es para usted, nada más que un juego. Que sepa que mi paciencia es enorme y no creo que su auténtica forma de ser tarde demasiado en mostrarse, arrastrando con usted a cualquiera a un infierno cuyo azufre ya huele desde aquí. No me costará esperar a que sus maneras se desvelen y me obsequien con lo que, en primera instancia, estaba destinado a mi persona.

—Métselo en la cabeza de una vez. Usted ni siquiera es un dios de primera categoría —aquella pantomima debía seguir para curarles de la obviada de su acalorada discusión— y yo soy el hijo de un titán. Usted únicamente toca la lira mientras yo juego con la vida y la muerte.

Nadie en su sano juicio elegiría antes a un don nadie que poder reinar en un trono hecho de huesos.

—Lo hará. Cuando el tiempo le revele que esos huesos son suyos y que el infierno puede llegar a ser tan tedioso como el matrimonio con la persona equivocada.

Catherine sujetó el brazo de Larousse y le impidió avanzar hacia Weston con el puño en alto, por el bien de los tres. Lilibeth también salió a escena, haciendo lo mismo con Christopher y usando las palabras para intentar aplacar su ira.

La joven Crawford aprovechó aquel aparte para arrastrar a Larousse fuera del escenario.

—¿Qué pensabas hacer!? ¿¡Tú...!?! —Su trato, lejos de ojos curiosos, volvía a ser cercano.

La pregunta de Catherine quedó a medias, pues Edrick Larousse se coló entre sus labios a traición.

Es importante hablar sobre la suerte que tuvieron, ya que, con todos ocupados como estaban, observando el espectáculo que había en escena, nadie reparó en ellos. En sus besos, en sus abrazos, pero, sobre todo, en la desesperación que emanaba de ambos.

—Te juro que no he podido llegar antes. Los caballos han tenido problemas y el coche también.

—Da igual, no importa —perdonó sus faltas como por arte de magia, antes de volver a besarlo—. ¿Y qué es ese atuendo?

—Fitzherbert creyéndose más gracioso de lo que realmente es.

Así lo pensaba el propio Fitzherbert, de igual modo que no había podido evitar ataviar a Larousse al estilo polidoriano, oscuro como un ser de la noche, graznando también como un cuervo perdido.

—Tú, sin embargo, estás deliciosa. Te he observado antes de entrar a escena y no cabía en mí de tanta agitación.

Perséfone, lejos de vestir el blanco de una doncella, llevaba una muselina color púrpura y sus cabellos volvían a estar sueltos. Así como su cintura, lejos de corsé alguno.

—¿Y bien? —preguntó Catherine, ansiosa.

Edrick entendía aquella pregunta sin artificio alguno, directa al corazón. Sin embargo, no fue capaz de contestar. Su padre se había negado taxativamente a apoyar su decisión. Cualquier amenaza que el hijo había formulado sobre el padre terminaba siempre supeditándose a las del mayor.

Los ojos de Catherine seguían anhelantes y, cuando fueron conscientes de la tristeza que exudaban los de Larousse, ellos también se entristecieron.

El hombre volvió a sentir la sombra de su miseria, condenado de nuevo a una vida de infelicidad. Ni por la mujer que amaba había sido capaz de sobreponerse a ese destino que no solo le sujetaba de pies y manos, sino que le devoraba las entrañas. Nada nunca era suficiente en él y aquel pensamiento conquistó su cuerpo, haciéndolo temblar.

Catherine, que había intuido aquel malestar con sus dotes de pitia, abrazó a Larousse. Consciente de que aquel contacto no parecía suficiente, volvió a besarlo. A ese beso se unieron sus ganas de él y comenzó a devorarlo. El hombre no entendía aquel ímpetu, tampoco qué había mal dentro de Catherine para continuar viéndolo como lo veía, a pesar de fracasar en conseguir todo lo que realmente deseaba.

Aunque, si hablamos de ver, es imposible pasar por alto que un par de ojos se habían posado por fin sobre ellos. Unos ojos silenciosos y no tan sorprendidos cómo cabría esperar.

«Ven», susurró la joven Crawford cogiendo a Larousse de las manos y llevándole, como haría una serpiente, a su escondrijo.

La noche les amparó en su huida. Las estrellas del firmamento cerraron los ojos durante un instante y, así, las risotadas que volvían a oírse en el escenario les convirtieron prácticamente en humo.

Por fin dentro de la hacienda, subieron las escaleras a duras penas, pues no solo la entrada principal no estaba del todo iluminada, sino que, embriagados por aquella fuga, se atrapaban a besos entre peldaño y peldaño. Llegaron a caer incluso, convencidos de que no serían capaces de seguir y de que aquella escalera vería cosas que no estaban destinadas a ella. Catherine, sin embargo, que se había olvidado ya de cómo se comportaba una señorita, a veces era sacudida por unas reminiscencias inciertas que le recordaban que una dama no se abría de piernas en mitad de una escalera. Tampoco antes de casarse, pero ¿eso a quién le importaba? A ella, desde luego, no.

Ambos sortearon a tientas los objetos que se interponían en su camino y casi tiran más de una vasija o se prenden fuego con más de un candelabro. Atravesaron los pasillos intentando no llamar la atención en caso de que algún sirviente se hubiera quedado dentro de la casa, que era lo más probable. Catherine insistía en prestar su cuarto, pero Larousse, que en aquel momento parecía tener el pensamiento más sereno, la convenció para que fueran a su habitación bajo pretexto de que Arthur podía ir a buscarla tarde o temprano.

Una vez dentro, los besos comenzaron a caer como gotas de lluvia y rápidos, a raudales, lo inundaron todo. El padre de Larousse podría haber impedido una unión matrimonial, pero no había logrado disuadir a los enamorados y estos se agarraban todavía más fuerte a sus deseos en aquella miseria compartida. El éxtasis de cada beso airado se dejaba secuestrar a menudo por una caricia o una mirada que, en lugar de detener la función, redoblaba el interés de cada uno en continuar con ella.

El oscuro aristócrata del que todavía estaba disfrazado Larousse y la joven belleza griega parecían el vivo retrato del conde de Montecristo y su esclava Haydée. ¿Y cómo no iba él a entender aquella señal divina que se presentaba delante suya en forma de mujer de otra época, casi hecha basándose en sus propias fantasías y sus más ocultos anhelos? Sujetó, pues, a Catherine contra él y comenzó a bajar por su cuello. Bruja y adivina a partes iguales, esta liberó sus pechos de aquel vestido para que Larousse no se detuviera tan pronto y continuara vagando por el camino que le era señalado, en una senda que descendía a los infiernos. Puede que su belleza fuera silenciosa, pero su cuerpo, exento de corsés o medidas para contenerlo, pecaba de exuberancia. Edrick le pidió que no se deshiciera del todo de aquellos ropajes y ella se rio. Con cada beso, con cada mordisco de aquel caballero negro, veía a la propia perdición devorándola con lentitud. Había sido envenenada con un líquido oscuro del que ya no podía liberarse, reclamando más y más en concepto de adicta.

La lengua de Larousse serpenteaba por su cuerpo y ella misma podía oír el cascabel que anunciaba su proximidad con la manzana del pecado. Las caricias húmedas sonrojaron a Catherine, que ya no recordaba la última vez que se había sentido vulnerable frente a un hombre, por más que sus piernas hubieran sido asaltadas en varias ocasiones.

Por fin, la causalidad los arrastró a la cama, pero tardaron tanto en cansarse de aquellos besos que ambos temieron ser víctimas, tarde o temprano, de cualquier acontecimiento inesperado que terminara separándoles antes de alcanzar el Edén.

Catherine siguió la estela de espontaneidad que comenzaba a brillar en ella y se focalizó en desvestir a su compañero, ocupado como estaba en besar a la joven y en proporcionarle las caricias adecuadas. Larousse, que nunca había estado con una mujer de aquella forma, contrario a la mayoría de caballeros de su edad, que derrochaban su fortuna en prostíbulos, dejó escapar algo de pudor y la interrumpió:

—Catherine, escucha. Yo nunca...

Y como si su forma de actuar o sus cartas no lo hubieran dejado bastante claro, Crawford le hizo callar y continuó abriendo su camisa, dejando caer los tirantes que sujetaban su pantalón. Delicada, se colocó sobre él y comenzó a besar su pecho mientras Larousse enrojecía. Fijó su mirada en la de él durante un segundo y, sonriendo, le preguntó:

—¿Está el dios de los infiernos preparado para su reina?

Larousse regresó a su pozo de miserias personal, donde ni siquiera se veía capaz de llevar la voz cantante en aquel concierto por falta de experiencia. Mucho menos asemejarse a aquel dios de los infiernos que ella reclamaba. Catherine, al contrario, vibraba pensando en romper su maldición. Le observaba con unos ojos que Edrick no podía explicarse y confiaba más que el propio Larousse en él mismo. Agradecía, en parte, la inexperiencia de él y cómo ambos compartían aquel sentimiento de vulnerabilidad, fuera de una forma u otra. Había tenido que vérselas en situaciones de cama desafortunadas, donde el frenesí y el ego masculino eran lo único que contaba. Sin embargo, ensillada como estaba ya sobre Larousse, sujetando las riendas de su caballo ganador, solo podía pensar en un triunfo para ambos.

Tras concederse el tiempo suficiente, destinado todo él a calmar sus corazones, el conocido ardor que ya infestaba sus cartas como una plaga abandonó el papel y cobró vida de una forma mucho más sensorial. Catherine balanceaba las caderas como el péndulo de un reloj mientras Larousse marcaba las doce con su manecilla más puntual. Puntuales eran también los gemidos de la joven. Los suspiros de Larousse, sin embargo, se hacían de rogar. Las nueve menos cuarto se convirtieron en las nueve en aquel sugerente reloj que no marcaba la hora, sino los placeres y sus posturas.

El tiempo se quedó huérfano y el espacio se desvaneció, plegándose a los sentidos de dos animales que se fingían personas.

A Edrick Larousse no le quedaba ninguna duda del poder de Catherine Crawford, despertando en él una seguridad perdida hacía mucho. Así, como perro hambriento, fijó su mirada en ella con ansias de desgarrarla, buscando coserla más tarde a besos. La joven se hundía una y otra vez en aquel manantial de eterna juventud que traía consigo también la eterna condena, pues saciarse en las aguas de Larousse no era como hacerlo en las de cualquier otro. Requería de un tributo vivo y palpitante y por eso comenzó a arañarse el pecho y terminó arrancándose el corazón, todavía caliente, ofreciéndoselo al hombre en un puño. Larousse rehusó a cogerlo y el órgano rodó por el suelo de igual forma que ellos sobre la cama.

Su inexperiencia fue compensada con sus pasiones y su compañera palideció de placer donde otras lo hubieran hecho de terror frente a la sombra oscura que se cernía sobre ella.

Catherine, que saboreaba la inocencia de Edrick, redoblaba sus ansias cuando encontraba en él a un digno rival en el campo de batalla. Recibía sus estocadas y le exigía el doble, se revolvía cual animal salvaje esperando una buena corrección y elevaba su voz al cielo con la intención de que, si Zeus no la hacía callar, lo hiciera aquel dios de los infiernos.

Larousse daba muestras de entender el carácter agitado de Catherine, leyendo aquellas intenciones en sus ojos y sus necesidades en su piel. Comprendió pronto cómo de lejos la estaba conduciendo a un lugar donde Catherine había abandonado su cuerpo mientras su conciencia se elevaba inquieta, plena y satisfecha. Aquel triunfo le valió también una derrota a Larousse. Derramó todo su ímpetu en escasos segundos con una fuerza arrolladora y se embebió de los labios de Catherine, como esta lo hizo de los suyos.

Si el infierno ardía entre sus piernas entrelazadas, ¿quién sería el valiente que se atrevería a negarles el título de rey y reina de aquel delicioso Averno?

Un acuerdo en desacuerdo

Los silenciosos rayos del sol se filtraron con genuina delicadeza en la habitación de Edrick a la mañana siguiente y así abrazaron también a la mujer que dormía a su lado, sirviendo a Larousse como guía para trazar líneas en su espalda con la yema de los dedos.

Primorosos jadeos escaparon de boca de una Catherine todavía dormida como escapa la dicha de los corazones más afortunados, ruidosamente contenta. Su compañero de alcoba escuchaba aquellos rezongos y sonreía, asegurando no haber gozado nunca de visión más radiante o sus oídos disfrutado de canto tan melodioso. La joven Crawford volvió en sí entre caricia y caricia, recordando de quién era aquel brazo sobre el que descansaba e inhalando el recuerdo de la noche anterior, que todavía se ocultaba entre ellos.

Pecando de esa inconstancia que solía conquistarles a los dos en los peores momentos, ambos se miraron y creyeron ver un atisbo de duda en la mirada del otro. Como las estrellas, aquel foco deslumbrante de incertidumbre había muerto tiempo atrás y ya solo quedaba un vago destello que se iba apagando poco a poco, reflejo de tiempos peores, marcados por la zozobra y el desasosiego.

—Creo que si no me voy ya, no lo haré jamás —atentó contra aquella paz la joven.

—Hazlo entonces y rómpeme el corazón.

—Te prestaré el mío, pero he de advertirte que, en ocasiones, late a destiempo y se endurece también sin avisar.

Sin avisar tampoco, Catherine comenzó a vestirse con las telas púrpura de la noche anterior.

—¿Y qué me recomiendas entonces en mi agonía? —preguntó Larousse, apabullado por su propio corazón, acercándose a ella.

La joven cogió las manos de su amigo y, depositando un tierno beso, contestó:

—Paciencia.

En condiciones normales, Edrick Larousse podría haberse definido como modelo de paciencia y corrección. No obstante, un corazón temperamental como el que acababa de descubrir que poseía, era incapaz de ser paciente. Los ojos de Catherine se tornaron en un canto a la esperanza y aquella sonrisa afectuosa con la que deleitó a Larousse ya no parecía un vestigio de la isla de Eea. Eso haría que él pronto la convirtiera en su Ítaca soñada, blandiendo la espada contra quien osara impedirlo.

La puerta se cerró como se cierran los libros ya terminados: dejando una dolorosa sensación de vacío y llenando nuestros pulmones de desesperanza. Edrick, sin embargo, parecía resuelto a no dejarse engullir por aquella sensación de nuevo. Así, más seguro de lo que había estado nunca en su nefanda existencia, tomó una decisión que pondría en práctica ese mismo día, desoyendo el consejo de su amada.



Allerdale Park era un sitio inmenso. Contaba con dos alas repletas de cuartos y, aun así, siempre había alguien en la biblioteca. Casi parecía haberse instaurado algún tipo de moda absurda entre los habitantes de la casa, guerreando por conquistar tierra de nadie. No le ocurría a James Fitzherbert, tampoco a Maryanne Larousse, que preferían la sala de arte o los jardines. Y no es que Arthur Crawford fuera muy dado a leer en Allerdale Park, pero aquel lugar que era utilizado por el patriarca de los Fitzherbert como despacho desprendía ese aroma formal que rezuman los libros y los pactos de negocios, motivo por el que despertaba su interés más que cualquier otra sala.

Arthur visitó a su hermana aquella mañana sin que ningún otro contratiempo hubiera conseguido apartarle de su camino. La había encontrado, esa vez sí, donde correspondía: envuelta en las sábanas de su cama, sola, desprendiendo ese halo de inocencia que ya no le quedaba pero que Arthur tenía a bien recordar a veces. Inventárselo, casi.

Edrick Larousse había sido informado sobre el paradero de Arthur Crawford y, ya entrada la tarde, confiado como estaba en mantener una seria conversación con él, se acercó a la biblioteca. Advirtió que las puertas se encontraban cerradas y la sala ocupada. No quiso presentarse con la descortesía como carta de recomendación, así que esperó lo suficiente para ver salir de allí a Christopher Weston, que le dedicó una mirada tediosa, de las que atraviesan el espíritu con ansias de atravesar algo más. Suspiró entonces, apesadumbrado y tenso como el hilo de su destino, pidiendo en silencio a las Moiras que fueran indulgentes con él.

Al fin, se dejó ver en el umbral de la puerta.

—Señor Crawford, ¿me permitiría entrar? Me gustaría hablar de un tema importante con usted.

—Realmente oportuno —resopló Arthur, antes de hacerle pasar.

Larousse, que no entendía el significado de aquel comentario entre dientes, comenzó a hablar con la cabeza gacha y el corazón en la mano.

—Sé que no soy del todo de su agrado. Durante un tiempo, tuve un vestigio en el labio que me lo recordaba a diario.

—Continúe —apremió Arthur, seco y con las cejas en guardia.

No sabía cómo continuar. Cualquier conato de discurso triunfante se había perdido en su memoria y ya solo le quedaba la sinceridad como arma.

—Siempre he vivido bajo un absoluto estado de gracia en lo que a mi condición respecta. Mis progenitores me educaron con la rectitud necesaria para que ningún caballo descarriado tuviera oportunidad de escapar al camino que debía seguir. Es bien sabido que, junto al nombre de mi padre, ya aparece el mío en cualquier negocio que nuestra familia emprende. También soy primogénito como usted e intento velar en la medida de lo posible por el bien de mi hermana.

—No obstante, no parece estar haciéndolo muy bien —interrumpió Arthur.

—Desearía controlar todos los aspectos del carácter de Maryanne y asegurarle la felicidad que se merece, pero me temo que las mujeres son impredecibles y ella, más que nadie, una ráfaga de aire inquieto.

—Dígame una cosa, señor Larousse: ¿dejaría que su hermana se desposara con cualquier hombre?

—No, señor.

—¿Y qué piensa del señor Fitzherbert?

—No es del todo de mi agrado —dijo, por decir algo. Porque no agradarle era quedarse corto.

—Si el señor Fitzherbert le pidiera la mano de su hermana, ¿usted aceptaría?

Todos los caminos llevaban a Roma y Edrick Larousse acababa de darse de bruces contra la

fortaleza que la protegía.

—No importa lo que yo piense, sino lo que mi padre dictamine.

—¿Aceptaría usted? —volvió a preguntar Arthur.

Su sinceridad se hizo con una pala y comenzó a cavar una tumba que llevaba sus iniciales, aun sabiendo que Arthur Crawford, con aquellas preguntas capciosas, pretendía enterrarlo en vida.

—No.

—Bien. Eso mismo quería oír. Continúe pues.

—Yo...

Larousse comenzó a caminar por la sala, dándose el tiempo necesario para recoger la valentía de enfrentarse a aquella confrontación avocada al fracaso.

—Señor Crawford —se decantó por fin con decisión—, he venido aquí, con todo lo que tengo y lo que soy, a pedirle una oportunidad para desposar a su hermana.

—Una oportunidad para desposar a mi hermana —rio Crawford frente a aquellas maneras—. ¿No cree que ya le he dado demasiadas oportunidades y que usted, en lugar de comportarse como el caballero que pretende hacerme ver, las ha aprovechado para embaucar a Catherine? Unas cartas impropias, una escapada nocturna, interponerse en un matrimonio ya apalabrado con anterioridad, acercamientos fuera de lugar, miradas inadecuadas, juegos tras bambalinas. Dígame, señor Larousse, ¿le es familiar todo esto?

Sin duda, aquellas serían las palabras que irían grabadas en su lápida. Larousse tragó saliva y, aunque se moría por preguntar cómo toda aquella información había llegado a oídos de Crawford, hasta los momentos más privados, convino en que habría sido otro acto de descortesía preocuparse más por conocer al espía de sus injurias que por intentar enmendar estas.

—Sí, señor.

—¿Dejaría que su hermana se casara con un hombre que no le agrada después de saber lo que yo sé? Sea sincero.

—No.

Arthur parecía satisfecho.

—No obstante —continuó Larousse—, yo no puedo responder por ningún otro más que por mí mismo. Nunca conoceré más que en apariencia lo que cualquier pretendiente de mi hermana me haga ver...

—¿Como usted —le interrumpió de nuevo el hermano de Catherine—, viniendo aquí con la traicionera máscara del respeto y embarrando más todavía nuestro apellido con sus juegos?

—Lo que quiero decirle, señor Crawford, es que mi deber como hombre respetable, lejos de lo que pueda haberle parecido en estos días de confusión, es persistir en mi propuesta. Pues no habría nadie que pudiera cuidar a la señorita Crawford como lo haría yo y tampoco nadie que la quisiera como lo hago yo.

—Eso desde luego. ¡Y doy gracias por ello! En absoluto me agrada la forma que tiene de querer a mi hermana. Menudo espectáculo montaron ayer usted y el señor Weston en mitad de la obra.

—Señor Crawford...

Las palabras de Larousse fueron interrumpidas por una brillante daga que se clavó en su corazón.

—Mi hermana se va a casar con Christopher Weston. Ya me ha pedido su mano —mintió Arthur, como costumbre familiar—. Acaba de hacerlo, así que llega tarde, señor Larousse.

—Catherine —se atrevió a pronunciar su nombre con cada sílaba— nunca se casaría con

Christopher Weston.

—Si eso es lo que piensa —comenzó Crawford, todavía más severo tras escuchar el nombre de su hermana de aquella manera—, está claro que no conoce a mi hermana. No hay un hombre mejor que Weston para desposarla. Y ella misma me ha hecho saber que nuestros pensamientos van en la misma dirección.

Larousse, desesperado, dejó escapar una risa maliciosa.

—Eso es imposible. Se está engañando a sí mismo.

—¿Eso piensa? ¿No será usted el que se engaña? Ahora que las cartas están sobre la mesa, me alegro de que mi hermana haya elegido sabiamente.

Edrick, que sabía la verdad —o al menos así se sentía su corazón, portador de esta—, se permitía dejarse golpear por aquel garrote de odio, generando en él todavía más hostilidad.

—Su hermana no se casará con otro que no sea yo. Espero que esas esperanzas absurdas que pone en el señor Weston le reconforten en su mentira, pero espero que también pueda ver cómo, si su decisión nos separa a Catherine y a mí, volverá contra usted a su propia hermana en algo más serio que una riña de niños.

—¿Quién se cree que es para hablarme así? —Impenetrable, Arthur se plantó frente a Larousse, encarándose con él—. No solo no le permitiré que despose a mi hermana, sino que, si llega a hacerlo sin mi consentimiento, le escribiré personalmente a su padre una carta en la que figure que, si mi hermana se casa con usted, dejará de ser una Crawford en nombre y capital. Dígame, ¿qué le parecería eso a su padre? ¿Cuánto tardaría en romper el compromiso? ¿Y cuánto en desheredarle a usted si continúa en su afán por desposarse con ella? ¿Eso quiere? ¿Que mi hermana viva pasto de la pobreza? ¿Cómo la hará feliz entonces? ¿Y dónde queda pues el Edrick Larousse que tan bien presumía de saber cuidar de ella?

Un laberinto de preguntas imposibles devanó los sesos de Larousse sin encontrar una respuesta mínimamente satisfactoria. Su mirada se ennegreció y su gesto mutó en el de otro. Apretó los puños y, lejos de devolverle el golpe a Crawford, se ensañó con el florero que descansaba en una de las mesitas de la sala, fragmentándolo en tantos añicos contra el suelo como lo estaba su corazón. Arthur Crawford, aunque carcomido por la furia también, apreció una parte sombría de Larousse en aquel momento que desaprobaba absolutamente para su hermana.

—No vuelva a acercarse a Catherine —sentenció Crawford.

Larousse se fue de allí a paso arrogante, apartando la puerta con su mano y golpeándola airadamente contra la propia pared.

El secreto de aquel encuentro murió con él. Se negó a decirle nada a Catherine y contaba también con la seguridad de que su hermano no lo haría. Confesar que Larousse acababa de declararse y reconocer que Arthur lo había rechazado podría haber encendido una llama en la joven que habría hecho arder a su hermano con todas sus posesiones.

Danzad, danzad, malditos

William Shakespeare, como bien habrían recordado Catherine Crawford y Christopher Weston si alguien les hubiera preguntado, decía que «en un minuto hay muchos días». No ocurriría lo mismo en Allerdale Park ese verano, pues, al contrario de lo que rezaba el bardo, los meses estivales se convirtieron, a lo sumo, en una semana bien aprovechada.

El final de aquella estancia golpeaba a todos de improviso y, lejos de esperar lo inesperado, no había nadie entre los presentes que quisiera abandonarla. La trampa, que para algunos había seguido siéndolo, mutaba lentamente en una nube que se embebía de su dualidad: esponjosa, hacía las delicias de todos, pero en sus peores días terminaba cargándose de una electricidad pavorosa y descargaba su ira y su tristeza a partes iguales.

Maryanne Larousse había seguido el consejo *desinteresado* de su amiga, que la increpaba para que fuera en busca de la felicidad. Sus indirectas caían sobre el dueño de Allerdale, sintiéndolas este más directas que una flecha apuntando a su corazón. No obstante, Maryanne no había recibido de él más que réplicas humorísticas o respuestas que se alejaban de lo reclamado por ella. Con la lágrima a flor de piel, suponiendo que su mensaje no terminaba de calar en el susodicho y que nunca lo haría, siendo como era el carácter de este, que tendía siempre a lo vaporoso y lo espontáneo, se dio tristemente por vencida. Sin embargo, lo cierto era que el anfitrión de Allerdale ya estaba tramando la soberbia manera en que pediría su mano, acorde a una caprichosa reina como era aquella futura señora Fitzherbert. ¿Y a quién le importaban las maneras cuando había amor de por medio? ¿Quién podría obligarle a desdecirse de aquello si le pedía matrimonio a Maryanne rodeados de un tropel de testigos borrachos de felicidad por la noticia? «Ni Edrick Larousse se atreverá», pensaba James, que prefería orquestar un paripé multitudinario llamado baile antes que atenerse a la regia costumbre de pedir la mano de su amada a la persona equivocada. «¿Qué sabrán su padre o su hermano sobre ella o sobre mí, ocupado como está el último en escribir sus cartas y robarle la prometida a otro?», se decía Fitzherbert, tan contrario en formas al hermano de su amada.

Surgió entonces, de una fingida forma espontánea, aquella idea del baile. «Es la manera adecuada para despedir el verano y la estancia de todos en Allerdale Park, ¿no les parece?», explicó el anfitrión en mitad de una de sus últimas cenas con aquellas personas que estaban más acostumbradas a los bailes que a las obras de teatro y que, habiendo llevado a cabo la segunda, no podían negarse a lo primero.

Habría sido absurdo que semejante velada hubiera estado destinada únicamente a unas pocas personas, por lo que se convino en invitar a todo aquel que quisiera asistir.

Y hablando de un Fitzherbert, es imposible no pensar también en la otra. La hermana de James no había dejado de preocuparse por Christopher Weston ni un segundo. Sentía tal ofuscación por aquella situación injusta y por el reguero de migas de pan que Crawford ponía delante de él, obligándolo a seguirle a todas partes mientras convidaba trozos de pan enteros y su mejor carne a otros, que no sabía cómo parar aquel resquemor interno que la irritaba, que la privaba de su natural serenidad y le arrebatava las ganas de bailar como bailan las hojas, atrapadas por el viento. Un baile como el que su hermano había orquestado no le proporcionaba mayor alivio. Soñaba con danzar al lado de Weston, con que este dejara caer de una vez la venda

de sus ojos, apreciando algún gesto entre Crawford y Larousse lo suficientemente íntimo como para tirar la toalla. Tenía la esperanza incluso de poder secar sus lágrimas, de que comprendiera por fin que el mejor corazón para amar no siempre es el que más pasión rebosa, sino el que más bondad está dispuesto a desbordar.

El amado de Lilibeth, sin embargo, dedicó los últimos días en Allerdale Park a meditar sus siguientes pasos. Respiró como respira un hombre que todavía puede presumirse de soltero: con libertad. Valoró también, irremediablemente, la idea de casarse, que ya llevaba semanas taconeando con fuerza en el techo de sus pensamientos como un vecino molesto. Sabía de antemano que tenía el permiso de su amigo y por ello no había querido hacerle la gran pregunta en persona, aterrado por la idea de formalizar algo que finalmente no estuviera preparado para abordar. Y si la hermana de Crawford tenía su corazón bien sujeto, la de su otro amigo canturreaba como un gorrión cerca de su oído. Las dudas de Weston se redoblaban con el paso de los días y esperaba que fuera la diosa fortuna quien barajara sus cartas, dispuesto a jugar su mano en el momento adecuado.

Sangre de su sangre, Amelia Weston sorteaba miradas y rumores como un fantasma sortea la ardua tarea de vivir. Así se había mantenido todo lo que había podido, oculta como un camaleón en aquel nido de víboras hasta tal punto que el propio lector no sabe tampoco lo que fue de ella y, si fuera por la joven, tampoco lo sabría. Pero lo cierto era que Amelia no guardaba sus secretos en soledad, sino en compañía. El Crawford mayor era su secreter particular con llave y todo. Como Amelia, ambos compartían el don del silencio que tanto trae de cabeza al curioso, haciendo también que el chismoso se rasgue las vestiduras.

Arthur Crawford hubiera querido que todos sus problemas fueran la joven Weston, capeadora profesional de tempestades y consuelo necesitado cuando lo que sucedía a su alrededor sí se volvía un auténtico problema. Sin embargo, Arthur, que era de naturaleza preocupada, observaba a su amigo correr ladera abajo con una venda en los ojos y a su hermana secuestrada por un hombre en el que él mismo ya no lograba apreciar humanidad alguna. Nunca había sufrido pesadillas como aquellas, nunca había temido tanto que Larousse, convertido en el Hades que Fitzherbert le había otorgado, se llevara a la mujer que más amaba en todo el mundo y se alimentara de su alma, de su juventud, de todo lo que era hasta dejarla seca, cadavérica, incurable de aquel veneno mortal que el hombre seguía inyectando en su cuerpo a base de cartas impregnadas con adulteradas palabras y simulados sentimientos. El solo pensar en semejante historia de terror lograba que Arthur temblara. Le hacía desear ir al cuarto de su hermana, buscar la picadura de Larousse, poner sus labios en derredor y succionar las futuras miserias que le depararía a Catherine el continuar por aquel camino. «Ya solo queda esperar», pensaba Arthur. «Sacar una llave del manojo del destino y rezar porque abra la cerradura correcta».

Al contrario de lo que podía suceder con el Crawford mayor, los secretos de su hermana eran ya conocidos por todo el mundo. Ocultaba, a voz en grito, sus pensamientos y preferencias, sus encuentros y sus ligerezas. Y aunque Catherine Crawford hubiera sido el vivo retrato de discreción que podía observarse en Amelia Weston, ¿qué importaba? James Fitzherbert habría ido aireando sus secretos de igual forma, dado como era a descubrir todo lo que rodeaba a los huéspedes de Allerdale Park con un talento sobrehumano que escapaba al entendimiento de quien se veía afectado por ello.

«¿Cuántas vueltas dará hoy el salón de baile sobre sí mismo como hacen las cajitas musicales?», se preguntaba Catherine. «¿Ocuparemos el sitio que nos corresponde en esta casa de muñecas o, por el contrario, se convertirá en otro escenario de un crimen pasional? Tal vez filial».

Unas notas despuntaban en el oído de la joven. Los músicos ya estaban en el salón, marcando el compás de aquella noche que tanto hacía temblar a Catherine. Como si sus habilidades de adivina se hubieran puesto en pie de guerra, advirtiéndole del peligro reinante en aquella reunión aparentemente tranquila, dedicada al goce y el disfrute de quienes estuvieran dispuestos a acompañarles. «¿A quién voy a herir esta noche? ¿Quién clavará su puñal en mi corazón?», se interrogaba, angustiada por la incertidumbre. Hasta su propia imaginación intentó adelantarse al susodicho baile, donde un torrente de emociones la terminaba conduciendo al desmayo en mitad de este. «Así no tendría que lidiar más que con mis propias pesadillas», se dijo. Aquel bucle de pensamientos incesantes, de posibles situaciones calamitosas y de finales cada cual más terrible que el anterior complicó la respiración de Catherine durante un instante. Ella, que se avergonzaba de su naturaleza cuando esta se revelaba débil, se mostró airada consigo misma. Golpeó el armario donde descansaban sus vestidos un par de veces con los dientes apretados y ahogó más de un grito con la intención de sacudirse los problemas de encima. Finalmente, enjugó sus ideas en un baño que templó sus nervios y donde sus preocupaciones chapotearon hasta quedarse dormidas.

De nuevo en aquella habitación, con un renovado temple que no terminaba de agradecer lo suficiente, se preparó para la gran noche, al igual que el resto. El camafeo que Edrick Larousse le había regalado brillaba en su mesita. Susurrante, llamaba la atención de la joven, incitándola a ponérselo. ¿Y qué mal había en aquello? Solo era un obsequio. Bello como ella, oscuro como él, fulgurante como lo que profesaban el uno por el otro.

Catherine se preguntó qué estaría haciendo Larousse en aquel momento. Y como el hombre parecía seguir abocado a la miseria, atrapado en un huracán de infortunios que ya no sabía de qué forma disipar, lo último que habría querido hubiera tenido que ver con encontrarse a la mujer antes del baile o que nosotros mismos habláramos de él como hemos hecho del resto de huéspedes en Allerdale Park. Así pues, si hay alguien más respetuoso que el señor Larousse, serán sus lectores. Preferirán, desde luego, que llegue la hora indicada y dé comienzo la esperada celebración. Por eso mismo, lejos de ser tímidos, adelantaremos las manecillas de nuestros relojes, coincidiendo con el comienzo de la misma.

Tic, tac, tic, tac...



James Fitzherbert podía aprender a disfrutar de aquello. Organizar succulentos bailes, dejar que su pecho rebosara de orgullo mientras recorría las estancias calibrando el nivel de perfección a que sus sirvientes habían llegado organizándolo todo a su gusto. Sentía cómo los distintos aromas se peleaban por ser percibidos, desde los aperitivos servidos para aquellos que se identificaran con el pecado de la gula hasta el perfume de mujer que lo ataba a él al de la lujuria. Sin olvidar la soberbia, pecado de pecados, que Fitzherbert comprendía mejor que nadie, subido a lo alto de la escalera principal, donde observaba aquel nuevo circo que había orquestado y al que prefirió dirigirse como «celebración», mostrando, según él, indicios de madurez.

Como un halcón, James Fitzherbert lo observaba todo desde aquel lugar. Se percató, por ejemplo, de la entrada de la señorita Crawford y de cómo Edrick Larousse se había colocado estratégicamente al pie de la escalera mientras que a su amigo Weston no le quedaba más remedio que observar la escena desde lejos, atrapado por las garras de sus padres como se encontraba.

La imagen de la joven Crawford casi fue culpable de que el corazón de Edrick Larousse se tomara un alto en el camino, dejando de palpar durante lo que tardó en descender por aquella escalinata. Su vestido era blanco y su melena estaba recogida en un moño bajo, trenzado y opulento. Larousse no habría sabido cómo describir tanta belleza. Intuía que volvería a vestir su acostumbrado color negro, siendo la pareja perfecta de aquel cuervo advenedizo. Sin embargo, bajo la forma angelical que había decidido tomar, Larousse casi no la reconocía. Un segundo le bastó para convencerse de que aquella no era su amada y, al siguiente, observó el camafeo que llevaba prendado en su vestido. Se hizo entonces con su mano y la besó sin perderse ni un momento de contemplar aquella mirada.

—¡Catherine! —interrumpió una voz familiar para la joven.

—Madre —saludó también ella, antes de presentar a su amigo—. Madre, este es el señor Edrick Larousse.

—Señora Crawford. —Larousse se hizo con su mano como bien había hecho con la de su hija antes y saludó cortésmente a aquella mujer con un énfasis especial por ser precisamente quien era—. No sabe las ganas que tenía de conocerla por fin.

Catherine observó aquel gesto, satisfecha, y sintió cómo sus dos mundos confluían. Se mentía, convenciéndose de que ya estaba todo hecho. Que ya no había más obstáculos que sortear.

—Yo le conozco a usted, joven. Conozco a su madre también.

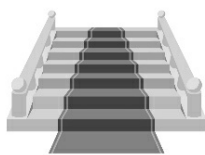
«Sí, todos lo sabemos», pensó Catherine. «Sabemos que es muy de madres hablar del futuro de sus hijos sin que estén estos presentes y luego esperar que no haya displicencias por parte de dos desconocidos obligados a compartir su vida a la fuerza».

—Pero dígame, ¿qué relación tiene con mi hija, señor Larousse?

—Nos hemos vuelto buenos amigos, madre —contestó ella.

Martha Crawford, que llevaba unos meses sin poder ver a sus hijos, aliviada por una parte y preocupada por otra, mantenía una correspondencia continuada con Arthur. Este solo le hablaba de las cosas positivas que les sucedían y, si no, se las inventaba. ¿Cómo iba a confesarle a su madre que Catherine andaba escapándose a medianoche con un hombre del que no se fiaba en absoluto? ¿O que él mismo pasaba más tiempo del que debería con la señorita Weston?

La mujer no cabía en ella misma de lo entusiasmada que estaba por volver a ver a sus hijos, esperando que aquel tiempo lejos del hogar les obsequiara con la madurez correspondiente y que, por fin, hubieran decidido tomar la decisión que llevaba tanto recomendándoles: la de casarse. La señora Crawford, además, observó, como habría observado toda madre, la forma en que Edrick Larousse miraba a su hija. Se apenó por el caballero, claro está. Porque Catherine era tozuda como una mula y si desdeñaba algo de un hombre para empezar era que la mirara de aquella manera. Por suerte o por desgracia, uno nunca puede estar pendiente de todo y los pocos segundos que Martha se tomó en observar la sala en busca de su otro hijo, se perdió aquella misma mirada en los ojos de Catherine.



James Fitzherbert, acodado en la escalinata, dejó que sus ojos danzaran como más adelante harían los invitados y terminó posándose en el grupo que rodeaba a su adorada Maryanne.

—Qué raro —mencionó esta.

—¿Qué sucede? —preguntó la hermana de su amado, pues tanto Lilibeth como Amelia estaban con ella.

Maryanne observaba a Catherine Crawford, la obviaba a continuación y, segundos después, la volvía a mirar con un gesto de interés e incompreensión casi parejos. Se separó de aquel grupo mientras las damas todavía curioseaban su actitud y, cuando regresó, después de auscultar a Catherine, explicó por fin sus inquietudes.

—Al margen de decirles que creo que es la primera vez que veo a la señorita Crawford vestida de ese color, ¿se han fijado en el camafeo que lleva prendado de su vestido? —cuchicheó—. Pues estoy segura, después de acercarme para verlo, de que se trata, ni más ni menos, que de la rosa de los Larousse.

Arthur, que pululaba cerca de las señoritas y que no acostumbraba a formar parte de las conversaciones que se generaban entre mujeres, no pudo evitar escuchar aquello e involucrarse más que las demás si cabe.

—¿Disculpe? —preguntó, esperando enterarse de aquello.

—Vaya, señor Crawford, no le había visto. Es una tontería, probablemente no le interese.

La señorita Larousse comprendió que tal vez hubiera hablado más de la cuenta, aunque todavía no había abierto casi la boca.

—En absoluto. Todo lo que tenga que ver con mi hermana me interesa más que cualquier cosa que tengan que decir de mí mismo.

La desinformación de Maryanne con respecto a por qué Catherine llevaba aquella reliquia perteneciente a su familia la animó a hablar, ofendida por formar parte de aquel grupo de desinformados, siendo ella una Larousse.

—De acuerdo. Pues bien, la rosa de los Larousse es un símbolo familiar. Todos en nuestra familia llevamos la rosa encima. ¿Ven mi colgante?

El mismo símbolo que decoraba el vestido de Catherine se encontraba también engalanando el cuello de Maryanne.

—Si se fijan en el reloj de mi hermano, verán que también tiene la rosa en su cubierta. Siempre es la misma: roja, rodeada de negro, con bordes áureos. Lleva siglos en nuestra familia. Cuando era más pequeña, Edrick me contó la historia de un hombre galo, ¿de La Rochelle si mal no recuerdo!, que fue capturado en una guerra y vendido como esclavo. Me dijo que aquel hombre aprendió el oficio de orfebre y que se las había ingeniado para escaparse de sus captores, volviendo, tras un sinfín de penurias, a su ciudad natal. Cuando partió hacia la guerra, dejó en La Rochelle a su amada y, al regresar, él mismo diseñó la rosa de los Larousse en forma de anillo, entregándoselo a ella y prometiéndole, no solo que nunca volvería a abandonarla, sino que haría lo que fuera necesario para que nunca más tuvieran que pasar penurias. Ya nadie se acuerda de cuando los Larousse no éramos nadie... excepto nosotros. Este pequeño cuento siempre nos lo

recuerda. Que venimos de ahí.

La historia del símbolo de los Larousse hizo las delicias de Amelia y Lilibeth, que suspiraban por aquel romance. Sin embargo, mientras que la joven Fitzherbert se entristecía porque las cosas no hubieran sido de otro modo entre ella y el señor Larousse, pudiendo formar parte en aquella historia de amor y legado, Amelia observaba a Arthur, que se había puesto blanco en un instante.

—Nuestra madre tiene un broche que le gusta lucir en el pelo y padre se coloca el suyo en el nudo de la corbata a veces. ¿Ven? Hoy lo lleva —señaló la joven, con un movimiento de cejas en dirección al señor Larousse—. Como ya les he dicho, mi hermano tiene su reloj de bolsillo y yo, este colgante. No sé de dónde habrá podido salir el de la señorita Crawford, pero...

Arthur ya no escuchaba a Maryanne. Por su cabeza pasaron tantas ideas y todas tan nefastas que prefirió excusarse delante de las señoritas y acercarse a su hermana, por fin sola.

—Es absurdo tanto misterio. Pensándolo bien, está claro que se lo ha regalado mi hermano. Al fin y al cabo, van a casarse —dejó escapar la joven, justo antes de taparse la boca por miedo a que el descuido se multiplicara.

—¿¡Que van a casarse!? —preguntaron Lilibeth y Amelia al unísono.

—Era un secreto y debí haberlo guardado mejor. ¡Tonta de mí! La señorita Crawford fue la que me lo confesó. Me contó que la amistad con mi hermano se había convertido en algo más. Yo pensaba que el señor Weston había decidido cambiar de parecer y que Lilibeth tenía algo que ver, ¡pero no! ¿No están tan sorprendidas como yo?

De la misma forma que Arthur acababa de desaparecer, antes de que Maryanne soltara aquella bomba, Amelia y Lilibeth no tardaron en hacer lo mismo. A la joven Larousse parecía habersele pegado esa fea costumbre del señor Fitzherbert de sacrificar los secretos más inapropiados delante de las personas menos preparadas para escucharlos, y cuando apreció a su amado en lo alto de la escalera principal, le dedicó una sonrisa maliciosa. Fitzherbert le contestó con su mano en el corazón, como si una flecha invisible acabara de traspasarle.

El dueño de Allerdale no perdió tampoco un solo segundo. Ya contaba con uno de sus sirvientes, Albert, que le susurraba al oído aquella historia de amor y pérdida relacionada con una rosa, cuando sus ojos comenzaron a iluminarse. Si hubiera esperado a que la noche terminara para que sus criados se dedicaran a recoger las semillas que se habían estado plantando a lo largo de la velada, no habría podido disfrutar de aquel espectáculo de forma tan completa. Por ese mismo motivo, antes del baile, dio la orden de que cualquier chisme debía pasar por sus oídos cuanto antes y dejaba a sus subordinados la difícil tarea de valorar qué merecería la pena y qué no. Ofreció, además, esperando que la avaricia rompiera el saco, un generoso incremento en el salario para quien se hiciera con la noticia más jugosa. De momento, aquel sirviente conocido simplemente como Albert llevaba las de ganar y había conseguido que el interés de Fitzherbert se hubiera enfocado en los hermanos Crawford, que por fin iban a encontrarse aquella noche.

Catherine observó a su hermano acercarse. Esperaba que este alabara un atuendo que escapaba a su acostumbrado negro, pero Arthur no la correspondió, serio como nunca. Entonces, mirando en derredor, le hizo una recomendación con el mismo tono que se da una orden:

—Catherine, tengo que pedirte que te quites ese broche.

Sorprendida, la joven lo protegió con la mano.

—No, ¿por qué? Es mío.

—No es tuyo. La señorita Larousse nos ha contado una curiosa historia. ¿Sabes que todos los miembros de la familia Larousse llevan una rosa como esa?

Catherine lo ignoraba y así se hizo patente en su rostro.

—Curioso que no lo supieras. Que Edrick Larousse me oculte cosas a mí lo entiendo, pero que te las oculte a ti... ¿no? Abre los ojos, Catherine. —Arthur la sujetó de los brazos con la ternura que fue capaz—. Ojalá pudieras ver lo que yo veo en él.

«Y ojalá tú vieras lo que veo yo, hermano», pensó ella, que desprendió aquel broche de su vestido, evitando así un enfrentamiento y haciendo sonreír a Arthur, aliviado. Sin embargo, mientras su hermano todavía estaba agradeciéndoselo, la joven cruzó la mirada con Larousse a lo lejos, que había apreciado aquel gesto como otro desplante más, alimentando sus inseguridades.

—Hermana —continuó el mayor de los Crawford, esa vez haciéndose con sus manos—, no sé cómo serte del todo sincero. No sé cómo decirte que sé todo lo que no debo saber.

Aquella críptica forma de hablar despertó la curiosidad de Catherine. También su instinto de supervivencia, en guardia por si necesitaba hacerse valer de su elegante capacidad para engazar mentiras.

—Sé lo que ocurrió en la obra de teatro.

No, desde luego que no sabía lo que había ocurrido durante la obra porque, de saberlo, no habría sido capaz de hablar con semejante calma. Habría ido directamente a Edrick Larousse y le habría roto no solo el labio, sino también el resto de la cara. ¡Eso sí no se batía en duelo con él!

—No sabía que te hubieras hecho tan amigo de James Fitzherbert —comentó maliciosamente Catherine, molesta porque su hermano volviera a meterse en sus asuntos.

—No ha hecho falta. Christopher me lo contó. La señorita Fitzherbert os vio besaros en la obra mientras el resto estábamos actuando.

«Así que eso es lo que sabe», suspiró Catherine, aliviada. «Un beso».

—¿Y no has pensado que Lilibeth Fitzherbert lleva detrás de Weston desde hace mucho y que los celos pueden estar haciendo que se invente cosas? No, has creído con mucha más facilidad que yo podía ser así y que todo lo que escuchas sobre mí es más válido que lo que yo te cuento.

¡Qué poca vergüenza le quedaba ya para mentir así a su hermano!

—Catherine, no quiero discutir contigo. No quiero que te pongas a la defensiva, no quiero que me mientas. Me da igual. No me importa nada de lo que hayas hecho. Yo te lo perdono todo. No volveré a mencionarlo nunca. Pero escucha, Catherine, escúchame. Christopher Weston me pidió ayer tu mano —mintió de nuevo, pensando que aquello podría ayudar a su causa. ¡Vaya dos patas para una mesa!

—¿Y ya está? ¿Qué le dijiste? ¿Le dijiste que sí? —La joven se separó de las manos de su hermano, traicionada.

—No. Le dije que era algo que tú misma debías decidir. Le comuniqué la dicha inconmensurable que sentía al escuchar aquello, que mi amigo, casi tan enemigo declarado del matrimonio como tú, hubiera entregado su corazón a mi propia hermana.

Hablando de corazones, el de Catherine empezaba a ablandarse. Arthur la miraba con tanta ternura y sus palabras, aunque fruto de un engaño, la acariciaban a seguir aquello que su hermano le recomendaba.

—De verdad que no me perdonaría que no fueras tan feliz como sé que Weston puede hacerte.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó ella con la boca pequeña, débil, indefensa. Demasiado dubitativa.

—Porque os he visto, Catherine. Si al principio quería impedirlo casi a toda costa por miedo a lo que pudiera pasar, me arrepiento de mi error. Os he visto hablar, discutir, sonreír, todo al mismo tiempo. ¡Y lo que no habré visto! Dime, Catherine, ¿hay más cosas que yo no he visto? Ayúdame a completar mis pensamientos.

—Las hay —confesó.

—Y bien, me da igual cuáles sean, ¡pero las hay!

La mujer apartó la vista, a riesgo de rendirse ante las peticiones de su hermano. La habilidad con que Arthur le vendía aquel mundo idílico en el que Christopher Weston habría hecho feliz a Catherine y esta al propio Arthur, casándose con él, dejaba un regusto utópico en un cuento que nunca estuvo escrito por ninguna hada madrina ni demandaba un final feliz. Ya conocía la felicidad. Llevaba años intentando no desprenderse de ella con cada propuesta rechazada. En Allerdale Park había descubierto, no obstante, algo mucho más valioso: le habían robado el corazón. Y no podía regresar a casa sin él, no podía casarse sin él, casi no podía ni respirar sin él. Su vida se había visto reducida a permanecer cerca de Edrick Larousse por ser quien se había hecho con ese órgano palpitante suyo. Así, adicta como era Catherine a las tragedias, ni rechazaba aquello ni le alegraba. ¿Quién quiere ver su vida convertida en un tornado de emociones infatigables? ¿Y quién quiere verla sucumbiendo al tedio?



A James Fitzherbert se le iluminó el rostro en mitad de aquella charla entre hermanos que seguía observando. Un brillo en su mirada anunciaba sus nuevos intereses y una sonrisa maliciosa los acompañaba. Decidió dejar su privilegiada posición y buscar al mayor de los Larousse. Este no quería saber nada del dueño de Allerdale, pero cuando James comenzó a hablar, las cosas cambiaron:

—Tengo cierta información que le hará pensar de otro modo. Tal vez incluso llegue a cogerme cariño. Christopher Weston va a pedirle esta noche matrimonio a su Catherine.

Las mentiras comenzaban a amontonarse y había tantas personas hablando sobre matrimonios y pedidas falsas que ya nadie parecía saber qué era cierto y qué no. Larousse, sabiendo que Fitzherbert solía estar en posesión de todos los secretos que se ocultaban con esmero bajo el techo de su hogar, no dudó ni por un segundo de su palabra.

—¿Por qué me lo cuenta? Weston es su amigo.

—Sí, así es. Por eso preferiría que no se casara con la señorita Crawford. Mi hermana sería una mejor elección, ¿no le parece? Y yo debo velar por la felicidad de Lilibeth. Seguro que me comprende, así que déjeme pasarle el timón del barco para que usted se encargue de llevarlo a buen puerto.

Fitzherbert ofreció su mano y Larousse la aceptó. Tarde o temprano, sería su cuñado, así que no le quedaba otra que cogerle cariño a aquel hombrecillo desdeñable.

Ambos siguieron su camino y Fitzherbert regresó a la posición que tan bien le estaba permitiendo observar todo. Se encontró allí con Maryanne, su Maryanne, y juntos continuaron jugando, tejiendo y destejiendo los hilos del destino de sus compañeros.

Martha Crawford interrumpió la conversación de sus hijos para llevarse consigo a Arthur. Catherine, que habría querido dejar que las piernas le fallaran y caer de rodillas allí mismo para que cualquier desmayo le socorriera de pensar en lo que no debía, decidió recorrer la casa buscando... bueno, era difícil no saber ya a quién buscaba.

Edrick Larousse se encontraba en uno de los enormes balcones que daban a los jardines de Allerdale. Había cerrado la puerta de cristal para aislar las voces cuando Catherine llamó su atención abriendo una y cerrándola tras de sí. Larousse no quiso prestarle demasiada atención.

Regresó a su posición y siguió dejando que la luna le bañara con sus rayos. En aquel momento, no tenía palabras para Catherine y esta, que tenía por los dos, tampoco quiso pronunciarse. Pasó sus brazos alrededor del cuello de Larousse y se apoyó en su espalda. De nuevo, volvían a estar amparados por la noche que tantos favores les había hecho y que tantos encuentros había ocultado en el mayor secreto.

—¿Por qué es tan difícil? —preguntó ella.

—No lo sé —contestó Larousse, besando aquellas manos que revoloteaban tan cerca de su rostro—. ¿Crees que puedo estar maldito?

—Sí, estoy segura de ello. Tan segura como que me has contagiado tu maleficio como se contagian las peores fiebres.

Aquel remanso de paz era inusitado, pero la noche y Larousse siempre formaban un binomio difícil de explicar para Catherine.

—¿Por qué no me contaste lo que significaba ese broche? —preguntó por fin.

—Tenía miedo, supongo —contestó Edrick—. Siento no haberlo hecho.

—Y yo siento que mis dudas te provoquen dudas a ti también.

Larousse habría esperado cualquier otro comportamiento después de aquello. Una reprimenda por parte de su amada quizás. Absolutamente justificada, por otro lado. Sin embargo, fue recompensado finalmente con una comprensión que no creía merecer. Menos todavía cuando sus pensamientos se cerraban en un bucle que se repetía como un mantra maldito: «¿Cómo impedir que Weston se declare? ¿Aceptaría Catherine tal propuesta en caso de llevarse a cabo?». Si no podía confiar en sí mismo, ¿cómo hacerlo en los sentimientos de ella? Y, aunque estuviera seguro de lo que Catherine sentía por él, ¿quién le decía que no preferiría una vida mejor que la que Larousse podía darle? ¿Quién decía que el amor lo podía todo?

Edrick se volvió por fin, abrazando su cuerpo al de Catherine e hipnotizándola con su mirada.

—Vámonos —propuso él inesperadamente.

—¿A dónde? —preguntó ella, alegre por tener tan cerca la otra mitad de su propio corazón.

—Lejos de aquí.

—¿Por qué? —volvió a preguntar, esa vez no tan alegre.

—¿No te das cuenta, Catherine? Si nadie quiere que esto ocurra, estamos abocados al fracaso.

—No importa. Tu padre cambiará de idea, estoy segura. Maryanne y James...

—Mi padre no es el único que se opone a lo nuestro —dijo al fin, alejándose de Catherine y dándole de nuevo la espalda, intentando mostrarse sentido ante la idea de tener que confesar algo que, por otro lado, se moría de ganas de usar en su favor—. El otro día, tu hermano... bueno, digamos que simplemente me prohibió seguir viéndote y, que si le desobedecía, si continuaba viéndome contigo, si tenía esperanzas de pedir tu mano en algún momento, él mismo se encargaría de escribir a mi padre, comunicándole que si hubiera algún tipo de compromiso entre nosotros, no le temblaría la mano para dejarte sin nada. Eso disuadiría a mi padre y también a mí, según él.

Un sollozo sordo interrumpió el silencio que continuó a aquel discurso. Larousse se volvió y observó a Catherine, cuyo corazón acababa de romperse. Se acercó a ella y volvió a abrazarla.

—Júrame que dices la verdad. No caigas en un truco tan sucio como este.

—Todo lo que yo te acabo de contar tu hermano puede corroborarlo. Y, aunque no lo conozco lo suficiente, estoy seguro de que, por su honor, lo hará. Ve a hablar con él si lo necesitas.

—No.

Arthur estaba desesperado por unir a su hermana con su amigo, lo había demostrado en más de una ocasión y Catherine acababa de hablar con él sobre aquel mismo tema, por lo que las

palabras de Larousse deberían haberle sorprendido menos. Aun con todo, no quería creérselas. Seguía sollozando, respiraba angustiada. Su hermano le había asestado una puñalada en el corazón y Catherine se estaba desangrando. Tanto había valorado ella el buscar hacerle feliz tomando una u otra decisión y él, sin embargo...

—Me quiero ir —declaró compungida.

—¿Quieres que haga llamar a alguien? ¿La señora Crawford? ¿Algún sirviente?

—No. Me quiero ir de aquí. Contigo, a donde sea.

—¿Estás segura?

Larousse necesitaba que alguien le pellizcara.

—Sí, sí. Sí, sí, sí —se repetía—. Llévame lejos, por favor.

El hombre no estaba contento con su forma de actuar. Bien cierto era que no había mentido a nadie, pero eso no le restaba culpa y tampoco le libraba de sus remordimientos. ¿Estaría haciendo lo correcto para Catherine? ¿Qué ocurriría si no se iban ya? Catherine hablaría con su hermano y después ¿qué? Weston le pediría matrimonio. Y si Arthur lograba calmar el temperamento de su hermana, apelando al amor que sentía por ella, ¿habría alguna esperanza para ellos dos? Las dudas no importaban, lo único que importaba era su amor por Catherine, la certeza de que nadie la cuidaría como lo haría él, de que nadie la entendería de igual forma. Y, de igual forma también, si terminaba equivocándose, ¿es que acaso podrían vivir el uno sin el otro?

—Escucha, Catherine. Mírame.

La mujer, que tras aquel golpe volvía a sentirse niña, miró a Larousse a los ojos y le rogó con su gesto que no la hiciera sufrir más y que la ayudara a librarse de todo aquel pesar.

—Siento haberte contado más de lo que estaba dispuesto, pero deberías tomarte tu tiempo y pensar las cosas más calmada.

—¿No me quieres?

Aquella pregunta fue inesperada para los dos.

—¿Y cómo no podría quererte?

—Entonces demuéstremelo.

Un beso o dos enjugaron las lágrimas de Catherine, pero aquellas muestras de cariño se quedaban escasas como respuesta a su petición.

Larousse lo meditó un instante. Seguramente, en el peor de los casos y valiéndose del amor que Arthur sentía por Catherine, si esta regresaba arrepentida, su hermano la perdonaría. Lo que ocurriera en su propio hogar, bajo el techo de los Larousse, eso ya no le importaba. Él no lo tendría tan fácil como Catherine, desde luego. Lo más seguro era que no le dejarían regresar, pero ¿y qué? ¿Acaso alguien le había preguntado si quería hacerlo? ¿Seguir las directrices de un padre que se niega a aceptar a su hijo, buscando moldearle a imagen y semejanza propias?

Edrick Larousse haría lo que el amor le pidiera y después ya vería.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo? Toma —dijo, entregándole su reloj de bolsillo como le había entregado su corazón—. Espera diez minutos y después ven a la entrada principal.

Las lágrimas, que todavía bañaban el rostro de Catherine, dejaron de derramarse y, en su lugar, un rayo de esperanza brotó de sus ojos y una triste sonrisa agradeció aquellas palabras a Larousse.

—Diez minutos —repitió ella, pasando la yema de sus dedos por el reloj con el símbolo de la rosa de los Larousse que Edrick había dejado en sus manos.

—No te atrevas a olvidarme en diez minutos —le reprendió él.

Una sonrisa atravesó los labios de Catherine y después lo hizo Larousse con un beso, temiendo que diez minutos fueran suficientes para que decidiera casarse con otro.

Sola por fin, con la única compañía de Selene, que prestaba oídos a sus llantos, Catherine Crawford valoró la situación por última vez para que la diosa luna la escuchara y la consolara:

—Benedict de Padua rezaba que el amor te convertía en ostra. He sufrido los cruentos embates de ese sentimiento y todavía estoy esperando resultado semejante. La ostra se regocija en la serenidad que desprende el mar y, en su interior, guarda una bella perla para quien sepa, con esmero y cautela, incitar a que se abra. Las únicas perlas que yo puedo proporcionar son las que derraman mis ojos. Contrario, además, al abrirse reservado de la ostra, mi pecho lo desgarran ya las palabras de tres hombres en busca de un tesoro que no sé si será nunca suficiente para ellos. ¡Agh! Nunca olvides, querida Catherine, que la vida no es una comedia, sino una tragedia.

Sus pensamientos se tornaron contrarios en aquel instante y cambió de parecer con la brisa nocturna.

—¡No! La vida no tiene por qué ser una tragedia. Lo es porque mi hermano quiere y lo es porque el patriarca de los Larousse así lo quiere también. ¿Qué habría de trágico en un matrimonio por amor? ¿Somos nosotros los que nos obcecamos en vivir apegados a tanta zozobra o son los demás los que nos obligan a no tener ni un minuto de descanso? Madre y Arthur han deseado tantas veces que yo fuera receptiva a algún caballero que me niego a pensar que soy yo la culpable de semejante drama. Porque entonces Dios sabe que no buscaban mi felicidad, sino mi control. Así que me niego a que me arrebaten mi derecho a sentir que he cambiado, que he madurado, que ahora quiero algo más.

La joven tomó asiento, casi desvanecida, en el banco de piedra que había tras ella.

—Pero las dudas... Las dudas son tan puntillosas y terminan germinando en ellas los pensamientos menos esperados en los momentos más insostenibles. Yo, que me jactaba de reírme del rostro de Christopher Weston y de todo lo que le rodeaba, únicamente por haber sido escogido por nuestra madre, y que ahora atesoro su imagen más de lo que se me debería estar permitido. ¿Qué me depararía una vida a su lado? El daño ya está hecho. La herida que mi hermano me ha infligido seguirá supurando y ya no podré encomendarme a él. Su puñal ha infectado mi corazón con la desconfianza y ahora siento ese miasma dañino alrededor de Arthur, de nuestra madre y hasta del señor Weston.

El reloj de Larousse estaba a punto de marcar la hora de su huida y Catherine se puso en pie. Decidida, se atusó el vestido y secó sus lágrimas, volviendo a entrar en la mansión. Rezó, con la mano en el corazón, para no toparse con su hermano o con nadie que pudiera retrasar su fuga, pero semejantes plegarias fueron inútiles, pues Christopher Weston terminó abordándola como solo él sabía.

—Baile conmigo —la amenazó, poderosamente encantador.

—Lo siento, ahora mismo no puedo —contestó ella, esquivando.

—Si no lo hace, me obligará a secuestrarla de nuevo.

Catherine sonrió, muy a su pesar.

—Los dos sabemos lo bien que funciona eso —le dio la razón con esa misma sonrisa.

—Muy bien, de hecho —aseguró Weston, que se había tomado la licencia de hablar peligrosamente cerca de su acompañante—. ¿Quiere que bailemos o prefiere que la secuestre?

En otras circunstancias, aquel ofrecimiento habría sido lujuriosamente aceptado por Catherine, pero esa noche ya estaba predispuesta a dejarse secuestrar por otro hombre.

—Creo que bailaré con usted.

¿Qué daño podía hacer un último baile? ¿Qué daño podía causar retrasarse unos pocos minutos cuando le esperaba una vida entera al lado de Edrick Larousse?

Catherine y Christopher se unieron a las personas que danzaban en la pista de baile y James

Fitzherbert supo, de un vistazo, dónde se encontraba en aquel momento la pareja más interesante de la noche.

—Bailemos con ellos —rogó Maryanne, cansada ya de aquellas vistas.

—¡Qué buena idea!

Y como si el baile le interesara lo más mínimo, James Fitzherbert escogió un lugar cerca de la pareja, saludándose los cuatro con un gesto cortés antes de comenzar a bambolearse.

—Me gustaría saber en qué piensa esta noche —preguntó Weston, que no encontraba por ninguna parte a esa Catherine que a él tanto le gustaba.

—Pues en más cosas de las que me gustaría pensar si le soy sincera.

—¿Y me encuentro yo entre esos pensamientos?

—Es posible —contestó ella, recelosa de sus propias tribulaciones.

—¿Qué le gustaría que trajera consigo este baile? —preguntó Weston a continuación—.

Después de todo, no solo marcará el fin del verano, sino de nuestra visita en Allerdale Park.

Amén de otras cosas como inesperados encuentros en bibliotecas o la posibilidad de perderse de nuevo dentro de laberintos varios.

Irremediablemente, Weston fue consciente de que finalizar aquellas jornadas significaba no volver a sentir la libertad que había atesorado en aquella casa, acompañada de las más privilegiadas situaciones y siempre junto a aquella mujer, que echó la vista atrás de igual modo, sintiendo la misma pena correr por sus venas.

—No lo sé. Lo cierto es que esperaba otra cosa bien distinta.

Sus ojos temblaron de nuevo y la traición de su hermano casi vuelve a empañarlos.

—Todavía no ha tocado a su fin, ¿no le parece?

Las charlas banales no eran lo suyo, pero tampoco sentía las fuerzas que lo catapultaban a ser ingenioso. La responsabilidad de sus actos o la falta de estos le carcomía el espíritu. Pensaba en Catherine y en su decepción de una noche que todavía no había acabado. Se imaginaba como el culpable absoluto y corroboraba, una vez más, las palabras que había oído de sus labios días atrás, en el salón color mostaza, declarándose la joven enamorada sin remedio. ¿Y él? ¿No estaba él también enamorado de Catherine Crawford? ¿No pensaba ya en tener una casa con jardín y construir un laberinto en el que poder perderse los dos?

—Catherine... —Christopher Weston la miró a los ojos y rozó su mejilla con la yema de sus dedos. Ella cerró los ojos, embelesada por aquella caricia, por el tono sentido del caballero y el aura de tranquilidad que experimentaba siempre cerca de él—. Llevo mucho tiempo intentando evitar ser colaborativo con algunas de las cosas que se me pedían y que yo consideraba imposiciones. Sé que en eso somos bastante parecidos.

Catherine sonrió.

—Creo que llevo tanto tiempo aferrado a querer algo distinto de lo que quieren los demás para mí que me he vuelto un ciego absurdo. Un ciego que no sabe ver que, por una vez, lo que él quiere comulga con lo que quieren los demás, aunque lo quiera de una forma distinta y por otros motivos que pocos entenderían.

Las palabras de Weston, peligrosas como el que mira un acantilado y se asoma de forma temeraria, eran igualmente cálidas e inestimables.

Los dos se detuvieron mientras el resto continuaba bailando.

Arthur Crawford les observaba con una sonrisa casi malvada, como si supiera que su hermana no se resistiría a los encantos de su amigo por conocer precisamente a ambos.

Edrick Larousse, impaciente por llevarse a Catherine de allí, llegó a tiempo para contemplar también el espectáculo.

Hasta James y Maryanne dejaron de bailar.

—Christopher —pronunció Catherine, incómoda, nerviosa, avergonzada incluso.

—No, escúchame —sonrió él—. Contrario a lo que pienses por esa naturaleza tuya siempre combatiente, este no es momento de batallas, no es momento de buscarse enemigos. Desde hace tiempo pones mi corazón en pie de guerra y sé que, si empezara una contienda, no tendría fuerzas para levantar la bandera de la victoria porque has embrujado a todo mi pelotón con esos ojos traicioneros que reflejan a una auténtica Lady Macbeth en tu pupila.

Catherine no podía estar más agotada. Agotada de su parentesco con las mujeres más sibilinas, de que Odiseo la confundiera con Circe y Jasón con Medea. Casi sentía que ella misma se había autoimpuesto aquel destino trágico por emular a las mujeres que compartieron la suerte que ahora sentía que le acompañaba.

—Lo que estoy intentando decir es...

Weston seguía hablando. No parecía que su intención de detenerse estuviera a la vista, pues continuaba alabando a la hermana de su amigo, implantando matices amorosos en cada uno de sus defectos, que él apreciaba como virtudes. Y cuanto más larga era aquella lista, más pesada se hacía la empresa de mantenerse cuerda para Catherine, viendo con pasmosa lentitud cómo se cernía sobre ella aquella sombra de infortunio en el momento más imprevisto.

—Catherine, cástate conmigo.





Epílogo

Las historias no acaban cuando uno quiere,
sino cuando deben acabar.



El fantasma de la culpa

La hacienda Crawford se resquebrajaba por momentos. De sus paredes brotaba la podredumbre y los suelos se doblegaban, dando paso a las malas hierbas. La oscuridad había infestado a aquel cálido hogar desde hacía tiempo, volviéndolo mustio y húmedo. Los árboles,

furiosos, descargaban su ira contra las ventanas y Arthur Crawford solo pensaba en salvarse de aquel infierno. «¡Ayuda!», pedía a gritos, subiendo por una escalera que no conducía a ninguna parte, mientras el suelo a sus pies terminaba de fracturar su realidad. Crawford lanzaba plegarias en voz alta y solo el fantasma de su hermana podía salvarle.

—¡Catherine! —la llamaba—. ¡Por favor, Catherine!

¿Qué mayor tormento podía haber para Arthur sino el encontrarse con que el fantasma de su amada hermana le odiaba tanto como lo había hecho la de verdad, juzgándole el doble cuando cerraba los ojos?

—No hay justicia como la de los hermanos, querido Arthur. Caín mató a Abel y tú me has matado a mí.

Era cuando la sangre comenzaba a brotar del pecho de su hermana, sosteniendo él el puñal, que el pobre Arthur se derrumbaba y perdía la poca cordura que los sueños le dejaban conservar.

De un salto, con la angustia perlando su cuerpo, Crawford regresó a una sólida casa cuyos cimientos volvían a ser imperceptibles a simple vista, escondiendo su rostro entre las piernas y recibiendo los arrullos de su bienamada esposa. Esta siempre intentaba sofocar aquella condenación que atrapaba todas las noches al mayor de los Crawford desde hacía meses cuando cerraba los ojos o cuando doblaba cualquier esquina.

—Arthur, Catherine no está —le repetía Amelia.

Y Arthur, igualmente aterrado por su sueño como por la ausencia de su hermana, se dejaba abrazar por Amelia mientras sentía los pulmones inútiles y su garganta se cerraba al mismo tiempo que sus puños.

La nueva señora Crawford llamaba todas las noches al servicio, que ya descansaba con un ojo abierto, esperando que le trajeran un reconfortante té a su marido. Pues aunque el orgullo de los hombres sea siempre exacerbado, la perspicacia de cualquier mujer, desarrollada en base a las faltas del otro, le daba a Amelia el poder de entender que su marido no la quería lejos, sino con sus brazos en derredor, calmando aquel malestar continuo que le abordaba cada noche y que tampoco le daba tregua durante el día. Porque los días de Arthur Crawford no eran muy distintos de sus pesadillas nocturnas.

Al principio, mantenía la cordura. Apostaba, como cualquier hombre de negocios que sabe en qué invertir, que la culpa terminaría yéndose. Había erigido en el jardín un diminuto y discreto altar sobre el que rezaba a su hermana, que ya no estaba con ellos. Arthur la culpó durante mucho tiempo de sus errores, convirtiéndola en la responsable de su propia suerte, pero el dolor había conseguido medrar en un corazón como el de Crawford, cuya culpa comenzó a permear sus propias paredes.

El tiempo le haría ver que no era tan sencillo librarse de aquella culpa como esperaba o dormir a pierna suelta sin caerse de la cama, angustiado por un fantasma que le perseguía para torturarlo. Sabía que la única forma de conseguir aquella paz necesitada era sacando brillo a sus actos pasados.

Por eso mismo, un día como otro cualquiera, precavido como era y decidiendo actuar antes de que el hilo de su sufrimiento se tensara hasta romperse, Arthur Crawford se sentó en el escritorio de su despacho y comenzó a escribir una carta que más tarde sería entregada al señor Brendan Baxton, compañero de negocios y almanaque de contactos de quien precisara cualquier servicio poco ortodoxo. Baxton le remitió, días más tarde, a un tipo llamado Sheffield que le prometió al instante que volvería a ver a Catherine. Se reunieron en más de una ocasión para que Sheffield recabara los datos necesarios, antes de realizar aquella *sesión de espiritismo* para conectar de nuevo a los hermanos.

El reloj seguía jugando en contra de Crawford y los días no dejaban a nadie indiferente. Pasaron meses hasta que Arthur volvió a saber del tal Sheffield, que por fin le escribía con noticias alentadoras, citándolo en el número 332C de la calle Morton, en plena ciudad.

Decidido a tomar las riendas de su vida, se presentó una mañana frente a la puerta recomendada. Agradecía haber escogido aquella hora, donde los rayos de luz todavía socorrían al ciudadano de los carteristas locales, pues la calle Morton era uno de esos barrios obreros donde delinquir parecía estar a la orden del día y la gente sin nada pedía limosna a quien estuviera dispuesto a compartir su pan.

Un suspiro fue suficiente. Después dos, tres incluso. «Ya bastó», se dijo, antes de golpear la puerta.

Casi al instante, una mujer abrió:

—¿Qué te has dejado esta vez? —preguntó, con un gesto travieso que decía que ya estaba acostumbrada a abrir la puerta para alguien sumamente olvidadizo.

La mujer iba vestida con un mandil sucio y llevaba el pelo recogido, no luciendo ningún peinado delicado, sino como una muestra más de que Arthur la había interrumpido haciendo las labores del hogar. El faldón no le llegaba al suelo y sus pies se veían a la perfección, encerrados en unos zapatos planos cuyo desgaste era imposible ocultar. El último detalle, el que más llamó su atención, fue que se sujetaba la espalda con una mano mientras apoyaba la otra en un enorme vientre que anunciaba una próxima maternidad.

—Catherine —musitó por fin Arthur al ver a su hermana.

La silueta del arrepentimiento

El fantasma que había perseguido a Arthur durante todo aquel tiempo volvía a tener un rostro. Y, aunque sucio como el mandil y ojeroso como nunca, era el de su hermana querida.

Catherine fijó la mirada en Arthur con gesto afectado. Una batalla de orgullo entre hermanos de poco o nada servía cuando uno de ellos tenía hollín en la mejilla, así que esta hizo pasar al otro Crawford cordialmente, aún sin atreverse a mirarle del todo, señalándole la puerta del salón y un sofá donde sentarse.

Arthur posó la vista en cada uno de los desconchones que le saludaban, intentando escapar de las paredes de aquella casa. El recibidor era estrecho y el pasillo por el cual se accedía al resto de la casa también lo era. «Tienen dos pisos», pensó, no del todo aliviado tampoco, pues el salón era diminuto. Los muebles casi chocaban entre sí y los tapizados se veían viejos. Se sentó en el sofá con bastante pudor y continuó observando la estancia como se observaba una cárcel. Su hermana apareció después de un rato con una bandeja y té mientras Arthur se levantaba para ayudarla.

—Lo siento. Esta maldita barriga me complica hasta la existencia —se disculpó Catherine, dejando que su acompañante concluyera el delicado proceso que era servir el té mientras ella intentaba sentarse con dificultad.

Llevado por ese instinto natural de afecto que les había unido en el pasado, Arthur Crawford cogió la mano de su hermana e, instintivamente, esta la apartó. No había sido ningún gesto meditado y ni siquiera se sentía orgullosa por aquella falta. Simplemente, su cuerpo actuó por ella, incapaz todavía de enfrentarse a su hermano.

Arthur entendió, por la mirada de Catherine, que no era odio todo lo que anidaba en su corazón y que, si se valía de las palabras adecuadas, podía conseguir algún resultado.

—¿Cómo estás? —preguntó él, como el que visita a un amigo una vez por semana, incapaz de dar con la fórmula correcta para casos como aquel. ¿Así pensaba encontrar las palabras adecuadas?

—Bien —mintió Catherine—. ¿Y tú?

—Bien —mintió también su hermano.

El silencio los devoró unos segundos.

—¿Dónde está... tu marido? —preguntó Arthur, sabiendo que aquellos dos no podían haber esperado mucho para casarse. Y así lo esperó él también, teniendo en cuenta el estado de su hermana.

—Está trabajando. Ha conseguido un trabajo en un colegio cercano.

—¿Un colegio? Creía que... no sé, tal vez una universidad.

—Sí, eso creímos nosotros también. Hasta que descubrimos que el señor Larousse había usado su influencia para evitarlo a toda costa.

Pensar en aquello angustiaba a Catherine, pues sentía que ella era la culpable de que los sueños de su esposo se hubieran truncado de aquella forma. Si su hermano pensaba que el fantasma de la culpa solo le perseguía a él, estaba muy equivocado.

Arthur cambió de tema sin saber qué decir:

—Ahora sois los Linton, ¿no?

—Sí. Edrick renegaba de su apellido y yo también lo creí oportuno, evitando así... bueno, visitas como esta. No cambiamos también nuestros nombres porque no considero que nadie deba privarme de él. Es mío por derecho y le he cogido cariño.

—Catherine, no quiero incomodarte. Si quieres que me vaya y no vuelva, aceptaré tu decisión.

—Vaya, pues sí que has cambiado.

Arthur sintió aquel puñal casi como un apósito colocado a tiempo. Cualquier castigo que su hermana estuviera dispuesta a infligirle, caería en él como la lluvia que apaga un desolador incendio.

—¿Te has casado? —preguntó ella, ignorando la petición de su hermano.

—Sí, lo he hecho.

—¿Con Amelia Weston?

—Ahora es Amelia Crawford.

Catherine ocultó una leve sonrisa.

—¿Y eres feliz? —le preguntó a su hermano.

¿Cómo contestar a semejante pregunta?

—No, pero amo a mi esposa. ¿Y tú? ¿Eres feliz?

—No, pero amo a mi marido —contestó tan veloz como sarcástica.

—Catherine —volvió a pronunciar Arthur, colocando otra vez sus manos sobre las de su hermana—, he venido aquí para pedirte que me perdones.

Las lágrimas comenzaban a asomar en los ojos de aquella señora Linton y, furiosa, las detuvo.

—¿Te gusta nuestra casa? —preguntó, eludiendo a su hermano de nuevo—. Es un espanto, ¿verdad? Las habitaciones son diminutas y, aun así, la mugre campa a sus anchas por todas partes. No tengo servicio, así que me veo en la obligación de hacer todas las tareas del hogar: limpio, coso, tapizo, cocino. Cuando acabo, estoy destrozada y ya no sé lo que es leer un buen libro. Tengo miedo incluso de no recordar cómo se toca el piano. Y desde que estoy encinta es peor todavía —se rio desesperada, como si aquello fuera una maldición. Una maldición que, aun así, no dejaba de acariciar—. El único momento del día que merece la pena ser vivido es cuando Edrick entra por la misma puerta por la que has entrado tú. Entonces me digo que todo merece la pena, pero... es mentira, no la merece.

Sus ojos la traicionaron y las lágrimas le hicieron apartar el rostro. Puede que fuera capaz de ponerse de rodillas para limpiar el moho más testarudo, pero todavía le quedaba una pizca de orgullo frente a su hermano.

—Te lo advertí, Catherine —musitó Arthur, más fatigado por todo el camino andado entre ambos que por sentirse vencedor en una contienda imaginaria—. Te dije que no serías feliz.

—No, creo que no lo entiendes —contestó ella, apartando sus manos—. Mi amor por Edrick es lo único que todavía me tiene en pie. El resto es culpa tuya.

Nunca una carta de Catherine hacia su hermano había sido tan dolorosa como aquella declaración directa al corazón, con intención de atravesarlo. ¡Lo que le faltaba! Limpiar la sangre también de las paredes.

—Puede que el padre de Edrick sea un miserable, pero ¿tú? Yo confiaba en ti. Confiaba en que, estando tú, nunca me faltaría de nada y que, si ese absurdo señor no quería saber nada de su hijo, los dos podríamos valernos de tu generosidad. Sé que al principio Edrick no lo habría aceptado, pero podría habérselas ingeniado para devolverte el favor y la felicidad que podríamos haber compartido le habría hecho olvidar el estar dependiendo de su cuñado. Oh, Arthur, te habrías enamorado de él tanto como lo he hecho yo.

Las palabras de Catherine volvieron a herirle, más hondo si cabe.

—Y, sin embargo, te negaste a darle una oportunidad. Fue a ti, como todo hombre honrado debe comportarse cuando va a pedir la mano de cualquier mujer y tú... tú no solo le negaste la mía, sino que le prohibiste volver a verme.

Algo dentro de Catherine comenzó a temblar al pronunciar semejantes palabras, temiendo que su matrimonio se hubiera asentado sobre algo más que amor: mentiras.

—Creía que estaba haciendo lo mejor para ti —contestó su hermano, abatido.

Semejante respuesta logró que aquellos pilares volvieran a ser robustos para alivio de la joven.

—Otra vez esa excusa. ¿Y creías que no lo sabría? ¿Creías que no levantaría un muro entre nosotros? De todas las veces que te has comportado así, ¿cuándo no ha sido ese el resultado?

—De acuerdo, sabía que te enfadarías, pero también pensé que, tarde o temprano, cuando te hubieras casado con Weston, terminarías por perdonarme. ¡No que desaparecerías con Larousse y nunca más te volvería a ver!

—Todos nuestros actos traen consecuencias, hermano. ¿Cómo crees que me sentí en aquel momento? Nuestro padre se fue y tú me habías traicionado. Sentía que Edrick era el único en quien podía confiar y el tiempo no me ha demostrado nada distinto.

La hermana de Arthur se levantó con dificultad, mareándose al instante.

—Catherine, ¿te encuentras bien? —interrogó Crawford mientras le ayudaba a regresar al sofá.

—Sí, no importa. Ya me ha pasado otras veces.

—¿Quieres que llame al médico?

—No. Estoy bien. —«Tampoco podríamos pagarlo», es lo que en realidad quería decir.

Arthur le acercó un vaso de agua que había traído junto al té y ella lo bebió a sorbos.

—Escúchame, Catherine. No quiero incomodarte. No quiero que te pongas nerviosa por mi culpa o incentivar nada que pueda ser perjudicial para ti o para tu bebé. Me quedaré contigo hasta que vea que ya estás mejor y después me iré, ¿de acuerdo?

—¿Volverás?

—Solo si tú quieres.

La guerra de los Larousse

El coche que había servido en la huida de Catherine Crawford y Edrick Larousse siguió adentrándose en la oscuridad, tirado por unos caballos que algún día alguien detendría.

La primera conversación sincera que ambos habían compartido bajo el techo de Allerdale mentaba a la sociedad, vilipendiaba las habladurías o murmuraciones de las que uno no puede escapar cuando se lanza un rumor desacertado. En su último encuentro, sin embargo, ambos habían terminado desafiando todo aquello sin que les importara lo más mínimo.

Aquella noche, los fugitivos tomaron una habitación en una fonda tranquila. Sus paredes y una vela a medio consumir serían testigos de varias de sus lunas y de cómo lo único que tenían en mente en aquel momento se reducía a restregarse bajo las sábanas, sabiendo que nunca disfrutarían de manjar más delicioso.

Desde que el destino los dejara a su suerte, los amantes habían intentado apañárselas como buenamente podían. Por ejemplo, viajaron hasta Gretna Green para casarse, aprovechando aquellos formularios para cambiar su apellido. A Catherine le apenaba no poder dirigirse a ella misma como señora de Larousse, pero ambos convinieron en que era mejor para evitar así visitas inesperadas de personas que ya no eran bien recibidas en sus vidas.

Con un nuevo hogar en el que asentarse, Larousse comenzó a buscar empleo. Tras los múltiples rechazos que había recibido por parte de universidades o colegios magistrados, por fin uno hizo gala de suficiente decencia como para advertirle que su padre era el causante de que sus sueños tuvieran que posponerse todavía más. Tan alejado se encontraba de él y, sin embargo, pese a llevar otro apellido, Edrick seguía sintiendo las cadenas de su padre tintinear.

Catherine observaba los gestos de su marido a diario, intentando consolar aquel pesar en la medida que podía. Ocultaba para sí la miseria que sentía al verse atrapada en aquel hogar ruinoso, dedicada exclusivamente a las tareas del hogar. Al fin y al cabo, no quería cargar a Larousse con más culpa, ni ser la causante de hacerle todavía más infeliz. Así fue como la nueva señora Linton soportó aquel pesar hasta que el médico le advirtió de su estado de buena esperanza.

Edrick recibió la noticia con una alegría inusitada, pero las lágrimas de Catherine se multiplicaron, así como sus miedos. Por eso, aunque los arrullos de su marido y el amor que este le profesaba la curaran a menudo, no podían curar las heridas que no veían, buscando ella ocultarlas todavía más. Era en esos momentos iluminadores, cuando su marido regresaba a casa, que Catherine se desprendía del mundo real, cayendo en sus brazos y suspirando en sus labios, hablando sobre un futuro que les era agradecido y un bebé que les daría todavía más vida. Cuando Larousse desaparecía, sin embargo, en lo que la ya no tan joven señora Linton caía se parecía más a un pozo oscuro que lo engullía todo, tan opaco que la luz no podía escapar a su superficie, donde un futuro próspero se truncaba negro o inexistente y un bebé no era más que una molestia.



El 332C de la calle Morton recibió más visitas de Arthur Crawford, siendo cada una más satisfactoria que la anterior y no requiriendo de nuevo la ayuda del tal Sheffield como detective privado.

En las primeras de aquellas múltiples visitas, el salón de los Linton hizo las veces de zona de encuentro, pero Arthur no tardó en invitar a Catherine a pasear alejados de aquella calle Morton, donde solo se podía respirar el hollín de las chimeneas.

Con el tiempo y algo de paciencia, Catherine consiguió por fin deshacerse de esas telas de araña que, por una vez, la envolvían a ella. Arreglarse para cualquier tipo de evento social era algo que ya había olvidado y poder ver un ápice de lo que había sido en alguno de los espejos de su casa le devolvía una mínima sonrisa. Arthur apreció también, con el paso de los días, que su hermana iba perdiendo aquel aspecto mohíno con el que la había encontrado en su primera visita. Observó, de igual modo, un destello distinto en sus ojos. Algo dormido, no por el cansancio, sino por el despertar de una madurez que iba unida a sus penurias. Tal vez al hijo que estaba por nacer.

—¿Ya habéis pensado un nombre?

—No —contestó la hermana de Arthur, sonriendo—. Imagínate el error que sería escoger un nombre, llenos de dicha y emoción, y que después su rostro o su carácter no comulgaran con ese nombre. Además, estoy intentando alargar todo lo posible el pelearme con su padre, que únicamente aceptará nombres griegos.

Arthur no pudo evitar apreciar tampoco, durante el transcurso de aquellas charlas, la forma natural en que Catherine hablaba de Larousse como su marido y el padre de su hijo. Una mirada tierna escapaba de aquellos ojos cuando lo hacía, como si fuera lo más fácil que había hecho nunca. Cuando eso sucedía, el peso de la culpa volvía a martillear el corazón del mayor de los Crawford.

—No creo que tengas ningún gran obstáculo para hacerte escuchar. Nunca lo has tenido, Catherine.

—Tal vez William, como nuestro padre.

Aquel gesto tan considerado como inesperado por parte de ella ablandó todavía más el corazón de Arthur. Así, de lo más profundo de sus entrañas, salieron sus siguientes palabras mientras cogía las manos de su hermana:

—Catherine, ¿por qué no volvéis a casa?

Aunque agradecida por aquel gesto, Catherine Linton se deshizo de las manos de su hermano una vez más. Ello no impidió que este continuara hablando.

—No parecéis estar muy contentos aquí y ese niño... No sé cuál es vuestro estado pecuniario, no he querido preguntártelo para evitar incomodarte, pero está claro que no tenéis suficiente dinero.

El orgullo de Catherine le impidió continuar aquella conversación. Al día siguiente, Arthur le pidió que, al menos, aceptara una ayuda monetaria para calmar la angustia de ver a su hermana en semejante situación. Un fajo de billetes terminó convirtiéndose en una gran ayuda y, más

adelante, terminaría convirtiéndose en un piano enviado por un benefactor anónimo o un vestido que no estuviera lleno de hollín.

Edrick Linton, que ya había olvidado su apellido como había olvidado el reloj de bolsillo roto que descansaba en uno de sus cajones, entendió las nuevas energías de su esposa como señal de que ya se estaba haciendo a aquella vida.

Tras ser rechazado en todas las universidades a las que había decidido presentarse como docente, solo una había tenido el suficiente valor como para enseñarle los motivos de rehusar su ofrecimiento, en forma de carta y con el sello de los Larousse como el sello de su condena. Parecía que el padre de Edrick no tenía intención de permitir que su hijo, que había huido vilmente del hogar, dejando el escándalo en boca de todos, tuviera a bien aprovecharse de su nombre —tanto del viejo como del nuevo— para conseguir nada.

Así fue como aceptó un trabajo que para nada satisfacía las ambiciones de una parte de su corazón, pero que pagaba las facturas para lograr satisfacer a la otra. Ya no podía permitirse pensar en él mismo, no desde que tenía esposa. No desde que, por su culpa, gracias a aquella idea fugaz de libertad en un baile que ya quedaba lejos como un sueño, había condenado a aquel bello colibrí iridiscente a una vida opaca de miseria sobre sus alas. «Como Hades condenó a Perséfone al infierno», se martirizó en más de una ocasión.

Y aunque Edrick intentaba hacerlo lo mejor que podía en favor de la felicidad de Catherine, solo lograba ver lo que su mujer le permitía. Por eso, cuando llegaba a casa, le recibía con el candor acostumbrado y parecía que aquella vida de miserias era más llevadera estando juntos. La sombría realidad era un castigo que Catherine cargaba con resignación y es que no había día que no terminara sollozando, fuera por cansancio, por insatisfacción o incluso por unos pensamientos que ensombrecían su existencia y amenazaban con tirar abajo su cordura.

El estado de buena esperanza en que se encontraban significó alegría para ambos, pero también un montón de inseguridades y miedos que llegaron para quedarse. Larousse notaba redobladas sus responsabilidades de hacer llegar dinero y, por consiguiente, pasaba el doble de tiempo fuera de casa, lo cual atormentaba más a Catherine. Ella misma culpó a aquel bebé de tantas cosas antes incluso de nacer... Le culpó de arrebatarse a su marido, de deformar poco a poco su cuerpo, de complicarle tanto la existencia como sus intenciones pasajeras e intermitentes de abandonarla con alguien a su cargo.

Solo las visitas de Arthur significaron algo bueno para su hermana. Algo que Edrick no tardó en apreciar, olvidándose de buscar un motivo aparente para aquella alegría inesperada. Observaba cómo las nubes se alejaban de su familia, pero no había podido intuir las nuevas que estaban a punto de cernirse sobre ellos, cargadas de una electricidad el doble de peligrosa.

Charles Nelson era el nombre del dueño del colegio en el que Larousse ayudaba a enseñar a jóvenes con menos oportunidades. Nelson había cogido auténtico cariño a aquel nuevo tutor, pues lo veía como un hombre joven y serio, alguien demasiado pulcro en sus modales para pertenecer a aquella categoría social en la que se afanaba por ocultarse. Durante los meses que le trató, sintió desde el principio una simpatía particular por Linton y así le hizo ver también el día que llevó a cabo la ardua tarea de confesarle que la señora Nelson había visto a su esposa en un café de la ciudad con otro hombre y que ambos se cogían las manos con un cariño especial. Larousse, que nunca habría esperado esa forma de actuar por parte de Catherine, menos todavía después de lo que habían sufrido para poder estar juntos, no dio ninguna credibilidad a aquellos comentarios, suponiendo que la señora Nelson se había equivocado de mujer.

Las sospechas fueron invitadas de última hora en su casa y, aunque al principio se presentaban de formas muy correctas, colocándose en una esquina del salón, casi sin molestar, el

tiempo las volvió irrespetuosas: ponían los pies sobre la mesa y rezongaban también sobre el lecho conyugal.

Larousse intentaba sondear a Catherine de las maneras más inocentes, recibiendo únicamente las respuestas más amorosas. Sus inseguridades se calmaban unos días y después volvían a llamar a la puerta: el sofá había sido tapizado de nuevo, los muebles arreglados y bien lacados, hasta un nuevo vestido, y no de una muselina barata precisamente, descansaba en la silla que había a los pies de su cama.

Fue imposible para Larousse contenerse por más tiempo cuando llegó aquel modesto piano y Catherine se negó a decirle cuál era su procedencia, pues «un benefactor anónimo» no era ninguna respuesta válida que ofrecerle a un marido celoso.

Así, una noche especialmente eléctrica, estalló por fin la guerra de los Larousse.

Catherine se mantenía en su idea de no desvelar a su hermano y prefería pasar otra vez por ser esa ramera de Babilonia que ya no le representaba. Al fin y al cabo, pensar así de su mujer después de lo que había sacrificado por aquella unión diría más del propio Edrick que de ella misma. Por eso, Catherine seguía insistiéndole en que confiara. Él, sin embargo, que sentía su orgullo herido, veía cómo la sombra de la desconfianza les había alcanzado después de tan poco tiempo, sin creerse la actitud que estaba teniendo su esposa al rogarle que confiara en su palabra de que no había asesinado a nadie, cuchillo en mano y cadáver todavía caliente.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que vas a decirme? —discutía Edrick—. De pronto tenemos dinero para tapizar el sofá y arreglar los muebles, te compras vestidos, llega un piano de Dios sabe dónde... ¿y lo único que tienes para mí es que no puedes decirme nada y que confíe en ti?

—¿Te he dado alguna vez motivos para desconfiar?

—¿Aquí o en Allerdale?

Aquel puntilloso comentario hábilmente deslizado, oculto hasta que la situación propicia lo invocara y arrasando todo a su paso, fue una decisión temeraria por parte de Larousse.

Una nube de orgullo nubló la mirada de Catherine al momento.

—¿Entonces es eso? He renegado de mi familia, he venido hasta este infierno solo para estar contigo ¿y sigues creyendo que soy la misma Catherine que te llevaste de Allerdale Park? ¿Sabes qué? Que ojalá lo fuera, porque esa Catherine era feliz y no sabía cuánto.

Aquella joven señora Linton echó la vista atrás y comenzó a llorar cuando se topó con su otro yo, el que todavía se permitía jugar de forma centelleante con la vida y no aquel en el que se había convertido, arrastrado por el suelo polvoriento de la providencia.

—Arthur tenía razón —dijo por fin en voz alta.

Y Larousse, ante tamaña desconsideración, dejándose la piel para no sentir que había hecho absolutamente infeliz a la mujer que amaba en tan solo unos meses, no veía motivos para cambiar el tono de sus respuestas ni la manera en que esputaba estas.

—Si quieres irte, ya sabes dónde está la puerta de esta casa.

Abatida por aquel desprecio, Catherine, cuyo rostro continuaba húmedo y cuyas fuerzas para proseguir con aquella contienda caían como cae una torre de naipes, miró una última vez a Larousse con una decepción que atravesó cada fibra del cuerpo de su marido antes de salir de la habitación. Bajó las escaleras suficientemente airada y decepcionada, tan perdida y abochornada por sí misma y sus malas decisiones que la memoria le falló y terminó posando el pie en un escalón que llevaba semanas suelto, con tanto peso y tanta decisión que la madera terminó por partirse en dos.

El orgullo se disipó pronto de la mirada de Edrick Linton al escuchar aquella retahíla violenta de golpes y sentir un sudor frío recorrer su frente. Veloz, abandonó la habitación y, al encontrar a

Catherine en el suelo, puso todo su empeño en entender las señales que daba su cuerpo para comunicar su estado de un solo vistazo. Temeroso por dejar a su mujer sola, entendió que no había otra forma de actuar que una sin miramientos, por lo que atravesó el umbral de la puerta y recorrió las calles que hicieran falta en busca de un médico lo más rápido que le permitió su vida, que en esos momentos pendía de un hilo como lo pendía la otra mitad de su corazón.

Ni orgullo ni prejuicios

Catherine Linton tuvo un sueño muy vívido aquella noche y su estela le persiguió durante el resto del día.

Observaba, como el que observa una obra de teatro, la forma en que Christopher Weston le pidió matrimonio en el baile de Allerdale Park. Pestañeó por azar y se vio a sí misma en una capilla, ataviada de blanco, con Weston del brazo. Bromeaban maliciosamente sobre cómo zafarse de aquella reunión, solemne en exceso, para retozar a escondidas tras los arbustos altos. El siguiente pestañeo la llevó a su nuevo hogar, donde el moho no estaba invitado y solo había hollín en la chimenea, no en su rostro. Al siguiente pestañeo, acompañó una voz de mujer que parecía la suya. «¡Benedict, Beatrice!», decía mientras una niña rubia y un joven moreno respondían a aquella llamada, abrazándose a ella. Sus miembros habían comenzado a ennegrecerse y cada nueva revelación suponía un triunfo más de aquella dolencia. Catherine intentó deshacerse de semejante mal de un manotazo, pero su brazo parecía dispuesto a descomponerse y vio cómo la brisa se lo arrebatava. No tenía claro si era el miedo el que complicaba su respiración o se trataba de aquella negrura corrompiendo también sus pulmones.



Mientras Catherine padecía el mal de soñar con aquello que nadie quería nunca soñar, Edrick vigilaba su sueño.

Una cama supletoria colocada en una diminuta habitación del primer piso que Larousse usaba como despacho y que no dejaba de ser un lugar triste e igual de mohíno que el resto de la casa ayudaba a Catherine a conciliar el sueño para no tener que vérselas con más escaleras. Su esposo había estado velándola durante toda la noche y parte de la mañana. El médico insistió en que no debía moverla y que tampoco debía preocuparse, pues Catherine estaba bien y lo más seguro era que, si no tenían noticias de ningún sangrado, el bebé también lo estuviera. Edrick no pensaba igual cuando veía el cuerpo magullado de su esposa. Sentía que era el culpable de cada cardenal, como si él mismo se hubiera dedicado toda la noche a hacérselos mientras dormía. Rezó, como rezan los niños, para que su amada se recuperara pronto, avergonzado por cómo la había tratado la noche anterior, hundido por aquel castigo que no solo le afectaba a él, sino también a su mujer.

La providencia es ciertamente dura con quien osa escapar a su destino y no perdona que se la tome por una cualquiera. Así había guiado las miserias de aquellos dos resabiados que se creían más astutos que la providencia misma, conduciéndoles hasta aquel momento. Y fue precisamente en ese momento que Larousse se convenció del error que habían cometido creyéndose mejores que los dioses y robando el fuego eterno, recibiendo finalmente el castigo correspondiente. «Prometeo otra vez», mascullaba para sí, abatido, cuando alguien golpeó la puerta. «¿Qué nos deparará ahora la providencia?», pensó hasta que abrió esta y encontró al otro lado un fantasma del pasado que bien podría decirse que venía a enriquecer su futuro.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —preguntó Larousse a un Arthur Crawford sorprendido por encontrarse con quien menos esperaba.

El hermano de Catherine había recibido una invitación de esta como otras muchas veces y, como otras tantas, aseguraba que su marido no estaría en casa.

—¿Puedo ver a Catherine? —preguntó brusco, sin olvidar que aquel había sido el hombre que la había alejado de él.

—¿Se refiere a mi esposa o a su hermana?

—A su esposa —reconoció a regañadientes Arthur, dando su brazo a torcer.

—Ahora mismo no está visible para nadie.

Desde fuera, Arthur Crawford oteó de un rápido vistazo las escaleras antes de que Larousse entornara la puerta, impidiéndole ver más. No obstante, si Catherine le había citado, tenía bastante claro que no se iría de allí por las buenas.

—Vuelva en otro momento. O mejor, no vuelva. No queremos nada aquí de usted.

Arthur introdujo el pie en el momento justo e impidió que Larousse cerrara la puerta.

—Si me permite —dijo este, entrando a la fuerza.

Los ojos escrutadores del hermano de Catherine le valieron a Larousse la vergüenza de encontrarse con aquel panorama. La escalera estaba destrozada y, como parte de un todo, Arthur sentía que algo relacionado con aquel destrozo le había sucedido a su hermana.

—¿Dónde está Catherine? —preguntó con intención de zarandear a Larousse si fuera necesario, no esperando en absoluto recibir una respuesta con tanta facilidad como iba a conseguirla.

—Venga conmigo.

Edrick caminó por el angosto pasillo hasta llegar a la habitación en la que descansaba su mujer. Arthur lo siguió con la mano en el corazón, creyendo que podía oír los violines de una melodía funesta anunciar algo que su razón se negaba a aceptar. Cuando el mayor de los Crawford se acercó a su hermana y observó que respiraba, desechó de su cabeza la idea de asesinar a su marido a sangre fría. Sin embargo, todavía se acercó a él para elevarle, sujeto por la pechera, y preguntarle sobre aquella situación.

—¡Discutimos! —se sinceró Larousse—. Y cuando quise darme cuenta, la escalera estaba rota y Catherine en el suelo.

El padecimiento que mostraba su rostro era tan real y tan palpable que Arthur no se cuestionó en absoluto que aquella situación respondiera a dolo alguno. Su gesto era penitente, ofuscado, absolutamente desesperado. Preguntó si había sido atendida por un médico y Larousse asintió, corroborándole que, de momento, estaba fuera de peligro.

El hermano de Catherine soltó al esposo de esta y el silencio les permitió calmar sus genios.

—¿Qué está haciendo aquí? —volvió a preguntar Larousse—. ¿Cómo ha logrado dar con nosotros?

—¿De veras creía que me iba a cruzar de brazos? ¿Que iba a permitir que un hombre como usted se llevara a mi hermana y que no iba a buscarla? ¡No! A velar por ella, más bien.

—¿De la misma forma que veló por ella cuando nos prohibió casarnos?

—¡Y a los hechos me remito! Me la encuentro viviendo como poco más que una sirvienta: las uñas sucias, la ropa deshilachada. ¿Dónde está ese brillo en sus ojos? ¿Cuánto hace que no lo ve? ¿Se ha fijado acaso?

—¡Claro que me he fijado!

Larousse apartó el rostro. Estaba exasperado, pero no con Arthur Crawford, que había logrado ver tan bien lo que él no había conseguido descifrar del todo en tantos meses a su lado: que la

pena de Catherine iba más allá de lo que él intuía. Edrick, sin embargo, ni siquiera había sabido creer a su mujer cuando le pedía confianza, cuando, estando ya claro, lo único que pretendía era esconder las visitas de su hermano.

—Yo solo...

Incapaz de seguir con aquella contienda, Larousse se sentó al lado de Catherine y, tras cogerle la mano, comenzó a hablar.

—¿Por qué me ocultó sus visitas?

—Supondría que no le agradarían.

—¿Es ese motivo suficiente? ¿Sabe qué nos impulsó a discutir anoche, antes de que le sucediera esto? ¡Usted! No entendía por qué me estaba mintiendo. Por qué no quería decirme de dónde venía su dinero o quién le había regalado ese dichoso piano. ¿Por qué siempre es usted la causa de sus desgracias y por qué siempre me hace sentir que yo tengo la culpa cuando lo cierto es que...?

Larousse no pudo seguir. Acarició su propio rostro contra la mano de su amada y después se deshizo en lágrimas. Un hombre era valiente cuando se lanzaba al duelo, pero cuando permitía que otro hombre viera sus lágrimas rodar por sus mejillas, una estimación única, un respeto especial se imprimía en el ambiente. Al contrario que sucedía entre los individuos más simples, un caballero sabía ver cuándo a otro le importaba más la mujer que tenía delante que su propia vida. Por eso, Arthur Crawford decidió hablar:

—Cuando Catherine se recupere, me gustaría llevármela conmigo.

El hermano de la joven esperaba cualquier forma de oposición, pero Larousse, que parecía sumiso como un cordero, pecó de la determinación de un león y contestó:

—Haga lo que crea que es mejor para Catherine. No quiero seguir sintiendo que nunca seré suficiente para ella y que lo mejor que le podría haber pasado es no conocerme.

Arthur continuó, ocultando sus verdaderas intenciones. Auscultaba a Larousse con la mirada y formaba en su cabeza un juicio de valor con respecto a aquel ser que nunca sería de su agrado.

—Puesto que nadie sabe sobre su paradero, tal vez sería conveniente fingir que usted ya no está entre nosotros. Al fin y al cabo, Edrick Larousse ya no existe. Eso evitaría el bochorno que caería sobre mi hermana si llegara a presentarse de nuevo en casa, con un marido ausente y sin posibilidad de volver a casarse.

—Haga lo que crea conveniente, pero no me cuente nada más. Pensar en llevar una vida lejos de su hermana es algo que mi corazón no puede soportar ahora mismo.

Arthur Crawford resopló. Odiaba a Larousse, pero más odiaba ser partícipe de cuánto amaba a Catherine. Lo suficiente para abandonarla, lo suficiente para fingirse muerto. Tanto parecía amarla como su hermana lo amaba a él.



Arthur volvió a resoplar. También chasqueó la lengua. No le quedaba más remedio que aceptar a Larousse en su casa, muy a su pesar, convenciéndole de la forma que fuera necesaria para que este consintiera en semejante ofrecimiento. Así lo habría querido Catherine y, después de tanto tiempo, ¿quién era él para oponerse a los deseos de su hermana?

Catherine Linton terminó despertando de aquel horrible sueño para darse de bruces con una

realidad no mucho mejor.

Su marido seguía velándola pese al cansancio y verle junto a ella le despertó una mansa sonrisa. Edrick regresó a sus lágrimas cuando pudo comprobar por fin que Catherine estaba bien. Esta no tardó en enjugárselas, pues observar a su esposo, roto de aquella manera, no era plato de buen gusto para ella ni para ninguna mujer enamorada.

—¿Por qué no me contaste lo de tu hermano? —preguntó él, tan benévolo como se lo permitió su profunda voz.

—No lo sé. Supongo que no quería enfadarte o hacerte sentir mal. Veo todo lo que haces a diario por mí y que de la noche a la mañana mi hermano nos ofrezca dinero no podía sentirlo sino como un insulto hacia tu persona. La única culpable soy yo, que siempre he sido débil.

—Oh, Catherine, no hay mayor debilidad que tener un orgullo desmesurado.

La conversación dio paso a los arreglos y estos, al siguiente tema a tratar. Arthur se encontraba al otro lado de la puerta y no estaba contento con esa faceta suya indiscreta que se dedicaba a escuchar conversaciones ajenas. No obstante, no hizo demasiado por aplacarla en aquel momento.

—He estado hablando con tu hermano y los dos creemos que lo mejor que podemos hacer es que, mientras sigas en estado, estés en casa. En tu casa. Allí podrán darte los cuidados que necesites.

Larousse se afanaba por ocultar la tristeza que lo devoraba al pronunciar aquellas palabras.

—Pero ¿y tú?

—Yo todavía tengo cosas que hacer aquí. Tengo que ganar más dinero y una boca menos que alimentar siempre será de agradecer. Cuando regreses, habré amontonado tanto que compraremos Allerdale Park al señor Fitzherbert y nos haremos con los terrenos aledaños también, ¿de acuerdo? —bromeó, intentando calmar a su esposa—. El castillo de Larroquette será nuestro y podremos ir cada noche a leer entre sus paredes bajo la luna.

—Siempre he querido tener mis propias paredes con cadáveres dentro.

Catherine tampoco pudo evitar soltar más de una lágrima por su bienamado esposo después de aquel entrego y de semejante generosidad. Unas lágrimas merecidas, desde luego, pues a pesar de que se barajaba la idea de una separación temporal después de intentar luchar contra viento y marea, Larousse prefería bromear para calmar a su mujer y ella redoblaba sus intentos buscando suponerle el mismo alivio.

El Crawford mayor, sin embargo, creyó que aquel era el momento adecuado para interrumpir:

—O puede venirse con Catherine, señor Larousse.

Su primer impulso tuvo que ver con corregir a su invitado, pues ya no respondía a aquel apellido. El segundo se manifestó en relación a su propuesta. ¿Era realmente Arthur Crawford quien le estaba ofreciendo vivir con ellos? ¿Y qué debía contestar? Entre sus pensamientos dubitativos se deslizó una frase que él mismo acababa de pronunciar: «No hay mayor debilidad que tener un orgullo desmesurado».

Parco en palabras y también en agradecimientos como siempre se le había intuido, Edrick Larousse aceptó.

Así fue como la alegría inundó a Catherine al momento, prometiéndole que, en adelante, las cosas serían distintas.

Familia

Otro mundo rodeaba la hacienda Crawford.

Al igual que sucedía en Allerdale Park, siempre brillaba el sol y la lluvia solo parecía dejarse ver en los días complicados, aprovechando que la situación era ya insalvable. La calle Morton, sin embargo, estaba siempre húmeda. Respirar no era sencillo y apreciar la belleza de una puesta de sol era casi imposible.

Catherine Linton se mordió el labio inferior cuando bajó de la calesa, valiéndose de la ayuda de su marido. Posó aquellos brillantes ojos en su antiguo hogar con recelo y, al mismo tiempo, con una dicha inconmensurable. Ella, que se escapaba cuando el reloj marcaba la media noche y que regresaba antes de que el gallo se diera cuenta, observaba a quien una vez había sido y, más sabia, le reprochaba no haber sabido disfrutar de lo que tenía. Le reprochaba haberse preocupado en demasía por ser siempre irreverente cuando lo cierto era que la irreverencia en exceso era igual de cegadora que la obediencia. Al menos eso había aprendido con el paso del tiempo, recopilando experiencias dignas de recordar y otras no tanto.

La joven entró en la hacienda con un retraimiento educado, temerosa de que alguien más que ella pensara que aquel no era su hogar. Y así podría haber sido, teniendo en cuenta cómo se había comportado. Cualquiera que la quisiera fuera de aquella casa estaría haciéndose eco de una actitud absolutamente lícita que Catherine no rebatiría a nadie. No al menos en primera instancia, pues ella, como todo el que no aceptara su estancia allí, también había tenido motivos igualmente lícitos para hacer lo que hizo.

La hija pródiga de los Crawford encontró a su madre en el salón y a Amelia junto a ella, que padecía de su mismo mal: el de quien no encuentra la ropa adecuada por culpa de un vientre demasiado abultado.

Martha Crawford abrazó a su hija con una ternura que traspasó el corazón de esta. Catherine recibió también un saludo igual de afectivo de la esposa de su hermano, pues, si bien hubo un tiempo en que no terminaban de tolerarse, Amelia estaba dispuesta a cambiar aquello en favor de su marido, viendo que por fin las aguas volvían a su cauce. La nueva señora Crawford nunca había sido amiga del rencor y los días que sucederían a la llegada de Catherine le harían ver que su decisión había sido la correcta.

Sin embargo, si la hermana de Arthur había entrado en aquella casa con la vergüenza como bandera, su marido casi no se atrevió a poner un pie dentro, mucho menos a mirar a nadie a la cara. Al fin y al cabo, él era el monstruo que les había alejado de su amada hija y ¿quién en su caso iba a saber perdonarle con tanta facilidad?

Martha Crawford, en cambio, que siempre había sabido que la actitud de su hija era capaz de embravecer cualquier océano, tenía otra idea en mente con respecto a aquella fuga:

—¡Realmente le pido disculpas, señor Larousse! Siempre me ha sido imposible controlar a Catherine. Ya ve que ni las verduras se quería comer cuando era pequeña. Siempre ha sido tozuda como un animal de carga. Aun así, siempre he pensado que mientras su comportamiento le afectara únicamente a ella, no habría ningún problema. Oh, pero condicionarlo a usted de semejante manera, haciéndole perder su posición y el respeto de sus allegados...

La hija, lejos de molestarse por las restauradas riñas de su madre, sonrió en una mirada cómplice a su marido y agradeció, con todo el candor del mundo, aquel trato y aquella acogida.

Edrick se disculpó de igual forma con la señora Crawford, azorados los dos por no querer dejar que el otro cargara con las culpas de lo sucedido.



El paso de los días despertó una naturaleza más fresca en los Larousse, que no tardaron en recobrar su auténtico apellido.

Los rencores se desvanecían como lo hace la arena en contacto con el viento. Edrick Larousse comenzó a desenvolverse con mayor seguridad y Catherine casi regresó a aquella actitud infantil que tanto echaba de menos. Sin olvidar, después de todo, su nueva posición como esposa y futura madre y sin dejar que las experiencias y los aprendizajes se evaporaran infructuosamente.

Una noche no demasiado especial, al amparo de los candelabros que acompañaban al vino, la señora Crawford, que seguía insistiendo en la formalidad de llamar a su yerno por su apellido, creyó oportuno dedicarle unas palabras:

—Señor Larousse, esta mañana, mi querida amiga, la señora McTower, me ha asegurado que el hijo de su hermana Maryanne está ya por nacer.

Edrick, que todavía no veía clara la relación a mantener con ningún miembro de su auténtica familia, enmudeció. Catherine, por el contrario, colocó su mano sobre la pierna de este, ofreciéndole un gesto de apoyo.

—¿Se ha casado? —preguntó Larousse.

—Oh, por supuesto que sí. Ella y el joven Fitzherbert son envidiablemente felices. O eso parece. De hecho, el muchacho siempre anda presumiendo sobre cómo pensaba haberle pedido la mano durante el baile que dio en Allerdale Park por aquel entonces y de cómo tuvo que pedírsela, finalmente, al día siguiente debido a los acontecimientos.

—Se jacta en recordar que nunca le pidió permiso a usted, porque la que le había robado el corazón era su hermana —apuntó Arthur, fijando la mirada a continuación en Catherine.

Un ruido ensordecedor atravesó las ideas de Larousse. Pensó amargamente en aquel sino y en cómo había actuado la providencia. En las penurias que él y su amada habían tenido que pasar cuando, de haber esperado un día o dos, habrían sido libres para formalizar sus sentimientos sin impedimento alguno.

Catherine, que leía aquellos pensamientos como si fueran suyos y así los sentía también, apretó más fuerte la pierna de Edrick con su mano. Hasta Arthur captó las notas disonantes que se batían en sus mentes.

—Ha tenido muy preocupada a su madre durante todo este tiempo, señor Larousse.

—Gracias por comunicarme que alguien se ha estado preocupando por mí en esa familia, señora Crawford.

—Oh, pero su padre también. De hecho, fue bastante brusco con Arthur cuando se enteró... bueno, cuando todos nos enteramos de la noticia.

—Lo siento —se disculpó Larousse, mirando al hermano de su esposa.

Catherine había perdido la vista en su plato y sentía esa sensación que convierte a los soldados en espías en tierra de nadie, buscando quedar ilesa, escabulléndose de las balas de unos y de otros.

—Le amenazó —continuó la señora Crawford— diciendo que, si se le ocurría proveerles de algo, ambas familias entrarían todavía más en conflicto.

—Mi padre siempre tan generoso —masculló entre dientes Edrick, intentando continuar con

su cena y haciendo todo lo posible para que aquellas palabras no enturbiaran todavía más su existencia.

—Eso pensamos nosotros. Pero hace unos días me topé con su madre y me explicó mejor la situación. Al parecer, su padre pretendía complicarles las cosas aposta para que regresaran al hogar porque, al fin y al cabo, su hermana ya se iba a casar con el joven Fitzherbert. Aunque no entendí del todo esa parte de la explicación. ¿Qué tendrá que ver un matrimonio con el otro?

Larousse dejó la cuchara en el plato y se quedó mirando a la señora Crawford unos segundos. No tardó en levantarse, disculpándose por aquella falta de respeto y abandonando el salón, escaleras arriba.

—Lo siento —se disculpó Catherine a continuación, incapaz de dejar a su marido solo, faltándoles al respeto también al abandonar la mesa.

El matrimonio confluyó en la habitación de Catherine, que ya no era únicamente de ella.

El rostro de Larousse estaba desencajado, pero no permitió que su esposa lo viera. Ella, que todavía se apoyaba contra la puerta, comenzó a apreciar que le temblaban las manos. Puede que el orgullo les hubiera hecho auténtico mal, pero verse juntos en él les hacía fuertes. Fue así que la mujer acompañó a su marido, sentándose a su lado sobre la cama y apoyándose en su hombro.

Aquella noche, el silencio fue uno más, aunque no dormiría entre ellos. ¿Y quién se atrevería a intentar separar de nuevo a dos amantes tan tercos!?

A la mañana siguiente, todavía acostados sobre el lecho, Edrick habló por fin:

—¿Crees que te he arruinado la vida?

Un triste suspiro escapó de boca de Catherine mientras meditaba su respuesta más de lo esperado, todavía apoyada en el pecho de su marido.

—Todo ha sido siempre fácil para mí, ahora puedo verlo. Tanto que yo misma buscaba motivos por los que levantarme en armas contra quien fuera.

El olor a sábanas limpias inundó sus fosas nasales. Había aprendido a apreciar naderías semejantes después de dejar atrás la sucia calle Morton.

—Conocerte e irme contigo, Edrick, ha sido lo más difícil que he hecho nunca. ¿Te puedes creer que también ha sido lo que más he apreciado hacer? Lo que más creo que me ha enseñado quién soy o cómo quiero ser, más que todos esos años absurdos de juegos desvergonzados. Antes hubiera necesitado a mi hermano tras de mí. Incluso había llegado a pensar que la persona idónea con quien desposarme debía ayudarme a mantener un pie en este mundo. Contigo he volado tan lejos que, como le sucedió a Ícaro, nuestras alas se han derretido. No te confundas, no me has privado del mundo que me caracterizaba, que me doblegaba casi. Me has ayudado, tal vez a golpe de martillo —bromeó, sonriendo—, a convertirme en una Catherine mejor. Las penurias pasadas no importan, amor mío, solo importa el aquí y el ahora. ¿O vas a saber tú más que Horacio con su *carpe diem* o que Virgilio con su *tempus fugit*?

Las maneras de Catherine no habían cambiado en absoluto. Su influjo de sibila todavía tenía ese poder sobrehumano para calmar a Edrick en cualquier situación y convencerlo de las cosas más imposibles.

—¿Qué crees que debería hacer? —quiso saber él.

Un segundo bastó para que Catherine pensara en todos y cada uno de los Edrick Larousse que habían dejado huella en su vida. Desde aquella sombra del orgullo a la que no tardó en despreciar, pasando por su inventado señor Lancaster y convirtiéndose en el Prometeo que arrebató a los dioses el fuego eterno por ella. Recibiendo, finalmente, un castigo que habría aguantado estoico con tal de poder llamar a Catherine Crawford su esposa.

—Me gustaría que hablaras con tu familia, pero sé que tampoco puedo pedirte tal cosa.

Edrick Larousse miró a la madre de su futuro hijo el tiempo suficiente como para recordar que aquella mujer había tenido cien apodos a sus espaldas. Firmó como Cassandra Chancellor en las cartas de amor que se dedicaban, siguió a su marido en la aventura de ser los Linton y cambió su nombre a Larousse cuando el amor ya les había dejado sin respiración a los dos. Fue Atenea, Perséfone, Circe, Némesis, Hécate... Aunque ningún nombre lograba definirla, porque, a ojos de cualquier hombre, era indefinible. La única diosa a la que le rezaba Edrick Larousse.

—Sí, tú sí que puedes.

La siguiente generación

Catherine volvió a mirarse al espejo. Aquel vientre abultado era lo peor que podía haberle pasado a su figura. Los vestidos nunca le sentaban bien por más empeño que pusiera, sus tobillos comenzaban a hincharse y sus mejillas, también. Vivía somnolienta y comía demasiado.

Edrick Larousse, que observaba de nuevo esa mirada en su mujer, se abrazó a ella por la espalda y juzgó con su gesto esa autocrítica que Catherine no dejaba de hacerse frente al espejo. Así, ambos terminaron haciéndose compañía amorosamente mientras sus manos acariciaban aquel vientre.

Los meses les habían procurado tantos cambios que a veces se mareaban, necesitando una silla donde sentarse. Cuando Catherine se sentía así, ya no se sentaba en una de las sillas floralmente tapizadas de su habitación. El espejo en el que se deprimía tampoco era el mismo. Las desavenencias entre familias y los problemas entre hermanos, padres e hijos habían tocado a su fin de la manera más satisfactoria. Muy a pesar de que la providencia les hubiera obligado a vivir su propia odisea para llegar a tierra firme.

La nueva hacienda Larousse no tenía nada que envidiar a la de su hermana, que había terminado afincándose en la propiedad de Fitzherbert. El mismo lugar donde se dirigían aquella noche Edrick y Catherine Larousse, habiendo sido invitados a una cena familiar en el añorado Allerdale Park.

Una vez allí, habría sido difícil para cualquiera intuir a cuál de sus padres se parecía James Fitzherbert, porque lo cierto era que no guardaba parecido con ninguno. Los señores Fitzherbert eran también educados y comedidos en carácter, muy contrarios a su hijo. No obstante, que James no se pareciera físicamente a ellos tenía únicamente que ver con una genética caprichosa, porque lo cierto era que el señor Fitzherbert había sido tan alocado como su hijo en algún momento. Quizás más. Tanto como para no querer recordar aquellos tiempos de rebeldía. Lo que solía olvidar, además, es que él había guerreado también con su padre para poder casarse por amor, cosa que terminó cumpliendo.

Todos terminaron haciéndose a la mesa. Arthur Crawford charlaba con su cuñado apaciblemente y desmentía las tonterías impropias de un James Fitzherbert deseoso, por una vez, de entablar conversación con aquellos dos caballeros.

—Señores míos, cada día son ustedes más *obtusos* —bromeaba este.

El padre de Edrick se deshacía en halagos con el señor Fitzherbert, pues sus últimos negocios les habían arrojado un dividendo más que positivo.

Las señoras Larousse, Fitzherbert y Crawford parloteaban como viejas cotorras mientras que Amelia y Maryanne hacían lo mismo, fingiendo que eran mejores que sus madres.

Catherine Larousse, por el contrario, no hablaba con nadie. No por rechazo o indiferencia, como habría hecho tiempo atrás. Estaba dedicando unos minutos a observar a los comensales de aquella cena y a valorar sus actitudes, como bien había hecho la primera noche de aquel verano que tanto le había dado. Sonrió sin ningún tipo de pudor al sentir la dicha que manaba de semejante reunión y recibió, agradecida, un beso de su marido, que nunca dejaba de pensar en ella. Del bolsillo de Edrick volvía a sobresalir la cadena de su reloj, ese reloj que también había deslumbrado a Catherine la primera noche, y que volvía a lucir con renovado orgullo la rosa de los Larousse. Mientras tanto, ella había adquirido una fea costumbre de acariciar cuando estaba

nerviosa ese broche que llevaba a todas partes y del que pendía la misma rosa.

Se preguntó, a riesgo de romper la magia que envolvía sus vidas en aquel momento, si la felicidad tenía fecha de caducidad.

El silencio, desde luego, sí.

—Querida Catherine —interrumpió Maryanne Fitzherbert—, Amelia y yo estábamos hablando de la paz que sentimos al no tener que estar de nuevo involucradas en tantos malentendidos. Siempre regresa a nuestras memorias lo felices y desdichadas que fuimos en Allerdale Park durante ese verano que no parecía acabarse nunca y que, cuando lo hizo, casi nos apenó.

—Bueno —contestó Catherine—, disfrutemos de la dicha que se nos ha permitido ahora y dejemos tranquilo Allerdale Park.

La mujer se acarició el vientre y, finalmente, añadió una última cosa:

—¡Al menos hasta la siguiente generación!





Agradecimientos

No sé si recordáis esa tibia nota de autora donde os desgranaba la idea que dio alas a *Allerdale Park*. Las ideas, sin embargo, no tienen vida propia, sino que son las personas las que, con su aliento, se encargan de prestarles su energía.

Por eso esta historia comenzó como un juego entre tres amigas a las que ya no les daba la vida para seguir jugando y, por eso también, una de ellas, la que planteó las reglas de dicho juego, decidió convertir sus escarceos en un libro, imposibilitada para dejar morir a unos personajes que para ella habían sido tan importantes. Esas personas, para vosotros, van a ser Gabriela y Neus, pero yo las conocí con múltiples nombres y todavía seguimos añadiendo más a la lista.

Neus entró en mi vida hace más de diez años, los mismos que llevo escribiendo a su lado. Quiso engatusarme desde un principio con ese amor compartido que sentimos por *Mucho ruido y pocas nueces*, apuntando directa a mi corazón con la escopeta de Christopher Weston. Después, para ella, todo fue aplicar ingenio y elegancia. Los mismos que la propia Neus derrocha.

Pero si hay alguien en esta sala a quien hayan pillado con el cuchillo en la mano y un cadáver en el suelo, esa es Gabriela. Porque también lleva años haciéndome suspirar con sus historias y los personajes que me concede como si yo fuera su Maryanne particular. Edrick Larousse no sería todo lo gótico y derrotista que es de no ser por ella, y no embotaría mis sentidos como lo hace si ella no se lo permitiera.

Mis agradecimientos eternos se deshojan como los nomeolvides, especialmente para ambas.

A su sombra, ha habido otras personas que han supuesto un antes y un después para que este libro exista.

Paula, por ejemplo, que también me cogió de la mano hace más de diez años y me zambulló en los foros de rol literario, asegurándose de engancharme a la droga más poderosa de todas y que lleva, irónicamente, manteniéndome viva desde entonces. Ella vio nacer de mis dedos personajes que siempre estarán conmigo y yo leí personajes suyos que nunca podré olvidar. Mientras se enamoraba de mi escritor isabelino abocado a ser una burla de lo que fue, yo suspiraba por su cardenal francés con escrúpulos cuestionables.

Mi empeño por mejorar escribiendo nació junto a ella, al toparme con un rival que me doblaba en armas. Después, aumentó. Porque seguirles el ritmo a Neus y Gabriela nunca fue fácil. Se perfiló, además, con la ayuda de autores y autoras que plasmaron hace cientos de años un pedacito de la existencia humana en sus obras. También se relajó, gracias a la pluma distendida de autoras nacionales e internacionales que nos divierten a día de hoy con sus historias. Por eso, Ava Rochester es capaz de vivir en el mismo universo que Catherine

Crawford, siendo yo madre de ambas. Porque si la época victoriana tenía sus luces y sus sombras, ¡qué os voy a contar de las distintas formas de narrar enredos que puede abarcar un autor!

Así que aquí estoy hoy. Y aquí está *Allerdale Park*. Y dentro de poco aquí estarán todas las historias que ya han salido de mis dedos y las que siguen saliendo.

Aunque yo tampoco podría estar aquí sin muchas personas. Algunas a las que no mencionaré para no excederme escribiendo —tarde, reina—, pero que saben que me habría encantado y otras que directamente no se lo merecen.

Luego está Sandra, que no solo es lectora *beta* de la novela, sino lectora y oyente infatigable de mis miserias. Así, en general. Porque como lo de encontrar una amiga generosa, inteligente, divertida, única y, sobre todo, cuerda —sí, claro— es casi imposible, vamos a hacer que nos odie.

O Mario, que no es ningún Edrick Larousse, pero que podría ser el Christopher Weston con el que ha acabado esta Catherine. El pilar jónico que sustenta más de lo que me reconozco a mí misma, dejando que vuele libre, pero sin permitir que mis alas se chamusquen. El Jim de mi oficina. El Sebastian de mi propio musical. El Tilney de mi novela romántica. Mi Benedicto de Padua. Puede que no sea Tom Hiddleston, pero progresa adecuadamente.

Me sería imposible no mencionar también a las personas que están detrás de Romantic Ediciones. Ellas han confiado y han luchado por publicar el libro de una doña nadie que se pierde pomposamente por encima de sus posibilidades, siempre con una calidad humana envidiable. Gracias, Marta.

Allerdale Park, pese a no nacer más que como ocio, no es un capricho del todo fácil de digerir en cuanto a forma. Hay que tener hambre, eso desde luego. Por eso, querido lector, tú también eres importante en este proceso de agradecimientos. Porque sin ti, Catherine, Edrick, Christopher, Arthur, James, Amelia, Lilibeth y Maryanne se quedarían atrapados en unas mustias hojas que los dos primeros habrían incendiado por culpa de sus cartas, calcinándolos a todos en el proceso de enamorarse. Tú les has dado alas a ellos y me las has dado a mí. Ahora solo esperemos que no se derripan tampoco.